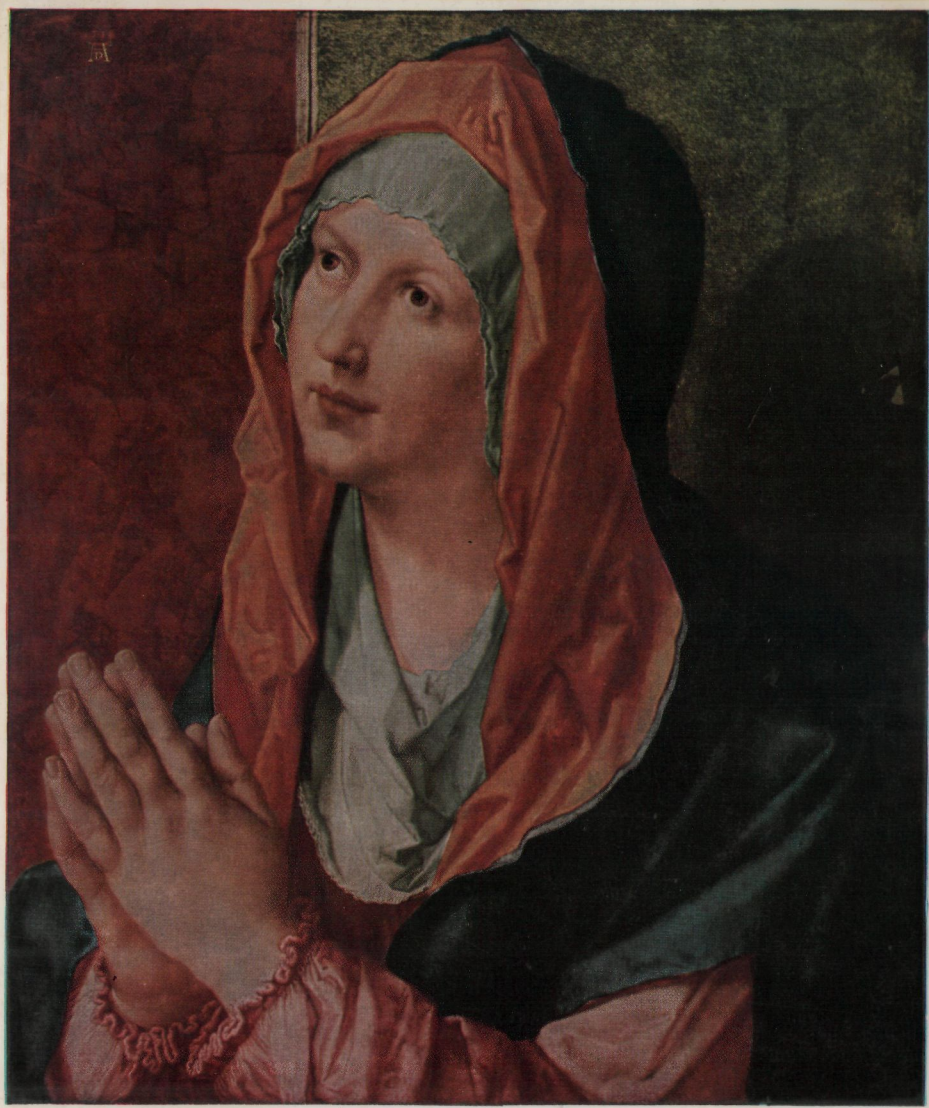


FRANZ MICHEL WILLAM



VIDA DE MARÍA

LA MADRE DE JESÚS

FRANZ MICHEL WILLAM

VIDA DE MARÍA

La Madre de Jesús

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1982

La versión española de esta obra ha sido hecha directamente por el padre MARCELINO ZALBA, S. I., sobre la 3.^a edición original alemana de *Das Leben Marias, Mutter Jesu*, de FRANZ MICHEL WILLAM, publicada por Verlag Herder KG de Friburgo de Brisgovia (Alemania)

Duodécima edición 1982

NIHIL OBSTAT: El Censor, DR. GABRIEL SOLÁ, Canónigo

IMPRÍMASE: Barcelona, 30 de septiembre de 1955

† GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.

ALEJANDRO PECH, Pbro. Canciller-Secretario

© Editorial Herder, Barcelona 1959

ISBN 84-254-0176-3

ES PROPIEDAD

DEPÓSITO LEGAL: B. 29.127-1981

PRINTED IN SPAIN

GRAFESA - Nápoles, 249 - Barcelona

ÍNDICE

	Pág.
Prólogo a la edición española	13
Prólogo a la segunda edición alemana	17

I. VIDA DE MARÍA HASTA LA ANUNCIACIÓN DEL ÁNGEL

Ojeada retrospectiva sobre la juventud de María a la luz del mensaje angélico	21
VIDA DE MARÍA EN LA GRACIA	25
Infancia y juventud de María	25
La soledad de la Llena de gracia	27
Los votos en Israel	30
Matrimonio, viudez y virginidad en Israel	34
María Virgen. Su consagración a Dios	37
LA VIDA DE MARÍA EN LA SOCIEDAD RELIGIOSA	41
Abolengo de María	41
María como hija de la casa de David	45
Los «días del Salvador» en la expectación del pueblo	47
Ansias de María por el Salvador	49
María en el ambiente de los salmos	54
LA VIDA DE MARÍA EN EL SENO DE LA FAMILIA	59
Los desposorios en Israel	59
El desposorio de María con José	62

II. DESDE LA ANUNCIACIÓN HASTA EL NACIMIENTO DE JESÚS

María después de los desposorios con José	71
El mensaje del ángel	73
La respuesta de María	78
María, Madre del Salvador	81
La visita a su prima Isabel	84
El cántico de María	87
La humildad de María en su elección	92
María e Isabel en expectación	94
El matrimonio de María y José	95

III. DESDE EL NACIMIENTO HASTA EL REGRESO A NAZARET

El viaje a Belén	103
El nacimiento de Jesús	105
La adoración de Jesús por los pastores	109
La circuncisión e imposición del nombre	112
La ley sobre la presentación del niño y la purificación de la madre	115
La presentación de Jesús en el Templo	118
María, Madre del Varón de Dolores	122
Los Magos de Oriente	125
La huida	128
La travesía por el desierto	130
La permanencia en Egipto	132
El regreso a Nazaret	135

IV. LA VIDA OCULTA EN NAZARET

Del vestuario y vida de las mujeres	141
El padre y la madre en la familia	144
En casa y delante de casa	147
Al lado de la Madre, ocupada en sus faenas	150
María guiando al Niño Jesús hacia Dios	156
Las oraciones diarias	160
El día festivo	164
Humildad de María en su vida con Jesús	168
El misterio del Niño se revela	169
Jesús se queda en el Templo	170
El Niño perdido y hallado en el Templo	174
María después del regreso de la peregrinación de Pascua	179
Vida de María en el ambiente de los salmos	181
La muerte de San José	186
María a solas con Jesús	188
Los sufrimientos futuros de María a los ojos de Jesús	191
Disposición íntima de María. Mirada al sacerdocio eterno, prometido por Dios a Jesús	193

V. EL PASO DE LA VIDA OCULTA A LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Vida de los parientes entre sí	197
Los parientes de Jesús en Nazaret	199
Jesús busca a Juan Bautista en el Jordán. Regreso y viaje a Caná	203

Las bodas de Caná	205
Las ceremonias en las bodas	206
Jesús y sus discípulos en las bodas de Caná	208
María saluda a su Hijo, por primera vez, como a Mesías proclamado por Juan	211
El primer encuentro de Jesús con su Madre después de proclamado Mesías	213
La súplica de María a Jesús	215
Respuesta de Jesús a su Madre	217
El milagro	221
Los efectos del milagro	224
Valor simbólico del milagro	226
María la «mujer»	230

VI. MARÍA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

María durante los viajes apostólicos de Jesús	237
La visita de la Madre rechazada	240
La acción contra Jesús	245
El elogio de la Madre de Jesús	248
La expulsión de Nazaret	251
Los consejos de los parientes antes de la fiesta de los Tabernáculos	254
EL PROGRESO DE MARÍA EN LA FE	257
¿Tuvo María revelaciones privadas?	257
María como discípula de Jesús. La revelación del misterio de la Trinidad	258
María y el misterio de la divina generación eterna de Jesús	259
Las pruebas de la fe en la vida de María	262
Vida íntima de María mirando a la realeza de Jesús prometida por Dios. Su Reino no tendrá fin	265

VII. MARÍA Y EL SACRIFICIO DE JESÚS EN LA CRUZ

CAMINO DE JERUSALÉN	271
Las últimas predicciones de Jesús sobre la pasión	271
Preparación de María para la pasión y muerte de Jesús	272
María en el ambiente de los salmos	277
PASIÓN DE JESÚS	281
El jueves	281
La noche anterior al Viernes Santo	283

	<u>Pág.</u>
Angustia de María en aquella noche	285
El Vía Crucis y la crucifixión	286
Oración de Jesús por los enemigos	288
La inscripción	290
La distribución de las vestiduras	292
El escarnio	294
Abandono de María durante el abandono de Jesús	296
 VOCACIÓN DE MARÍA PARA UNA MATERNIDAD NUEVA	 299
Asistencia de María al pie de la Cruz	299
Significación de la asistencia materna para Jesús y su obra	302
Investidura de María con la nueva maternidad	305
Las palabras de Jesús en el relato de Juan	309
 DESCANSO DE JESÚS EN EL SEPULCRO. MARÍA PORTADORA DE FE EN LA RESURRECCIÓN	 313
La muerte de Jesús	313
Llanto fúnebre	314
La preparación para la sepultura	318
El desprendimiento y la sepultura de Jesús	320

VIII. MARÍA EN LA IGLESIA NACIENTE

Camino de la resurrección	327
Entre el día de pascua y el de la ascensión	330
La ascensión	332
María y la revelación del Espíritu Santo	336
Pentecostés	338
Testimonio maternal de María sobre la Divinidad de Jesús	340
María en el ambiente de los salmos	345
El tránsito de María	349
El encuentro de María con Jesucristo en el Cielo	355
Las últimas indicaciones bíblicas y primeras de la Iglesia sobre María como Madre del Redentor	358

PROLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El autor de la *Vida de María, la Madre de Jesús*, no necesita nueva presentación en el mundo hispanoamericano. Lo recomienda, ante todo, su excelente *Vida de Jesús*, difundida entre nosotros en la traducción hecha en 1935 de la cuarta edición alemana y publicada por la Editorial Espasa-Calpe, de Madrid. Además, el traductor de dicha obra, José Solá, S. I., puso de relieve, en un prólogo ponderado y objetivo, las cualidades peculiares del Dr. Francisco Miguel Willam, que se acreditaron escribiendo una vida nueva de Jesucristo.

Por eso hubiéramos preferido no prologar la edición castellana de su *Vida de María, la Madre de Jesús*, porque en realidad suscribimos las observaciones y encomios del R. P. Solá sobre el autor, sin tener nada que añadir o modificar. Nos contentamos con prometer confiadamente a los lectores, que también en este libro han de encontrar, puestas al servicio de María, las mismas cualidades de hombre de ciencia, de artista y de sacerdote, que han podido admirar en la *Vida de Jesús*. «Ciencia hecha deleitosa y agradable con el arte y consagrada con la unción de la piedad; arte avalorado con la piedad y la ciencia; piedad no subjetiva sino dogmática, que hace irradiar la belleza moral.»

Dos palabras en particular sobre la obra misma. Presenta caracteres análogos a los de la *Vida de Jesús*, como que es fruto de las mismas cualidades, y ha brotado de los mismos estudios, y se realiza a impulsos del mismo fin de «hacer influir en el pueblo las cosas de la fe», combatiendo la escisión que existe «entre la vida práctica y los dogmas religiosos» y entablando «contacto entre la ciencia religiosa de los fieles y la vida ordinaria.»

Una revista alemana (*Kathol. Frauenbildung im deutschen Volk*, 1936, núm. 5) enjuiciaba así este libro, cuando su pri-

mera aparición: «La *Vida de María* de Willam está concebida más maduramente aún y con mayor sencillez y penetración que su *Vida de Jesús*. Jugosa, delicada, precisa, llena de unción, esta obra verdaderamente grandiosa, revela una percepción fina y una humildad encantadora en el observar y recoger las observaciones, junto con una riqueza sorprendente de conocimientos y escrupulosidad en el trabajo...» Otros críticos del mismo país la saludaron, creemos que acertadamente, como el coronamiento de la labor empezada con la *Vida de Jesús*, y como un libro que viene a llenar realmente un vacío en la literatura mariana.

Los lectores de la versión española encontrarán también aquí «ciertos rasgos, más que nuevos, un tanto exóticos»; a veces se pondrá, tal vez, de manifiesto la misma imprecisión y vaguedad, característica del genio nórdico, con su tendencia a filosofar y problematizar; pero con la ventaja, para nosotros, de llamarnos la atención sobre aspectos y matices reales, que acaso pasen inadvertidos por la pluma de nuestros autores.

En cuanto a la elaboración misma de su obra, Willam ha seguido los datos de los libros inspirados del Nuevo Testamento, por el mismo orden cronológico que allí presentan y que es el que se impone objetivamente. Siempre discurre a base o con ocasión de ellos. Pero como los evangelistas administran con tanta parsimonia los datos que no se refieren directamente a la persona de Jesucristo, rara vez puede contentarse el biógrafo de la Santísima Virgen con reproducir las fuentes evangélicas, sin ninguna ampliación o suplemento. Willam los busca ante todo en el dogma y en la teología, haciéndoles valer con verdadero acierto y ponderación; en segundo lugar, en su competencia de orientalista, con toda sencillez, sin ningún aparato de ciencia; siendo, por otra parte, su obra plenamente científica y crítica, depuradora de pías leyendas sin fundamento suficiente y reconstructora de algunos detalles, no absolutamente ciertos históricamente, pero sí muy probables, que causan una primera impresión de cosa rara y chocante, más por desconocidos que por realmente impropios de María.

En muchos casos no basta ampliar o complementar; hay que reconstruir lo que debió de ser la vida de María, primero en Nazaret y luego al servicio del Mesías y de la Iglesia naciente. En este punto son muy dignos de aprecio los cono-

cimientos etnográficos y arqueológicos del autor, que llegan a ilustrar los años de vida oculta — que fueron casi todos los de la Virgen Santísima — con la objetividad y mesura que le son características. La resolución de Willam de no salirse de los libros inspirados y del ambiente de Palestina, hace que la visión de conjunto sobre la vida de María no sea, tal vez, todo lo amplia que pudiera ser; y, por el contrario, bastantes párrafos serían acaso de más inmediata aplicación para una vida de Jesucristo.

Es cierto que las fuentes marianas son muy escasas en los primeros siglos. La vida terrena de Jesús era, de suyo, un obstáculo para el reconocimiento de su Divinidad, y la profesión ciega de su personalidad divina ponía a riesgo en algunos la realidad de su naturaleza humana. De ahí que los evangelistas y los Padres apostólicos atendiesen preferentemente al elemento divino en la vida del Salvador. Agrégase que la ideología del paganismo hacía extremadamente peligroso el presentar, desde un principio, a la Madre del Mesías junto a su Hijo-Dios. Empapados en sus ideas mitológicas, fácilmente hubiesen exagerado los neófitos, elevándola a la categoría divina, o, mejor dicho, destruyendo el concepto verdadero de Divinidad. Por eso no es de extrañar que escaseen los documentos marianos en los tres primeros siglos. Pero ya en el cuarto empiezan a germinar las flores patristicas que tanto embellecieron la figura de María, y acaso hubieran podido aprovecharse más sus galas, aun dentro del plan objetivo y sobrio del autor, invocando el apoyo de la Tradición, que a veces trasciende los límites de la opinión personal para convertirse en argumento dogmático.

En cuanto a la traducción misma, hemos de advertir que en algunos pasajes acortamos un poco el texto original, previa autorización del autor y atendiendo al requerimiento de los editores. A pesar de eso hemos procurado que no se desvaneciera ninguna idea de relativa importancia, esquematizando en algún inciso la frase o párrafo suprimido, de no ser en casos especiales, cuando se trataba de algún ejemplo o explicación de costumbres ancestrales de Palestina que no nos parecía tan importante, o cuando el autor repetía una idea, no por repetirla, sino por profundizar más en ella o presen-

tarla en un nuevo aspecto, como podrá comprobar el lector en otros ejemplos, bastante numerosos, que quedan todavía.

Al ofrecer esta traducción a los países hispanoamericanos, deseamos con toda nuestra alma que contribuya a conservar y realzar una de las notas más típicas y bellas de nuestra vida cristiana, que rebasando los límites de la madre patria cundió también entre sus hijas, las naciones trasatlánticas que recibieron de España la fe y la cultura: la devoción y culto más entusiasta que se haya dado jamás en el mundo a la Madre de Dios, a la Santísima Virgen María. No creo aventurado afirmar que también en nuestra riquísima e incomparable literatura mariana, el libro de Willam viene a llenar un vacío, precisamente con lo que tiene de específico y peculiar suyo. Dios quiera que contribuya, por lo menos, para consolidar e intensificar nuestro fervor mariano y para despertar en nuestros corazones nuevos loores a *Nuestra Santísima Virgen*, sea con nombres antiguos como el Pilar y Guadalupe, sea bajo advocaciones menos conocidas hasta ahora, pero que pasarán a la historia con la epopeya de los héroes a quienes ha sostenido su *Virgen del Alcázar* o *Nuestra Señora de la Cabeza*.

P. M. ZALBA, S. I.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ALEMANA

Este libro sobre la vida de María ha brotado de los mismos estudios que produjeron la «Vida de Jesús en el país y pueblo de Israel»¹. La Sagrada Escritura cuenta relativamente pocas cosas acerca de la vida de María. Aunque no fuera más que por eso, sería imposible presentar una vida de María puramente histórica. La vida de María sólo es asequible en una mirada de conjunto sobre su carrera, y tratando de iluminarla con la luz que despiden la fe y la investigación sobre los relatos que mediata o inmediatamente se refieren a María. La investigación científica ha sacado a luz tantas cosas nuevas en estos últimos decenios, que ellas nos suministran muchos más datos fidedignos de los que a primera vista se pudiera esperar: Con todo, en diversas ocasiones tiene uno que contentarse con cosas probables.

La vida de María se revela como vida de mujer y de madre, y nos transporta continuamente al medio ambiente de las mujeres y de las madres; a escenas de calladas preocupaciones femeninas, de amor y sacrificio maternos. De esa manera, la vida de María complementa la vida de Jesús, no sólo en lo general, sino también en lo particular, precisamente porque revela el papel de la mujer y de la madre en el plan divino de la creación.

Al ver terminado mi libro, vuelvo a recordar a todos aquellos que tuvieron solicitud por mí en Oriente durante mi enfermedad. Doy las gracias a S. E. el Doctor Francisco Fellinger, Obispo de Jerusalén; a la Reverenda Madre Superiora Berchmana, al P. Cirilo Michels y al Dr. Rosenauer, del hospital de Papaioannou, en El Cairo. Jamás olvidaré los cuidados y sacrificios de la Rda. Hermana Edeltrudis.

¹ Traducción española: *La vida de Jesús en el país y pueblo de Israel*, traducida de la 4.^a edición alemana, por José Solá, S. I., Madrid 1935. Publicada esta obra por primera vez en 1932, se ha traducido también al japonés, inglés, italiano, holandés, húngaro, polaco, checo y recientemente al chino. En algunas lenguas ha tenido varias ediciones.

Gran reconocimiento debo a los señores Profesores: doctor Pablo Gächter, S. I., de Innsbruck; Dr. Edmundo Kalt, de Maguncia; P. Enrique Hänsler, O. S. B., de Praga, Abadía de Emaús, y al P. Juan Sonnen, C. M., representante en Jerusalén de la Asociación Alemana de Tierra Santa, porque se tomaron la molestia de ayudarme a corregir las pruebas y hacerme al mismo tiempo muchas y valiosas indicaciones. Igualmente agradezco al Dr. Luis Wurm, de Munich, su participación en la obra. El autor quedará reconocido por toda indicación y advertencia ulterior.

EL AUTOR

I. VIDA DE MARÍA HASTA LA ANUNCIACIÓN DEL ÁNGEL

Ojeada retrospectiva sobre la juventud de María a la luz del mensaje angélico

En tierra de Israel había nacida una niña. El padre y la madre la acogieron con júbilo. Como piadosos israelitas, que deseaban ver los días del Salvador, hubieran recibido un vástago varón con mayor júbilo. Por lo menos todos los vecinos eran del parecer que un vástago varón hubiera significado mucha mayor honra.

Las parteras lavaron a la criatura y la fajaron con pañales. Como se trataba de una niña, no hubo que aguardar el día de la circuncisión para imponerle el nombre. Se la llamó Miriam, María. Hoy día no se puede fijar con seguridad lo que significa este nombre. Acaso para los que se lo imponían a la niña era igualmente incierto. Era muy frecuente, y los que lo oían no indagaban mucho sobre su sentido. El Evangelio menciona una María de Magdala, una María de Betania y una María esposa de Cleofás. Tal nombre no era usual tan sólo en las esferas del pueblo sencillo; en la familia del rey Herodes, por ejemplo, se registra toda una serie de Marías.

Nadie sospechaba que aquella niña estuviese predestinada para algo extraordinario, que había de ser la Madre del Salvador.

Para nosotros sería una satisfacción, si pudiésemos conocer algo más concreto sobre los padres y sobre la hija. Pero la Sagrada Escritura deja completamente fallida nuestra curiosidad. Ni siquiera consigna los nombres de los padres. Se explica, por tanto, que el pueblo piadoso tratara de llenar esa laguna y la recargara y adornara con leyendas, entretejiendo una corona de milagros que aureolaba al padre, a la madre y a la niña que se iba desarrollando.

El primer acontecimiento que se narra de la vida de María, lo contiene el siguiente relato del Evangelio de San Lucas:

El ángel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen que estaba desposada

con un varón llamado José, de la casa de David. El nombre de la virgen era María. El ángel entró adonde ella estaba y dijo: «¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo!» Ella se turbó por tal lenguaje y consideraba qué podría significar aquel saludo. Mas el ángel le dijo: «¡No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios! Mira, vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David; reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin.»

María dijo al ángel: «¿Cómo se efectuará esto, pues yo no conozco varón?»

El ángel le respondió, diciendo: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el fruto santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y he aquí que también Isabel, tu pariente, ha concebido en su vejez un hijo; éste es el mes sexto para ella, a quien llaman estéril. Porque para Dios no hay cosas imposibles.»

Entonces dijo María: «¡He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra!» Y el ángel se retiró de su presencia (Luc. 1, 26-38).

Este relato ilustra la vida de María, en los años anteriores a la anunciación, de tres maneras:

Primera: El ángel califica a María como persona que está llena de gracia: esta expresión nos da pie para una consideración retrospectiva en orden a su vida interior en Dios.

Segunda: El ángel declara a María, con diversos términos, que su hijo será el Mesías prometido; y estos términos nos revelan la idea que, como hija de su pueblo y de su tiempo, tenía María sobre el Redentor: de suerte que el ángel puede explicarse en su mensaje estableciendo relación con aquella idea. El ángel tiene que declarar a María el encargo que le trae en nombre de Dios, con tal claridad que ella pueda comprender su significación. Es, pues, evidente que las expresiones e imágenes que emplea al efecto, son para María una explicación y no un enigma. Por consiguiente, cuando el ángel dice: «Vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre

David. Reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin», por cierto el nombre de «Jesús» y las expresiones «Hijo del Altísimo», «trono de su padre David», «reinar sobre la casa de Jacob», «no tener fin su reino», deben serle familiares de algún modo a la Virgen María.

Tercera: La narración revela que María se ha emancipado de su propia familia y está desposada con un varón llamado José. Se ha desposado, aunque está resuelta a llevar vida virginal.

Así, pues, la historia de la anunciación ofrece tres atalayas, desde donde se puede dirigir la mirada a los años que precedieron a aquella hora decisiva.

1. VIDA DE MARÍA EN LA GRACIA

Infancia y juventud de María

«¡Salve, llena de gracia!» (Luc. 1, 28). — «¡Has hallado gracia delante de Dios!» (Luc. 1, 30).

El ángel Gabriel saluda a María en Nazaret con las palabras: «¡Salve, llena de gracia!» La expresión «llena de gracia» ocupa el lugar que suele corresponder al nombre propio; y aquí se la emplea, de hecho, como nombre propio. Conforme al testimonio del ángel es, pues, María, a los ojos de Dios y en su plan divino, la llena de gracia, de tal manera y en tan incomparable medida, que este apelativo no se acomoda ni se puede aplicar a ninguna otra mujer. A María se la caracteriza aquí, en su ser personal, como la mujer llena de gracia. Esta plenitud de gracia no es, por lo tanto, algo añadido a su ser primitivo, sino que le fué otorgada desde el primer momento de su existencia. Por eso la saluda el ángel como a quien está ya llena de gracia, no como a quien la va a recibir con su venida. De modo análogo saluda el ángel del Señor a Gedeón, diciéndole: «El Señor está contigo, héroe esforzado.» La calificación de Gedeón como héroe esforzado es un nombre característico, como lo es el saludo que el ángel dirige a María, llamándola llena de gracia. Por consiguiente, María estaba llena de gracia y llena de santidad desde los primeros momentos de su vida.

¡Una niña santa! ¡Qué rara criatura en este mundo y qué extraño su desarrollo entre los demás hombres! Como todos los niños, nace de una madre, no puede valerse, es ignorante como cualquier otro. Crece como los demás hasta que llega el instante en que el espíritu que la anima se traiciona en las primeras palabras y acciones conscientes. Ya no pasa mucho tiempo sin que sus padres y parientes digan: «¡Esta es una criatura excepcional, no se parece en nada a las demás!»

Lo que los mayores formulan con palabras, lo experimentan también sus camaradas de juego. La aman o, más

exactamente, hay algo en ellos que los arrastra hacia aquella criatura; pero también algo que produce cierto recelo ante ella. Unas veces predomina la inclinación, otras el recelo; y en el fondo de este doble sentimiento se oculta un respeto misterioso. El resultado es que con ella no tratan como con los otros niños.

La niña se desarrolla; sus padres la observan y vuelven a observar, y no saben siquiera si deben regocijarse o afligirse por la índole de su hija. Porque es condición de lo sobrenatural que no se reconozca al punto. Son menester tiempo y distancia, con frecuencia tanto tiempo y tan grande distancia, que sólo después que ha muerto el individuo dotado de carácter sobrenatural, se llega a comprender su manera de ser.

Un niño santo es a fin de cuentas un niño real y verdadero: puede ser un ignorante, despreocupado, incauto, desigual en las emociones de su espíritu. Pero mientras los otros niños copian pronto de los mayores lo malo más bien que lo bueno, y poco a poco revelan en sí una ingeniosidad que da que pensar: la de velar ante los demás lo malo que hacen, el niño santo no entra por ese camino trillado, sigue obrando el bien y persevera en él aun contra la voluntad de los otros hombres. Sus faltas son tan insignificantes, que casi no sirven más que para poner de relieve su perfección en las demás cosas. Siendo los otros niños volubles e incapaces de recoger sus pensamientos en la oración, de éstos se diría que han tenido ya tal vida de piedad y contemplación, que se les ha connaturalizado la vida de oración (Newman).

Todo esto que notan los que viven cerca de niños santos, pudieron observar en su hija, en forma más pura y perfecta, los padres de María. María era más razonable, más incontaminada, más santa que los demás niños. Como los parientes de Juan Bautista después del nacimiento de éste, podían también ellos preguntarse más de una vez: «¿Qué habrá de ser esta criatura? ¡Porque la mano del Señor está con ella!»

Pero ¿qué pasaba por ese mismo tiempo en el alma de María? A nosotros no nos es posible seguir desde su niñez la vida interior de María, la llena de gracia; en el terreno religioso nos faltan las experiencias personales correspondientes y propias. Es menester contentarnos con llamar a comparación elementos menos profundos.

Los hombres de vida interior religiosa viven en su alma sucesos íntimos que guardan para sí. Sienten que la comunicación de lo que han experimentado puede tener por consecuencia la depreciación de su valor y hasta la discusión de su realidad. Por eso se callan. Esta ley vale también para el desarrollo interior de los niños. Las grandes ilustraciones íntimas que vive un niño predestinado, permanecen, por lo regular, ocultas tras el porte exterior infantil, aun para sus padres y hermanos.

La vida de la pequeña María, pues, evolucionaba según las leyes que sigue todo desarrollo humano. En aquella alma llena de gracia, limpia de todo pecado y de toda inclinación al pecado, hubo comunicaciones divinas absolutamente imposibles de manifestar para ella, y es de suponer que ni siquiera se le ocurrió la pregunta de si debía o podía relatarlas. De ahí que pasase los años de su niñez en completa soledad. Para su vida interior era ésta de influencia decisiva. La hizo la contemplativa silenciosa «que todo lo guardaba y meditaba en su corazón» (Luc. 2, 19, 51). Por la enorme trascendencia de esta soledad para toda la vida de María, veremos de hacer comprensible a nosotros, los hombres, en un párrafo especial, la índole de aquella vida solitaria.

La soledad de la Llena de gracia

Con los niños, cuando son verdaderamente accesibles al sentimiento natural, ocurre algo curioso; viven en un mundo cerrado, de difícil acceso para los mayores. Su trato mutuo es de una naturalidad muy grande; al revés del de las personas mayores, que tienen mucho de reserva enojosa y es en hecho de verdad un vaivén continuo. Acercarse a los hombres es prepararse para retroceder, y retroceder es prepararse para un nuevo acercamiento. En determinadas ocasiones llega a ser palpable esta diferencia entre niños y mayores. Reconstruyamos, por ejemplo, el encuentro de dos grupos de excursionistas donde vayan también niños. Antes de que los mayores hayan hecho su presentación mutua conforme a la etiqueta, los niños han intimado y forman un mundo aparte. Naturalmente ninguno puede hacer una descripción personal del otro,

pero para la vida, para el trato, se «conocen» como si fueran antiguos camaradas. Por eso, siempre que los niños encuentran otros niños, se desentienden al punto del mundo de los mayores. Y es que con todo su ser están anhelando el reino a que pertenecen. Esta es una ansia que vive siempre despierta en ellos y busca satisfacción.

María vivía en una soledad de la que es algún reflejo, bien que pálido, el aislamiento del niño que crece entre gente mayor. María, la llena de gracia, vivía, en efecto, para proseguir con la imagen, como elevadísima y perfectísima hija de Dios entre hombres que habían perdido la filiación divina, habían pagado mayor o menor tributo al pecado y estaban al alcance de las inclinaciones pecaminosas.

El hombre ordinario conoce la diferencia entre lo bueno y lo malo precisamente porque hace lo malo y al hacerlo percibe la voz de la conciencia. Antes de su transgresión, la percibe y la desatiende; durante ella, la percibe y la acalla con lo que está haciendo; después, la percibe y querría no percibirla. Conocimiento del mal es éste que no procede de Dios, sino que se tiene por haberse alejado de él.

Jamás alcanzó María en su juventud una experiencia de tal género. Jamás percibió la voz de su conciencia en este sentido, como guardiana, como si ella se hubiese inclinado a alguna cosa mala. Siempre que le hablaba su conciencia era para invitarla a algo bueno, y aun esta invitación no la hacía con aquel apremio con que amonesta al hombre ordinario o a un pecador antes de la conversión; María correspondía a las más ligeras sugerencias de Dios con perfecta docilidad.

Si con esta vida espiritual tan peculiar hubiese tenido que pasar María sus días en un desierto, si a la soledad interior se hubiese añadido la exterior, no hubiera tenido que padecer tanto. Pero vivía en una pequeña ciudad de Oriente, entre puros hombres que sentían el pecado por lo menos en la concupiscencia y en la tentación; la mayor parte de las veces, también en la realidad. Todos estos hombres vivían, a los ojos de María, en un mundo con el que ella no tenía ninguna relación. Ni una sola vez participó María en uno de aquellos pecados; jamás escuchó, por ejemplo, una conversación inconveniente con agrado, o se la contó a otros; cuando algunos se acaloraban en una disputa, nunca intervino en el altercado.

Innumerables lazos y relaciones sociales en el mundo, tales como hoy día existen, no son consecuencia de buenas obras, sino del pecado y de la concupiscencia desordenada. María no tuvo ni una sola vez semejantes puntos de contacto con sus conciudadanos. Hablando humanamente ni siquiera alcanzaba a comprender cómo pecaban los hombres de aquella manera, ni cómo miraban el pecado, de no tratarse de crímenes insólitos, como algo que decía bien con ellos, como algo «natural».

Con todo, no hubo ni un instante en el que excluyera María de su dolor personal un solo pecado de un solo hombre, pretextando que a ella no le iba nada en aquello, por no ser ella, sino el pecador, quien lo había cometido. María, la sin mancha, veía en cada pecado algo monstruoso, una ofensa al Altísimo, una destrucción del orden que el amor de Dios había planeado a beneficio de los hombres. Veía como en un espejo el estrago que el pecado causaba en las almas. Todos los hombres que vivían cerca de ella cargados de culpas, no sabían tanto como María sobre el estado de sus propias almas.

Pero entonces ignoraba aún por qué le sucedía aquello; en su humildad no podía ocurrírsele que hubiese sido agraciada por Dios de manera tan especialísima. Solamente comprobaba de mil modos que ella era algo único, que no había otra persona que fuese como ella; pero no podía darse cuenta con la misma claridad de cómo era propiamente. La impresión que le causaba este fenómeno era tanto mayor cuanto con más frecuencia y más a fondo se repetía. María se encontraba como un niño entre gente mayor, sola e incomprensida.

El amor al silencio, que más tarde notaremos constantemente en María y que los evangelistas ponen expresamente de realce, era, pues, desde un doble punto de vista, una consecuencia natural de su posición entre los hombres que la rodeaban. Su situación particular respecto de Dios la obligaba, como ya lo hemos notado, a guardar silencio sobre las experiencias de su alma. Su situación particular respecto del pecado, era nuevo título para que mantuviera sellados sus labios. Nadie tenía que callar y reservarse tanto como ella. Pero nadie podía tampoco, tan bien como María, «guardarse en el corazón» los secretos.

En los datos de experiencia múltiples que aumentaban a diario y le hacían sentir sin cesar que se encontraba sola, no

le quedaba más que un refugio y una salvación: el recurso a Dios. Vivir con Dios y en Dios era para María una necesidad tan imperiosa como lo es para la vida corporal del hombre el respirar. Es de todo punto imposible llegar a comprender la vida de María en su desenvolvimiento particular hacia Dios, sin esta perspectiva de su soledad en el mundo.

Cuestión aparte es también la consideración de cómo reaccionaban los otros hombres ante aquel modo de ser particular de María y cómo se conducían con ella. Basta representarse la estrechez de una ciudad oriental para que a uno le sobrecoja, sin poderlo evitar, un presentimiento doloroso. La mayor parte de las vecinas — para el trato de María sólo las mujeres entran en la cuenta — observaron sin duda aquello especial de María, pero no poseían nada de aquel amor ni de aquella anchura de corazón de que ella gozaba en tan grande medida. La gente del pueblo no tiene más que un comentario para estos casos: si alguno de los vecinos no es como ellos, si procede de otra manera, si es mejor, se le sentencia y condena en frases del uso de las gentes como a soberbio y altanero, como a quien está pagado de sí y se tiene por mejor de lo que es. María tuvo que sufrir sin duda muchas veces semejantes juicios desde su juventud en aquel pequeño Nazaret, cuyos moradores tenían, por añadidura, fama de pendencieros.

María, la más humilde entre todos, debió de ser tachada más de una vez en su vida, como la más altiva de todos, como «ignominia para la casa de David». Cuando se regocija en el Magnificat porque Dios ha arrojado del trono a los poderosos, porque ha dejado a los ricos con las manos vacías, mientras que a los humildes los ha ensalzado y a los hambrientos los ha saciado con sus bienes, no hace más que pregonar de todo corazón lo que ella misma ha vivido. A su exaltación precedió realmente un período de humillación.

Los votos en Israel

La Sagrada Escritura presenta a María, cuando la anuncia-ción, en una coyuntura y con una disposición de ánimo ambas igualmente extrañas. Se dice expresamente que estaba desposada con un varón llamado José. Por otra parte asegura ella

al ángel, con toda claridad, que no conoce varón; que no tiene, por consiguiente, ninguna relación de las que, por ley natural, se presuponen para el anuncio de un hijo.

Tal proceder no se explica sino en la hipótesis de que María hubiese hecho voto de virginidad, como decimos nosotros.

Los votos juegan un papel importante en todo pueblo genuinamente religioso. Basta compulsar a este efecto la historia de alguna de esas épocas, v. gr., la de la Edad Media, para advertir al punto que los votos, «las promesas», como decía el pueblo en su lenguaje familiar, eran un elemento esencial de la vida religiosa.

Parecidas circunstancias reinaban en Israel.

Los votos habían sido una manifestación importante de la vida religiosa, ya en tiempos de Moisés y de los reyes. En la ley se dice: «Si has hecho al Señor, tu Dios, un voto, no dilates su cumplimiento. Dejando de hacer voto no se comete pecado, pero lo prometido una vez hay que hacerlo» (Deut. 23, 22-24). «No permitas que tu lengua te haga culpable (por un voto inconsiderado) y no digas (después) al sacerdote: Lo hice con precipitación; porque Dios podría enojarse con tu lenguaje e inutilizar el trabajo de tus manos, sustrayéndole su bendición» (Ecl. 5, 3-5).

También en el siglo que entra en consideración para el voto de María son las promesas votivas una forma ordinaria y preferida del culto religioso popular. Usos y abusos de semejantes votos habían tomado carta de ciudadanía, indicio que en la vida de los pueblos es la mejor prueba de que algo se ha impuesto. Cuando el pueblo se familiariza con alguna práctica, degenera fácilmente en abuso, dada la debilidad humana. Que tales abusos existían realmente en tiempo de Jesús, lo revelan las alusiones del mismo. Ante los fariseos que le muestran recelo porque sus discípulos no se atienen a los ritos de la purificación, replica: «¿Y por qué quebrantáis vosotros, por amor a vuestras tradiciones (por amor a las costumbres introducidas por vosotros), el mandamiento de Dios? Dios ha ordenado: Amarás a tu padre y a tu madre; y también: Quien maldiga de su padre y de su madre, morirá. Pero vosotros decís: Quien diga a su padre o a su madre: Lo que tu habrías de recibir de mí como sostén ha de ser *korban* (= una ofrenda

para el templo hecha con voto), ese tal no necesita honrar a su padre y a su madre ni, por consiguiente, sustentarlos» (Mat. 15, 2). Según el reproche de Jesús existía abusivamente un voto para librarse del deber de socorrer a los padres. El hijo les hacía esta declaración: Todo el socorro que esperáis de mí, lo he ofrendado con voto. Y una ofrenda era algo sagrado que nadie, ni siquiera los padres, se lo podía apropiar.

También los escritos extrabíblicos muestran que la costumbre de hacer votos no se había interrumpido. Muchos de ellos consistían en renunciar a alguna cosa, mediante fórmulas determinadas (como volvemos a recordar), parecidas a las de juramento. Muy significativa sobre el abuso de hacer votos inconsideradamente es la circunstancia de que incluso estaba prevista la posibilidad de asegurarse contra tales votos precipitados, con un contravoto, en el que se declaraba de antemano: «¡Cualquier voto que yo haga es inválido!» Además se consignaban todos los incidentes posibles que anulan un voto, y se examinan todas las posibilidades para hacerlo írrito, siendo válido. Se narran también explícitamente casos de padres que «desheredan» al hijo, y de hijos que desheredan al padre por medio de una de esas promesas. La expresión que emplea Jesús: «Lo que podrías recibir de mí es *korban* (ofrenda)», está plenamente conforme con la sentencia que aducen los rabinos.

En el caso de María, son de especial importancia los testimonios extrabíblicos que dan fe de votos relacionados de alguna manera con la esfera matrimonial. Se puede demostrar su existencia. En diversos textos se habla de exigencias por las que un hombre invade la vida de una mujer, forzándola a emitir votos que significan para ella una sobrecarga de la vida. Se cita, v. gr., el caso de un hombre que arranca a su mujer el voto de no prestar nunca nada, de no ostentar jamás en lo sucesivo un adorno, de no volver a visitar el hogar paterno. Tales votos no obligaban a la mujer más que cuando ella los aprobaba. Si su consorte persistía en exigirselos, tenía derecho a separarse de él.

No teniendo derecho el marido para obligar a la mujer a que aceptara votos que afectaran a su género de vida, mucho menos podría emitir ésta, sin aprobación del esposo, un voto que afectase a la vida de éste. (A no ser que ambos hubieran

hecho el mismo voto y se hubieran comprometido de esa manera a las mismas condiciones de vida). La naturaleza de las cosas llevaba consigo que tales casos fueran raros, y no se los menciona por separado. Sin embargo, a ellos pertenece, en cierto sentido, un hecho conocido de la Biblia. Ana, la madre, hizo este voto: «¡Señor de los ejércitos! Si en tu piedad miras a la necesidad de tu esclava, si te acuerdas de mí y no me olvidas, sino que me concedes un hijo, yo me resuelvo a consagrarlo al Señor de por vida, y jamás tocarán su cabeza las tijeras de cortar pelo.» El voto lo hizo Ana, la esposa; pero hubo de avalarlo Elcana, su marido.

Cabe preguntar ahora si se daban votos que se refiriesen a la vida conyugal en sentido estricto. Sí que se daban. Una vez se habla en el supuesto de que un hombre ha hecho voto de continencia en el matrimonio y se hace esta observación: «No debe profanar su palabra; tiene que obrar conforme a lo que ha salido de sus labios». Se reconoce, por consiguiente, su licitud y fuerza obligatoria. En otra ocasión encontramos indicaciones detalladas sobre cómo se ha de resolver el conflicto que por causa de algún voto se interponga en algún desposorio: Si alguien se desposa con una mujer bajo la condición de que «no pese sobre ella ningún voto» el desposorio es inválido si la mujer no descubre su voto antes de desposarse. Si al desposorio se ha seguido ya la entrada en el nuevo hogar y se averigua que «sobre la esposa pesan votos que ella ha ocultado», hay que despedirla (por medio de un libelo de repudio) sin entregarle la dote. Luego, si puede ser despedida una mujer a causa de «voto que ha ocultado», sin entrega de la dote que le correspondía, para un desposorio válido ante la ley se requiere manifiestamente que la mujer dé cuenta al marido de los votos que la seguirán obligando en el futuro.

Los escritos extrabíblicos arrojan, pues, cierta luz sobre la resolución de María, de llevar vida virginal en el matrimonio.

El caso decisivo sería naturalmente el de una mujer que, con aprobación de su marido o de su novio, se hubiese consagrado a Dios. Pero de esto no hay comprobante alguno. Hemos llegado al límite de lo que en las prácticas piadosas generales pudiera servir de ilustración para el voto de María.

Por consiguiente los testimonios históricos no bastan, por una parte, para ver en la resolución de María algo que tenga su

explicación en las costumbres de entonces. Por otra, esos mismos testimonios indican que entre el pueblo estaban en uso los votos y que eran generalmente conocidas las relaciones jurídicas entre promesas votivas y promesas matrimoniales. Si, pues, María estaba resuelta a guardar virginidad por amor a Dios, sabía también sin duda, en aquel medio ambiente, que tenía obligación de manifestar a su novio tal resolución antes del desposorio. Y si quería estar segura de que este precedente no le había de crear dificultades después de contraer matrimonio, no pudo darse por satisfecha con una simple aprobación de su prometido, sino que, en su religiosidad, hubo de tener garantías de que no cambiaría él más tarde de conducta y de modo de pensar.

Sobre el terreno de las realidades que acabamos de aducir, parece que se puede establecer en definitiva: No era usual en aquella época que una joven renunciase al matrimonio por amor de Dios, consagrandolo al Señor su virginidad por un voto estricto. Pero ¿no pudo ser, por lo menos, que diera María en esta idea, al conjuro de tendencias que apuntasen en aquel tiempo? ¿Qué concepto se tenía entonces del matrimonio y de la continencia?

La respuesta a estas preguntas ilumina la conducta de María por un lado nuevo, que es realmente significativo.

Matrimonio, viudez y virginidad en Israel

Por norma ordinaria el ideal entre los israelitas era casarse, envejecer en medio de un escuadrón de hijos que, como «retosños de olivo», crecieran en torno del viejo tronco, y ver aún a los hijos de sus hijos. Para el adolescente era casi un deber casarse. Y la vida de la mayor parte de los hombres correspondía a esta idea. En el matrimonio se dirigían las miradas, más que hoy, a los hijos y a la descendencia que habían de prolongar la familia hasta «los días del Mesías». Que la gente piadosa mirara el matrimonio y lo consumara con estos sentimientos, lo prueba, por ejemplo, la oración de Tobías.

Pero junto con este ideal, latía en el pueblo una fuerte atracción hacia la virginidad. Las vírgenes podían acompañar con timbales el arca de la Alianza. En las lamentaciones se las

conmemora a la par con los sacerdotes. También era objeto de veneración y respeto una viuda que, después del primer matrimonio, no contraía otro, sino que vivía casta y piadosa, como en una segunda virginidad. A Judit se la consideraba como modelo de esta clase. En los límites entre el Viejo y Nuevo Testamento hubo también otra viuda, Ana, la profetisa, que había consagrado su viudez al servicio divino y que, a una con el anciano Simeón, mereció saludar al Salvador en el Templo.

Y es que a impulsos del desarrollo religioso general, se había impuesto el aprecio de la vida celibataria, cuando un empeño religioso determinado absorbía toda la capacidad del hombre. Varios profetas: Elías, su discípulo Eliseo, que gozaba de un prestigio enorme entre el pueblo; Jeremías, el profeta del tiempo de la cautividad, habían sido célibes. El último de todos, el gran profeta que, puesto entre el Viejo y Nuevo Testamento, se llevó tras sí a todo el pueblo, Juan el Bautista, fué asimismo célibe. Y no hay el menor indicio de que se le zahiriera por ello. La gente tenía, pues, cierto sentido para estos casos. Algunas generaciones antes de Jesucristo se había constituido una secta, la de los esenios, que se obligaba precisamente al celibato. Logró bastante difusión, porque según Flavio Josefo, en su tiempo contaba con unos 4.000 adeptos. No se ha puesto aún fuera de toda duda su origen; consta que rechazaba el culto del Templo. La circunstancia de que una corporación religiosa se pronuncie en favor del celibato, es una prueba de que este ideal tenía en aquellos tiempos cierta fuerza cautivadora. No deja de ser probable que en éste como en otros muchos casos, pusiera una secta como base de su sistema religioso, un pensamiento que flotaba en el ambiente.

Lo dicho tiene aplicación inmediata para los varones. Las vírgenes estaban, por su misma condición, en otras circunstancias respecto del matrimonio, ya que no se casaban, sino que, en expresión que también usa el Señor, eran tomadas en matrimonio. Por lo mismo, no se les podía imponer precepto propiamente dicho de casarse. Cuando lo había o se aceptaba, la obligación recaía sobre el padre o tutor. Así que la opinión pública no se fijaba en ellas como en los jóvenes. Por este motivo son tan poco precisas en este asunto las fuentes escritas, en el caso particular de la mujer. Hablando en general, parece

que puede fijarse esta conclusión: en una época en que se miraba con veneración el celibato de los varones en ciertas circunstancias, no estaba del todo excluida para la mujer la posibilidad de llevar vida celibataria por motivos religiosos.

En vista de esto se podía llegar a creer que la resolución de María de guardar virginidad la habían preparado, en buena parte, las ideas religiosas de entonces. Sin embargo, precisamente a una joven como María, le salía al paso una dificultad especial. Porque se contaba entre las hijas de la casa de David, de la que había de salir el Mesías según las profecías. Esto estaba entonces tan vivamente impreso en la conciencia del pueblo, que al Mesías se le llamaba precisamente «Hijo de David», como se le llamó más tarde al mismo Jesús. Toda hija de la casa de David lo sabía y, en consecuencia, se consideraba a sí misma en el reducido grupo de las que podrían ser madres del Mesías, o por sí mismas, o en la descendencia de sus hijos. Pero en el momento en que una hija de David se consagraba a Dios, la esperanza de la maternidad mesiánica debía ceder ante la vida ofrendada a Dios en virginidad. Con esto quedan indicadas las razones por las cuales, miradas las cosas desde fuera, también para María se ofrecían reparos, y reparos de orden religioso, contra un voto de virginidad.

Por lo tanto, no es fácil explicarse cómo se sobrepuso María, por decirlo así, a este estado de cosas. La respuesta más sencilla sería poder aducir documentos, para demostrar que en aquel tiempo estaba difundida generalmente la opinión de que el Mesías ya había nacido. Es cierto que corrían rumores semejantes entre el pueblo, pero no ofrecen fundamento suficiente para una prueba propiamente dicha. Se podría aceptar también la idea de que María se juzgaba indigna de ser Madre del Mesías y que pensaba que su cuna la poseía alguna familia que conservara mejor el esplendor y nobleza de la descendencia de David. Como se ve, esta hipótesis supone que María había pensado expresamente en la posibilidad de ser elegida ella para Madre del Mesías. Mayor posibilidad tiene, a pesar de que no lo parece y precisamente porque no lo parece, la suposición de que María llevaba una vida de tanta humillación y en circunstancias externas tan mortificantes, que jamás le vino a la mente el relacionarse a sí misma con la profecía mesiánica, ni siquiera a título de curiosidad. De todos modos, aunque

no hay que olvidar que con su voto de virginidad se excluyó María de las hijas de David, en cuanto portadoras próximas de la promesa mesiánica, no conviene aferrarse a una explicación determinada del cómo llegó a esta resolución, sino considerar en este hecho el misterio que, por disposición divina, era como el fundamento de su vida y el comienzo de su preparación personal para la venida del Mesías.

María Virgen. Su consagración a Dios

«El Señor está contigo» (Luc. 1, 28).

Hemos indicado que la costumbre de hacer votos estaba generalmente reconocida y aprobada por los tiempos en que vivía María; pero hemos visto también que no se puede presentar ningún caso tan semejante al suyo que le hubiese podido servir de modelo.

¿Cómo llegó, pues, María a consagrarse a Dios?

No parece admisible que la hubiese movido a este voto alguna revelación de Dios, perceptible por los sentidos como la aparición del ángel; porque en tal caso hubiera hablado de otra manera cuando la anunciación. Por consiguiente, el motivo único para su consagración a Dios hay que buscarlo, consideradas todas las suposiciones que se pueden hacer sobre el caso, en su condición especial; en que estaba bajo la dirección particular y personal de Dios; precisamente en que era la llena de gracia. Ahí está la primera y única causa de la consagración a Dios de su virginidad.

Porque su vida en Dios no la sumía simplemente en una soledad indecible, sino que además le fijaba un fin dentro de esta soledad y despertaba en su alma un anhelo que se apoderaba de ella por completo: el de pertenecer a Dios de tal manera que no quedase libre ni un átomo de su ser. Este anhelo, que ya se prendió en su alma cuando empezó a ser consciente, se fué desarrollando con más rapidez que ella misma. Como el murmurar de una fuente es siempre el mismo y el mismo el silbido del viento, como el fuego lanza su llama sin cesar a las alturas, así los sentimientos y aspiraciones de María eran siempre los mismos y estaban dirigidos a Dios únicamente.

Aquel anhelo había dado a la vida de María un tono peculiar invariable. Invariabilidad que a los hombres ganosos de variedad les hace tan difícil el comprender aquella vida. Porque el género humano se revuelve contra lo invariable, aun contra la invariabilidad del alma en Dios. La de María tenía, por el contrario, algo de la constitución de los ángeles. Las resoluciones que había concebido por amor a Dios las tenía tan arraigadas que nunca experimentó deseo de modificarlas. María es, de modo especial, la «virgen fiel», como se la invoca en las letanías.

Esta constancia respecto de lo divino obraba en María con intensidad máxima precisamente en aquella época de su vida en que las doncellas se transforman en lo exterior y con mucha frecuencia también interiormente; en la época en que la niñez madura en la adolescencia.

La vida de María no hubiera sido verdaderamente humana, si estos años no hubiesen tenido también para ella un influjo decisivo. También ella adquirió noticia de su situación como doncella respecto del otro sexo y, por lo mismo, respecto de la sociedad. Y mientras que muchas jóvenes se desentienden interiormente de Dios en esta época, María se le unía más estrechamente y consagraba su vida entera al Señor. Ya San Agustín se expresa en una forma que viene a decir que María había hecho voto de virginidad. Su expresión puede desorientar por cuanto suscita la idea de que María se impuso algo que también otras mujeres ofrecían a Dios con voto y que ya entonces se designaba con la frase «hacer voto de virginidad». Pero no es éste su pensamiento. Lo que María hizo se asemeja más bien a lo que hace una flor cuando se abre a los rayos del sol; el movimiento procede de dentro, no de fuera. María no siguió ni imitó el ejemplo de otras, sino que satisfizo una necesidad interna que sólo se daba en ella, la llena de gracia.

Su consagración al Altísimo la hizo María en determinado tiempo y lugar.

¿A qué edad hizo la Virgen su voto? Para la validez jurídica se requería cierto número de años; tratándose de una doncella, doce cumplidos. María tuvo que tener, pues, más de doce años.

¿Dónde consumó María esta consagración?

Si se quiere optar por un lugar y tiempo del año determinados, lo más creíble es, atendida la vida religiosa de entonces

y la ley en la distribución de gracias del Antiguo Testamento, que hizo su voto en Jerusalén con ocasión de alguna fiesta.

También en su vida ulterior tendrán las solemnidades una significación decisiva. Con todo, esto no pasa de una consideración piadosa.

Aquel momento no debemos representárnoslo jamás sino acompañado de una asistencia peculiarísima y misteriosa de la gracia, que le infundió luz y fuerza a un mismo tiempo. No es imposible que a este paso trascendental hubiesen precedido luchas internas, vacilaciones como las que más tarde asaltaron a José, su prometido, antes del matrimonio. Porque obedeciendo a un impulso interno se obligaba María a una cosa sin precedentes, de la que, sin sospecharlo, iba a ser ella misma el modelo. Además, no ignoraba la manera de pensar de sus parientes y conocía bastante los usos y costumbres, para prever que su voto le podía acarrear aprietos y persecuciones.

2. LA VIDA DE MARIA EN LA SOCIEDAD RELIGIOSA

Abolengo de Maria

«Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán. Abrahán tuvo por hijo a Isaac; Isaac a Jacob; Jacob a Judas y sus hermanos; Judas engendró de Tamar a Farés y a Zara; Farés a Esrón; Esrón a Aram; Aram a Aminadab; Aminadab a Naasón; Naasón a Salmón; Salmón engendró de Rahab a Booz; Booz, de Rut, a Obed; Obed a Jesé; Jesé al rey David; David a Salomón, de la mujer de Urias; Salomón a Roboam; Roboam a Abías; Abías a Asá; Asá a Josafat; Josafat a Joram; Joram a Ozías; Ozías a Joatam; Joatam a Acáz; Acáz a Ezequías; Ezequías a Manasés; Manasés a Amón; Amón a Josías; Josías a Jeconías y sus hermanos por el tiempo de la cautividad de Babilonia.

Después de la cautividad de Babilonia: Jeconías tuvo por hijo a Salatiel; Salatiel a Zorobabel; Zorobabel a Abiud; Abiud a Eliacim; Eliacim a Azor; Azor a Sadoc; Sadoc a Aquim; Aquim a Eliud; Eliud a Eleazar; Eleazar a Matán; Matán a Jacob; Jacob a José, el esposo de María. De ésta nació Jesús a quien se llama Cristo» (Mat. 1, 1-16).

En los escritos religiosos de los israelitas y en las discusiones de carácter religioso que de ellos conocemos por la tradición, se lee: «Así está escrito; la Escritura dice; esto es lo que se había escrito; en el libro del profeta está escrito; esto es lo que dijo el Espíritu Santo por medio del profeta.» Y cuando se trata de comprobar ese «Así está escrito», se oyen las preguntas: «¿Cómo lees tú? ¿Cómo está escrito? ¿Qué es lo que está escrito?»

La persuasión de que la Escritura expresaba la voluntad de Dios tenía un influjo educativo muy grande. La repetición constante de estas expresiones engendraba en la gente, consciente o inconscientemente, esta convicción: La historia de nuestro pueblo no es una urdimbre de sucesos tramados por la casualidad, y su futuro no lo será más que el pasado. Conforme a esto, todos debían tener una vocación y un empleo dentro del pueblo; cada cual se sentía como un valor individual, no como un valor aislado. El sentimiento y la idea religiosa

afectaban de esta manera la existencia misma del pueblo y daban sentido y razón a la vida del último labrador.

Esto tenía también aplicación en un asunto que la gente gusta de subordinar únicamente a la ley o instinto de la naturaleza: el de la formación de una familia y de la vida conyugal. El matrimonio no era para los israelitas un simple «casarse», que a nadie importa, fuera del interesado y sus parientes. Por el matrimonio entraba uno en la misión religiosa del pueblo, para prolongar la serie de generaciones hasta que apareciese el Mesías prometido en la Escritura. Por esta razón el matrimonio sin hijos no era solamente, ni en primer término, un defecto físico, sino un defecto religioso; la expresión de que Dios excluía de sus planes a tal hombre, a tal mujer, a tal familia. Diríase que un hombre sin hijos quedaba como detenido, que no avanzaba con su descendencia al encuentro del Salvador.

En un árbol genealógico se suele seguir hoy día regresivamente la línea principal; los que pertenecen a ella son «los parientes». En estas cosas los orientales se atienen con más fidelidad que nosotros a la naturaleza. La descendencia de las líneas laterales la computan también como de la familia, y de esto resulta cierta libertad en la combinación de las genealogías. Como sucede en un árbol, que se puede llegar al tronco por las diversas ramas, sucedía también en la ordenación de las listas genealógicas, que para llegar a la línea principal no se aducían todas las bifurcaciones, ni por consiguiente todos los miembros, o no se indicaban las ramas que conducían directamente al tronco, sino que se saltaba a una rama próxima y se escalaba por ella la línea principal. Estas contingencias se deben tener a la vista al considerar las dos genealogías que de Jesús nos transmiten los Evangelios y que, en muchos casos, no se refieren a la misma línea; esto es tan evidente que lo puede comprobar cualquier niño. Con todo, los evangelistas y los primeros lectores del Evangelio no se intranquilizaron por ello. La razón hay que buscarla no en su simplicidad, sino en su conocimiento más exacto del modo cómo se formaban y transmitían entonces las genealogías.

Las familias de los sacerdotes y levitas y de todos aquellos que desempeñaban en el Templo cargos honoríficos, solían tener listas especialmente exactas. Con ocasión del matrimonio

se sometía a examen severo la ascendencia de la mujer, aplicando esta regla: Si un sacerdote se casaba con una mujer de familia sacerdotal, había que compulsar regresivamente ocho madres, a saber: su propia madre y la madre de su madre (abuela); la madre del padre de su madre y la madre de ella; la madre de su padre y la madre de ella; la madre del padre de su padre y la madre de ella. Si se casaba con la hija de un levita u otro israelita (bien acreditado), se retrocedía en ese examen una generación más. Flavio Josefo, contemporáneo de los apóstoles, atestigua sobre el examen de las genealogías sacerdotales: La comprobación de nuestros antepasados no la hacemos tan sólo en nuestra patria judía, sino también en cualquier sitio donde resida una parte de nuestro pueblo con sus sacerdotes. Se suelen enviar a Jerusalén las listas genealógicas que contienen los nombres de los padres y de los antepasados de línea paterna, garantizadas con los nombres de los testigos para cada uno de los datos. En el Templo había una comisión permanente para comprobar y confirmar las listas genealógicas de los sacerdotes y levitas. Su oficina estaba en el atrio de los gentiles. La frase «se sentaron y comprobaron las genealogías» llegó a ser una fórmula protocolaria. Documentos aislados nos descubren que también la ascendencia de la madre se tenía en consideración.

Naturalmente, para abarcar y comprender en mirada de conjunto toda la parentela de una familia sacerdotal, era menester tener en cuenta todos los lazos que unían el estado sacerdotal con el pueblo. Ahora bien, algunas de las declaraciones que se nos han transmitido sobre genealogías dan testimonio de que se tenían en cuenta tales ramificaciones.

Con estos datos podemos tender un puente entre las condiciones generales y la vida y listas genealógicas de María. Aun cuando nada sabemos del padre de María, se dice expresamente que ésta estaba emparentada con Isabel, esposa del sacerdote Zacarías. Y Zacarías, como sacerdote, tenía obligación de someter a examen su genealogía, que comprendía en algún grado la ascendencia de la Virgen. Las familias de noble prosapia se fijaban mucho en estas cuestiones, según se deja entender. Y en Israel la casa de David era una de las primeras familias. Expresamente se mencionan varones que remontaban su linaje hasta David como María y José; tal, por

ejemplo, el famoso rabino Hillel, que «por parte de la madre» ascendía hasta David.

Para afirmar como cosa segura que María era vástago de la casa de David y que tenía conocimiento de ello, no basta simplemente suponer, con algunos exegetas, que Lucas recoge en su Evangelio la serie de ascendientes paternos de María. Las investigaciones no han logrado sobre este punto un juicio definitivo, aunque hay muchas razones en favor de semejante afirmación.

Resultados más seguros se obtienen al analizar el relato de la anunciación. En él se habla explícitamente de una «descendencia de la casa de David». He aquí el texto: «El ángel fué enviado a una virgen que estaba desposada con un varón por nombre José, de la casa de David, y el nombre de ella era María.» ¿A quién se refiere el apuesto «de la casa de David», a María o a José? Hay derecho para hacerlo referir a María. En toda la relación es ella la figura central; no José. Además, tratándose de las mujeres significadas de una familia, se suele atender también a su linaje. De Isabel, madre del Bautista, se advierte que era hija de Aarón; de Ana la profetisa, que lo era de Fanuel, de la tribu de Aser. Agrégase que más abajo (cap. 2, 4) se consigna por separado la procedencia de José, de la casa de David. Así, pues, es muy probable que la acotación «de la casa de David», se refiera a María y que la presente como hija de David. Pero por este camino no se llega a una prueba sin réplica.

Las palabras del ángel Gabriel a María son, en cambio, un testimonio seguro de su procedencia de la casa de David, y al mismo tiempo demuestran que María tenía conciencia de ello. Puesto que el ángel le anuncia: «Concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David.» En esta alocución llama el ángel a Jesús hijo de María, puesto que dice: «Darás a luz un hijo.» Y simultáneamente llama a Jesús descendiente de David, según la carne. Sus palabras son: «Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David.» Para que esto sea exacto, María tuvo que pertenecer a la casa de David. Sólo así pudo ser Jesús hijo suyo y vástago al mismo tiempo de David. Después de escuchar al ángel, María le llamó la atención sobre su propó-

sito de no hacer uso del matrimonio; pero fuera de esto, no se sintió obligada a preguntar o declarar ninguna otra cosa. No hubiera sucedido así si no hubiese tenido conocimiento de su descendencia de la casa de David, como presuponía el ángel en su mensaje.

María como hija de la casa de David

«Dios el Señor, le dará el trono de David, su padre» (Luc. 1, 32).

María descendía del trono de David y no lo ignoraba. ¿Qué influjo tuvo este conocimiento sobre sus sentimientos e ideas?

Se ha conservado una historia que, en su forma popular encantadora, revela cuán viva estaba en el pueblo la idea de que los hijos son herederos no sólo de las promesas y méritos, sino también de las amenazas y de la culpa de sus antepasados y que tienen que expiar y orar por ellos. He aquí el relato: El rabino Chijja estaba orando. El rabino Kahana se le acercó y se puso detrás de él para orar. Cuando Chijja hubo acabado su oración se sentó, para no tener que pasar por delante del otro y distraerle. Pero el rabino Kahana prolongaba su oración. Chijja tuvo que aguardar y más aguardar. Cuando Kahana terminó por fin, díjole Chijja: «Será costumbre vuestra, allá en Babilonia, ésta de martirizar a vuestros maestros (con oraciones interminables).» Disculpóse Kahana diciendo: «Yo desciendo de la familia de Helí y sobre este linaje está escrito: *La culpa de la casa de Helí no se expiará jamás con víctimas y ofrendas* (1 Rey. 3, 14). ¡Dios condenó a mis antepasados, que profanaban las víctimas y ofrendas, a que no les aprovecharen ni unas ni otras, sino solamente las oraciones! ¡Perdóname, pues, el que haya orado tanto tiempo por ellos!»

La piadosa intención de Kahana, concluye el relato, impresionó a Chijja. Prometió unírsele para lo sucesivo en la oración expiatoria por la familia de Helí, y Dios se complació en su conducta.

En este relato lo que interesa no es si sucedió así precisamente, sino el hecho de que esta historia se solía contar con sus detalles gráficos y encantadores. Respondía, por consi-

guiente, a las ideas de entonces y a la mentalidad y sentimientos de aquellas gentes. Ahora bien, el relato supone que Kahana descendía de la familia de Helí y lo sabía, sin duda por una lista de familia. Por razón de este conocimiento considera en particular aquellos fragmentos de la Sagrada Escritura en que se habla de los hechos de su familia. Los pecados de ella afectan hondamente a su corazón. El lleva vida de oración para expiarlos. Su conducta merece la aprobación cordial del piadoso Chijja. Incluso le estimula este buen ejemplo a apoyar con su oración la de Kahana.

Todo esto no tiene explicación más que en un mundo donde hubiese realmente listas de familia detalladas, listas que no fuesen algo muerto, como nuestros empadronamientos, sino una especie de historia de la familia, un sumario de sus méritos y de sus culpas; y esto no sólo ante los hombres, como sucede también en otros pueblos, sino también ante Dios, que es quien tiene en su mano la suerte de las familias y atiende en su providencia lo mismo a los pecados que a las buenas obras.

La posición real y verdadera de María respecto de la casa de David tiene su punto de comparación remoto con las relaciones entre el piadoso Kahana y la familia de Helí. Como Kahana procedía de la familia de Helí y tenía noticia de ello, pertenecía María a la familia de David y no lo ignoraba. Como la familia de Helí se había inmortalizado en la Sagrada Escritura por su representación especial en la historia de la nación, pertenecía también la de David a aquellas familias sobre cuyos hechos se daba noticia expresa en los Libros Santos. Más aún, esta familia aparecía ligada con la suerte de Israel en un grado mucho más grande, en el mayor que se conocía. En lo bueno como en lo malo, la historia de aquel pueblo había estado unida durante muchos siglos indisolublemente con la historia de la casa de David. Y esta unión, así lo aseguraban todas las predicciones de los profetas, no se quebrantaría jamás; pues de aquella familia había de surgir el Salvador, el «Hijo de David».

Pero cabe preguntar si en su manera de pensar y de sentir estaba María personalmente, respecto del linaje de David, en una situación parecida a la de Kahana respecto de sus antepasados de la familia de Helí.

Sería totalmente falso suponer que, como doncella piadosa y recogida, ni siquiera se preocupó del pasado y del futuro de su familia. Si quería penetrar en el sentido y curso de la Escritura, tenía que fijarse por separado en la casa de David, y particularmente en su progenitor, rey profeta y penitente, David. Además, el cariño de familia, basado en los sentimientos religiosos, la impulsaba, con más instancia que al piadoso Kahana, a enterarse de los fastos de su casa. Añadíase otro incentivo que superaba a todos los demás y dominaba en su alma: Según los profetas, el Salvador había de salir de aquella casa.

¡Qué sentimientos brotarían en su corazón al considerar las gracias con que Dios, el Señor, había colmado a su familia y la monstruosa ingratitud con que ésta había correspondido a los beneficios de Dios! Y a pesar de todo, Dios no había retirado sus promesas. Ciertamente que había permitido que la familia perdiese el trono y quedase sumida en pobreza e insignificancia externa, pero al mismo tiempo había aseverado una y otra vez: ¡De la casa de David, tan abatida, ha de salir el Mesías!

Sus vínculos con la familia real influían de esta suerte en María con una eficacia mucho más profunda que en el piadoso Kahana su procedencia de Helí. Ella, la sin pecado, la llena de gracia, sentía de una manera particularmente dolorosa el peso de los crímenes que pesaban sobre su casa. Y se inflamaba en una aspiración singularmente fervorosa, la de prestar reparación por ellos. Como que de la situación de la casa de David dependía la venida del Mesías. Por eso procuraba expiar y purificar su casa, a fin de que se hiciese digna de recibir en sí al Mesías celestial.

Los «días del Salvador» en la expectación del pueblo

Toda la religiosidad del Antiguo Testamento se diferencia por completo de la del Nuevo en un punto esencial de sus relaciones para con Dios: en su posición respecto del Mesías. Los creyentes del Antiguo Testamento le consideran como al que ha de venir. «¿Eres tú el que ha de venir?», mandó preguntar a Jesús por medio de sus discípulos, Juan, el último profeta y precursor del mismo Jesús. En cambio, para los

creyentes del Nuevo Testamento, aun para los mismos apóstoles, desde el día de la Ascensión, Jesús es el Salvador, el que «se manifestó y volvió de nuevo al cielo».

La diferencia aparece con mayor relieve allá donde la fe en el Salvador se ha apoderado con más fuerza de un hombre del Antiguo Testamento.

A las almas piadosas de entonces les llevaba su fe a pensar continuamente en el futuro, en la «plenitud de los tiempos». Con la fe en el que había de venir crecía el deseo de su venida. Y este deseo impulsaba indefectiblemente a las almas fervientes del Antiguo Testamento a escrutar «cuánto tiempo faltaría» y a representarse una imagen de «cómo sería». Cuanto más penetraban en la esencia del pecado y con ella en la de la redención, tanto mejor se figuraban la vida del Salvador, aun miradas las cosas humanamente, tal como se había de manifestar un día en su realidad. Lo mismo se puede decir de las revelaciones particulares de Dios.

Para los creyentes que vivimos después de Jesucristo y dirigimos nuestra mirada a sucesos que se pierden en el pasado, es sobremano difícil el podernos imaginar la vida de un pueblo que, como sociedad, vivía con la confianza puesta en un salvador y libertador que estaba por venir. ¡Cómo confortaría a aquellos hombres y les conduciría a Dios su fe en el futuro, su fe en el que había de venir, en aquel cuya venida había anunciado Dios de antemano, prefijando la época de su aparición!

Si a pesar de todo nos aventuramos a trazar un cuadro de la situación de los espíritus, aceptamos de grado el riesgo de tomar como punto capital algo accesorio (por ser esto lo más asequible para nosotros) y de perder en cambio la perspectiva de lo esencial. Para nosotros es, en efecto, lo más sencillo el representarnos a los hombres de la generación anterior al nacimiento de Jesús que, o habían adulterado la expectación del Mesías o la fomentaban en su corazón con bastardos sentimientos. Somos capaces de comprender a aquellas gentes que se sublevaban contra el yugo de los romanos y recurrían a todos los medios de organización para defenderse del paganismo que se les infiltraba. Comprendemos su impaciencia y aquel apuntar y urgir a Dios sus promesas, de un modo casi egotizante.

En esta idea esperaban los jefes y mucha gente del pueblo, en el Mesías, un dominador lleno de poder y magnificencia, que arrojase del país a los romanos y trasladase a Jerusalén la primacía de la Roma conquistadora. Precisamente por el tiempo en que nació Jesús se divulgó la "Ascensión de Moisés", especie de libro religioso-popular. Al considerar los días del Mesías, su autor prorrumpe en este transporte de júbilo: «Entonces serás dichoso, Israel, y hollarás la cerviz del águila (romana). Los días del águila han pasado.» Esta imagen falseada del Mesías creó una tensión político-religiosa. Varios individuos se aprovecharon del ambiente para manifestarse como Mesías y ganarse adeptos. Hubo, v. gr., un cierto Teudas, que tuvo sus partidarios, como cuentan los Actos de los Apóstoles. Después de él se presentó Judas, el Galileo, cuando se hacía el censo de la población, siguen narrando los Actos de los Apóstoles, y tramó un levantamiento. El ambiente estaba saturado. El cetro había caído de las manos de Judá. Sobre la nación reinaba un advenedizo, Herodes, sostenido por unos paganos, los romanos. Las semanas de años de Daniel habían transcurrido. La tirantez crecía de año en año.

Pero este conocimiento de la degeneración en que había caído la esperanza del Mesías no basta, ni para conocer la historia de la revelación como unión constante de Dios con los hombres, ni para comprender la vida que llevaba María antes de la anunciación. Se requiere ante todo, como preámbulo indispensable, alguna orientación sobre el espíritu con que la gente piadosa e iluminada por Dios aguardaba «los días del Mesías», y sobre lo que de Él esperaba. Porque sólo los hombres garantizados por Dios mismo deben considerarse como los representantes genuinos de la esperanza mesiánica.

Ansias de María por el Salvador

«Recibió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, tal como lo dijo a nuestros padres, Abrahán y su descendencia por los siglos» (Luc. 1, 54-55).

Por el mismo tiempo en que hombres de todas categorías no sabían levantar sus pensamientos de lo terreno y esperaban en el Salvador un jefe político y no un restaurador religioso,

había en el pueblo de Israel un grupito selecto de almas piadosas e iluminadas por Dios, que cuidaban y conservaban pura y sin falsía la esperanza mesiánica. Ellas miraban en el Mesías al libertador de la esclavitud espiritual y de la miseria del pecado. También su anhelo se inflamaba con la persuasión íntima de que «los días del Mesías» estaban ya a las puertas. Conforme a eso habla el Evangelio de personas que pasaban sus días esperando al Mesías y suplicando por su advenimiento. Entre ellas figuraba Zacarías, a quien el ángel anuncia: «Tu oración ha sido escuchada.» Esta oración debió de incluir en alguna forma la súplica por la venida del Mesías. Figura también Simeón: Este había importunado a Dios con los deseos de su corazón, hasta el punto de haberle revelado el Espíritu de Dios que no vería la muerte antes de saludar al Mesías. Algo parecido hay que decir de Ana, la profetisa, cuya vida se había convertido en un ayuno y oración no interrumpidos.

Con todo, el ansia por el Salvador no se había apoderado de ningún santo de aquel tiempo con tanta fuerza como de María de Nazaret. Para ella era más doloroso que para Simeón y Ana, que los hombres viviesen alejados de Dios y bajo la ley del pecado. Por lo mismo suspiraba con más encendido afecto que aquéllos por el tiempo en que se había de restablecer la paz entre Dios y los hombres y la paz entre los mismos hombres. El momento solemne en que esto se realizase había de coincidir, ella lo sabía muy bien, con la aparición del Mesías. Así, pues, todo su anhelo de lo divino se concentraba en el anhelo del Mesías. ¡Qué dicha para ella si no se sintiese tan solitaria, si los demás hombres pensasen un poco más en Dios, si hablasen de Él y cumpliesen su voluntad! Tan sumida vivía en aquellas ansias, que ni siquiera se daba cuenta de cómo estaba anegado en ellas su corazón.

En estas circunstancias, ¿cómo se desarrolló la vida religiosa de María? ¿Por qué camino y hasta qué punto le era dado satisfacer su deseo y enterarse de lo que estaba profetizado acerca del Redentor y de la redención, a ella, doncella modesta del pueblo?

Dos fuentes tenía a su alcance para satisfacer la sed de lo divino: los libros de la Escritura Santa y el culto divino, íntimamente enlazado con las revelaciones de aquéllos.

El hombre moderno, pagado del crecido número de escuelas y del escaso número de analfabetos en los países más adelantados, se formula al punto la siguiente pregunta: ¿Sabía leer María? ¿Tenía dinero suficiente para comprar los Libros Sagrados?

Nuestro primer impulso nos llevaría a contestar con un *no* rotundo. Pero no estará de más cierta circunspección por las siguientes consideraciones: Nuestros medios de formación de hace unos siglos no eran muy diferentes de los que había en tiempo de Jesús. Ahora bien, los hechos históricos demuestran que los hombres y mujeres piadosos aprendían muchas veces a leer por amor a la fe, sin que de esto se siga necesariamente que también supiesen escribir. En nuestro caso tenemos que María estaba emparentada con la familia de Zacarías. Seguramente que ésta poseía libros; por lo menos la gente de aquella casa sabía leer y escribir, testigo el Evangelio. Pudiera ser que María hubiese heredado de ellos algún rollo viejo. En cierta ocasión se reconocen como propiedad privada de una mujer: «una funda y un libro de Salmos, el libro de Job y el de los Proverbios; todos ellos viejos y gastados». No se trata, sin duda, de un caso raro y excepcional. No es, pues, absolutamente imposible que en la casita de Nazaret hubiese algunos libros de la Sagrada Escritura o fragmentos escogidos. Todo lo contrario; puesto que si se admiten en todo su valor las frases de Flavio Josefo, hay que conceder que había muchas personas, a lo menos entre la juventud masculina, que aprendían a leer por amor a las Escrituras. Esto mismo supone también la costumbre que autorizaba a todos los hombres, incluso a los muchachos del pueblo, para hacer la lectura en la sinagoga.

En la exposición ulterior del desarrollo religioso de María, vamos a dejar a un lado la cuestión de si ella sabía leer. Aunque no fuera así, tenía posibilidad de satisfacer su anhelo de ciencia divina con sólo lo que oía leer de la Sagrada Escritura en los oficios divinos. A nosotros nos es difícil comprender en qué grado se puede recoger y transmitir en tales circunstancias el espíritu religioso de generación en generación, por medio de la tradición oral y del sentimiento religioso de esa tradición, aunque las mujeres, las madres del pueblo, no sepan leer ni escribir.

La memoria de los jóvenes del campo, abiertos al sentido religioso y descargados de horas de clase, es de una fidelidad tal, que a la gente de ciudad se le hace increíble o se le antoja capacidad genial de hombres excepcionales. Se dan casos de gente que después de cuarenta años repite textualmente en su mayor parte sermones de misioneros; ni es raro dar con algunos que pueden poner por escrito, casi frase por frase, todo un sermón. En su búsqueda de cierta representación escénica dieron unos folkloristas de la región alpina con una mujer que después de sesenta años, y a los ochenta de su edad, se sabía no sólo el texto de su papel, sino el de todos los de la pieza, y además recordaba los menores gestos. Y todavía son más las canciones populares que repiten muchas personas, sin haber visto jamás un libro de canto con notas musicales.

Semejantes eran las circunstancias del pueblo de Israel. Las historias y profecías de los Libros Santos sobrevivían en el pueblo. Siempre que habla de la formación religiosa hace resaltar Flavio Josefo, junto con la lectura de la Escritura, las sentencias aprendidas de memoria y retenidas en esa forma. Hasta se atreve a decir una vez que los varones de Israel podían repetir la Ley con menos tropiezos que su propio nombre.

Semejante conocimiento de la Ley y de las profecías era para el pueblo piadoso el meollo, la estrella y pauta de sus acciones y omisiones, de su fe, esperanza y amor. De aquel alimento chupaba el alma la fuerza que le era menester en cada caso.

Este crecimiento bajo el influjo de las palabras reveladas y este desarrollo en enterarse del espíritu de las mismas, se consumaba en una medida especialísima en María, la llena de gracia. Con el ansia más ferviente y con la percepción más fina recogía en sí los elementos divinos, depositados en la revelación y en el culto del Antiguo Testamento. El evangelista San Lucas atestigua que poseía en alto grado fuerza y reflexión religiosa para conservar y asimilarse lo que había oído y vivido, al decir expresamente de ella que «guardaba todo en su corazón».

Como en el seno de las montañas se forma el cristal de roca por la disolución de la cuarcita y se va desarrollando conforme a su ley propia, así sucedía en la vida oculta y solitaria de

María. Para ella era como agua saludable lo que los Libros Santos y el culto sagrado referían de Dios y del decreto de la redención, del Salvador que había de venir, del tiempo de su aparición y de su actividad; su alma sobrenadaba en esta agua, y conforme a una ley que sólo valía para ella, la sin pecado, crecía más y más como crece el cristal en pleno silencio. Sobre la caída de Adán y Eva veía brillar, consoladora, la profecía del Mesías que había de venir, la profecía de la mujer y de su hijo, el que había de aplastar la cabeza a la serpiente. La imagen del Salvador se iba iluminando cada vez con mayor claridad y sugestión en los libros proféticos y en los salmos. María quería adentrarse en las profecías. Ella, que poseía una penetración particular para el misterio del pecado, estaba asimismo especialmente capacitada para consagrarse al misterio de la redención, a fin de vivir únicamente para aquel que había de llegar pronto. En la vida de María, la llena de gracia, ya no se daban decisiones ni acciones que no estuviesen orientadas de algún modo hacia la gran promesa de Dios a la humanidad. De suerte que también aquel rasgo típico de su vida, la consagración de su virginidad a Dios, debió de relacionarse en alguna forma con la venida del Redentor. La expectación del Salvador se había avivado de tal manera por aquel tiempo que mucha gente practicaba y ofrecía solemnemente sus obras con la única intención de «apresurar la venida del Mesías». Parecido fué probablemente el origen de la idea que indujo a María a consagrar su vida al Señor. Quiso sacrificarse en la soledad y el silencio por la casa de David y por la manifestación del Mesías. Y precisamente estos sentimientos la hicieron digna de ser Madre de aquel que, como Hijo de Dios, iba a ofrecerse por los hombres.

Por su consagración a Dios había sustraído María su vida al mundo. En lo sucesivo sólo quería orar por la venida del Mesías y vivir preparada para su aparición, al igual que el anciano Simeón y Ana la profetisa, o en mayor grado que ellos.

María en el ambiente de los salmos

Tiempo anterior a la Anunciación

Para comprender a María es muy importante formarse una idea bien clara de la vida que llevaba, viviendo del espíritu y en el espíritu de los Libros Santos. Para lograrla vamos a considerar en este párrafo su relación con el libro de los salmos, el más popular entre los del Antiguo Testamento.

Los salmos eran el libro oficial de oración y de canto en el pueblo de Israel. Las circunstancias llevaban, pues, consigo que muchísimos salmos corriesen entre el pueblo sencillo como corren y se heredan entre nosotros, de generación en generación, ciertas oraciones. Es de suponer, por consiguiente, que también María conocería los salmos mejor que otras partes del sagrado texto. Esta suposición llega casi a demostrarse en el canto del Magnificat, como lo veremos más abajo.

Los salmos son oraciones llenas de misterio. Secos y esqueléticos cuando se los reza con frialdad de corazón, se desbordan y dan lugar a los pensamientos más excelsos cuando el alma de sentimientos elevados los toma como incentivo de la devoción. Representémonos a María rezándolos en el recogimiento de su casita de Nazaret o siguiéndolos en el santuario, como le sucedió sin duda con ocasión de las fiestas en el Templo. Las palabras se hacen, por decirlo así, diáfanas; se esclarece el misterio y se nos imagina que nosotros mismos los comprendemos mejor, tan pronto como los ponemos en boca de María.

Hagamos la prueba en particular con un salmo conocido entonces universalmente, con el salmo 109. Para María tenía una significación particular, escrito como había sido por su antepasado, el rey y profeta David. ¿Cuáles serían sus pensamientos al considerar estas palabras?:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a los enemigos
como escabel de tus pies.

Desde Sión extiende el Señor
el cetro de tu poder:
domina como rey
en medio de tus enemigos.

En el día de tu poderío
eres rey en el esplendor de la santidad.
De mis entrañas te he engendrado
antes que el lucero de la mañana.

El Señor lo ha jurado,
y no se arrepentirá:
«Serás sacerdote eternamente
según el orden de Melquisedec.»

El señor a tu diestra,
destroza por sí mismo a los reyes
el día de su cólera.
Llama a juicio a las naciones.

En el vasto campo de batalla
aplata sus cabezas.
Beberá del torrente
y erguirá su cabeza.

En aquel tiempo este salmo pasaba por mesiánico sin género de duda. En armonía con el mismo, declaró Jesús ante el consejo supremo que él estaría «sentado a la diestra de Dios».

María estaba acostumbrada a oír exponer pensamientos e imágenes. Claro que éstas se interpretaban diversamente conforme a la diversa mentalidad. Había israelitas que leían en este salmo la derrota con que, en su lucha victoriosa con los enemigos — los romanos lo eran entonces —, había de aniquilarlos el Mesías. Estos se acogían a los versos en que se habla del campo de batalla cubierto de cadáveres, de la muerte de los enemigos, del doblar la cerviz bajo la planta del vencedor. Otros pasajes los pasaban por alto, a sabiendas o sin fijarse. No era muy significativo para ellos, por ejemplo, aquello que se decía del Mesías, que había de ser «sacerdote eterno según el orden de Melquisedec», el cual había ofrecido pan y vino; ni que había sido «engendrado antes que el lucero de la mañana». Todavía les decían menos aquellas palabras misteriosas: «Dijo el Señor a mi Señor: ¡siéntate a mi diestra!» ¿Qué dos señores serían aquéllos?

No hay duda que la gente piadosa se complacía precisamente en aquellas frases en que, como en una concha, se ocultaba el misterio de lo divino. No las entendían a la verdad

por completo, pero les sonaban a melodía del Cielo y las escuchaban con gusto, para ver si conseguían entenderlas.

¿Qué pasajes serían los que más impresionaban a María en este salmo?

Pero había además otros salmos que se referían al Mesías, aunque los rabinos no cayeran en la cuenta de ello. Tenían un acento triste y quejumbroso. Sonaban como una cadena de sollozos y gritos de dolor. Cantábase, v. gr., una composición de David que empezaba:

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?
No me queda más ayuda que los clamores de mi queja.
¡Dios mío! Te invoco durante el día y no me atiendes,
y tampoco durante la noche me puedo callar.
Y no obstante Tú eres el Santo
y reinas sobre los santos de Israel.
En Ti confiaron nuestros padres,
confiaron y los protegiste.
A Ti clamaron y los salvaste,
en Ti confiaron y no los defraudaste.

Pero yo soy un gusano, ya no soy hombre;
ludibrio para la gente,
desecho para el pueblo.
Porque todos los que me ven, se me burlan,
tuercen sus labios, sacuden su cabeza.
«Ha confiado en Dios: ¡que Dios le salve!
¡que Dios le socorra si es que tanto le ama!»

Tú eres, en verdad, quien me sacó del seno materno,
quien me mandó confiar desde que estaba a los pechos de la madre;
desde que salí a la luz estuve confiado en Ti,
desde el seno materno, ¡Tú eres mi Dios!
¡No te alejes de mí, la angustia está encima,
y nadie viene en mi ayuda!
Muchos toros me rodean,
me cercan novillos bravíos de Basán.
Abren sus bocas desmesuradamente contra mí,
como león rampante que ruge.
Me he disuelto como agua,
mis huesos se han desencajado,
mi corazón se ha puesto como cera,
derretido en mi pecho.
Mi boca está seca como un ladrillo,
y mi lengua se ha pegado al paladar;

¡me has hundido hasta el polvo de la muerte!
Porque me rodea una jauría de perros,
me asedia una banda de malvados.
Han horadado mis manos y mis pies,
han contado todos mis huesos.
Me miran y se sacian en mí.

¡Mas Tú, oh Señor, no permanezcas alejado de mí!
¡Fortaleza mía, corre a mi defensa!

¿Qué pensaría María al escuchar estos versos tan largos, de acento tan triste? La pregunta la formulamos para ponerla más de relieve. En todo caso se puede suponer que con su sentido religioso penetraba ella en el mundo del dolor, de la soledad y del abandono, no mucho más adentro que los letrados que dividían y analizaban frase por frase.

Más tarde hemos de volver a hablar de los salmos. En ellos hay que mostrar cómo se transformaba la Sagrada Escritura de una manera excelsa y extraña en el curso de la vida de María, y cómo veía ella en un principio las profecías como algo relativo al Mesías suspirado aun para ella; después como algo que anunciaba de antemano la suerte futura de su Hijo; finalmente como algo que ella había vivido a una con El. Ninguna persona, fuera de María, se encontró en esta situación respecto de la Escritura del Antiguo Testamento.

3. LA VIDA DE MARÍA EN EL SENO DE LA FAMILIA

Los desposorios en Israel

Las «diligencias previas» para una boda constituían un verdadero negocio. Los negociadores y traficantes eran, por lo regular, los padres de los novios. Ambos procuraban sacar partido en provecho de la propia familia. Por consiguiente, el padre del novio procuraba asegurarse para la novia un patrimonio lo más rico posible, bajo las condiciones más favorables. Entre gente pobre el patrimonio consistía principalmente en muebles y prendas de vestir; los bien acomodados añadían inmuebles y esclavos, dinero y joyas. De estos bienes no pertenecía al varón más que el usufructo. Conforme a eso, tratándose de ovejas, por ejemplo, que eran frecuentemente una parte del patrimonio, la lana pertenecía al marido; el corderito de recría, por el contrario, a la mujer. Por eso se les solía llamar a veces «bienes lecheros».

Además del patrimonio había otra dote, el «rebaño inalienable», que se regía por otras condiciones jurídicas. Sobre esta dote podía disponer el esposo libremente, mientras subsistiera el matrimonio; aumentaba y se transformaba a cuenta del marido. Si el matrimonio se disolvía, el marido no estaba obligado a devolver más que la dote primitiva. Por razón de la invariabilidad de estos valores se los llamaba «rebaño inalienable». La metáfora alude a ovejas y vacas inalienables. La misma figura se empleaba antiguamente en Alemania, en las fundaciones pías; también se alude en ellas a «vacas inalienables», es decir, fundaciones cuya renta aseguraba una cantidad determinada de leche por día y por año.

La diferencia entre patrimonio y dote resaltaba particularmente tratándose, por ejemplo, de esclavos. Los «esclavos del patrimonio» pertenecían a la mujer; si se morían, los perdía la mujer. El marido no estaba obligado a reemplazarlos comprando otros. En cambio, los esclavos de la dote morían para el marido; por tanto, si eventualmente se disolvía el

matrimonio, estaba obligado a completar el número de los que hubiesen muerto.

Un matrimonio en regla exigía otra tercera aportación, llamada «crédito de boda». Se entendía por tal la suma que el marido tenía que entregar de sus haberes a la mujer, si llegaba a despedirla. Esta suma consistía en una especie de «cuota fija», que había de pagarse en cualquier hipótesis, y en un «suplemento» proporcional a la posición, que variaba conforme al patrimonio y a la dote. Para esta suma el novio tenía que gravarse frecuentemente con una hipoteca o nombrar un fiador. Según esto, el padre o tutor de la novia procuraba hacer que subiese aquella suma, nivelándola en su favor con las costas antes mencionadas.

Estos requisitos del contrato matrimonial tenían su importancia no sólo desde el punto de vista financiero, sino también bajo el aspecto de moralidad. Porque es evidente que influían, como medios muy eficaces, para que el marido no despidiese a la mujer en un acceso violento de enojo.

El crédito de boda debía de estar bastante generalizado en tiempo de Jesús. En una ocasión se lamenta un hombre a quien aconsejan que abandone a su esposa infiel: «Pesa sobre mí un fuerte crédito de boda y nada poseo para despedirla.» Con dicho crédito se introdujo un nuevo abuso. El marido simulaba la separación, haciéndose declarar impotente para pagar. Y cuando el fiador había pagado por él, tomaba de nuevo a su mujer con el dinero que había recibido. Lamentable precedente de ciertas maniobras de préstamos y nivelaciones de los tiempos modernos.

Como el contrato matrimonial tenía tanto de negociación jurídica, no era conveniente que los jóvenes se declarasen abiertamente su inclinación. Ello hubiera podido influir perniciosamente en la cuestión financiera, para una parte o para la otra.

Las negociaciones previas llegaban a término con los desposorios. Estos equivalían substancialmente al enlace matrimonial y tenían las mismas consecuencias jurídicas. El ceremonial consistía en que el novio depositaba en la mano de la novia un objeto por valor al menos de cinco céntimos, como arras matrimoniales, y declaraba: «Con esto me quedas prometida solemnemente.» Seguía una fórmula de bendición. A partir

de este momento la novia recibía el nombre de «esposa de fulano», exactamente como cuando presentan a María los Evangelios como esposa de José.

El contrato se hacía muchas veces, pero no siempre ni en todas partes, por escrito. Siendo oral se llamaban testigos. La costumbre fijaba el plazo de un año como intermedio entre los desposorios y el matrimonio. A esto se agregaban las visitas de presentación a domicilio, que tenían lugar más tarde o más temprano.

En los escritos extrabíblicos están previstas, además de este curso normal del contrato, toda clase de irregularidades, entre otras la de que se llegaran a disolver los desposorios. En este caso lo esencial no era naturalmente un rompimiento de las relaciones, acompañado de una última entrevista de tonos violentos. Por ambas partes se consideraba maduramente el aspecto financiero y se buscaba la manera de recobrar patrimonio, dote y crédito de boda, si es que estaban ya bajo el dominio del novio. Si éste iba dando largas al matrimonio más de lo regular, la desposada tenía derecho a reclamar y a exigir, como decían muchos, que le extendiera un libelo de repudio, a fin de que ella pudiera casarse con otro. Si se moría el novio, su prometida quedaba en calidad de «viuda». Prueba también ésta, de que los desposorios equivalían jurídicamente a nuestro matrimonio. El padre, o quien hiciese sus veces, reclamaba entonces el crédito de boda y todo lo demás que hubiera pasado a poder del desposado. Nuestro sentido sobrio se pregunta: ¿A qué venía entonces la boda, si los desposorios tenían el mismo valor? Era una costumbre que obedecía, probablemente, a una experiencia de vida mayor de lo que nosotros suponemos generalmente. Por una parte era oportuno que la mujer tempranamente se ligase al varón que había de ser su marido y que éste se llevase sus pensamientos; por otra, no debía sometérsela muy joven a la carga del matrimonio. De ahí los desposorios tempranos, que unían con lazo firme, y la dilación de la boda después de ellos, para tener cuenta con la doncella. A estos mismos motivos respondían los desposorios tal como tenían lugar frecuentemente en nuestros países en la Edad Media.

Pero, como entre nosotros, también entre los israelitas fueron perdiendo su eficacia por aflojamiento del vínculo interno.

En Egipto se celebraban más tarde bajo condición de que los derechos contraídos en ellos no tuviesen efecto hasta el matrimonio; se los fué, pues, rebajando más y más a la categoría que tienen entre nosotros y en otras partes.

La boda se celebraba con preferencia los miércoles, por ser el día de la semana casi equidistante de dos sábados. La fiesta empezaba con la solemne conducción de la novia a casa del novio.

El desposorio de María con José

«El ángel Gabriel fué enviado a una virgen, desposada con un varón que se llamaba José, de la familia de David» (Luc. 1, 26-27).

En este marco de costumbres y leyes que acabamos de trazar ligeramente, hay que encuadrar la vida de María por el tiempo de su desposorio con José; pero al mismo tiempo conviene indicar los puntos en que se separaba de la regla general.

Por todos los indicios, los padres de María ya habían muerto para aquellas fechas. María debía de vivir, por tanto, con algún pariente. Este sería jurídicamente su tutor o ejercitaría al menos este oficio sin poseer el título. La leyenda popular dice que María se educó en el Templo. Si así fué, influiría para ello su parentesco con Zacarías, el cual podía hacer valer sus recomendaciones. Nosotros prescindimos de esta eventualidad, porque al tiempo que de María nos hablan los Evangelios la encontramos en Nazaret.

Sin duda que no viviría sola, sino, más bien, en casa de algún pariente. Cuando llegó la época en que las doncellas contraían matrimonio, el representante del Padre de María tuvo que ocuparse de esta cuestión en favor de ella. En principio toda doncella tenía derecho para declararse contra el matrimonio con el joven que le propusiesen; pero las circunstancias llevaban consigo que no se atendiera siempre su repulsa.

Si los parientes que sustituían al padre concertaban un enlace sin contar con la doncella llegada a mayor edad, tal enlace era inválido. Si lo habían concertado con su asentimiento durante la minoría, lo podía deshacer ella más tarde con su repulsa. Las «fórmulas» que corrían para este caso

decían: «No quiero casarme con fulano y mengano», o algo parecido.

En semejantes circunstancias se celebraron los desposorios de María y José. La petición de mano partió de José o pudo también venir de la parentela, o de uno y otra. Lo que sí se tuvo sin duda en cuenta, conforme a la costumbre, fué la igualdad de condición de ambas partes. Esto tenía su fundamento no sólo social, sino también religioso. Del tiempo posterior a Cristo se conservan toda suerte de aforismos, que sin duda circulaban desde tiempo inmemorial entre el pueblo sencillo de Israel: «Al que se case con una mujer que no le cuadre, le considera la Escritura como si hubiese arado todo el mundo y sembrándolo luego de sal, inutilizándolo para siempre»; «El que se casa con una mujer por razón del dinero, engendra hijos que no son dignos de él»; «Las uvas son fruto de la vid, no de las zarzas»; «Lo semejante empareja bien con su semejante». Como celador de las genealogías del pueblo se consideraba al profeta Elías, quien en su segunda venida habría de separar de la comunidad todos los hijos ilegítimos. El atender a la igualdad de condición era, por consiguiente y ante todo, obligación de ciertas categorías privilegiadas, v. gr., del estado sacerdotal. A este propósito decía un proverbio: Si la hija de un sacerdote toma por marido a un individuo que no sea de línea sacerdotal, acabará o viuda, o repudiada, o sin hijos. En todo caso el matrimonio será desgraciado. Muchos rabinos hasta llegaban a prohibir a sus discípulos que asistiesen a una boda de este género.

También las familias de distinguida alcurnia atendían escrupulosamente, como los sacerdotes, a la igualdad de categoría para sus contratos matrimoniales. La costumbre impuso, pues, su fuerza, con mayor rigor que en otros casos, en el de María y sus parientes, sea cual fuera en último término su posición. Si a esto se agregaba que María era hija heredera y tenía por lo mismo propiedades personales, había para ella un título que la obligaba a casarse con un varón de su propia parentela. Y como el matrimonio con allegados, fuera del grado prohibido, se reputaba como digno de elogio, la elección de un pariente que no lo fuese en grado prohibido podía parecer, en el caso de una heredera, una elección según el espíritu de la Ley. Incluso podía uno creerse obligado a tal matrimonio

por motivos religiosos, conforme a aquel espíritu. La historia del piadoso Tobías demuestra cómo se atenían las familias piadosas a la costumbre de casarse con gente de la parentela. El arcángel Rafael decía al joven Tobías a propósito de su primo Ragüel: «Tiene una hija que se llama Sara; fuera de ella no tiene hijos ni hijas; toda la herencia recae en ella; tómala por esposa» (Tob. 6, 11 y 12). Después de la petición de mano, dice Ragüel: «Yo creo que Dios os ha guiado (a Tobías y al ángel) aquí, para que Sara se case con uno de su parentela, conforme a la Ley de Moisés» (Tob. 7, 14).

La Biblia no cuenta cómo concertaron María y José sus desposorios. Por consiguiente, ignoramos los trances penosos que hubo de pasar María hasta contraerlos. Porque pudieran entrar en la cuenta hipótesis bien angustiosas. La intención de casarla a todo trance y lo antes posible, las conversaciones que de broma y en serio se sacaban a plaza sobre este asunto, significaban para ella un verdadero tormento y le proporcionaban muchas horas amargas. No fué ésta probablemente su única aflicción. Precisamente por tratarse de una joven tan modesta y recogida como lo era María, pudieron intervenir sus parientes más que por ley general, y presentar en todo su relieve los motivos religiosos que se les ofrecían para el matrimonio. Tal vez precedieron a los desposorios con José diversas tentativas de casarla con otros jóvenes de la parentela, que a juicio de ellos representaban un partido especialmente ventajoso. Así pudo ser que la idea de casarse con José hubiese sido para María su último refugio.

Al reflexionar sobre estas cosas, nos gustaría naturalmente saber cuándo se pusieron al habla María y José. Ocasión obvia era el momento en que José pidió la mano de María. Antes hemos indicado ya que las promesas solemnes que tuvieran que ver con los desposorios, y por lo mismo con el matrimonio, había que darlas a conocer antes de ultimar el contrato. María lo sabía, y sabía conforme a eso que estaba obligada a revelar a José su resolución, antes de desposarse con él. Así lo hizo, participándole en qué forma estaba ligada. Tal entrevista supone que María conocía de antemano a José como hombre «justo», como hombre «santo», en quien podía tener máxima confianza.

José, al escucharla, se encontraba tal vez en una situación semejante a la de María. Acaso fuese también el deseo de su

corazón vivir célibe, consagrado por entero a Dios. Acaso fué la presión pública o la de sus parientes la que también a él le obligaba a casarse, fuera que le apremiasen en general para que tomase esposa, fuera que le indujesen a desposarse con María.

En tales circunstancias la declaración de ésta de haberse consagrado a Dios y de no contraer desposorios ni matrimonio sino con la condición de permanecer fiel a su propósito, sería para José como una voz del cielo, al cual había hecho él, por su parte, el mismo voto. Nosotros no tenemos ni idea del grado de concordia interna tan misteriosa que alcanzaron aquellas dos personas al revelarse los misterios más íntimos de sus almas llenas de Dios.

A muchos se les resisten sus sentimientos a admitir como determinantes del matrimonio de María y José la presión de los parientes, la opinión pública y otras causas parecidas, que con tanta frecuencia suelen influir en los contratos matrimoniales ordinarios.

Semejante posición corresponde a la manera extraña y recelosa que suele adoptarse frente a Dios; diríase que se le quiere prohibir que edifique lo sobrenatural a base de lo natural. Ya el viejo Oriente cristiano inventó por esta razón una leyenda prodigiosa, tocante a los desposorios de María, convirtiendo esta cuestión de familia en asunto de todo el pueblo de Israel. El viejo relato popular de Palestina cuenta como sigue:

«María vivía en el Templo del Señor alimentada como una paloma, y su alimento lo recibía de manos de ángeles. Cuando tenía doce años se reunieron los sacerdotes en consejo y dijeron: En el Templo del Señor María ha cumplido los doce años (ya es, pues, una doncella); ¿qué hacer con ella? Acudieron al sumo sacerdote: «Tú sirves al altar del Señor; entra en el Santuario, haz oración por ella y mándanos hacer lo que el Señor te revelare sobre el caso.» El sumo sacerdote tomó el amuleto con las doce campanillas y se fué al Sancta Sanctorum a orar por ella. Y he aquí que se le presentó un ángel del Cielo y le dijo: «¡Sal fuera y convoca a todos los viudos del pueblo! Cada cual debe traer consigo una vara y María ha de ser esposa de aquel a quien el Señor manifieste con un prodigio.» Se repartieron los heraldos por toda la región de Judea y resonó la trompeta del Señor. Todos se

reunieron al punto. También José dejó su hacha y se dió prisa para agregárseles. Cuando estuvieron todos reunidos, tomaron sus varas y acudieron al sumo sacerdote. Este tomó las varas de todos, entró en el Templo y oró. Cuando hubo acabado su oración tomó las varas, salió fuera y las distribuyó, sin que apareciese prodigio alguno. Pero cuando José recibió la última vara, he aquí que salió de ella una paloma y se posó sobre la cabeza de José. El sacerdote le habló así: «La suerte te ha designado para tomar a la virgen del Señor bajo tu protección.» José se opuso. Entonces le dijo el sacerdote: «¡Teme al Señor, tu Dios, y acuérdate de lo que les hizo a Datán, Abirón y Coré, cómo se abrió la tierra y los devoró por su réplica! ¡Teme a Dios, José, para que no sobrevenga algo parecido sobre tu casa!», y José temió y la recibió bajo su protección. Y dijo a María: «He aquí que te he tomado del Templo del Señor; ahora te dejo en mi casa y me voy a terminar mis quehaceres; después volveré de nuevo a ti; entretanto te guardará el Señor.»

El hecho histórico fué mucho más sencillo que la ficción de la leyenda, y se desarrolló conforme a la vida ordinaria de una pequeña ciudad oriental. La vida oculta de Jesús influía de antemano en María y José, haciendo que en su vida, con ser tan singular, todo el elemento divino se ocultase tras la forma, mejor dicho, en la forma de una vida ordinaria.

Con los desposorios se unieron, naturalmente también en este caso, los acuerdos jurídicos sobre los bienes. También en esto solemos estar preocupados, no queriendo representarnos a María y José ultimando detalles sobre toda clase de bienes insignificantes. Con todo, esto va vinculado a la vida en la tierra. María recibió un patrimonio que se componía de vestidos y muebles. Recibió también una dote integrada asimismo, a lo que se puede juzgar, por algunos vestidos y muebles más; acaso también por algún pequeño huerto. Recibió finalmente una suma para la viudez; o sea, el seguro de una cantidad que le correspondería de los bienes de José, a la muerte de éste. Tal vez todo ello montara muy poco; pero en familias pobres las nonadas se aprecian como las grandes fortunas en las familias de los ricos. Los trámites los dirigió José, bien en persona, bien por intermedio de algún experimentado. Aquellas negociaciones, no obstante el complejo de intereses naturales, se hicieron tan ocultamente, que la parentela creyese haber

salvado, gracias a su prudencia, un asunto delicado para provecho de todos, sin que intervinieran las partes más interesadas.

Si ya no antes, ahora lo más tarde, corrió de boca en boca entre los habitantes de Nazaret: «María se ha desposado con José el carpintero.» En los patios y en las azoteas se hacían comentarios, y como para todo desposorio, también para éste había sus observaciones. Lo que más se decía, fué sin duda: «¡Tal para cual!» María, la doncellita recatada que a los ojos de muchos, de tanto recato y retraimiento, parecía una insignificancia viviente. Y José, el carpintero callado, en el que había algo parecido a lo de María.

II. DESDE LA ANUNCIACIÓN HASTA EL NACIMIENTO DE JESÚS

Maria después de los desposorios con José

«En el sexto mes (después de la anunciación del nacimiento de Juan) fué enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba desposada con un varón llamado José, de la casa de David» (Luc. 1, 26-28).

El alma de María se sentía asegurada y protegida, una vez que hubo contraído desposorios con José. En éste le había dado el Señor un esposo que respetaba religiosamente su propósito de hacer vida consagrada a Dios. La paz y la alegría se desbordaban en su corazón, y con sentimientos de profundo agradecimiento para con Dios se ponía a considerar su vida. Después de un corto lapso de tiempo sería conducida al hogar de José, para vivir con él; y a partir de aquel momento tendría una garantía firme para poderse entregar en absoluto a Dios, a sus esperanzas mesiánicas y a la preparación para el advenimiento del Salvador. José, su esposo, se le figuraba como un antemuro que la protegía del exterior. Interiormente, ella lo sabía muy bien, José tenía los mismos sentimientos y deseos. Podría orar a una con él por el cumplimiento de las promesas, como lo hacía por entonces toda la gente piadosa de Israel. Podría elevar su corazón a una con él inflamándolo en el anhelo del Mesías, en la oración matutina lo mismo que en la vespertina, en las preces del sábado lo mismo que en los sacrificios y oraciones de las fiestas anuales, cuando fuesen ambos peregrinando al Templo de Jerusalén. Podría comentar a una con él en su casa, dando suelta a las ansias de su corazón, las palabras de la Escritura y en particular las promesas de los profetas que se leyese el sábado en la sinagoga. María vislumbraba, pues, una vida parecida a la que Ana la profetisa iba dejando por el mismo tiempo detrás de sí; vida de oración y consagración a Dios, vida de ansias por el Mesías y de preparación para su venida.

Con todo, en el intervalo entre los desposorios de José y María y la entrada de ésta en el hogar de aquél ocurrió, por designio de Dios, el mensaje del ángel. De esta suerte quedó

perturbada definitivamente, contra todo cálculo, la seguridad de María, precisamente cuando ella se había imaginado que la tenía asegurada para vivir consagrada a Dios en soledad y sencillez. Su vida entraba de lleno directamente en los designios misteriosos de Dios y quedaba tan íntimamente ligada con ellos, que dejaba muy atrás a todos los demás mortales; ella misma en tanto podría conocer sus propios destinos en cuanto se manifestasen los planes de Dios.

María estaba en sazón para aquella hora solemne. Su anhelo por el Mesías aventajaba al de los demás hombres no sólo en vehemencia, sino también en pureza, y en su avance progresivo había alcanzado como el punto culminante que se coordinaba internamente con el mensaje de Dios.

Ella, la sin pecado, había sufrido como nadie con la culpa de la familia de David, con las culpas de Israel, con las culpas del género humano, en una palabra, con la apostasía de los hombres, cuyas consecuencias refiere la Escritura. Ella, que no tenía que pensar en culpas propias, tenía presentes como ninguno las culpas de todos, la culpa universal de la humanidad, que sólo el Redentor podía expiar. Con un fervor acendrado e insuperable presentaba su alma al Salvador que estaba para llegar, todas las culpas de todos los tiempos reunidos, a fin de que Él destruyese las obras del demonio, desterrase el pecado de la vida humana y condujese a los hombres a Dios, renovando la suerte del mundo.

María no ansiaba la venida del Mesías en nombre propio, sino en nombre de las promesas de Dios, no para pequeñas ventajas personales, sino en beneficio de la humanidad oprimida por la culpa. Este anhelo altísimo y purísimo la había dispuesto y hecho digna de la anunciación.

Sí, fueron los deseos de María los que en cierto modo dieron el último impulso para la venida del Mesías y los que determinaron el momento de su advenimiento al mundo. Por entonces era general la persuasión del pueblo de que «la venida del Mesías» podía «acelerarse» por la oración y buenas obras, por la vida e influjo de los santos. Muchos eran los que, como Simeón y Ana, oraban y ayunaban a este efecto. Pero, en cuanto podía depender de hombres, nada sirvió tanto para acelerar aquella venida como la oración y deseos de María. En todo tiempo fué idea grata y familiar al pueblo creyente

que María atrajo, por decirlo así, del cielo a la tierra al Salvador, seduciéndolo con su santidad, con su pureza, con su inviolabilidad, con su amor a Dios y a los hombres. Tan cara le ha sido al pueblo, que ha invocado en su apoyo antiguas leyendas misteriosas, para hacerla intuitiva e incorporarla en su propia vida. Una vieja fábula hablaba, por ejemplo, de un unicornio indomable, al que no podían domeñar ni la violencia y la fuerza, ni la astucia y la artimaña, ni la presteza y agilidad de los cazadores. Pero al tropezar con una doncella, se inclinaba delante de ella. Esta fábula se solía aplicar al Salvador. Jesucristo era el unicornio, al que no pudieron sacar del cielo ni el poder ni la astucia humanos, pero se dignó humanarse en el seno de la Virgen María, y hacer de ella su morada.

El mensaje del ángel

«El ángel entró adonde ella estaba y dijo: '¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo!' Ella se turbó por tal lenguaje y consideraba qué podría significar aquel saludo. Mas el ángel le dijo: '¡No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios! Mira, vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin'» (Luc. 1, 29-34).

La entrevista más importante que conoce la historia tuvo lugar en el interior obscuro de una casita pobre de Nazaret. Tal fué la de Gabriel, el ángel que envió Dios como mensajero, con María, la virgen escogida para Madre del Salvador. Acaso estuviera ésta en oración o contemplación en el momento de entrar el ángel. En todo caso su espíritu no perdía nunca el recogimiento; en cualquier instante estaba ella mejor preparada para recibir un legado del cielo, que lo están los demás hombres en los momentos de oración fervorosa.

«El ángel entró adonde ella estaba.» Estas palabras demuestran que el ángel se le presentó en forma visible, en figura de varón. Como varón se había presentado el mismo Gabriel a Daniel en Babilonia. Y ya que había adoptado forma humana, se presentó a María en porte humano, saludándola. La narración del evangelista supone, sin embargo, que María reconoció

en el ángel, a pesar de su figura humana, un ser espiritual. La explicación más sencilla del hecho es suponer que se manifestó envuelto en un halo de luz prodigioso. Tal modo de presentarse era especialmente impresionante en las oscuras habitaciones de una casa de Palestina. Aquella figura, que se dejaba reconocer como espíritu, habló así a María: «¡Salve, llena de gracia! ¡El Señor está contigo!» Desde que Adán fué expulsado del paraíso, aquélla era la primera vez que un mortal era saludado por un ángel con expresiones tan hermosas. Dirigióse a María como a mujer que había sido agraciada por Dios de manera única, como a quien vivía bajo una tutela especial de Dios.

María quedó turbada con aquellas palabras. Ello no se debió al poder y majestad con que se hubiese presentado el ángel, sobresaltándola. No se trataba de un terror de los sentidos, como el que puede apoderarse del hombre en trances extraordinarios, en catástrofes o peligros de la vida. Su turbación era de otro género, más profunda que todo eso. El mismo evangelista lo confirma, empleando una expresión que indica una inquietud especialmente grande.

En su espanto, María quedó al principio como muda, y trataba de asegurar lo más íntimo de su alma contra lo que se le representaba como algo confuso; por lo mismo, como peligroso; reflexionaba sobre aquel tratamiento. Un ser de otro mundo hacía declaraciones delante de ella. Sus relaciones con Dios eran ciertamente especiales. Le había consagrado su virginidad. Pero en su alocución el ángel iba mucho más lejos, pasando por lo que ella tenía como secreto personal. La llamaba «mujer llena de gracia». A lo largo de su vida tuvo que darse cuenta María de que vivía aislada en el mundo. El lenguaje del ángel le daba un dato para poderse explicar esta soledad, si es que realmente respondía a los hechos. María había crecido en la plenitud de la gracia y estaba arraigada en ella, sin que jamás se le hubiese ocurrido vindicarse un puesto especial entre las mujeres, siquiera fuesen las de Nazaret; y, sobre todo, nunca se había comparado con las demás en la forma en que lo hacía el ángel, declarándola algo único entre todas. En María, la virgen recogida y solitaria, pudo provocar aquel lenguaje una especie de angustia que nosotros difícilmente nos podemos imaginar.

Fué el ángel mismo el que se apresuró a sacarla de su perplejidad. Declarándole la significación del saludo le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.» La expresión «hallar gracia delante de Dios» se aplicaba, en un sentido más profundo que aquella otra «el Señor está contigo», a los hombres que Dios escogía para alguna empresa especial. Así se habla en la Biblia de Noé, el segundo padre de la humanidad; de Abraham, padre del pueblo de Israel; de David, cabeza de la casa real de su nombre: todos ellos han hallado gracia a los ojos de Dios. Bajo el nombre de la gracia que se les había comunicado entendían sin duda los Libros Santos la vocación con que Dios los había escogido para su obra salvadora. En este sentido, que no ignoraba María, pronunció sus palabras el ángel, como preámbulo a la vocación para la que Dios había destinado a María. Luego prosiguió solemnemente: «¡Vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús! Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David. Reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin.»

Había llegado el momento solemne. Siglo tras siglo había esperado con ansia el pueblo de Israel los días del Mesías. Una generación transmitía a la siguiente la promesa y la esperanza de que el Mesías saldría de en medio de ellos, de la casa de David. Y ahora se iba a cumplir. El ángel del Señor se presentó a María con el mensaje divino; ella era la escogida para Madre del Mesías.

¿Qué ideas encontraron las palabras del ángel en María como preparación para el mensaje de Dios? ¿Hasta qué punto estaba capacitada, por su formación religiosa, para tender un puente entre las profecías de la Sagrada Escritura y las palabras del ángel? ¿Podía comprender que en ellas estaba encerrado el anuncio de la venida del Mesías?

Como dijimos más arriba, María tuvo ocasión sobrada de familiarizarse con los Libros Santos y con las predicciones que contenían sobre el Mesías, aun siendo una joven sencilla del pueblo. Así, pues; para cuando se le apareció el ángel, conocía probablemente no pocos pasajes de la Escritura que se referían a la venida del Redentor. Y, lo que es de mayor importancia, en su interpretación de estos pasajes no se mezclaban falsos

conceptos sobre el sentido mesiánico, ni tergiversación del pensamiento de la redención con aplicaciones terrenas. Las palabras de la Escritura le sirvieron, pues, todo lo que podían servir para entender el mensaje del ángel.

María había relacionado entre sí los datos bíblicos, a fin de obtener un cuadro completo sobre la venida del Mesías y no quedarse con detalles aislados. En este sentido, la alocución del ángel encontró en ella una imagen de conjunto sobre el Salvador, imagen que ella se había formado bajo la dirección del Espíritu Santo. Pero es probable que el ángel Gabriel aludiera en su lenguaje a determinadas profecías y que se las recordara a María. Pudieron ser varias. Queremos mencionar expresamente una que por muchos motivos debía de ser grata y preciosa para María. Decía más o menos así: «En los comienzos humilló (Dios) el país de Zabulón y el país de Neftalí; en cambio, al fin de los tiempos cubrirá de gloria el camino junto al mar, la región del otro lado del Jordán y la Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba entre tinieblas y sombras de muerte ve una luz potente. A los que moraban en el país de obscuridades de muerte les brilla una luz. Tú multiplicas el pueblo y aumentas su alegría. A tu vista se regocijan como al contemplar las mieses, como al hacerse con júbilo el reparto del botín. Porque la pesadez de su yugo, y la vara que caía sobre sus espaldas, y el látigo del exactor, tú los has quebrantado como en la jornada de Madián. Todo despojo logrado con violencia, toda vestidura manchada de sangre, serán quemados como pábulo del fuego. Porque nos ha nacido un niño y se nos ha dado un hijo; sobre sus hombros descansa el señorío; su nombre: Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre de la Eternidad, Príncipe de la paz. Su dominio alcanzará lejos y la paz no tendrá fin. Se sentará sobre el trono de David y reinará en su reino, a fin de afianzarlo y consolidarlo desde ahora perpetuamente» (Is. 9, 1-7).

Las predicciones del profeta Isaías no eran extrañas para la gente del pueblo. Cuando Jesús se presentó en la sinagoga de Nazaret y dió lectura precisamente a un pasaje de aquellas profecías que pertenecía al mismo grupo que la que acabamos de transcribir, lo comentó ante la concurrencia en una forma que sólo tiene explicación suponiendo que los oyentes lo conocían de alguna manera. Esto era, por otra parte, muy

posible. Porque en el culto divino de la sinagoga se leían también los profetas, y entre ellos Isaías era el más conocido, como lo demuestran las citas de los evangelistas.

Además, siempre que se daba lectura a esta profecía en la sinagoga de Nazaret, la escuchaba la gente con especial atención. Las más de las veces el marco de los sucesos de aquellas historias santas solía ser el sur, Judea. Como que allí estaba el Templo de Dios. Por lo tanto, ¡cómo les llenaba de consuelo el oír, siquiera una vez, que salía a relucir Galilea, el enterarse por boca del profeta de que llegaría un día en que Galilea se hiciese famosa, que alguna vez resplandecería la luz sobre aquella patria despreciada y la iluminaría el regocijo! Sin duda que cualquier otro fragmento de la Escritura lo hubieran pasado por alto antes que esta profecía.

Con mayor atención que los demás y con intuición más profunda la escuchaba María, y ella, que todo lo guardaba y meditaba en su corazón, no olvidó sin duda estas palabras tan consoladoras. Como mujer se fijó más aún que los hombres en que se hablaba de un niño cuya aparición traía consigo un cambio radical y la aurora de un nuevo reino. También había considerado los nombres del niño. En ellos se encarnaban las profecías más llenas de sentido. Se le daba el nombre de «Admirable»; era, por lo mismo, algo prodigioso. Le llamaban «Consejero»; lo era, por consiguiente. Llevaba el nombre de «Dios fuerte»; revelaba, por lo tanto, de una manera particular, el poder de Dios. Recibía el nombre de «Padre de la eternidad»; luego, estaba ligado con ella por lazos especiales, aun cuando apareciese como niño. Ostentaba el nombre de «Príncipe de la paz»; era, pues, un rey que no se preciaba del aparato externo. A este niño se le prometía un señorío amplio y de duración eterna. Una vez que hubiese escalado el trono de David, lo poseería en propiedad por toda la eternidad.

Después de un lapso de tiempo determinado volvía a oír María la lectura de aquellas palabras; de una vez a otra sentía que le crecía el anhelo de que viniera el Mesías, y sin duda que la determinante última no era el pensamiento de que la luz de Dios brillaría en los días del Redentor sobre su pobre patria, la relegada Galilea, tal vez hasta sobre sí misma.

Lo que Isaías había predicho hacía muchos siglos, lo que había sido para María hasta este momento un dulce consuelo,

tenía tanto que ver con aquellas palabras del ángel, que no podía ser pura casualidad. Las profecías de Isaías aludían a una glorificación de Galilea, su patria. Esa glorificación empezaría con el nacimiento de un niño que subiría al trono de David y se aseguraría en él para siempre, no como un caudillo de guerra, sino como un príncipe de paz. Y en conformidad con el profeta, hablaba ahora el ángel del nacimiento prodigioso de un niño que recibiría un nombre nuevo, que se llamaría *Hijo del Altísimo, a quien Dios había de dar el trono de su padre David y cuyo reino no había de tener fin*. Las palabras del profeta y del ángel coincidían casi textualmente.

María debió de comprender antes que nosotros, que vivimos en otros tiempos, que el ángel hablaba del nacimiento del Salvador, a quien ella esperaba con el ansia más encendida. ¡Su advenimiento estaba muy próximo, y ella personalmente había sido escogida en la casa de David para ser su Madre!

La respuesta de María

«María dijo: '¿Cómo se efectuará esto, pues yo no conozco varón?' y el ángel le respondió: '¡El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra! Por eso lo Santo que nacerá de ti, será llamado hijo de Dios. Y mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en edad avanzada, y éste es ya el mes sexto para ella, que es considerada como estéril. Porque para Dios no hay imposibles.' Entonces dijo María: '¡He aquí la esclava del Señor! ¡Hágase en mí según tu palabra!'» (Luc. 1, 34-38).

«Mira, vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado el Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David. Reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.» Con estas palabras había expuesto el ángel solemnemente el mensaje que había traído desde el cielo a la tierra, para la virgen de Nazaret. Una reflexión interna absorbía ahora el espíritu de María, una reflexión en la que se concentraban todos sus pensamientos y toda su preparación y toda su devoción de los años anteriores. En su mano estaba la realización de lo que había sido el único anhelo de su corazón.

María estaba dispuesta a ser Madre del Redentor, pero no conocía el modo cómo se habría de realizar esto conforme a

la voluntad del Cielo. Bajo su dirección e ilustración había consagrado a Dios, por completo y para siempre, su inviolabilidad y pureza, probablemente no mucho tiempo antes de esta hora solemne. Con ello había renunciado a lo que, por lo demás, era el deseo de toda hija de David: la maternidad y la bendición de los hijos. Al hacerlo así tuvo seguridad de que realizaba algo grato a Dios. Antes de los desposorios dió cuenta a José de todo esto, y ambos habían convenido en vivir como hermanos. Ahora el mensaje del ángel le decía que había de ser Madre del Redentor. Pidió, por consiguiente, explicación sobre cómo se concertaba y salvaba la contradicción aparente entre las inspiraciones anteriores de Dios y su orden actual. De ahí su pregunta: «¿Cómo podré yo ser Madre del Mesías, si no conozco varón?»

Con frecuencia se interpreta esta pregunta casi como si María hubiese pretendido asegurar en primera línea la guarda de su virginidad. Si se llevara hasta sus últimas consecuencias semejante interpretación, habría que concluir que en aquel momento no era aún María la esclava fiel y sencilla del Señor y que no se diferenciaba de su pariente, el sacerdote Zacarías. Es verdad que ella y éste dirigieron al ángel preguntas que en su forma externa suenan de modo parecido. Pero en la disposición que las motivaba se diferenciaban en lo esencial. La pregunta de Zacarías tenía el sentido de una exclamación de duda, incluso de incredulidad: «¡¿Cómo va a suceder eso?! ¡Si no es posible!» La de María, por el contrario, era la insinuación de quien cree, pero desea instrucción más precisa.

A la duda de Zacarías repuso el ángel con una reprensión y con un castigo. La pregunta de María era un testimonio de fe magnífico; procedía de una mente preparada para adentrarse plenamente en el misterio. Así, pues, el ángel prosiguió, empalmándola con lo dicho antes, la declaración del plan divino: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo Santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios.»

El ángel declaraba, por tanto, a María que había de ser Madre de Dios de una manera milagrosa, extraordinaria, por sola la intervención de la omnipotencia divina. Y como garantía de su mensaje agregó que también en otra familia de conocidos y parientes suyos se había realizado un milagro. Esto debía

servirle a ella de testimonio en favor de la verdad de aquel mensaje. Por este motivo cerró el ángel su anuncio solemne de la encarnación con esta nueva: «Mira, también Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en edad avanzada, y éste es ya el mes sexto para ella, que es considerada como estéril. Porque para Dios no hay imposibles.»

Las palabras de Gabriel explicaban, además, por qué se había de llamar Jesús el Hijo del Altísimo. No era en el mismo sentido en que a hombres santos se les califica de «hijos de Dios», por su comunicación íntima con Él. Al Redentor se le aplicaba el nombre de «Hijo del Altísimo», «Hijo de Dios», por una razón y de una manera singular: precisamente porque *tenía a Dios por Padre*: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.»

El plan divino, que las profecías no habían indicado sino veladamente, se descubría ahora ante María, la preferida entre los mortales. Ya sabía todo lo que tenía que saber sobre este misterio, antes de dar su consentimiento libre y consciente para ser Madre del Redentor.

El ángel quedó esperando de labios de la Virgen una palabra que manifestase su voluntad. María, por su parte, acató la de Dios en aquella hora decisiva para el mundo, con la misma fe y con la misma prontitud con que lo había hecho durante toda su vida. Su respuesta fué: «Yo soy la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.» Dió su consentimiento sin preguntar si ello había de proporcionar a su vida alegría o sufrimiento, honor o ignominia, gloria o humillación. Su voluntad no tenía más objeto que servir a los planes salvadores de Dios. Con ello había pronunciado el fallo definitivo, no sólo sobre su propia suerte, sino también a favor y en representación de toda la humanidad.

El ángel la dejó sola y se fué.

En el silencio se consumó la encarnación de Jesús, el Hijo de Dios. Dios bajó a la tierra y, como cualquier hombre, comenzó su vida por la primera fase de un niño.

María, Madre del Salvador

Para comprender la vida de María es trascendental la pregunta siguiente: ¿Qué pensamientos y afectos y sentimientos embargaban su corazón mientras le anunciaba y después de anunciarle el ángel que daría a luz un hijo, y que este hijo habría de ser Salvador de la humanidad?

Como es muy difícil penetrar en la disposición con que recibió el mensaje del ángel y con que dió el asentimiento a su pregunta, vamos a preparar la respuesta por medio de una comparación, más familiar a la experiencia humana, y que por lo mismo puede servirnos para columbrar los pensamientos que en aquellos instantes agitarían y ocuparían el alma de María.

En los medios cristianos es más frecuente de lo que se supone, dígase lo que se diga, el caso de que muchachas piadosas, ya el día de su boda, y aun antes de casarse, e incluso antes de haber brindado a un hombre su afecto, lleven en sí el deseo de regalar la vida a un niño que haya de ser sacerdote. Este deseo vive tan escondido en su corazón, que con palabras no se lo dicen ni a sí mismas. En muchos casos han pensado consigo algún tiempo tales jóvenes, antes de que tomara cuerpo ese deseo, a ver si no deberían entrar en un convento y consagrarse a Dios. Y han renunciado a ese plan, porque han visto que no respondía a la voluntad divina. Pero de los sentimientos de aquellos días les queda el anhelo de ser madres de un sacerdote. Si bien no delatan ni media sílaba; aun cuando han visto colmado su deseo, hace falta que concurren circunstancias especiales para que lo revelen.

El comprender perfectamente la situación de estas madres contribuye, si no para penetrarlos en toda su profundidad, a lo menos para vislumbrar de alguna manera los sentimientos del corazón de María.

Para una madre de éstas se repiten a cada paso las ocasiones que avivan en su alma tal deseo. Si asiste a misa, si oye dirigir el rezo, si ve bautizar y confesar, si oye a un sacerdote que predica la palabra de Dios, le asalta al instante el pensamiento: «Si yo tuviese un hijo sacerdote, también él ofrecería el santo sacrificio, y anunciaría la doctrina de Jesús, y administraría

sus sacramentos.» El pensamiento de esa madre no se detiene jamás ante la idea escueta «si yo tuviese un hijo»; descansa, más bien, en la representación *de lo que desea que hiciese ese hijo*, en su anhelo mira a la obra del hijo en el futuro más que a su propia maternidad respecto de él.

Con esta comparación hemos indicado la orientación de los sentimientos íntimos que sugirió a María, Madre de Jesús, el mensaje del ángel. No codiciaba un niño para tener un hijo a quien regalar su amor. Su alma había aplicado, por decirlo así, sus fuerzas al amor de Dios de tal manera, que nada podía existir ni coexistir a su lado, sin que tuviese su origen inmediato en aquel amor a Dios. Tampoco el ángel le preguntó si quería ser madre de un niño, sino que se refirió desde un principio a la obra de Dios en el Salvador: «Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David. Reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin.» Por consiguiente, enfocaba la atención de María *hacia la obra de la redención*, que habría de realizar su Hijo sobre la tierra, por encargo de Dios.

Y María había suspirado precisamente, año tras año, por la Salvación de la humanidad. Día por día había suplicado que viniese pronto el Redentor. Se había ido preparando para su venida, cada vez con mayor fervor. Por eso dió ahora su consentimiento para que el Salvador descendiera a su seno y en él estableciese su morada, con corazón lleno de ansia y de amor divino y de acatamiento de los planes de Dios para con la humanidad caída. Al decir: «Soy la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra», consagraba toda su vida a la salvación de los hombres.

La maternidad espiritual de María adquirió, por tanto, su base primera en el mismo momento en que empezó la corporal; más aún, se puede decir que en germen se adelantó a ésta por razón de sus sentimientos íntimos, del amor a todos los hombres y de sus ansias por el Redentor de toda la humanidad; la maternidad espiritual venía a ser como preámbulo y fundamento para su elección como Madre efectiva del Salvador.

Que la unión maternal de María con Jesús no fué puramente externa sino interior, un compenetrarse y unificarse con la misión de Jesús, ha sido idea inalterable en la Iglesia, y sólo

han evolucionado las expresiones con que se la designa. En los primeros tiempos hacían notar los teólogos que María aceptó la maternidad de Jesús, no por presión externa, sino por determinación libre y consciente de su voluntad. Santo Tomás reviste el mismo pensamiento con otras palabras, diciendo que, cuando la anunciación del ángel, representaba María a toda la humanidad; que su sí o no, era el definitivo para la redención o no redención de los hombres. He aquí sus palabras: «Nada se opone a que también otros hombres se puedan llamar medianeros en cierto sentido; a saber, en cuanto preparan la unión del hombre con Dios y se ponen a su servicio. Semejante posición toman, por ejemplo, los ángeles y santos del Cielo, los profetas y sacerdotes del Viejo y Nuevo Testamento. Pero sin duda que este título de gloria se le aplica en mayor grado que a ellos a la excelsa Virgen. Porque no hay un solo hombre que haya contribuido o pueda contribuir tanto como ella a la reconciliación de Dios con los hombres. Ella les trajo al Redentor a los hombres que habían sucumbido a la perdición eterna. Esto lo hizo ya cuando, en representación de todo el género humano y con admirable presteza, aceptó el mensaje que trajo el ángel a la tierra sobre la pacificación misteriosa. De ella nació Jesús; ella es, por consiguiente, su Madre efectiva, y por este motivo es ella la Medianera del Medianero, digna y grata a Dios.» Los mismos pensamientos se ponen de relieve constantemente en los documentos eclesiásticos de los últimos decenios. En ellos se llama a María coadyuvadora en la obra de la redención, tal como había sido decretada en el consejo divino. Se acentúa la idea de que María concibió al Hijo de Dios no sólo para que fuese hombre, tomando por ese medio la naturaleza humana, sino también con miras a que, hecho hombre, fuese el Redentor de los mortales (Encicl. 1904). Su puesto en el Reino de Dios se funda en esta su prestación voluntaria como esclava del Señor en el prodigio de la encarnación y, según lo mostraremos después, en los sufrimientos que aceptó libremente cuando se consumó la obra redentora.

La visita a su prima Isabel

«Por aquellos días partió María y se dirigió aceleradamente a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Mientras Isabel escuchaba su saludo, saltó el niño en su seno y ella misma se sintió llena del Espíritu Santo. Y exclamando en alta voz dijo: '¡Bendita eres tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!'» (Luc. 1, 39-46).

Poco después de la anunciación se dirigió María a visitar a su prima Isabel, que vivía en la región montañosa del sur. Lo que la decidió a partir fueron las palabras del ángel: «Este ya es el mes sexto para la que llaman estéril.» El sexto mes se consideraba como el tiempo en que se manifestaba exteriormente la maternidad, de modo que sin lastimar la delicadeza se podía hablar de ello. Si el ángel no hubiese indicado circunstancias de tiempo, tal vez no hubiese partido María tan pronto. No se hubiera arriesgado a entrar en una casa donde no se hablaba aún del nacimiento del niño Juan. Por otra parte, María se había de enterar en casa de Isabel de que la concepción de Juan le había sido anunciada a Zacarías en el Templo y de que este niño estaba escogido para Precursor del Redentor.

El recorrido hasta la casa de Isabel no lo hizo sola. Precisamente iba a ser pronto la Pascua; así que pudo juntarse a algunos de los grupos de peregrinos que partiesen temprano. Por lo demás, cada semana saldría gente para Jerusalén, bien por motivos religiosos, bien para sus asuntos particulares. En la elección de acompañamiento se recomendaba la cautela. Con manifiesta exageración aconseja un proverbio de fecha posterior, pero que ya entonces había de tener aplicación: «Si ves que un justo se pone en camino y tú piensas hacer el mismo recorrido, adelanta tu viaje en atención a él tres días, a fin de que puedas caminar en su compañía; puesto que los ángeles de servicio (el ángel de la guarda) le acompañan (conforme a las palabras): dará orden a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos. Si, por el contrario, ves que se pone en camino un impío y tú piensas hacer el mismo recorrido, emprende tu viaje, por razón de él, tres días más tarde, a fin de que no vayas en su compañía.» El artista alemán Führich da a María, en su viaje a casa de Isabel, una comitiva de

ángeles; con ello reproduce una idea que flotaba en el pueblo, según lo indica el proverbio.

Aunque no sería imposible, es difícil que José acompañase a su prometida en este viaje. Si de hecho fué así, por lo menos es cierto que María no le declaró el móvil de su visita a Isabel, y que José no estaba presente cuando se saludaron las dos primas. En esta hipótesis, lo más seductor sería suponer que la acompañó a Jerusalén, y que desde allí continuó María su viaje sin él.

Es llamativo en el texto de San Lucas el detalle de que María partió «aceleradamente» a visitar a su prima Isabel en la montaña de Judea. El mismo término lo emplea San Marcos cuando escribe que Salomé volvió «aprisa» a Herodes, enviada por su madre, para pedirle la cabeza de Juan. La expresión indica, por consiguiente, inquietud interior que impulsa a comunicar algo. Ya que los Evangelios escatiman el reflejar los sentimientos del alma, hay que ponderar, en todo su peso, los pocos que se ofrecen.

¿Qué pensamientos fueron los que impulsaban a María a «la prisa»? La alegría que embargaba su corazón consistía sin duda, en primer lugar, en que el Mesías estaba ya en el mundo, y no en que ella era la Madre del Redentor. Pero tal como estaban las cosas, este mensaje de alegría no podía comunicarlo a nadie a quien no pudiese confiar también que, conforme al plan de Dios, era ella misma la Madre del Mesías. Y fuera de Isabel, ¿quién podía entrar en esta cuenta? Isabel era mujer y además estaba iniciada de algún modo en los misterios de la redención. Porque el ángel había dicho: «Mira, también Isabel, tu prima, ha concebido un hijo en edad avanzada, y éste es el mes sexto para ella, que es considerada como estéril. Porque para Dios no hay imposibles.» Conforme al testimonio expreso del ángel se trataba de una concepción prodigiosa. Y que estaba relacionada de alguna manera con el Salvador que iba a venir, lo indicaban la manera y forma como unió el ángel aquella nueva con un «también», puesto inmediatamente después del anuncio de la encarnación milagrosa.

Estas consideraciones sacaron a María de Nazaret. Durante el camino su espíritu iba extasiado en el misterio que llevaba en sí. Unos cuatro o cinco días duró el viaje. Seguramente que no es un despropósito el emplazar en ellos la evolución

interna del Magnificat. Queda dicho que María caminaba con prisa, con sentimientos de alegría; y explosión de afectos de alegría es, conforme a eso, su himno.

Sin duda que no estaba en el ánimo de María, al acercarse a casa de Isabel, el declarar al punto lo que le había sucedido. Esto hubiera sido contra la manera de proceder de una mujer comedida del Oriente. Quería dejar que hablase primero Isabel, en la que ya se manifestaba al exterior la gracia que se le había hecho. Entró, pues, en casa y con continente respetuoso saludó a su prima, esposa de un sacerdote. Inclínose, la abrazó y profirió el saludo de bendición acostumbrado: La paz sea contigo.

Durante el saludo tuvo lugar el milagro. El Mesías se manifestó a sí mismo. Ya el ángel había dicho a Zacarías: «El hijo de Isabel será lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre.» Pero Isabel no sabía cuándo ni cómo sucedería aquello. Ahora, a la presencia de María, se conmovió el niño en su seno, e Isabel conoció en espíritu cómo estaban trabadas las cosas: ¡María era la Madre del Salvador, cuyo Precursor iba a ser Juan! Por eso se había consumado la santificación del niño con su venida. Con voz alta exclamó Isabel en respuesta: «¡Tú eres la bendita entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¿De dónde se me concede que la Madre de mi Señor venga a mí? He aquí que tan pronto como tu voz ha resonado en mis oídos ha saltado el niño en mi seno. Bienaventurada tú que has creído que se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.»

Su modo de hablar es realmente una sorpresa. Según la costumbre, Isabel, la anciana prima, tenía títulos para ser saludada con todo respeto. Sin duda que María no faltó en esto. Pero ahora atestiguaba Isabel solemnemente que María estaba muy por encima de ella, y ella muy por debajo de María. Hablaba como una esclava a su reina: «¿De dónde a mí el honor de que la Madre de mi Señor venga a visitarme?» Y felicitó a María: «¡Bienaventurada tú que has creído!»

Dios mismo había ahorrado a María la preocupación enorme de anunciar la venida del divino Salvador. Entonces prorrumpió ella en un canto de alabanza, dando curso libre a los sentimientos que habían conmovido su corazón en el tiempo que medió entre la anunciación y su llegada a casa de Zacarías.

El cántico de María

«Y dijo María:

Mi alma glorifica al Señor,
y mi espíritu está transportado de gozo en Dios, mi Salvador.

Porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava;
por eso, desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.
Algo grande ha hecho conmigo el Poderoso
y cuyo nombre es santo.

Su misericordia perdura de generación en generación
para los que le temen.
Muestra su brazo potente,
desbarata a los soberbios en los deseos de su corazón.

A los poderosos los derriba del trono,
a los humildes los ensalza;
a los hambrientos los sacia de bienes,
a los ricos los despide sin nada.

Ha tomado bajo su amparo a Israel, su siervo,
acordándose en su misericordia,
según lo prometió a nuestros padres,
Abrahán y su progenie por siempre jamás.»

(Luc. 1, 45-55).

¿Cuál es propiamente el contenido de este himno? El Magnificat es un canto de alabanza a las disposiciones admirables de Dios. Se desbordó de labios de María, como torrente represado, en el momento en que su prima le había dicho: «¡Feliz tú por haber creído que se cumplirá lo que se te ha dicho de parte del Señor!»

Notemos ante todo que el júbilo de María, tal como brotaba de su corazón, no era una manifestación puramente espiritual de sentimientos santos. A lo largo de todo el Magnificat domina a María un pensamiento central: Dios me ha ensalzado, porque antes había vivido humillada. Esto hace sospechar que a la exaltación que tanto celebra María había precedido un rebajamiento tal, que le daba derecho para contraponerlo a la gloria que se vislumbra en las palabras: «Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.» Qué humillaciones de

María precedieron a su glorificación, no lo sabemos. Dada su vida santa en medio de una parentela de otras ideas y dentro de los muros de una ciudad oriental, dada su edad y su recogimiento, eran posibles angustias y tormentos de alma, de los que es muy difícil formarse idea exacta. Aun es posible que hubiese sido excluida, en cierta manera, con José o por causa de José, de su parentela y del «Clan». Alguna tirantez entre María y sus parientes parece cierto que la hubo, como veremos después. Por eso se regocija María, la despreciada, cuando el Señor mismo se interesa por ella y la ensalza.

De este modo celebró María las disposiciones de Dios. Su gracia no está vinculada a los hombres que poseen el poder terreno sobre el mundo; la riqueza de la gracia puede acumularse sobre almas para quienes la riqueza del mundo se muestra esquiva, y todas las riquezas de los ricos no son capaces de conseguir una sola gracia de Dios para quien posee aquéllas. El milagro de la gracia puede fijarse y explayarse en un hombre del que los juicios humanos jamás hubieran esperado tal cosa. La estructura fuerte del mundo se sacude, pues, y ya no resulta la suprema y última realidad.

Mientras el hombre se empeña en confiar en sus propias fuerzas, hace esfuerzos verdaderamente titánicos y desesperados para mantener en sí y en otros la opinión de que la naturaleza y la gracia son propiamente *una cosa*, que, por consiguiente, nuestra posición en la naturaleza es índice de la posición que tenemos en el reino de la gracia, o que la gracia puede ser suplantada por la naturaleza, si no en todos, a lo menos en gente de especial cultura y talento. Todas estas suposiciones conducen finalmente a la creencia de que todo hombre que junta poder, riqueza y genio, es un instrumento en el que se manifiesta indefectiblemente la gracia de Dios. A esta fe en los hombres y en el poder de los hombres contrapone María, en tono jubiloso, la fe en Dios y en el poder de Dios. Las expresiones con que formula su persuasión se revelan, ante todo, como una confesión que atiende a las leyes conforme a las cuales ejerce Dios generalmente su gobierno.

A continuación vamos a reproducir, al lado de los versos del Magnificat, aquellos pasajes de la Sagrada Escritura que suenan de un modo semejante. Podría parecer que eso es más propio de una clase, pero al fin de cuentas se obtiene con ello

una mirada certera al mundo ideológico de María. El primer verso dice: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de gozo en Dios, mi Salvador.» Giros semejantes, para cánticos de acción de gracias, encontramos en los salmos 58, 31 y 33, 4; en el libro del profeta Habacuc 3, 18; y sobre todo en el salmo 94, 1, que, según su encabezamiento, procede del abuelo regio de María, de David. En él se dice textualmente, como en el Magnificat: «Venid, cantemos al Señor y regocijémonos en Dios, nuestro Salvador. Porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava.» De igual manera habla la madre de Samuel en el libro de los Reyes, 1, 11; pero también en el salmo 30, 8, y en el libro de los Proverbios (11, 1; 12) aparece esta misma frase, en un curso de ideas parecido.

«Algo grande ha hecho en mí el Poderoso (salmo 70, 19) y cuyo nombre es santo»: Así el salmo 110, 9: «Su misericordia perdura de generación en generación para los que le temen.» Lo mismo, al pie de la letra, suenan las palabras del salmo 102, 17: «Muestra su brazo potente, desbarata a los soberbios en los deseos de su corazón.» Algo parecido se lee en el salmo 88, 11: «A los poderosos los derriba del trono, a los humildes los ensalza.» Casi lo mismo se dice en Eccli. 10, 14, y en el salmo 146, 6.

Al primer golpe de vista se observa en esta yuxtaposición, que la mayor parte de las sentencias de María se derivan de los salmos.

La investigación inversa, sobre qué palabras de María no tienen precedente en el Antiguo Testamento, abre los mismos amplios horizontes. Son los versículos: «Por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones», y el final: «Ha tomado bajo su amparo a Israel, su siervo —enviándole el Mesías—, acordándose en su misericordia, según lo prometió a nuestros padres, Abrahán y su progenie, por siempre jamás.»

En la primera frase citada anuncia María que a partir de este momento, ella, la Madre de Dios, será ensalzada de generación en generación. La alabanza de su prima Isabel, «feliz, tú que has creído», no enmudecerá, pues, ya sobre la tierra. La otra frase: «Se ha interesado por Israel, su siervo», clausura por decirlo así el Antiguo Testamento. La gran promesa, hecha

a Abrahán y sus descendientes, que en ellos serían bendecidos todos los pueblos, ha tenido cumplimiento con la venida del Mesías.

Al leer esto tal vez se inquiete el sentido religioso de alguno y piense para sí: ¿no será irreverente el desmembrar el cántico de María y atribuir sus fragmentos a diversas personas? ¿Qué le queda entonces a la Virgen? A esto se podría observar: El concepto de propiedad literaria, tal como hoy lo poseemos, no se había formado aún en Oriente. Cada cual tomaba de otros lo que le parecía bien. Pero no es ésta la respuesta definitiva; lo definitivo es, más bien, el hecho de que María no quiso hacer una composición poética, sino una plegaria, y plegaria en la que glorificase a Dios. Y para eso acudió a expresiones y maneras de hablar que le eran familiares por los Libros Sagrados.

Con todo, hay que precaverse para no falsificar esta idea, representándose a María como versada en las Escrituras hasta el punto de no darse por satisfecha antes de poder fijar los salmos y versículos en que ocurren las expresiones que ella toma de los Sagrados Libros. Eso no; María ha oído y ha asimilado; no se ha apoderado de las palabras y las ha traído y llevado sin elaborarlas, sino que se ha dejado influir y educar por ellas. Su alma santa tuvo una capacidad única para penetrar hasta la médula el sentido de la palabra divina; puesto que el mismo Espíritu Santo, que había asistido con asistencia particular a los autores, asistía también al alma de María e influía en ella, desde su primer instante, de manera especialísima, a fin de prepararla para Madre del Salvador.

Entre el tiempo en que insertó Lucas el Magníficat en su Evangelio y los días en que desplegó María sus labios para entonar este himno y ensalzar al Dios del Cielo, medió un intervalo de unos sesenta años. ¿Cómo pudo enterarse Lucas, a esa distancia, de lo que había dicho María después de que la saludó Isabel? Es seguro que no se inspiró en sola la tradición oral, sino que utilizaba algún documento escrito. El carácter literario del capítulo sobre la infancia presenta, para los lingüistas, la prueba de dos hechos: 1) El documento que seguía Lucas no estaba redactado en griego, sino en hebreo. 2) Y tenía ya cierto orden sistemático; presentaba, de intento, primero la anunciación del nacimiento de Juan y del nacimiento

de Jesús, y luego, a su vez, el nacimiento de Jesús y el nacimiento de Juan, como sucesos que se correspondían.

Ahora bien, Lucas hace constar en su Evangelio que ha acudido a los que fueron testigos de los hechos, en vida de Jesús. Hace constar también que los sucesos que se desarrollaron con ocasión del nacimiento del Bautista, tuvieron gran resonancia y se comentaron generalmente en el pueblo. En tales circunstancias interesaba a la parentela tomar algunos datos sobre esto. Lo que Zacarías había experimentado, sobrepujaba en significación a todo lo que contenían los Sagrados Libros. Él era el único varón iniciado en los acontecimientos portentosos que preludiaban la venida del Mesías al mundo y suplantaban las grandes promesas de los Libros Santos, dándoles su cumplimiento definitivo. Conforme a esto había ya anunciado el ángel en el Templo que Juan, el Precursor del Mesías, sería causa de gozo y regocijo no sólo para su padre, sino para «mucha gente». ¿No convenía consignar por escrito los grandes preñuncios de redención que se relacionaban con su casa y con su parentela, en beneficio de los «muchos hombres del tiempo futuro» para los que habían de tener importancia más tarde, conforme a las palabras del ángel? A un sacerdote del Antiguo Testamento, íntimamente ligado con las Escrituras, se le podía ocurrir fácilmente esta idea: más aún, se podía sentir casi obligado a anotar aquellos santos acontecimientos.

Las circunstancias que condujeron a la formación y consignación del Magníficat las ha venido a iluminar en tiempos recientes la vida de Miriam de Abellín, aldea próxima a Nazaret. Esta joven, que murió en el convento de Carmelitas de Belén como monja lega, en olor de santidad, prorrumpía en cantos solemnes en los momentos de exaltación. No sabía leer ni escribir, tampoco dominaba bien ninguna lengua extraña; permaneció, pues, siempre hija de su país. Con todo, cuando Miriam empezaba sus canciones habladas, las frases se sucedían tan rápidas, que difícilmente se las podía apuntar. Sin embargo, las efusiones de su corazón que se han recogido, demuestran que aun hoy día pueden brotar de las mujeres piadosas del pueblo, con fuerza vital, salmos y cantos como el Benedictus y el Magníficat. He aquí, como prueba, un fragmento de uno de estos himnos. En él se describe el consuelo del alma en la sagrada Comunió:

El Señor ha visitado su tierra,
que estaba seca y era estéril;
a su presencia tornóse húmeda y fértil.
El rocío del Señor ha descendido,
flores y hortalizas han brotado.
El árbol en que yo me apoyé
me fué dulce como una palmera.
Recobré de nuevo las fuerzas,
las manos y los pies pudieron volver a sostenerme;
mi carne se ha hecho como la de un niño,
mis nervios se han vuelto otra vez flexibles.
Mi osamenta se ha fortalecido,
y la médula de mis huesos se ha tornado blanda, como masa.
Mis cabellos se han vuelto a doblegar
y a ordenarse en mi cabeza.
Mis oídos se han abierto
para percibir las dulces palabras del Señor.
Mi lengua se ha soltado para entonarte alabanzas a ti.

Si se compara este breve trozo con los salmos de la Biblia, se ve que está emparentado con ellos como el Magnificat. Se percibe el eco de aquéllos, aunque el conjunto es una exaltación jubilosa de Miriam, nueva y con sello propio. De la misma manera que la de Abellín lanzó al mundo los versos entusiastas de su corazón desbordado, entonó también la Miriam de Nazaret, en aquella época remota, delante de Isabel, su himno de transportes divinos. Y de la misma manera que se recogieron los loores de la carmelita de Belén, se anotaron también las palabras de la «Madre del Señor», en casa de Zacarías.

La humildad de María en su elección

«Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones»
(Luc. 1, 48).

«Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones», exclama María, la esclava humilde del Señor, en el cántico entonado cuando la saludó su prima Isabel. En ello revela un conocimiento profundo de su dignidad incomparable como Madre de Dios. Tanto, que por esta exclamación le podría asaltar a más de uno la duda de si en aquellos momentos habría permanecido María fiel a la humildad que se le atribuye siempre.

Sobre esta virtud de María se ha hablado y escrito mucho; pero, tal vez por no atenerse suficientemente a lo que constituye la esencia de la humildad cristiana, sin soler decir cuál era.

Hay personas que conciben la humildad como una especie de modestia, que se traduce en último término en un estado de encogimiento ante los hombres. Tal sentimiento puede significar algo de gran valor, pero no tiene que ver nada con la humildad cristiana, porque no relaciona para nada al hombre con Dios.

Otros toman por humildad un como estar avergonzado ante Dios, típico de aquellos santos que se convierten después de una vida más o menos mundana y tratan de reconciliarse con Dios de sus deslices. Esos hombres poseen, sin género de duda, la humildad cristiana. Pero en ellos lo esencial de la virtud está cubierto todavía con algo que nos es esencial. Porque la esencia de la humildad no consiste en avergonzarse delante del Señor, sino en doblegarse en las cosas de la vida a lo que se reconoce como voluntad de Dios, Criador y Padre. Por eso, la mirada de los humildes está dirigida siempre en primer término a Dios. Cuanto más santo sea uno y cuantos menos pecados tenga, tanto más exclusivamente mirará a Dios Criador, del que él, como criatura, se siente depender en todas y cada una de las cosas.

Y precisamente para un santo es de todo punto imposible que sea sencillamente ciego para no advertir la diferencia entre su vida y la de los demás hombres. El gran peligro que en ello hay se lo disminuye Dios con frecuencia a sus escogidos, ocultándoles cuánto se elevan por encima de los hombres ordinarios y cuán próximos a Él se hallan.

Por lo que toca a María, no había lugar a semejante «ocultamiento», si se le puede llamar así. Ella requería un género de humildad singular, como lo era su destino: ser Madre del Salvador. Esta vocación demandaba que Dios instruyera a María, antes que ésta diese su consentimiento, sobre la relación especial que tenía ella para con Él, y con qué objeto se lo había concedido. ¡Era la agraciada por Dios y Madre de Dios! De esta suerte la humildad de María iba acompañada inevitablemente de un elevado concepto de su propia categoría, por razón de la posición única que tenía ella entre todas las mujeres. Sin este concepto elevado no podía emprender, con los sentimientos y veneración debida, la misión que Dios le señalaba.

Maria e Isabel en expectación

«María permaneció como tres meses en casa de Isabel» (Luc. 1, 56).

La vida de María y de su prima Isabel durante los tres meses siguientes fué algo que no volverá a repetirse jamás sobre la tierra en la vida de maternidad. Ambas eran madres por vía extraordinaria: ambas conocían la vocación de los hijos a quienes iban a dar la vida. Ambas sabían que desde el primer instante no iban a pertenecerles a ellas, sus madres, sino a la misión para la que los había escogido Dios, y a los hombres a cuyo provecho los dedicaba su vocación futura. La de Juan estaba enlazada estrechamente con el oficio de Jesús: el uno era Precursor del Salvador; el otro, el Salvador en persona. Y como el destino, así también los nombres los había manifestado Dios de antemano, antes de que los dos niños hubieran visto la luz del sol: le llamarás Juan — le llamarás Jesús.

Los pensamientos de María e Isabel, como los de todas las madres, se dirigían al porvenir de sus hijos. Pero mientras que tales consideraciones estrechaban frecuentemente en otras madres la perspectiva y el amor, a María e Isabel les ensanchaban el corazón y les hacían sentirse madres que, por misión divina, llevaban en sí la suerte futura de la humanidad entera. Para ello las había ido preparando el Espíritu Santo: a Isabel con una larga esterilidad y a María con su propósito de vivir totalmente para Dios.

La vida de estas dos mujeres durante aquel tiempo hasta el nacimiento de Juan estaban en armonía con su vocación; era una vida de oración y meditación, inaccesible a todo lo demás. El único varón que lo sabía era Zacarías, y Zacarías estaba mudo; no podía, por tanto, ni debía tomar parte en el intercambio de pensamientos.

María tenía que recapacitar y fortalecerse en aquella soledad, tenía que considerar interiormente en qué misterios tan profundos la hacía intervenir la voluntad de Dios con todo su ser, como virgen y desposada. De los relatos posteriores del Evangelio se desprende que María no comunicó a su prometido ni una palabra sobre el misterio de la concepción. Esta decisión de callarse la debió tomar o confirmar en aquellos

días de recogimiento en casa de Zacarías. Pero como en todo caso le hizo saber cuánto tiempo pensaba estar con su prima Isabel, veía acercarse la fecha en que tendría que regresar a Nazaret. ¡Cuánto debieron orar María e Isabel aquellos días, pidiendo a Dios que les iluminase el alma y que María siguiese el camino conforme con su voluntad! Ellas, que conocían el mundo oriental mejor que nosotros, sabían las terribles posibilidades que se le presentaban a María, apenas partiese para Galilea.

El matrimonio de María y José

«Para el nacimiento de Jesús pasaron las cosas de esta manera: Durante el tiempo en que María estaba desposada con José se halló que, antes de vivir juntos, había concebido por obra del Espíritu Santo. José, su marido, como era justo y no quería infamarla, andaba con la idea de abandonarla secretamente. Mientras daba vueltas a este pensamiento, he aquí que se le apareció un ángel del Señor y le dijo: 'José hijo de David; no tengas recelo en recibir a María, tu esposa, en tu casa, porque lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo'» (Mat. 1, 18-25).

Al cabo de una temporada como de tres meses, volvió María a Nazaret. No se le ocultaba que no podía pasar mucho tiempo sin que José, su prometido, notara que era madre.

El evangelista habla con gran parsimonia y objetividad sobre los días llenos de pesadumbre que sobrevinieron lo mismo para María que para José.

Hay que advertir desde ahora que se trataba de un asunto que era causa de aflicción sólo para el alma de los dos. Para los demás no había allí nada que llamase la atención. Los desposorios eran en aquel tiempo el comienzo de la vida matrimonial; si, pues, María esperaba un niño, nadie tenía por qué sospechar nada contra su buen nombre, en tanto que José no elevase contra ella una inculpación. Por lo demás, lo mejor es atenerse a la relación clara del evangelista; de María refiere que guardó silencio absoluto sobre la concepción maravillosa; de José, que pensó seriamente en abandonarla en secreto.

María se calló. Tuvo que tener razones para ello. Una era, como queda apuntado, el haber visto en el caso de su prima Isabel, cómo se encargaba Dios de revelar el secreto a los suyos.

Otra, que el ángel no indicó de ninguna manera que debiera participar a José lo sucedido y deshacer las relaciones. Ella personalmente se consideraba ligada a José por los desposorios. Con todo, las leyes psicológicas que se aplican generalmente entre los hombres, no bastan para determinar en qué se fundaba en último término la conducta de María. Su situación no tiene punto de semejanza con la de ninguna otra persona. Al fin de cuentas no sabemos más que una cosa: que María observó un silencio inquebrantable sobre su maternidad milagrosa.

¿Qué consecuencias tuvo esta conducta?

En primer lugar permaneció oculto a los ojos de los hombres que con María había sucedido algo desacomunado. Pero su silencio tenía gran importancia respecto de su prometido San José. Humanamente hablando, obraba como una apología de María. José hubo de pensar que no se trataba de una opresión; eso se lo hubiera comunicado al punto su futura esposa. Al mismo tiempo presentía que en aquel estado que a él le traía perplejo, tenía María algún apoyo interior que la hacía permanecer inalterable en situación tan enigmática.

Antes, pues, de que viniese el ángel a ilustrarle, revolvía José el plan de abandonarla secretamente. Esto lo hacía porque «era justo»; así lo hace constar expresamente el evangelista.

¿Qué era lo que se proponía José? Las expresiones evangélicas suscitan en nosotros la idea de que se propuso romper sus relaciones sin que se notara. Pero el asunto no era tan sencillo como eso. Jurídicamente el matrimonio estaba contraído por medio de los desposorios. Si José quería restituir a María su libertad, que de eso debía de tratar con «abandonarla secretamente», tenía que darle un libelo de repudio y despedirla de esta manera. En todos los demás pasajes del Evangelio en que sale la palabra «abandonar», se entiende el abandono por medio del libelo legal.

Porque el proceso a seguir en un caso de repudio estaba prescrito con todo detalle en el derecho vigente, obedeciendo sus particularidades a evitar precipitaciones de las que podían surgir sobre todo entre aquellos orientales de sangre caliente. Un libelo de repudio con valor jurídico debía ajustarse a estas prescripciones: había que extender un documento, redactado o por el marido en persona o por un delegado suyo, con las mismas garantías que exige hoy un testamento escrito: nombre

del marido, de la mujer y del pueblo; fecha del proceso; declaración de repudio y firma de dos testigos. La declaración se formulaba frecuentemente con estas palabras: «Quedas libre para contraer matrimonio con cualquier individuo.» Es decir, te puedes casar con quien quieras. El marido no podía retractar su repudio una vez que hubiese puesto el libelo en manos de la mujer.

Ahora bien, el evangelista afirma, ya lo hemos notado, que José como «varón justo», como «hombre de conciencia», quería ahorrar a María una «infamación pública», y que por ello andaba pensando en abandonarla secretamente.

¿Qué se entiende por *infamación pública* y qué por *abandonar secretamente*? Es indudable que estos dos conceptos están trabados el uno con el otro. Como que abandonándola secretamente, quería José evitar a María la infamación pública.

En absoluto esas frases se podrían referir a una acusación ante el juez, por falta de fidelidad. En tal caso el sentido sería: José quería prescindir de una denuncia ante el Juez y abandonar a María sin acusarla. Pero las prescripciones legales de aquel tiempo sobre adulterio se aplicaban de tal manera, que José no tenía, conforme a ellas, motivo suficiente para una acusación ante tribunal. En virtud de la ley seguía pesando sobre el adulterio la pena de muerte. Mas se habían dificultado los procedimientos probativos y se aplicaba la pena sólo en el caso en que se pudieran aducir testigos. La escena con la adúltera, que refiere San Juan, se funda en esta práctica jurídica. Por eso hacen notar expresamente los judíos delante de Jesús: «Acaba de ser sorprendida en el acto». ¡No faltan testigos de su pecado!

Si José hubiera querido acusar a María ante el juez, hubiese tenido que presentar testigos. No los tenía. Por consiguiente, cuando el Evangelio habla de un desaire público, no puede referirse a una denuncia ante el juzgado; ni cuando habla del propósito de abandonarla secretamente, a una separación sin acusación ante el juez. Por «infamación pública» habría que tomar, más bien, el abandonarla dándole libelo de repudio en el que constase el motivo de la separación; y en este caso su correlativo, «abandonarla secretamente», significaría *abandonarla con un libelo de repudio en que nada se dejase adivinar sobre el fundamento de la separación*. Tal vez se pueda dar un paso más e interpretar el abandonarla en secreto como si José

pretendiese hacer llegar a María el libelo sin indicación de fecha determinada y sin invocación de testigos, como un documento de naturaleza privada. En todas estas consideraciones no hay que olvidar que José no estaba aún resuelto a seguir aquel camino, sino que era lo que interiormente veía como más factible y que se ocupaba de ello. De todos modos, José quería lograr que por su parte no se enterase nadie, ni siquiera los parientes de María, del cuándo y del por qué se había apartado de su prometida.

En la literatura extrabíblica hay una narración acerca de Dios en el último juicio, semejante a este asunto de «abandonar secretamente», disolviendo los desposorios. Dícese allí que el Señor no dará a conocer «públicamente» los crímenes de los pecadores, sino que guardará silencio en tanto que los justos estén presentes, y que sólo cuando éstos hayan partido para el Cielo, formulará su acusación y condenación; o sea que en cierta manera los despedirá «secretamente».

¿Qué pensaba José interiormente sobre María, mientras andaba con estos pensamientos? ¿Supuso o tuvo al menos como posible que se tratara de una intervención milagrosa de Dios? Si pudiésemos satisfacer a esta pregunta, podríamos seguir, valiéndonos de ella, todo el desarrollo paso a paso. Pero es difícil dar una respuesta precisa. Con todo, no se puede demostrar que José no creyese en la posibilidad de un milagro; veía por de pronto a María con una tranquilidad misteriosa, circunstancia que le retraía de pensar mal sobre ella. De esta suerte pudo interpretar, al menos conjeturalmente, su silencio como si tuviese que ver algo con un milagro. Y admitido esto, no es muy extraño el pensamiento de abandonarla secretamente.

Pero abstraigamos de la fe en una intervención milagrosa de Dios. En este caso, ¿tuvo José a María por culpable o no? A lo que parece, no podía tenerla por culpable sin creer por otra parte en su inocencia, a causa precisamente de su tranquilidad sorprendente; no obstante, tampoco la podía considerar inocente sin más, puesto que su situación hablaba en contra. En vista de tales adjuntos, que no conocemos bien nosotros, José trató de realizar lo único que podía hacer sin dar un fallo: abandonar a María mediante entrega de un libelo de repudio «privado», dejándola en situación de proceder por propia responsabilidad.

La resolución había que tomarla pronto. Cuanto más se difiriese, tanto más empeoraba la situación para ambos. Pero al imaginarse José seriamente su plan, se le hacía impracticable.

En esta situación desesperada se le apareció el ángel durante la noche y le declaró: «José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María, tu esposa, en tu casa; porque lo que ella ha concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quién pondrás por nombre Jesús; porque Él redimirá a su pueblo de sus pecados.» El ángel reconocía el matrimonio de María; la llamaba esposa de José, y a éste, como a jefe de la casa, le encargaba que llamase Jesús al Niño. Las palabras del ángel fueron definitivas para la vida de José. Quedó confirmado por Dios mismo como esposo de María, y recibió el encargo de ser padre legal de la familia en la que había de nacer el Niño Jesús. Cuando más tarde sometió al Niño a la Ley, haciéndolo circuncidar, cuando atendió al viaje de María para la purificación, y, en general, cuando se presentaba en las diversas ocasiones como padre de Jesús, siempre estaba influyendo, en último término, este mensaje.

El ángel le había dicho: «No tengas recelo en admitir a María.» Quien sea del parecer que José sospechaba algún milagro, puede ver en estas palabras un apoyo. Según ellas, José «tuvo recelo» de llevar a María a su hogar. La explicación más fácil de este su sentimiento es que adivinaba algún hecho milagroso acontecido con María.

Después de esta indicación, José se fué a casa de María. Sólo al mandato de Dios se atrevió a buscar a la Madre del Salvador, para llevarla a su casa. Las aflicciones y cuidados habían desaparecido; la reverencia, la alegría y el amor al misterio que se realizaba en María, animaban su espíritu.

Cuando María lo vió, tuvo un presentimiento: Dios se lo ha revelado como antes a su prima Isabel. Con esto acabó para entrambos una época de terribles congojas del alma, terrible hasta lo indecible.

María contó ahora a José los sucesos milagrosos que tuvieron lugar en su hogar de Nazaret, cómo le había anunciado el ángel que sería Madre del Salvador y cómo le había ordenado que, cuando naciese el niño, le impusieran por nombre Jesús.

Y José, su esposo, le relató cómo le había encargado el ángel que acogiese a María, su prometida, y que al Niño

III. DESDE EL NACIMIENTO HASTA EL REGRESO A NAZARET

a quien había dado vida por obra del Espíritu Santo, le pusiese por nombre Jesús. El encargo común de imponer al Niño este nombre, fué para ambos una garantía de que el Señor los había juntado y de que los había destinado para protectores del Salvador. El nombre de Jesús era el lazo que los unió para servir a los designios de Dios.

María pudo contar, además, a José lo que había acontecido cuando entró en casa de Zacarías; cómo su prima le había saludado como a Madre del Señor: José se enteró entonces igualmente de que Juan, el hijo del anciano Zacarías, estaba destinado por Dios para Precursor del Redentor y que, al igual que Jesús, había recibido su nombre del mismo Dios.

Las nieblas tenebrosas se habían disipado: María y José reconocieron el mundo divino en que se movían sus vidas. Jamás hubo pareja humana que se entrevistase para concertar los preparativos inmediatos de la boda con amor más puro y más santo que el de María y José, en aquella hora en que se vieron escogidos como protectores del gran misterio divino.

Muchos suelen representarse a José, esposo de María, como un varón anciano; la leyenda que abrió el camino para ello, ha seducido tal vez más que orientado. Es verdad que el novio suele ser, de ley ordinaria, más viejo que la novia, según lo pide la naturaleza misma de las cosas; pudo suceder también, en absoluto, que José lo fuera mucho más que María. Pero, por otro lado, mal podía ser el sostén de ésta, si no estaba en plenitud de la edad hábil para el trabajo. Sería completamente fuera de razón pensar que San José era muy entrado en años, para hacer de este modo más explicable el voto de virginidad, de suerte que el esposo se convirtiese en una especie de tutor paterno; la leyenda antes mencionada sobre el matrimonio de María con José, que se formó en el mundo oriental, tuvo tal vez por fundamento esta concepción. Las representaciones del arte tuvieron también su influjo para que se conservase semejante idea.

El viaje a Belén

«Por aquellos días tuvo lugar la promulgación de un edicto del emperador Augusto, mandando empadronar a todo el imperio. Este empadronamiento fué el primero bajo el gobierno de Cirino en Siria, y todos se pusieron en camino para empadronarse, cada cual en su ciudad. También José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, porque procedía de la casa y ciudad de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta» (Luc. 2, 1-5).

Por los días en que tuvo lugar la boda de María y José, se fijó en las ciudades israelitas un decreto, declarando que el emperador Augusto ordenaba un censo de la población. Estaba concebido poco más o menos en los términos de aquel que ha sido encontrado recientemente en las excavaciones de Egipto y es como sigue: «Caio Vivio Máximo, gobernador de Egipto, hace saber: Como se acerca el empadronamiento de las familias, se ordena a todos los que por cualquier motivo residan fuera de su distrito, que vuelvan al hogar patrio, a fin de realizar el empadronamiento usual.»

Israel era en apariencia un reino independiente, que estaba en relaciones amistosas con Roma. Pero en realidad, en cualquier cosa de importancia tenía que cumplir Herodes la voluntad de Roma, si no quería ser depuesto. Ni siquiera podía redactar su testamento sin preguntar allí si era de su agrado. Los romanos habían conservado las manos libres para determinar la suerte del país después de su muerte.

Apareció, pues, un día también en Nazaret uno de aquellos anuncios. Todo el mundo se agolpaba alrededor. Los que no sabían leer quedaban pendientes de las letras. Algunos podían adivinar unas cuantas palabras de las que ocurrían frecuentemente; pero había también quienes lo leyeron de arriba abajo, recalcando todas las sílabas.

Es difícil imaginarse la impresión horrible que causó el edicto. No era sólo resistencia patriótica, sino también religiosa, la que provocó. ¡Que un emperador pagano quisiese contar como reses a los hijos de Israel, a los hijos del pueblo escogido! Pero los romanos tenían hechos para este tiempo con los

israelitas toda clase de experimentos. Por eso no hay duda que antes de esta notificación se habían tomado precauciones militares en todo el territorio, para ahogar en germen toda revuelta.

La noticia llegó a oídos de María y José, sea que José la oyese en una de sus salidas como carpintero, sea que alguno, lleno de enojo, entrase de la calle a decírsela. Las consecuencias que el mensaje traía consigo les eran notorias a ambos. Ellos procedían de la casa y linaje de David; su empadronamiento se había de efectuar en Belén; allá tenía que dirigirse José, para cumplir la orden imperial.

Nosotros vemos una providencia especial de Dios en este decreto del emperador Augusto, sobre el empadronamiento del pueblo. Gracias a él fueron María y José a Belén y nació Jesús allí. Augusto, que pretendía hacer experiencia y comprobar la grandeza de su poder, fué de esa manera un instrumento inconsciente al servicio del Todopoderoso.

¿Vieron María y José las cosas del mismo modo? La respuesta a esta pregunta depende de la difusión que hubiese logrado entre el pueblo la idea de que el Salvador debía venir al mundo en Belén. Más tarde gentes del auditorio de Jesús dirán en una ocasión, precisa y categóricamente: ¿Pero va a salir el Mesías de Galilea? ¿No dice la Escritura que saldrá de la familia de David y de Belén, donde vivió David? Esta objeción contra Jesús, quien en opinión de la gente había salido de Nazaret, testifica que el pueblo, en parte al menos, consideraba Belén como lugar de origen del Mesías. Ahora bien, si existía semejante tradición, en la familia de David sería donde se hubiese transmitido con más fidelidad de una generación a otra, y José y María estaban enterados de ella.

Tal vez fuese también ésta la razón que movió a María a ir en compañía de José. Así se explica, además, que tuviesen intención de permanecer en Belén después del nacimiento.

El camino de Nazaret a Belén los llevaba a través de Jerusalén. Ningún israelita de Galilea que entrase en la ciudad santa, dejaba de subir al Templo para adorar al Señor. Sin duda que María y José lo hicieron también así. Después salieron de la ciudad y siguieron hacia el sur.

En las pendientes vegetaban los olivos y brillaban con un suave gris plateado. Las hojas alargadas de los brotes del último año, que se estrechaban contra el tronco, recibían la luz

por la parte inferior. En las cercanías de las casas de forma cúbica, las higueras habían perdido la hoja; se distinguían sus ramas entrelazadas, de color barroso, con sus curvas suaves. Las hojas yacían en el suelo cual grandes manos, amarillas y grises; también los sarmientos estaban sin follaje y casi no se los distinguía; tanto se habían achicado al caérseles las últimas hojas.

Por el otro lado, en la dirección de oriente, se extendían las montañas de Moab. En verano se las divisaba entre la neblina como bloques de vidrio pardorrojizo; ahora se mostraban en toda su nítida realidad. Se apreciaba cada una de las grietas y hendiduras que arrancaban de los desfiladeros y barrancos y se prolongaban hasta la hondonada del mar Muerto.

María veía todo esto sin fijarse en ello; pensaba en el Niño Redentor. De repente, al volver un recodo del camino apareció a la vista la ciudad de Belén, con sus edificios cúbicos en desorden.

¡Allí, en la «ciudad de David», iba a nacer el Salvador, el «Hijo de David»! María recordaba al ángel que le había anunciado solemnemente: «Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David. Reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin». Al lado de su esposo pobre, se acercaba la Madre del Salvador a la patria de su abuelo real, David. ¡Qué cambio de cosas se había de realizar aún allí, hasta que se cumpliese la promesa del ángel y se implantase el reino eterno del Salvador!

El nacimiento de Jesús

«Mientras estaban allí, sucedió que se cumplieron los días para el alumbramiento. Y María dió a luz a su Hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada» (Luc. 2, 6-8).

José tenía intención de pasar la noche en el *khan* o posada pública de Belén, como los días anteriores. Tales albergues consisten en un patio rodeado de altos muros. En el centro suele haber, las más de las veces, una cisterna; en torno de ella se acomodan las bestias, camellos que lanzan su especie de rugido típico y asnos que rebuznan; adosados al muro hay unos

cobertizos, donde los viajeros acomodan su lecho. Es frecuente que estén divididos por tabiques en compartimientos, de suerte que entre las pilastras haya «recintos independientes», que se pueden ceder a los huéspedes.

Una posada de este género (v. lámina entre las páginas 104 y 105) supone la frase sucinta: «Mientras estaban ellos (María y José) allí, se cumplieron para María los días en que había de dar a luz; y dió a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.»

¿Cuál es el alcance de la observación «porque no había lugar para ellos en la posada»? Sitio por sitio, lo hubieran encontrado José y María en el albergue. Jamás ocurre que un aposentador de caravanas del Oriente diga que está todo ocupado. Aun cuando los huéspedes no puedan moverse, asegurará él a cualquier recién venido que se le procurará lo mejor. En su viaje, María y José hubieran podido contentarse con una de esas posadas de pernoctar entre mucha gente extraña. Pero ahora que ya era casi inminente el alumbramiento, buscaba José un «sitio adecuado»; un retiro para él y para María, que esperaba al Niño Redentor. Tal retiro hubiese podido ser, en el albergue público de Belén, uno de aquellos compartimientos separados. Pero, o no los había, o estaban ya ocupados, o a José y María, como a gente pobre, no se lo concedieron.

El término «sitio para fulano y mengano» lo usa la Biblia también en otras ocasiones, como sinónimo de «sitio adecuado». «Vuelve la espada a su sitio», dice Jesús a Pedro; su sitio, el sitio adecuado para la espada es la vaina. En el Apocalipsis se dice sobre la caída de los ángeles malos: No pudieron permanecer firmes, y su sitio ya no era el Cielo. El sentido es éste: los ángeles perdieron sus puestos, los puestos que les habían correspondido hasta entonces. Esta expresión está muy emparentada con el giro: «porque no había sitio para ellos en la posada». También en este caso es el «sitio para ellos», un lugar cual lo deseaba José para María, que veía próximo el nacimiento del Salvador.

El espíritu popular interpone aquí las escenas conmovedoras de la busca de albergue. María y José van de puerta en puerta, de una los despachan a la otra, hasta que por fin pasan

la noche en un establo, fuera de la ciudad. Los Evangelios no cuentan ciertamente nada sobre esto. Pero entre la llegada a Belén y el requerimiento en el albergue, debió de pasar algo de eso. María y José descendían, ambos a dos, de la familia de David. Por ello venían a Belén para el empadronamiento. Lo obvio hubiese sido, en tales circunstancias, que las familias de la rama de David que tenían su morada en Belén, hubiesen acogido a sus parientes de la lejana Galilea y los hubiesen socorrido en todas sus necesidades. Lejos de ser extraño, hubiera sido aquello lo más natural, dado el espíritu hospitalario que caracterizaba a los israelitas, como a todos los orientales. Con todo, lo que hubiera sido obvio no lo hicieron los parientes de Belén, según deja traslucir la narración de Lucas. Tal proceder equivale en algún modo a la exclusión de la parentela. (Para más datos sobre esto véase el párrafo: «*Vida de los parientes entre sí*»). La cuestión está en averiguar si las relaciones de José y María con sus parientes de Belén estaban tirantes ya antes de su viaje para el empadronamiento o si, con ocasión de éste, ocurrieron percances que, conforme a la mentalidad oriental, se tradujeron en un proceder casi rencoroso con José y María, y si los parientes de Nazaret tenían en último término parte en la culpa. A estas preguntas no podemos responder más que con conjeturas. Para la ejecución del empadronamiento se había fijado, sin duda, cierto plazo de tiempo algo largo. Tal vez fuese también José el único entre los descendientes de David que se hubiese visto precisado por aquel decreto a hacer el viaje. Porque si además de él hubo otros obligados a lo mismo y si la coyuntura para la inscripción se limitaba a pocos días, podría parecer al fin de cuentas algo chocante que José y María no se hubiesen puesto en camino a una con los demás parientes, según lo solían hacer en sus peregrinaciones a Jerusalén.

El *khan* o posada de Belén se encontraba en la antigüedad, por ejemplo en tiempos de Jeremías (Je. 41, 17), «fuera de la ciudad». También el terreno que ocupa hoy la iglesia del Nacimiento estaba «fuera de la ciudad» cuando nació Cristo. No está, pues, fuera de razón la pregunta si el albergue que menciona Jeremías y el que buscaban José y María coincidían en el mismo sitio. Porque es hecho frecuente que las posadas permanezcan durante miles de años en el mismo lugar.

En aquellos alrededores se encuentran precisamente muchas grutas naturales. Dadas las costumbres del Oriente, se caía de su peso que tales locales fuesen utilizados por el dueño de la posada, caso que ésta se hallase en las inmediaciones, sea para guardar las bestias o las mercancías o combustible, sea para darlos como vivienda a algunos huéspedes. Si, pues, el amo de la posada instaló en esta forma a José y María, no se modificó nada el proceso ordinario de las cosas. Aun hoy día no habría en eso nada de llamativo, conforme a los usos orientales. Muchos hospederos de los valles alpinos también se valen de parecidos recursos en los casos de aglomeración. Cuando el edificio principal está lleno, se acomoda a los huéspedes en departamentos accesorios que ordinariamente no son vivienda de hombres. El aposentador de las caravanas pudo regocijarse de haber solucionado el asunto de una manera prudente.

Esta solución «feliz» de la dificultad, encerraba para María y José algo conmovedor; poco a poco se les había ido relegando a la soledad y abandono. Primero una orden del emperador Augusto los había arrojado de su hogar de Nazaret; después la malquerencia de sus parientes de Belén les había negado el hospedaje en las casas de la familia de David; más tarde tuvieron que alejarse de la posada pública, bien que los compartimientos independientes estuviesen ya ocupados, bien que no lo estuviesen pero que se los negaran a aquella pobre pareja. Al fin, pues, habían tenido que recogerse en un establo. Esto solía ocurrir con frecuencia a la gente pobre. Sin embargo, todos los que habitaban en casas consideraban como «chusmas» a los que «habitaban en establos».

Con esto brotaría en María y José el presentimiento de que estos hechos tenían un valor simbólico, que estas amarguras pertenecían al comienzo «de la vida de Jesús, del Salvador».

Una de las noches siguientes vino al mundo el suspirado Niño-Redentor. Se advierte expresamente que esto no sucedió en cuanto llegaron a Belén. María hizo en persona con el Niño lo que en los demás casos suelen hacer manos caritativas de otros. Lo fajó en pañales y lo puso en un pesebre o gamella, formada con piedras y mortero sobre el suelo.

Y se postró de rodillas.

María tenía la fe más perfecta que cualquiera otra persona antes o después de ella. Cada gesto de su cuerpo y cada movi-

miento de sus manos eran expresión de su fe y de su amor. La fe daba al mismo tiempo al amor una especie de reserva, que María necesitaba más que nadie en este mundo. Miraba al Niño enternecida. Allí estaba, delante de ella, bien fajado, los brazos paralelos al tronco. Pero su mirada no era tan sólo la mirada típica ordinaria en las madres, una especie de toma de posesión íntima del alma: ¡Tú me perteneces! No, en María el pensamiento era más hondo todavía: ¡Yo te pertenezco!

María puso al Niño en brazos de José. Se lo dió, no como un regalo que le perteneciera, sino como el Bien supremo ante el cual quedaban los dos anonadados.

El gemir del Niño despertaba a la Madre; pero aun entonces, no se le acercaba con precipitación inconsiderada ni con prisas bruscas; avenidas de profunda reverencia ante el Niño-Dios llorando, se sobreponían en ella a los sentimientos ordinarios de las madres.

Así estaba el Niño delante de ella en el pesebre. Bajo los pañales había restos de heno y paja. En las cuevas orientales, que están a tiempos deshabitadas, acecha un ejército de insectos a los que las penetran. En invierno asaltan a todo lo que despidan calor. Aquella noche no sucedía de otro modo. Los insectos saludaron, los primeros, al Salvador en el pesebre y le abandonaron los últimos en la cruz.

¿Qué pensaría María mientras que sus manos trabajaban siempre infatigables? Le asaltarían seguramente muchas ideas sobre la suerte futura del Salvador. ¿Cómo se iría a realizar la redención de los hombres del pecado, cuando eran tales los comienzos? A pesar de todo, María era feliz; sobreabundaba su felicidad en aquella hora, porque había empezado la era grande de la gracia, «los días del Mesías».

La adoración de Jesús por los pastores

«En la misma comarca se encontraban unos pastores, pasando la noche al aire libre y velando sobre su ganado. El ángel del Señor se les apareció y la majestad de Dios los cercó con su resplandor, y ellos tuvieron mucho miedo. Pero el ángel les dijo: ¡No temáis! Pues vengo a anunciaros una gran alegría de la que participará todo el pueblo. Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Redentor. Cristo, el Señor» (Luc. 2, 8-20).

María, José y el Niño vivían en un misterio que los separaba del mundo. Sin duda que a ningún precio hubieran ellos revelado nada de lo que sabían. Pero Dios les envió gente sencilla, que no se había de escandalizar de que el Salvador viniese al mundo en un establo.

Unos pastores, gente «sin hogar», se acercaron a la cueva y pidieron permiso para entrar. Al punto agregaron por qué venían a molestarles a aquellas horas. El ángel les había anunciado la venida al mundo del Mesías aquella noche, diciéndoles: «¡No temáis! Pues vengo a anunciaros una gran alegría: Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Redentor, Cristo, el Señor. Os servirá de señal esto: Encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.» En seguida habían salido a buscar la cueva y el pesebre; allí estaban y suplicaban poder ver al Niñito.

La Madre alzó del pesebre al Niñito que había visto aquella noche la luz del mundo y lo elevó delante de ellos, para que le pudiesen contemplar y saludarle. Como gente sencilla del pueblo que, cual niños, todo lo quieren tocar, tomarían sin duda a Jesús en sus brazos. Los mismos que, por lo demás, no solían sostener en ellos más que a tiernos corderitos, sostuvieron en aquella noche callada al Salvador del mundo.

Naturalmente que los pastores no se pondrían en camino sin regalos para el recién nacido Salvador. En el mundo oriental de entonces era inconcebible que alguien se presentase a una persona elevada sin algún regalo. Claro que los pobres pastores no tenían mucho donde escoger. De productos de la cría de ganado, como queso, manteca, leche y lana, no poseían para sí mismos más que lo indispensable. En la estación de invierno tenían corderos que serían cebados para el matadero. Eran el regalo propio de un pastor. Añádase que a los ojos de los israelitas los corderos merecían un aprecio especial, el aprecio que de la fiesta del cordero pascual se extendía a todos los corderos. Es, pues, muy probable que los pastores trajesen uno o varios corderillos como regalo al Salvador recién nacido, a Aquel a quien Juan había de caracterizar más tarde como el Cordero de Dios. Esto no lo sabían ellos aún; pero cuando presentaron al Salvador aquel regalo, en prueba de homenaje, estaba actuando en ellos de alguna manera el pensamiento del Cordero víctima, precisamente por la idea del cordero pascual.

Los múltiples cuadros populares que representan a los pastores arrodillados con sus corderos delante del pesebre no están, por consiguiente, tan lejos de la realidad.

El homenaje de los pastores fué para María la prueba de que el ojo de Dios velaba sobre su Hijo, aunque pareciese haberle abandonado. Como a ella le enviara a Nazaret, así había enviado también a los pastores un ángel con grato mensaje. Esta coincidencia bastaba ya para crear entre María y aquellos hombres extraños un consorcio interior. El canto que habían entonado los ángeles la orientó, además, sobre el cómo se había de realizar la redención entre los hombres que hasta entonces no conocían al Salvador. La gracia de Dios era la que había empezado su obra al nacer Jesús; ella la continuaría en las almas de los hombres. María gozaba de una capacidad especial para conocer el amor de Dios a los hombres de sencillo corazón, que no codiciaban nada grande ante el mundo. Ya en su himno de acción de gracias había celebrado, alborozada en la encarnación de Jesús, que:

A los poderosos los derriba del trono,
a los humildes los ensalza;
a los hambrientos los sacia de bienes,
a los ricos los despiende sin nada.

Al número de los humildes que Dios ha ensalzado, de los hambrientos que ha saciado con su dicha, pertenecían los pastores que en torno de la Madre agasajaban al Niño Redentor. La alegría de María por este homenaje obraba de rechazo en los pastores y les hacía sobreponerse a todo encogimiento. Aquellos pocos hombres, que no significaban nada en el mundo, fueron, pues, los que Dios escogió e inició en sus misterios, para formar una comunidad de creyentes. Era el alborear de aquellos sentimientos que más tarde habrían de unir innumerables gentes del pueblo sencillo a Jesús Salvador y María.

Sin duda que no es un desacierto figurarse la escena tal como la representan entre el pueblo innumerables «nacimientos» y la pregonan los «cánticos» de Nochebuena. Aquel sitio se convirtió en un santuario, donde se celebraron los primeros maitines de Navidad: Noche de Dios, noche de paz...

Entretanto rompía el alba. Como los pastores estaban cerca de la ciudad, entraron en ella con el corazón henchido de

alegría y contaron a los betlemitas el milagro de la noche pasada. ¡El Salvador del mundo, aquel Salvador por el que todos suspiraban tanto, había venido a la tierra en una cueva, a las puertas de la ciudad! Los ciudadanos de Belén escuchaban con extrañeza a sus interlocutores, cuyo traje los delataba como pastores nómadas. Y al punto actuaba su cerebro con despiadada mordacidad. De hombres como aquéllos, que vivían aislados guardando rebaños, se podían esperar semejantes desvaríos. Además eran «pastores nómadas», gente extraña, por cuyos dichos mejor era no molestarse. Y aun prescindiendo de eso, el palacio del truculento Herodes estaba cerca. ¡Conque a guardar bien la lengua!

La única que pudo contar más tarde estas cosas fué María, la Madre de Jesús. Todos los sucesos de aquella noche los depositó, como tesoros, en su corazón y ya no se desprendió de ellos. Una madre puede referir en edad muy avanzada cómo pasaron las cosas al venir al mundo su hijo, su alegría y su dolor. Tras los más mínimos detalles vislumbra ella presagios muy significativos. Ahora bien, jamás en noche alguna habían ocurrido, al nacer un niño, cosas que sin excepción fuesen presagios, como las que ocurrieron la noche en que nació Jesús, el Hijo de Dios, y fué colocado en un pesebre.

La circuncisión e imposición del nombre

«Pasaron ocho días y hubo que circuncidar al Niño; pusieronle por nombre Jesús, nombre que había indicado el ángel antes que hubiese sido concebido en el seno materno» (Luc. 2, 21).

Todo niño que viene al mundo, era para los israelitas no sólo un hijo y heredero de sus padres, sino además un sustentador y depositario de las promesas de Dios a Abrahán. Es verdad que no participaba de estas promesas por el mero hecho de ser descendencia de un padre israelita; su incorporación al pueblo, como a sociedad religiosa, no sucedía hasta la circuncisión. Ciertamente que la practicaban también los árabes y egipcios, pero sólo entre los hebreos tenía marcada significación religiosa. Su ejecución se consideraba tan importante, que «desalojaba al sábado», o sea, que también en sábado se la

ejecutaba. Para niños débiles no carecía de peligro; por eso no urgía hasta el día octavo. Por la misma razón la hacía con mucha frecuencia algún hombre experimentado. Los circuncidados acompañaban aquel acto con una fórmula de bendición; los padres determinaban el nombre de la criatura. En caso de necesidad podía el padre circuncidar por sí mismo al hijo. Según la costumbre, se solía acabar la fiesta con un convite. Durante los siete primeros días permanecía la madre al margen de la vida de sociedad, por razón de la impureza legal. Desde la circuncisión podía alternar con los demás, aunque todavía debía permanecer en su casa hasta pasado el día cuadragésimo.

En la vida de toda madre cristiana hay impresiones tan íntimas y profundamente compenetradas con sus sentimientos para con el hijo, que no se las puede expresar con palabras. A ellas pertenece, entre otros, el momento en que se le trae de la iglesia al hijo recién bautizado, cuando ella lo llama por primera vez con el nombre que se le ha dado. Hasta ahora aquel niño innominado había sido, por decirlo así, una parte de ella; ahora es un ser independiente, con su propio nombre, y, como tal, ha entrado por medio del bautismo en la sociedad de Dios. El amor y el dolor corren paralelos y se confunden en el corazón de la madre. Sus pensamientos escrutan el futuro; ¿qué suerte aguardará al niño con aquel nombre? ¿Qué cosas dirá la gente, movida por el amor o por el odio, sobre aquel niño designado con tal nombre? ¿Cuánto tiempo lo llevará? ¿Quién será el último que lo pronuncie?

Las impresiones que para una madre cristiana están ligadas con el bautismo, las vivían las madres del Antiguo Testamento con motivo de la circuncisión, cuando se trataba de un niño de sexo masculino.

Los sentimientos de María el día de la circuncisión e imposición de nombre se dirigían a la suerte futura de su Hijo, más que los de cualquier otra madre israelita y aun cristiana. El nombre se lo había determinado Dios de antemano. El ángel Gabriel la había anunciado: «Concebirás un hijo y le darás por nombre Jesús.» Y al encargo de llamar Jesús al Niño, es decir, «Dios socorre», había añadido la razón: «Será grande y será llamado hijo del Altísimo, Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David, reinará en la casa de Jacob eternamente y su

reino no tendrá fin.» También a San José le fué revelado a una con el nombre de Jesús el motivo por el cual había de recibir aquél precisamente: «Le darás el nombre de Jesús, porque Él ha de redimir a su pueblo de sus pecados.» ¡Mientras que otros niños obtenían con la circuncisión el derecho de ser contados entre los hijos del pueblo escogido, empezaba a pesar sobre Jesús, en este día, el deber de ser el Redentor, el Salvador, el Libertador religioso del pueblo de Israel!

Así llegó el momento en que María usó por primera vez el nombre de Jesús para el Niño, después de la circuncisión. Toda su fe y todo su rendimiento, toda su alegría y todo su dolor, se habían vaciado en aquel nombre como en un recipiente. Albergue en un pueblo extraño, nacimiento en pobreza y abandono, canto jubiloso de los ángeles, adoración de los pastores delante del pesebre: de todo aquel júbilo y dolor había participado ya algo el nombre que ella había guardado hasta entonces en el corazón y que podía pronunciar finalmente como un presagio y una disposición de Dios respecto del Niño. ¡Qué cosas aguardarían a aquel Infante, cuya vida como Redentor comenzaba en aquellas circunstancias! ¡Qué cosas representaría más tarde su nombre! ¡Con qué sentimientos sería transmitido de unos a otros! Y para Jesús mismo, ¡qué supondría tal apelativo «Dios socorre», que le caracterizaba como el Redentor enviado por Dios!

María ponía todo su corazón en aquel nombre, y cuantas veces lo pronunció desde aquel día, renovóse en ella la prontitud para tomar sobre sí todo lo que por razón de él le estuviera destinado en los planes de Dios.

Por lo demás, todo fué sin bullicio, y exteriormente hasta triste, en aquella circuncisión. Faltaban los vecinos y conocidos, que solían participar en la solemnidad presentando sus parabienes. Los vecinos estaban lejos, en Nazaret; de los parientes, muchos vivían muy cerca, en la ciudad de Belén. Pero, por algún motivo, que nosotros ignoramos, no querían tener que ver con José y María. La demás gente de Belén que se enterase de la circuncisión, pensaría que aquella forastera pareja había tenido un infortunio especial, por haber coincidido el nacimiento del Niño con el viaje, haciendo imposible una fiesta de circuncisión en regla. Tanto más extraño se les debió de hacer, por lo mismo, el nombre que aquellos advenedizos

dieron a su criatura: «¡Dios socorre!» Ciertamente allí no se veía mucho el socorro de Dios.

Para María y José, los iniciados en el misterio, el nombre de Jesús era el principio y fin de todos sus pensamientos: todos los hechos los relacionaban con este nombre y todas las profecías mesiánicas que conocían se concentraban para ellos en el mismo.

Aunque aún faltaba mucho para el día en que el nombre de Jesús había de ser puesto en la cruz como inscripción, ya entonces se bosquejaba a grandes rasgos algo de lo que había de ser el punto culminante en la obra de la redención. Jesús, que un día había de morir crucificado fuera de Jerusalén, la ciudad de su pueblo, había nacido también fuera de Belén, la ciudad de su familia. Estos contornos oscuros se esclarecen cuando la presentación de Jesús y el viaje de María para la purificación, enseñando una sombría imagen del conjunto de la vida futura de Jesús.

La ley sobre la presentación del niño y la purificación de la madre

No mucho tiempo después de la imposición del nombre ejerce de nuevo la Ley su derecho sobre el Hijo de María. Todo primogénito varón estaba consagrado de un modo especial al Señor y debía, por consiguiente, ser rescatado. En el Éxodo estaba escrito: «... y el Señor dijo a Moisés: Declara que todo primogénito me está consagrado. Todo primogénito de los hijos de Israel, lo mismo hombre que animal, me pertenece siempre.» Según eso había dejado Moisés a los hijos de Israel este mandato: «Rescatarás todo primogénito entre tus hijos. Y cuando te pregunte qué significa esto, le responderás: El Señor nos sacó de Egipto, morada de nuestra esclavitud, con mano fuerte.»

La ley de la presentación se refería, por consiguiente, a los primogénitos. Si el primer fruto de una madre era varón, era un primogénito y el padre tenía el deber de rescatarlo. La suma, aun cuando la pagara el padre, estaba en función de la madre. Si un hombre había tenido varias mujeres y éstas le daban como primer fruto de su vida un hijo varón, tenía que rescatar

él a cada uno de ellos. Para el padre podía, pues, repetirse esta ceremonia, para la madre no. Pero también era posible que el padre no tuviese que cumplir nunca tal obligación; a saber: cuando se casaba con una viuda que ya había tenido prole, o cuando el primer fruto de su esposa era una niña.

El precio del rescate de un primogénito ascendía a cinco siclos en dinero del templo, unas 15 a 20 pesetas en nuestra moneda; suma harto grande para gente pobre. Había que pagarla en efectivo.

La prescripción del rescate no tenía eficacia sino para niños que, según toda probabilidad, habían de vivir. Como plazo de prueba se tomaba un lapso de treinta días. El derecho determinaba que se podía reclamar el dinero si se había pagado antes del día trigésimo y el niño moría en ese plazo. Aunque no había obligación de pagarlo en este tiempo, los padres piadosos no diferían mucho en hacerlo, conforme a la insinuación de la Ley.

¿Cuál era el sentido interno de esta ley?

Cuando Faraón no quería dejar salir a los israelitas, ordenó Dios al pueblo por medio de Moisés: Todo padre de familia debe degollar un cordero y embadurnar con su sangre las jambas de la puerta y su dintel. Y donde el padre de familia había cumplido la orden con obediencia fiel, perdonaba el ángel de Dios a los primogénitos. Esta misericordia con los primogénitos de Israel, mientras los de los egipcios perecían sin excepción, fué para bien universal del pueblo, porque Faraón permitió, en vista de ello, que se trasladaran del cautiverio a la tierra de promisión.

Para recuerdo perpetuo de esta liberación prodigiosa, ordenó Dios que todo primogénito le fuese consagrado de manera especial a Él y al pueblo a un mismo tiempo. Tenía que servir al Señor en el tabernáculo, expiar por el pueblo y ofrecer sacrificios y orar por él. Más tarde entraron en lugar de estos primogénitos los varones de la tribu de Leví. En la primera substitución se permutó un primogénito de cada familia por un varón de dicha tribu. Los primogénitos restantes hubieron de ser «rescatados» a cinco siclos por individuo. De la misma manera debían rescatarse en lo sucesivo todos los primogénitos, de generación en generación. Desfilaba, pues, por decirlo así, una procesión perenne de primogénitos delante del Señor, para

ser restituída por Él de nuevo al pueblo. Este rescate no significaba que los primogénitos quedasen emancipados de la propiedad de Dios; sólo se les libraba de la obligación de servirle en el Templo, debiendo ser tanto más celosos de las cosas del Señor entre el pueblo.

Todo padre piadoso pensaba en la suerte futura del hijo que rescataba, y formaba la resolución de educarlo de tal modo, que defendiese la soberanía del Señor en el pueblo, conforme a su vocación, sin reparar en los sacrificios que requiriese la ejecución de este propósito.

Como el padre, comparecía también la madre del primogénito en el Templo, por lo menos si pertenecía al distrito de Jerusalén. Conforme a esa costumbre, se cuenta en el Evangelio que el rescate del Niño Jesús tuvo lugar en el mismo día en que su Madre ofreció el sacrificio de purificación en el Santuario.

Porque junto con la ley de la presentación de los primogénitos existía otra prescripción particular acerca de la purificación levítica de la madre después del alumbramiento.

He aquí el tenor de esa ley cuando se trata de niños varones: La mujer que ha concebido y dado a luz un hijo varón, debe permanecer en casa durante 40 días (7 antes y 33 después de la circuncisión), purificándose de su sangre. No debe tocar ningún objeto santo ni penetrar en el santuario, hasta que se cumplan los días de su purificación. Y cuando se hayan cumplido, debe presentar a las puertas del tabernáculo delante del concurso y entregárselo al sacerdote, un cordero de un año para el holocausto y un pichón o una tórtola para el sacrificio propiciatorio. El sacerdote debe ofrecerlos delante de Dios y rogar por ella, y de ese modo quedará purificada del flujo de su sangre. Si esto es superior a sus recursos y no puede ofrecer un cordero, lleve dos tórtolas o dos pichones, uno para el holocausto y otro para el sacrificio propiciatorio, y el sacerdote ore por ella, y así quedará purificada (Lev. 12, 1 ss.).

El sacrificio que tenía que ofrecer la madre en la purificación podía, pues, «subir o bajar»; es decir, que la oblación se regulaba conforme a los haberes, en cada caso: los ricos tenían que ofrecer un cordero, los pobres un par de tórtolas. José y María, que pertenecían a la clase pobre, ofrecieron dos palomas. Las palomas se podían llevar al Templo, pero también había la

posibilidad de pagar en él a un sacerdote la tasa fijada para ellas. La gente que venía de lejos hacía sin duda uso de semejante facultad.

En nuestros días parece extraña, a primera vista, semejante ley. Con todo, si se consultan en alguna obra sobre etnología los apartados «embarazo, alumbramiento, sobreparto», se ve que todos los pueblos que viven de una manera primitiva, observan para tales épocas prescripciones que tienen algo de religioso. Ese es también el alcance de la purificación legal después del alumbramiento. No se trata de una relegación a causa de un pecado en sentido estricto, sino de una impureza legal; y el sacrificio prescrito al fin de esos días, marca la salida de una situación en la que el hombre siente de modo especial su impotencia y se ve impulsado hacia Dios.

María no incurrió por el alumbramiento de Jesús en ninguna impureza legal. Con todo, se sometió al correspondiente sacrificio purificador. No ciertamente para disimular y para acomodarse a lo que hacían los demás, sino para asemejarse a su modelo Jesús, sometido por Dios a la Ley. Que María procediese en esto según la voluntad divina, lo atestigua la manifestación que Dios hizo en ella con este motivo.

La presentación de Jesús en el Templo

«Cuando se cumplieron los días en los que, conforme a la Ley, tenía que purificarse, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, según está escrito: Todo masculino que abra el seno de la madre, debe ser consagrado al Señor; asimismo querían ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, ateniéndose a la Ley» (Luc. 2, 22-24).

El viaje a Jerusalén, que les llevaría como dos horas, fué demasiado corto para María para acabar de considerar todo lo que revolvía en su ánimo.

Desde la circuncisión, José y María habían llamado muchas veces al Niño con el nombre de Jesús, que Dios le había dado. Cuantas veces se les asomaba a los labios y resonaba en su corazón, penetraban más con la inteligencia en su significado: Jesús, Salvador enviado por Dios, salvación, autor de la salud. Ahora, mientras avanzaban camino del Templo para presentar el Niño al Señor, tenían conciencia de que, tratándose de Él, la

entrada en el Santuario del Altísimo significaba algo singular.

Llegaron a la puerta de Jaffa, situada junto al palacio de Herodes. Aquello pululaba a diario de traficantes de Jerusalén y caravanas de todo el mundo, de ciudadanos ociosos que iban a curiosear y de mendigos que solicitaban de todos una limosna. En medio del camino había camellos tumbados, con la mirada fija en el aire, y asnos que pateaban atados en hileras. En aquel ambiente de compras y ventas nadie reparó en las dos personas sencillas que iban con un niño y procuraban abrirse paso por entre la aglomeración. A lo sumo algún cambista que se fijó a ver si José llevaba consigo las palomas o si pensaba pagar la tasa en metálico, y, por consiguiente, ver si se presentaba o no un negocillo; porque era indudable que se trataba de un matrimonio que se dirigía al Templo.

Al penetrar ellos en el recinto del Santuario se cumplió la profecía de Malaquías: «El dominador a quien vosotros buscáis, el ángel de la alianza por quien suspiráis, vendrá a su Templo.» Aunque María no tuviese presentes estas palabras, su fe le hizo experimentar interiormente lo que el profeta había contemplado en visión. Un resto de la profecía sobrenadaba aún en el pueblo; se decía que el Mesías bajaría del Cielo al pináculo del Santuario, y que de aquel modo se manifestaría a Israel. Pero no fué de esa manera portentosa, sino cual niño llevado en brazos de la madre, como apareció por primera vez en la casa de su Padre.

Las madres tenían que esperar al sacerdote en la puerta oriental. Allí se fué María junto con otras, y aguardó a que el sacerdote tomara de su mano las palomas o el dinero. A su lado estaba José para pagar el rescate de Jesús. La ceremonia de la purificación de María y la del rescate del Niño del servicio del Templo, no se diferenciaron exteriormente en nada de lo que solía suceder con otras en la misma ocasión. Pero interiormente la ceremonia se compenetraba en tal grado con la realidad, que dejaba de ser ceremonia. Así como en la última cena celebró Jesús el convite pascual bajo los ritos del Antiguo Testamento, siendo al mismo tiempo el Cordero de Dios que abolía el simbolismo del cordero pascual, así se sometió también como primogénito a la presentación, siendo al mismo tiempo el primogénito que había de poner fin a todas las presentaciones en el Templo. Porque Él era el Unigé-

nito de Dios que creó un nuevo sacerdocio, que nada tenía que ver con aquellos primogénitos. El cordero pascual había salvado la vida a los primogénitos en Egipto en previsión de su muerte, y así había librado a todo el pueblo de la esclavitud. Jesús, el verdadero Cordero pascual, estaba llamado a salvar a Israel, el primogénito entre los pueblos, y a redimir también a los demás pueblos.

María y José ofrecieron el Niño a Dios y lo rescataron, recibéndolo de nuevo. Como los demás padres, debían también ellos educar a su Hijo para el oficio que Dios le hubiese señalado. Ellos sabían mejor que cuando se trata de otros primogénitos, para qué había venido al mundo Jesús, el Hijo de Dios: tenía que salvarlo de sus pecados.

La prescripción tocante a los «primogénitos» estaba en relación, ya lo hemos notado, con la vida de la madre. En el caso de María sucedía esto de un modo especial, puesto que Jesús no tenía padre humano. En cuanto dependía de los hombres la oblación del hijo al Señor, era ella la única que tenía vínculo esencial con su Hijo.

Y como sola y única preparó su corazón para ofrecerlo al Señor en el Templo, dedicándolo al oficio sagrado a que estaba destinado. Al hacer esto, ponía simultáneamente su propia vida en las manos de Dios. Aquella ofrenda fué de perfección suma. Como que ni un solo momento, durante toda su vida, había ella deseado un hijo por interés personal, ni se lo había reclamado para sí, sino que había concebido conforme a la voluntad de Dios. Al igual que María, puso José también su vida al servicio de aquel Niño a quien estaba confiada la redención. También su sacrificio era perfecto en su medida; aunque de modo muy diverso comparado con el de María. Porque Jesús era el Hijo de María, de manera singular.

Como los pastores recibieron directamente de Dios la comunicación del nacimiento de Jesús, así iluminó también ahora Dios a un varón que apareció en el Templo. Un anciano llamado Simeón, hombre piadoso del pueblo, vino al Templo a la misma hora, impulsado por el Espíritu Santo. Como si la conociese, se presentó delante de María y le tomó el Niño de los brazos. En el mismo momento sentía él interiormente, con absoluta seguridad, que se había realizado la promesa del Señor, según la cual había de contemplar él al Salvador antes

de morir. Por eso en su himno se dirigió en primer lugar a Dios, y no a María y José:

Señor, puedes ya dejar partir en paz
a tu siervo según tu palabra,
pues han visto mis ojos tu redención,
que preparaste a la faz de todos los pueblos;
luz para iluminar a los gentiles
y timbre de gloria para el pueblo de Israel.

¡Ahora, Señor, puedes dejar partir a tu siervo en paz!
Simeón fué el primer hombre del Antiguo Testamento que habló de la muerte sin temor.

Salía regocijado de este mundo, una vez que había visto con sus propios ojos al Mesías, una vez que lo había sostenido en sus brazos agostados; aquel Mesías enviado al pueblo de Israel que lo aguardaba con ansia, pero también a los pueblos paganos, que ya no poseían idea clara sobre su venida. Gloria del pueblo de Israel, luz que ilumina a los pueblos paganos, lo llamó Simeón con solemnidad profética.

María y José lo contemplaban atónitos, cuando el anciano abrió su boca para ensalzar al Señor y para expresar sus inspiraciones divinas. «Mis ojos han visto tu redención», exclamaba alborozado. En su mirada y en sus palabras aprendieron José y María a elevar sus ojos y su espíritu sobre las fronteras del pequeño país. La alusión a los gentiles era como una preparación para la huída de Egipto, el viejo imperio pagano. Allí habían de proporcionarles las palabras del viejo Simeón consuelo y fuerza, habían de robustecerles la fe en que también esta permanencia del Salvador entre los paganos entraba en la misión que le había señalado Dios.

Por ilustración divina se asoció a Simeón una mujer, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. El Evangelio la presenta como una profetisa, como mujer que vivía llena del Espíritu Santo y bajo su dirección especial. Después de vivir en matrimonio durante siete años, no se había vuelto a casar, sino que vivió en calidad de viuda hasta los 84, consagrada enteramente al servicio de Dios. «No se apartaba del Templo»; había alquilado, por consiguiente, alguna pequeña vivienda en los departamentos accesorios de él. Casos semejantes se narran también en los documentos sobre templos paganos. Los «pupi-

los», por ejemplo, se acogían con preferencia a los santuarios. Ana vivía entregada a Dios por completo; los días los pasaba orando y ayunando. Su sueño dorado, como el de todas las almas piadosas, era el Mesías. Atraída por el Espíritu de Dios compareció también ella, mientras el Niño Redentor estaba en el Templo. Como Simeón, prorrumpió en júbilo y daba gracias a Dios por tan gran beneficio. Debió de ser un espectáculo singular cuando aquella viuda anciana, que no se había vuelto a casar por amor a Dios y que, por decirlo así, había vuelto al estado de virginidad, se encontró en el Santuario con María, la virgen que por amor a Dios había renunciado a su vida recogida de virgen, y cuando ambas a dos se congratularon de que el Salvador del mundo hubiese nacido por fin. Probablemente se darían cuenta de que coincidían en sus ideales, más por el Espíritu de Dios que animaba a la una y a la otra, que por lo que se contaron mutuamente sobre sus vidas.

María, Madre del Varón de Dolores

«Y he aquí que vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón; era justo y temeroso de Dios, esperaba la consolación de Israel y el Espíritu de Dios moraba en él. El Espíritu le había revelado que no moriría antes de haber visto al Ungido del Señor. Inspirado por el Espíritu vino al Templo» (Luc. 2, 25-39).

Desde que nació Jesús iban sorprendiendo los hechos, uno tras otro, el corazón de María. El Redentor había venido al mundo en un establo, lo habían tenido que poner en un pesebre; entre sus propios parientes, entre los habitantes de la ciudad de David, nadie se había preocupado por el Salvador de Israel. A cada lance de éstos se presentaba al espíritu reflexivo de María la pregunta: ¿cómo se habría de consumir un día la redención que tenía tales comienzos? Su pregunta no era la de una persona que está inquieta. No; con la misma sumisión con que interrogara en Nazaret al ángel sobre el modo cómo llegaría a ser Madre del Salvador, preguntábase ahora cómo se iría a realizar la redención por medio de Jesús.

En contestación a esta pregunta vino a notificarle el profeta Simeón, por disposición de Dios, lo que les aguardaba al Hijo y a la Madre misma. Después de haber saludado al Niño

Redentor con alegría de su alma y con ferviente acción de gracias a Dios, volvióse a José y a María. Sin envidia los proclamó dichosos a ellos que podían, no sólo contemplar unos breves momentos al Redentor, sino verlo y atenderlo día tras día. Pero instruido por el Espíritu divino, conoció también que esta elección estaba unida con infinito dolor del corazón aquí en la tierra, porque Jesús, el Mesías, había de redimir al mundo por medio de la pasión y muerte. Ilustrado por Dios, conoció además Simeón, en concreto, cómo la vida de María estaba ligada con la de su Hijo más íntimamente que la de José. Y con esta visión santa empezó a profetizar sobre los destinos de Jesús y los de su Madre, de tal suerte que el honor y los destinos del Hijo los presentaba como una misma cosa con el honor y los destinos de la Madre. Vuelto a María, pronunció solemnemente: «Este está puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, para señal contra la que se eleva protesta — también tu propia alma la atravesará una espada —, a fin de que sean descubiertos los sentimientos de muchos corazones.»

Esta era la respuesta del Cielo al sacrificio de María. Simeón la inició por adelantado en el misterio de la redención y le declaró al mismo tiempo que el Señor había aceptado su sacrificio y le había señalado un puesto especial en la pasión redentora de su Hijo. Por el Evangelio sabemos cómo procuraba consolidar el Señor en los apóstoles la fe en dos verdades: que Él era el Hijo de Dios, y que tenía que padecer y entrar de esa manera en su gloria. Los apóstoles no habían hecho tantos progresos para cuando murió Jesucristo, que las creyesen sin vacilar. María, por el contrario, había aceptado con fe inquebrantable, ya cuando la anunciación, el dogma de que Jesús es el Hijo de Dios. Y ahora, al oír la profecía de Simeón, acogió con corazón creyente la otra verdad grande: que la redención de los hombres se había de llevar a cabo en una lucha dolorosa y difícil para Jesús, y que ella misma había de participar en el dolor de su Hijo.

Un nuevo elemento entró con esta profecía a influir en la vida de María y permaneció activo en ella hasta que estuvo al pie de la cruz de Jesús.

Desde aquel momento supo que la aguardaba un gran dolor, y que ese dolor se relacionaba con la redención del mundo. ni un solo día asomaba el sol sobre el horizonte, sin que a la

vista de Jesús germinasen en el alma de María las palabras de Simeón, como grano de semilla escondida en la tierra. La época apacible de Nazaret, que a nosotros se nos antoja tan pobre en misterios, y el tiempo de la vida pública de Jesús, durante el cual permanece María en segundo plano, todos los días y horas de aquellos años se iba desarrollando continuamente este germen en el secreto del corazón de María; con sus radículas lo invadía por decirlo así completamente, llenándolo de aflicción indecible. De este modo, por un proceso que nosotros no podemos comprender, se hizo su corazón semejante al de su Hijo.

Cierto que María no adquirió por ello la ciencia con que Jesús conocía de antemano su pasión y su muerte hasta en los últimos detalles. Pero la intuición que tuvo su alma del futuro por medio de la predicación que le hizo quien todo lo sabe, sirviéndose de Simeón, era por modo maravilloso semejante a la ciencia de Jesús.

Este penetrar en las sombras de la pasión y muerte futuras de Jesús la aproximó interiormente a su Hijo, el Salvador, más de lo que hubiera podido hacerlo su actuación externa en favor de la dignidad de Jesús. Ella, que en Nazaret había empezado a ser Madre del Salvador, fué consagrada, por las palabras de Simeón, como Madre de dolores. Así, pues, como atinadamente lo dice un documento dogmático de la Iglesia (1904), la gloria de María no consiste simplemente «en haber ofrecido morada en su seno al Hijo unigénito de Dios, que había de nacer de substancia humana, o en que permitió que lo aprestase como sacrificio por la salvación del mundo; sino que sobre esto tomó el cuidado de velar y alimentar a Jesús, Cordero que había de ser inmolado; y cuando llegó la hora, lo acompañó al altar del sacrificio». En este sentido, mientras llevaba María al Redentor en su seno, llevaba también «a todos aquellos cuyas vidas estaban incluídas en la vida del Redentor».

Los Magos de Oriente

«Habiendo nacido Jesús en Belén, en los días del rey Herodes, he aquí que vinieron a Jerusalén unos Magos del Oriente y preguntaron: '¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido (recientemente)? Nosotros vimos su estrella en el Oriente y hemos venido para adorarle'» (Mat. 2, 1-12).

Después de despedirse Simeón, María y José emprendieron el regreso a casa. Para ello tuvieron que pasar junto al magnífico palacio de Herodes. Altivas se erguían sus torres de enormes bloques de piedra de dos metros de largo por uno de espesor. Mucho tiempo caminaron junto a los muros que rodeaban el precioso jardín. Cedros, cipreses y pinos se asomaban por la cerca.

El pueblo hablaba de los juegos de aguas de aquellos jardines, que en el calor del verano corrían murmurando; de los dos grandes salones, el imperial y el de Agripa, en los que tomaban asiento centenares de huéspedes servidos en vajilla de oro y plata; de los pórticos de columnas en los que se podía pasear. De los palomares contruídos expresamente para ellas, volaban bandadas de palomas. (Aun hoy se designa en Palestina una especie — las palomas de Herodes — con el nombre de su cariñoso protector.) En todas partes se comentaba también la enorme torre de 50 metros de altura. En su parte inferior era un relleno de piedras, de suerte que podía resistir como roca viva todo embate de los arietes y taladramuros. En la parte superior había salones, corredores y baños; en una palabra, todo lo que se puede pedir en una mansión regia.

Sobre el palacio mismo relatábanse hechos escandalosos y horrores sin fin; en último término era una felicidad el no habitar en él. El viejo rey Herodes iba siendo cada día más tiránico y cruel. Antípatro, el hijo de Doris, una de sus diez mujeres, había ido a Roma para hacer aprobar el testamento en que se le nombraba a él heredero de su padre. Desde allí envió algunas veces veneno; era para su viejo progenitor. Este cayó en la cuenta, atrájole a la patria con una carta cariñosa y lo echó en prisiones. Luego dió aviso al emperador y solicitó permiso para ejecutar al hijo infiel. Entonces corrieron mil rumores por la ciudad, y en el palacio mismo trabóse un

combate sordo por el trono, entre los otros hijos y los demás favoritos influyentes. El uno trabajaba contra el otro y Herodes vigilaba sobre todos, para quitar de en medio, en cada caso, al que se le antojase el más peligroso.

José y María se habían enterado en Belén de los rumores que circulaban por allí. Pero ni uno ni otro sospecharon lo más mínimo que dentro de poco tiempo iban a descargar el furor del rey contra el Niño que llevaba María de vuelta a Belén.

Después del empadronamiento permanecieron aún María y José largo tiempo en Belén. En cuanto les fué posible se trasladarían del establo a alguna casita que alquilaron. Al contar la visita de los Magos, dice el evangelista que la estrella se detuvo sobre la «casa» donde se encontraba el Niño. No hay que apurar tanto el término que no se le pueda aplicar en absoluto al establo. Con todo, es probable que se trate de una casa en sentido propio. Esto lo insinúa también el evangelista con otro dato posterior, al decir que después de volver de Egipto pensó José al principio en instalarse en Belén. Creía que el «Hijo de David» debía crecer en la «ciudad de David».

Un día se fué acercando una caravana de camellos. Su color y los arreos delataban su procedencia de lejanas tierras. Los distinguidos personajes que la presidían, comparecieron en el lugar donde habitaban María y su Hijo. Como antes los pobres pastores, solicitaban ahora aquellos magnates permiso para agasajar al Niño. Contaron cómo vieron en Oriente, en su lejana patria, una estrella que reconocieron como señal de que en Israel había nacido el gran Rey; que por eso partieron, que caminaron día y noche a través del desierto y que, por fin, habían arribado a la capital Jerusalén. Allí les aguardaba una desilusión. Nadie sabía una palabra del nuevo Rey, todo el mundo se quedaba atónito cuantas veces hacían asomar a sus labios una pregunta sobre él. Sólo el viejo monarca Herodes se había mostrado comprensivo; los había recibido en su palacio en audiencia privada y les había participado dónde podían buscar al recién nacido Rey de los judíos: en Belén. Así, pues, se habían puesto de nuevo en marcha. Y en el camino de Jerusalén a Belén se les apareció otra vez la misma estrella que habían visto en Oriente; había ido delante de ellos y se había detenido allí, sobre donde acababan de encontrar al Niño.

Los sabios contaron lo que habían concertado con Herodes en Jerusalén; tan pronto como hubiesen encontrado al Rey recién nacido, tenían que volver a la ciudad y participarle la noticia. Entonces vendría también él, para prestar vasallaje al Niño. En su ingenuidad se congratulaban aquellos hombres honrados de poder presentar a María y José la perspectiva de una visita de tan alta categoría.

¡Cómo atendería María mientras hablaban aquellos magnates, cuando llenos de reverencia prestaban homenaje al Niño, como a Rey enviado por Dios! Los criados descargaron las alforjas de viaje y desembalaron objetos preciosos de sus envoltorios polvorientos. Los Magos ofrecieron al Niño, como regalo, oro, incienso y mirra.

Aquella escena era algo inaudito. Una mujer joven, esposa de un carpintero, sentada delante de unos dignos jeques orientales. Y éstos postrándose delante del Niño que tenía sobre su seno, y poniendo a sus pies las ofrendas.

Para María había sido relativamente sencillo guardar las formas debidas cuando vinieron los pastores. Pero cuando se presentaron los Magos de Oriente, personajes de los círculos distinguidos y cultos de un país extraño, su situación debió de ser, humanamente hablando, mucho más difícil. ¡Cómo se tendría que conducir ella, mujer sencilla, en un caso como éste! Una cosa la tranquilizó y le dió seguridad: la fe en Jesús. Esta influyó en tal grado, que trascendió a los mismos Magos. La fe de María fortaleció la fe de ellos y la sublimó a más altas esferas. Hay innumerables cuadros que representan a María sentada en un trono, con el Niño que descansa sobre sus brazos y sostiene en su mano la esfera terrestre. Cuando los Magos agasajaron al Niño, no fué sólo Jesús el saludado como Rey del universo; el saludo se extendía también a María. En aquellos momentos María era la Reina Madre del Hijo Rey. El evangelista San Mateo nos ofrece el título de semejante cuadro cuando escribe: «Entraron, hallaron al Niño con su Madre, cayeron de rodillas y lo adoraron. Abrieron sus estuches y le ofrecieron, como regalo, oro, incienso, y mirra.»

María era la única que podía encontrar explicable hasta su última esencia aquel extraño suceso: «Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente y su Reino no tendrá fin», había dicho el ángel en

Nazaret. De improviso, en medio del abatimiento en que había nacido el Niño Redentor, se había interpuesto un suceso al que correspondía como fondo una sala regia.

El vasallaje de los paganos de lejanas tierras pasó pronto. La impresión que hizo en María fué, en cambio, duradera y fué aumentando en la medida en que crecía su fe. Dos hechos se habían sucedido, por disposición divina, saltando por encima de todas las leyes de la naturaleza: la adoración de unos pastores de Israel y el homenaje de unos sabios de la gentilidad. Con eso adquirió un doble aval la palabra profética de Simeón, en lo que se refería a israelitas y paganos, cuando llamó al Niño Redentor, luz iluminadora para los gentiles y gloria del pueblo de Israel. Los horizontes se ampliaron para María; la profecía de Simeón empezaba a realizarse ante sus propios ojos en sus dos aspectos; desde aquel momento vió en su Hijo, no sólo al Salvador de Israel, sino también al Salvador de todos los paganos de la tierra que adoraban a los ídolos. Siempre que recordaba las palabras de Simeón sobre Jesús y sobre sí misma, volvía a despertarse de algún modo la memoria de los magnates paganos que habían visitado a su Hijo. La lenyenda trató de combinar las cosas haciendo a los Magos presentes a la muerte de Jesús. Lo estaban realmente en el alma de María. Para penetrar en toda su profundidad el alcance mundial de la muerte en cruz de Jesús, no fué lo que menos le sirvió el recuerdo de aquellos astrólogos orientales que, cuando apareció el Salvador, vinieron de lejanas tierras y le prestaron vasallaje ofreciéndole oro, incienso y mirra.

La huida

«Después que partieron los Magos, he aquí que un ángel se le aparece en sueños a José y le dice: 'Toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise. Pues Herodes ha de buscar al Niño, para matarlo.' José se levantó, de noche todavía, tomó al Niño y a su Madre y huyó a Egipto» (Mat. 2, 13-15).

En medio de la noche se despertó María a la llamada de José. Este le comunicó la orden del ángel: «Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto. Pues Herodes ha de buscar al Niño, para matarlo.»

Al punto pudieron darse cuenta María y José de la situación de las cosas y del peligro que corría Jesús. Herodes había engañado a los Magos; éstos le tenían que decir dónde se encontraba el recién nacido Rey, para que él lo pudiese matar. Cuando el viejo déspota concebía desconfianza, perseguía sus intentos con la rapidez y la falta de miramientos que le eran propios.

El ángel les dió orden de dirigirse a Egipto. Hacia el norte hubiese sido imposible la fuga; hacia el oriente donde un desierto era el límite de otro, éralo asimismo, dado el estado en que se encontraba María. Después de éstos, el camino más breve para escaparse de los dominios de Herodes era el de Egipto. Pero también éste suponía varios cientos de kilómetros.

Queda por contestar una pregunta: ¿Se enteraron María y José de que los Magos recibieron en sueños el encargo de no retornar al palacio de Herodes? Aquel sueño lo debieron de recibir en el mismo Belén; porque si no, se presentarían en Jerusalén en las primeras horas del primer día de viaje. Si, pues, lo recibieron en Belén, sin duda que se lo contaron a María y José al despedirse. En absoluto es también posible que los Magos y José recibieran el aviso la misma noche. De todos modos se suceden en plazo relativamente breve, estos cuatro hechos: audiencia de los Magos con Herodes, adoración del Niño, salida de los Magos para su patria, fuga de José a Egipto. Porque Belén era una ciudad pequeña y no distaba de Jerusalén más que dos horas a pie. Desde que Herodes comenzó a entrar en sospechas contra los Magos, crecía por momentos el peligro del Niño Jesús.

Conforme al mandato del ángel, José y María huyeron durante la misma noche.

Los cuadros y leyendas sobre la huída a Egipto suprimen precisamente lo que es esencial en una fuga. Hablan de palmas que se inclinan, de fuentes que manan agua, de salteadores que se tornan humanitarios. Todo esto desfigura el sobresalto propio de la huída real. Hasta que llegaron a la estepa dejando atrás Gaza, José y María no se sintieron seguros de los espías ni un solo momento. Cada vez que oían detrás las pisadas de un asno, cada vez que, rápido y sin ruido, asomaba un rostro sobre la cerca de un viñedo, cual si se hubiese transformado una piedra en cabeza, cada vez que fijaba alguno de ellos sus

ojos investigadores, aumentaba el temor de que pudieran ser descubiertos. Esta huida fué para María y José peor que todos los sobresaltos que se acumulan en las aventuras novelescas.

Además se considera demasiado poco lo difícil y abrupto de los caminos que tuvieron que recorrer María y José al principio de su viaje. Desde Belén, que está a unos 800 metros sobre el mar, se iba descendiendo a las llanuras bajas. Allí no había propiamente ningún camino, sino sólo sendas escarpadas que, siglo tras siglo, se conservaban, gracias a las pezuñas de los animales y a las pisadas humanas. Estos parajes los tuvieron que salvar, en parte, en la obscuridad de la noche.

Cuando clareaba, divisaron desde las alturas el país de los filisteos. Se extendía allá en lo profundo, bajo una capa azul de aire; los cauces de los torrentes enviaban su blanco resplandor a través de la atmósfera vaporosa hacia la lejanía, donde se dilataba el mar como un puente azul debajo del cielo.

Al segundo día pudieron llegar a Gaza, la última ciudad grande antes del desierto; allí compraron sus provisiones para el viaje de travesía.

Y empezó el desierto.

La travesía por el desierto

«José huyó a Egipto» (Mat. 2, 14).

Es probable que José y María no se aventurasen solos por el desierto, camino de Egipto. Como había que atravesar parajes sin agua y hacer alto y pernoctar en sitios y a tiempos determinados, era natural que la gente formase caravanas por la mañana y que marchase de ese modo. Los primeros días, cuando aun caminaban por regiones más o menos habitadas, se modificaba su composición. En pleno desierto ya no sucedía eso. De un día para otro variaba tan poco el panorama, que se tenía la impresión de no haber hecho ningún avance. Hacia el occidente brillaban, tocando con el cielo, las dunas amarillas de arena, sobreponiéndose las unas a las otras con suaves oscilaciones. Detrás de ellas empezaba el mar. No convenía acercarse demasiado a las dunas, porque resultaría difícil el avance, hundiéndose los pies en la arena. Por otra parte, tampoco convenía alejarse mucho de ellas, para no poner en riesgo

la dirección. Al borde de la ancha cinta sobre la que se entrecruzaban las huellas de las caravanas como sogas gruesas de cuerdas, había huesos de animales abandonados y muertos por agotamiento. Su osamenta, blanqueada por el sol y pulimentada por la arenilla, brillaba como marfil. En el último trayecto la arena era más suave que la harina. Por la noche asomaban las estrellas en el cielo, admirablemente abovedado, y se bañaban, por decirlo así, en su propia luz.

En el alma de María tenía lugar entretanto un fenómeno que no se podrá llegar a representar en todo su misterio y en toda su profundidad. Aquel desierto que recorrían entre las montañas de Israel y el Nilo, salía a plaza continuamente en los Libros Santos; parecía como que fuera necesario que los hombres de fe fuesen alguna vez a Egipto y se acreditaran de este modo. Abrahán, el progenitor de su pueblo, había hecho aquella travesía. ¡Y cómo se conmovió interiormente la Virgen al pensar en el José de Egipto! ¡Su esposo, que iba con ella, llevaba el mismo nombre! Además, ¿no se había arrancado también al primer José de repente, como a ellos ahora, de las montañas patrias y se le había lanzado al desierto? ¿Qué supo él de la suerte que iba a correr sino que sería llena de amargura? Los hermanos de José descendieron más tarde, en el tiempo de la carestía, por el mismo camino; a ellos los siguió Benjamín, el hijo menor del padre de las tribus, Jacob; por último también compareció Jacob en persona, quien, ya entrado en años, pasó presuroso por el yermo.

Y las llanuras sin fin de tierra adentro, cubiertas con millones y millones de pequeños arbustos, las había cruzado Moisés, el varón de Dios, como pastor. Y después de haber sacado de Egipto al pueblo de Israel por orden divina, había vagado con él por aquellos desiertos durante una generación.

María, la hija reflexiva de su pueblo, que guardaba en su interior todas las tradiciones religiosas que le interesaban, había acompañado muchas veces en espíritu a través del desierto a sus santos antepasados. Ahora caminaba personalmente por el yermo. Y en sus brazos llevaba al que Dios había prometido a los patriarcas, a Abrahán, Isaac y Jacob; llevaba al Soberano de la casa de Jacob, al verdadero Redentor, que libertaba no sólo de la esclavitud de Egipto, sino también del pecado. En Él se concentraba la historia de su pueblo.

La permanencia en Egipto

«José permaneció en Egipto hasta la muerte de Herodes. Así se debió cumplir lo que el Señor había hecho anunciar por el profeta: He tomado a mi Hijo de Egipto» (Mat. 2, 15).

Tras una larga y penosa travesía, llegaron José y María con el Niño a los extensos valles del Nilo. Por aquel tiempo residían en Egipto muchos israelitas, asociados, en parte, en agrupaciones propias. Es de suponer que José se incorporó a alguna de aquellas comunidades. En Egipto se consideró a los dos «peregrinos» como a cualquiera de los que solían venir continuamente de la madre patria. Sobre todo los que temían alguna venganza sangrienta huían entonces, como huyen aun hoy día, a Egipto. Por lo mismo no se les apremiaba para que contasen su historia, más de lo que ellos referían espontáneamente. José, María y el Niño hacían una impresión buena desde todo punto de vista; nadie al verlos podía pensar en una aventura.

Quien mejor puede vislumbrar lo que significaba para María el traslado a un mundo extraño es, sin duda, el hombre profundamente religioso, que está ligado a una aldea cristiana con lazos no sólo externos, sino internos, y que se ve de repente trasplantado a una gran ciudad. Allí no está solo, pero espiritualmente se siente aislado; aislado, la cosa más terrible que puede haber para un hombre naturalmente sensible.

Es lo que le sucedió a María; todo le era extraño, y por añadidura no sabía cuánto iba a durar aquel destierro, ni podía, por consiguiente, reanimar su espíritu, fijándose en un tiempo determinado de espera. «Permanece hasta que yo te lo diga», así rezaba el encargo del ángel, impreciso y preciso a la vez. Y cada paso, cada mirada, volvía a recordar el país extraño. Sobre el verde valle se extendía entre dos desiertos el cielo, inmensamente vasto. El Nilo venía del sur, trayendo su corriente de un rojo extrañamente tornasolado; el agua la derivaban a las acequias y la sacaban con bombas; de ella bebían lo mismo hombres que animales. Unas aves muy raras, los ibis, revoloteaban en el firmamento, batiendo sin ruido sus alas.

Más extraño aún que el país que se extendía ante su vista era para María, la sin pecado, el mundo de hombres entre quienes habitaba. Habían dejado de existir los faraones, los antiguos reyes de Egipto; pero el espíritu del paganismo que los había informado, seguía ejerciendo sin interrupción su poder y su fausto. En los templos magníficos con sus atrios de columnas imponentes, continuaban expuestos a la veneración los ídolos. Había dioses con cuerpo humano y cabeza de vaca o ave, y dioses a los que se representaba como carneros o hipopótamos. Y al par que a los dioses, se veneraba a los demonios y malos espíritus tratando de obtener de ellos lo que no concedían los buenos. Por eso, además del culto público, existían toda clase de supersticiones secretas y de sortilegios, que tanto la gente culta como el pueblo practicaban a escondidas y como de supererogación. Durante su permanencia en aquellos fértiles valles del Nilo, María sufría bajo la impresión de la idolatría que la rodeaba.

Tampoco aquel mundo abigarrado del paganismo egipcio tenía en María otro influjo que el de hacerla penetrar más a fondo en el sentido de la Escritura Santa y hacerla comprender más íntimamente qué es lo que había significado Simeón con su preuncio, al llamar proféticamente a Jesús, su Hijo, luz para iluminación de los paganos.

En la casita de Nazaret había acogido y depositado en su alma, con la mayor atención y con la devoción más íntima, la historia del pueblo de Israel, tal como se la habían dado a conocer sobre todo las lecturas ordinarias de la sinagoga. Entre todos los sucesos le eran particularmente familiares aquellos cuya memoria se celebraba anualmente por todo el pueblo en las grandes fiestas de Jerusalén. El punto culminante del año religioso era la solemnidad de la Pascua, con el sacrificio del cordero. Esta fiesta estaba relacionada de una manera especial precisamente con el país en que moraba ahora María con el Redentor. Allí, al borde del Nilo, habían sido perseguidos y oprimidos sus padres; allí se había sacrificado por primera vez el cordero pascual por orden divina, preparando de esa manera la liberación del pueblo de su miseria y esclavitud, separándolo y escogiéndolo como pueblo de Dios. Durante su permanencia en Egipto vivió María de esta suerte, por vía misteriosa, la historia del pueblo de Israel en sus comienzos y fundamento.

A lo lejos, en dirección oeste, se alzaban las pirámides. Cada mañana se iluminaban con los rayos del sol sobre el fondo violeta pálido del cielo, y cada noche resaltaban sus contornos sombríos de violeta intenso sobre el rojo crepúsculo.

Al verlas recordaba María a los reyes que habían oprimido al pueblo de Israel. El Nilo inundaba los campos con su caudal y disolvía de nuevo en sus aguas el légamo que él mismo había acarreado en años anteriores; en aquellas mismas llanuras, donde calados de arriba abajo amasaban los esclavos el barro y lo moldeaban y transformaban en ladrillos, habían tenido que trabajar sus antepasados hasta agotarse. En algunos sitios pululaban las cañas, formábanse cañaverales elevados y el agua se estancaba en sus senos. En uno de aquellos parajes había estado de pequeño, Moisés, el libertador escogido por Dios, en una frágil cestilla de juncos.

La vida de la Virgen corría parejas en cierto modo con la de su pueblo en aquellos tiempos lejanos. Como entonces se había salvado inadvertido el primer libertador del pueblo en una cestilla de juncos, así crecía ahora a sus pies el último Salvador, el Redentor de Israel. La hermana de Moisés, que fué la que lo salvó, se llamaba por añadidura, como ella, María. Y como en otro tiempo habían suspirado los israelitas por el día en que pudiesen partir a la tierra prometida, así suspiraba también María por el momento en que pudiera abandonar aquel país.

Pero en medio de todo no olvidaba un solo momento que Jesús, su Hijo, había venido al mundo también para beneficio de los paganos. En espíritu los veía ya incluidos en la obra redentora. ¡Cómo se sorprendían las mujeres egipcias, cuando pasando delante de ella con sus cántaros de agua le preguntaban por el nombre del Niño que acariciaba! Al oírlo, parpadeaban sus ojos pintados y se frucía su frente, tatuada con signos mágicos y con la señal de los ídolos. ¡Qué nombre tan extraño! ¡Qué se les daba a ellas del niño que lo llevaba y de la madre de tal hijo! Pero María sabía que también aquellas gentes necesitaban la redención de Jesús y que un día participarían realmente de ella; por eso las encerraba ya desde entonces en su corazón maternal.

El regreso a Nazaret

«José se levantó, tomó al Niño y a su Madre y se fué a tierra de Israel. Cuando se enteró de que reinaba en Judea Arquelao en lugar de su padre Herodes, temió ir allá y, avisado en sueños, se dirigió a tierras de Galilea y se instaló en una ciudad llamada Nazaret. Así se cumplió la predicción del profeta: Será llamado Nazareno» (Mat. 2, 21-23).

El ángel avisó en sueños al protector de María y su Hijo: «Levántate, toma al Niño y a su Madre y vete a la tierra de Israel. Los que atentaban contra la vida del Niño han muerto.»

José y María se aprestaron para salir de Egipto. Aun dirigieron una mirada última sobre aquel país extraño; después avanzaron por caminos fangosos en dirección del oriente, camino del desierto. Desapareció tras ellos el último templo con sus elevados edificios, perdiéndose en el verde paisaje; empezaba la arena, los asnos ya no encontraban pastos. Otra vez caminaron, día tras día, o, si hacía mucho calor, noche tras noche. En determinados sitios, podían hacer memoria de su viaje de venida. Por fin se divisaron los primeros rebaños y las parcelas de los campos de labrantío. Los traficantes se metían entre las caravanas y ofrecían bebidas y alimentos. Los indígenas hacían compañía por la noche a los viajeros y les contaban episodios del pasado y del presente. De este modo fueron enterándose poco a poco María y José de estas nuevas:

Herodes había muerto algo después de su huida de Belén. La noticia se había difundido por el país, como mensaje de alegría. Muchos pensaban que Arquelao, su hijo, evitaría los defectos del padre. Con todo, pronto se mostró que restauraba la soberanía del terror de aquél. Sepultado el difunto Herodes con pompa inaudita y proclamado Arquelao como sucesor suyo, se había preparado una gran manifestación popular: reclamaban satisfacción por aquellos dos rabinos que había mandado quemar Herodes, durante su enfermedad. Por toda respuesta Arquelao ordenó una carga de caballería contra las turbas amotinadas. Después se fué a Roma «para recibir la investidura de rey»; pero antes de que se hubiese fallado a su favor, enviaron los ciudadanos una embajada, suplicando al emperador que no nombrase rey a Arquelao. Entretanto había estallado en Judea una nueva revolución. Así que el

emperador Augusto escogió un camino intermedio: cedió a Arquelao el dominio sobre Judea, pero nególe por el momento el título de rey.

Más tarde o más temprano llegó asimismo a oídos de José y María el horrible degüello de los niños de Belén. Entre los que se lo contaban, ninguno comprendía tan bien como ellos el encadenamiento de los hechos. ¡De modo que el Niño Jesús había estado tan a punto de ser víctima del furor de Herodes! Pero José y María no podían decir palabra sobre lo que sólo ellos sabían. De lo contrario se conjurarían nuevos peligros sobre el Niño. Para sí misma, volvería a refrescar María las palabras de Simeón: «Éste está puesto para señal contra la que se eleva protesta.» ¡La predicción había empezado a realizarse antes de haberse desprendido el Niño de sus brazos! ¡Qué suerte le esperaba cuando se manifestase como el Mesías enviado por Dios, como el Hijo de David y Rey de Israel! La profecía de Simeón, que ella no podía olvidar, se presentaba a su espíritu después del regreso, con más viveza que antes.

José y María habían pensado en establecerse en Belén, en la ciudad de David. Pero a medida que se fueron enterando de la situación, iban quedando más desconcertados sobre la dirección que debían tomar. Entonces indicó un ángel a José, en sueños, que se fueran a Nazaret.

Un día subieron, pues, José y María de la llanura de Esdrelón a la meseta en cuya hondonada estaba situada dicha población. Llegados arriba, tuvieron a su vista la pequeña ciudad patria, un laberinto de casas cúbicas y estrechas calles que se apretujaban en torno de un punto invisible.

Este regreso no fué tan sin dificultades y tan lleno de alegría sin mezcla de pesadumbre, como nos lo queríamos figurar. José y María tuvieron que suponer que los parientes de la ciudad les preguntarían por qué no habían vuelto a casa después del empadronamiento. Si, como es probable, José había declarado al salir que pensaba quedarse en Belén, los parientes quisieron informarse del motivo de su viaje a Egipto. Más difícil fué la situación si, al abandonar la ciudad, había dicho José que volvería en seguida del empadronamiento. La razón última, o sea la orden del ángel, no la podían mencionar, porque se hubiera puesto al descubierto el misterio

del Niño. Después de mucho preguntar, los curiosos investigadores quedaron probablemente con la impresión de que María y José habían perdido el seso después de la boda: tanto tiempo como habían vivido callados y modestos, visitando la sinagoga los días de fiesta y los días de labor; y de repente se les ocurre irse al Egipto pagano, como mercaderes nómadas.

Las preguntas de la gente de Nazaret vuelven a ilustrar para nosotros la significación que tienen, en el plan general de la vida de Jesús, el viaje a Belén y la huída a Egipto. Con su ausencia de Nazaret se vieron José y María libres de parientes que los observasen. De este modo permaneció oculto el misterio que sólo ellos conocían; se les había revelado únicamente a los pastores, a los Magos, a Simeón y Ana en el Templo; a éstos los había escogido el Cielo siguiendo las leyes de la gracia, no las del parentesco. Pero también estos testigos únicos de aquellos sucesos admirables perdieron con la huída a Egipto todo contacto con el Niño Redentor, lo mismo que los parientes de Nazaret.

Así creció Jesús realmente en la obscuridad. Su concepción y nacimiento milagrosos permanecieron misterios que nadie conocía en la ciudad fuera de María y José.

IV. LA VIDA OCULTA EN NAZARET

Del vestuario y vida de las mujeres

Cuando uno quiere figurarse el aspecto externo de María, la representación la dirigen consciente o inconscientemente las imágenes que haya visto en el transcurso del tiempo. Casi siempre se la suele presentar con un velo de mujer, que responde más o menos al que aun hoy día llevan en parte las mujeres orientales. Este velo es lo típico de muchos cuadros de María. Por eso vamos a ocuparnos de él ante todo.

De los escritos bíblicos y extrabíblicos se deduce como cierto que las mujeres solían estar «cubiertas» en público, es decir, que se presentaban con la cabeza velada. En qué consistiese este velarse o cubrirse, no aparece tan claro. Si quisiésemos describir de una manera aproximada el tocado de las mujeres de Palestina por relación con prendas de vestir que nos son conocidas, se podría decir, poco más o menos, que llevaban una mantilla que les caía por la espalda y en ciertas ocasiones una especie de cofia. La moda se fué desarrollando, probablemente, de manera que dos prendas distintas, toca y velo, se unieron en una. Este es un proceso que en el vestuario de las mujeres se impone con frecuencia. La toca, y sobre todo el pelo, que se peinaba en trenzas o moños, gustaban de adornarlos con chapitas, dijes, sortijas y estrellas que, según la fortuna, solían ser de estaño, plata, vidrio u oro. Algún adorno llevaban todas las mujeres, aun las que eran pobres. Tal vez existiese ya entonces la costumbre que aun hoy perdura, de coser en la cofia las monedas de sus arras de novia, que poseían como propiedad personal. Con la fortuna crecía naturalmente la cantidad y el valor de los adornos.

Un dije particularmente grato a las mujeres era la «ciudad de oro», una sortija o anillo en la que estaba grabada la ciudad de Jerusalén. Tales anillos solían comprarlos como recuerdo para sus esposas e hijas los hombres cumplidos, en sus peregrinaciones a Jerusalén. La industria de los «recuerdos» era para la capital, como lugar de romería, una verdadera fuente de ingresos.

La costumbre de comparecer en público con la cabeza velada era particularmente severa para las casadas. Si atropellando el uso honesto se presentaba una mujer con la cabeza descubierta, se deshonraba a sí misma y deshonraba a su marido. En el tiempo anterior a Cristo esto incluso podía permitir al marido abandonar a su esposa.

Por esta razón se preguntan una vez los jurisconsultos si va con la cabeza cubierta una mujer, cuando sostiene sobre ella su «cestita de hilar», o «de costura», como diríamos nosotros. Esta costumbre de comparecer en público con velo, la declaró más tarde San Pablo legítima y en vigor también para el cristianismo. Las mujeres debían presentarse en público con una «autoridad sobre la cabeza», o sea con una señal de que estaban bajo el señorío y, por lo mismo, bajo la protección de un marido que las defendiese.

Parece que junto con el cubrirse la cabeza con la mantilla, existía ya en aquel tiempo la moda de echarse el velo también por delante de la cara, haciendo casi imposible el reconocer a las mujeres. Semejante práctica se deja entrever en un suceso trágico: Un sumo sacerdote tuvo que juzgar a una mujer, inculpada de adulterio. Al descubrirle el rostro, vió con horror que tenía delante a su propia madre. Si ya en tiempo de Jesús se había introducido esta moda, que más tarde se estableció, como es bien sabido, en el mundo de las mujeres islámicas, urgiría tan sólo en las grandes ciudades como Jerusalén, la capital, y Jericó, la de los balnearios de invierno; pero no en pequeñas poblaciones como Nazaret. Razones prácticas impidieron que se universalizase el velo facial entre las mujeres trabajadoras de la campiña. Se puede suponer, pues, que María iría tocada con una mantilla como las que aun hoy se acostumbra entre las mujeres (véase lámina de la pág. 144).

Por lo demás, tanto las mujeres como los hombres solían llevar un vestido interior y otro exterior, sujetos por un ceñidor; la diferencia consistía principalmente en que las mujeres preferían telas más finas, de abigarrados colores y adornadas con orlas y bordados. Además, el uso imponía que los vestidos de las mujeres llegasen hasta los tobillos. En cambio, los hombres del pueblo solían llevar túnica corta por razones de conveniencia; sólo los ricos y letrados aparecían en público con amplios vestidos urbanos.

El calzado consistía las más de las veces, por razón del clima cálido, en sandalias con suela de madera o de cuero curtido. Para darles cierto buen aspecto, se las pulía y pintaba de negro o vitriolo. La gente del pueblo no hacía uso de ellas durante la mayor parte del año; los hombres, y sobre todo las mujeres y niños, solían andar en casa con los pies descalzos. De suerte que con mucha frecuencia el calzado no se usaba más para ir a los oficios del sábado en la sinagoga y para las grandes peregrinaciones. También José y María eran de los que tenían que economizar, y seguirían la costumbre dominante.

Las mujeres que vestían a la usanza popular se diferenciaban de las que iban a la moda. Bien que toda la evolución se reducía entonces a combinar costumbres antiguas del Oriente con modificaciones importadas de Grecia e Italia.

Por lo que se refiere al cuidado del cabello, poseían ciertos medios que aun hoy día están en uso: pinturas, pelucas y toda suerte de artificios y adornos. La mayor diferencia con nuestros tiempos consistía, tal vez, en que se consideraba de mal tono que las mujeres fuesen a una peluquería de varones; debían acudir a una peluquera, que con frecuencia solía ser una mujer de su confianza, o una esclava, o ambas cosas a la vez. De ahí que se hable a veces de abuso de la confianza por parte de las peluqueras. Naturalmente que no faltaban peine y espejo; tampoco ungüentos y pomadas. La frase «hacerse el peinado», que estaba en uso, demuestra, como otras cosas, que las mujeres lo cuidaban con escrupulosidad sistemática.

A las prendas de vestir ordinarias y al adorno sencillo añadía la moda para las damas toda suerte de galas y accesorios. En tales círculos se conocían ya, y eran muy estimadas, las labores de «calado». Muchas de aquellas señoras llevaban en su calzado una ampollita de perfumes que, al agitarse con los pasos, exhalaba su fragancia. Eran igualmente conocidas las plantillas de corcho, que aumentaban un poco la estatura.

Las «novedades» se difundían, como hoy, desde las ciudades de mucho tráfico hasta el campo. Se habla de buhoneros que recorren las regiones de la campiña «para que las hijas de Israel adquieran más fácilmente sus objetos de tocador». Por lo general, en el campo se hacía vida más sencilla y más severa en las costumbres; se hace notar expresamente que por razón

del mayor recato natural no hace falta tomar tan escrupulosamente el cuidado de cubrirse el rostro.

Podría parecer que estas observaciones nos llevan demasiado lejos, pero tienen su importancia. En ciertas pláticas piadosas se celebra a María como modelo de las mujeres con frases tan vagas, que no pueden responder sino a una idea también muy vaga; y esa idea obra las más de las veces en el sentido de hacer creer que en los tiempos en que vivía la Madre de Jesús, era la vida para las mujeres en general, y para María en particular, muy diferente de lo que es en nuestros días. Sin embargo, los datos lo muestran bien claro: María vivió en un mundo que no se diferenciaba tanto como se cree del de hoy y del de todos los tiempos y menos en este punto. No es una representación precisamente devota, pero sí tal vez muy real y útil, el figurarse a María cuando se le entra por las puertas un mercader de perfumes venido de Jericó y le pondera sus géneros, con la insistencia característica de tales gentes precisamente con las mujeres modestas. Ya que suelen tratarse tantas veces estos puntos, sobre todo en conferencias a mujeres, tiene su importancia el poseer algunos conceptos claros sobre la cuestión.

En su primera carta describe San Pedro el prototipo de mujer con estas palabras: «Su adorno no debe ser el que se ve por fuera, el peinado del cabello, dijes de oro, gala en los vestidos; sino lo que es interno y adorna al hombre en su corazón, el ornato indeleble de un espíritu dulce y paciente, que es precioso a los ojos de Dios.» Casi se podría sospechar que el apóstol pensaba entonces en María, la Madre de Jesús. En todo caso, jamás realizó mujer alguna este ideal en un grado comparable con el suyo.

El padre y la madre en la familia

Para la encarnación del Hijo de Dios no escogió y preparó el Espíritu Santo solamente una madre, sino también una familia. Por eso, la encarnación no tuvo lugar ni en una virgen que fuese aún libre, ni en una mujer que fuese ya madre de familia, sino en una virgen que estaba desposada. Nada expresa tan eficazmente la significación que Dios atribuye a la familia,

como el hecho de haber pasado Jesús treinta años de su vida en una familia ordinaria del pueblo, con todo lo que eso supone. En este párrafo nos limitamos a exponer el influjo que tuvo esto en el terreno religioso.

En la vida religiosa pública el varón reclamaba para sí, por principio, la dirección. Pero solía ser suficientemente noble para tomar las obligaciones a una con los derechos. Así estaba establecido, por ejemplo, que ciertos deberes religiosos, precisamente los más difíciles, pesasen sólo sobre los varones; únicamente ellos estaban obligados a familiarizarse con la Ley, a rezar dos veces por día la profesión de fe, a hacer anualmente las grandes peregrinaciones a Jerusalén.

Cuando con más claridad se expresa la idea de la primacía del varón, es al hablar del servicio divino público. Pablo dice en su segunda carta a los corintios: «Que las mujeres se callen en las asambleas (para el culto divino); a ellas les toca someterse, como dice la Ley. Si quieren aprender algo, que se lo pregunten en casa a sus propios maridos.» He aquí descrito, sintéticamente y sin rodeos, el concepto que se tenía del papel de la mujer en la sinagoga. La instrucción oficial corría únicamente a cargo de los varones. Las mujeres debían escuchar, atendiendo a la doctrina y a su interpretación. La posición del varón en el mundo religioso daba también su matiz bien marcado a la educación de los hijos. Tenía que hacer profunda mella sobre cualquier muchacho que tuviese alguna impresionabilidad, el ver que su padre rezaba, dos veces, un día y otro, la profesión de fe, y que en cuanto el hijo era capaz de comprenderla, se la explicaba añadiendo que tal profesión era para solos los hombres. ¡Y cómo debía de despertarse en el adolescente la conciencia religiosa al ver que su padre partía a Jerusalén para la Pascua, y al oír decir que se congregaban allí, delante de Dios, todos los hombres del pueblo!

Por lo demás, no se vaya a creer que las mujeres no tuviesen obligación de profesar ninguna religión. El pueblo sentía, en su sano instinto, que las mujeres eran en todo caso religiosas cuando sus maridos las precedían con buenas palabras y con buenas obras, y que todo hombre honrado era en último término el regalo al pueblo hecho por una mujer buena. La exclamación: «¡Viva la madre, dichosa la madre que dió a luz un tal hijo!», es una prueba de ello.

A las oraciones propiamente dichas, a las de la mañana, a las de la noche y a las de la mesa, la mujer estaba tan obligada como el varón. Además, las mujeres piadosas, el caso de María lo demuestra, solían hacer la peregrinación a Jerusalén, no exenta de fatigas. Fuera de eso había obligaciones especiales, relacionadas con la vida familiar y doméstica, que se consideraban como incumbencia religiosa importante de las mujeres, cuyo descuido acarrearía desgracias sobre toda la casa. Así, por ejemplo, a la mujer correspondía cuidar de la lámpara del sábado y encenderla. Pero su principal misión era y siguió siéndolo la educación de los hijos, y con ella la de los hombres del mañana, a fin de que viviesen conforme a la revelación divina; quien mece la cuna rige el mundo.

Las escasas indicaciones que nos proporciona el Evangelio sobre las relaciones de José y María entre sí y respecto al Niño, hay que encuadrarlas en el marco que acabamos de trazar. José era la cabeza responsable en la familia: como padre legal, él era el que sostenía a Jesús. Para la primera intervención que exigió esto, el ángel le dió una orden expresa: ¡Pondrás al Niño por nombre Jesús! Esta indicación incluía el encargo de someterlo a las demás obligaciones de la Ley. Los mensajes de Dios que tenían por objeto la protección del Niño, solían participársele a José: ¡Levántate, toma al Niño y huye a Egipto! ¡Levántate, toma al Niño y vuelve a la patria! ¡No vayas a Belén, sino a Nazaret!

El orden y categoría externa en la familia era, por consiguiente: José, María, el Niño. La categoría interna, por el contrario: el Niño Jesús, María, José. Esta categoría interna saltó en dos ocasiones excepcionales, del interior al exterior. Cuando el anciano Simeón tomó al Niño en sus brazos en el Templo y habló de la lucha que se había de entablar en Israel por causa del Redentor, pasó por alto a José, el padre nutricio, y se dirigió directamente a la Madre: También tu alma la traspasará una espada. Tanto José como María tuvieron que quedar sorprendidos de que Simeón no tuviese ni una palabra para José. Su santidad, que se inclinaba ante la santidad de María, le guardó a José de sentirse ofendido. Con todo, aun este silencio de Simeón encerraba un augurio. José había de servir a la obra de la redención, precisamente saliendo de esta vida antes de que Jesús se revelase públicamente como Mesías.

La segunda vez que se alteró el orden externo fué en el encuentro del Templo. No fué José, el padre nutricio y legal, sino María, la Madre de Jesús, la que se dirigió al Niño: «¿Por qué nos has hecho esto?» Acaso le hubiese cedido el mismo José la preferencia. Pero sea lo que fuese, en la frase siguiente testificó María que el jefe de la familia era José. Prosiguió, en efecto, con estas palabras: «Tu padre y yo te hemos buscado llenos de dolor», poniendo en primer término a José, el padre legal, y a sí misma en segundo.

En la misma ocasión quebrantó también Jesús el orden externo: José, María y el Niño Jesús, y puso de relieve el orden último y decisivo, cuando respondió: «¿Por qué me habéis buscado? ¿No sabíais que yo debo estar al servicio de mi Padre?» Él, el Hijo del Padre, estaba sobre José y María, siempre que su Padre celestial solicitase de Él algo directamente.

En casa y delante de casa

El Palestina la casa no es, ni fué nunca, tanto morada como dormitorio. María y José pertenecían a la clase pobre, como lo demuestra la ofrenda en la presentación de Jesús. Según eso no cabe exageración al representarnos modesta su casita de Nazaret. Vamos a describir la vivienda corriente de una familia de la actual Palestina: Pasado el umbral se llega a un recinto a flor de tierra; las más de las veces está allí el establo con las ovejas, cabras, el asno y lo demás que haya. Un peldaño da acceso a la habitación principal de la casa, elevada unos cuarenta centímetros, y que sirve para comedor y dormitorio. En un rincón tiene su puesto el hornillo de barro. Es transportable y consiste en un artefacto de arcilla, panzudo, con varias aberturas. Dentro de él se mete el combustible. Las ollas se colocan poco más o menos como entre nosotros las sartenes (véase lám. de la página 152). A lo largo de la pared, que presenta una ventana o ninguna, hay grandes ánforas, tinajas de barro para el trigo y los higos, y junto a ellas la cómoda con los vestidos de los días de fiesta. De las paredes penden cribas y odres; en el alféizar de la ventana se ven pucheros y artesas de madera, para amasar la harina. Los vestidos están colgados de unas cuerdas. En recipientes de arcilla tienen su

lugar cucharas, lamparillas y otros utensilios domésticos. Al llegar la noche se extienden sobre el suelo esteras de paja y queda lista la cama.

Como es natural, se han manifestado reparos sobre si se puede argüir de la manera de edificar en las aldeas actuales, a la situación de las cosas en tiempo de Jesucristo. Se puede decir que la incorporación del país a la sociedad económica y comercial del Imperio romano, trajo una cultura y formación de nuevo cuño. Tales observaciones y reparos son fundados en relación a las esferas superiores del pueblo y tal vez también con relación a la clase media en los mejores tiempos; pero para la clase inferior, a la que pertenecía la Sagrada Familia, los cambios no tenían significación. Esto es lo que se desprende de los Evangelios y de otros escritos de la época. Así, por ejemplo, en una parábola de Jesús responde un hombre del pueblo a su amigo importuno: «Ya está cerrada la puerta y mis hijos están acostados conmigo.» Y en otra parte se dice: «Cuando un hijo o una hija es todavía pequeño y duerme bajo una misma cubierta con su padre, le es lícito a éste rezar en esa postura sus preces vespertinas oficiales. Si se trata de personas mayores que están bajo la misma cubierta, le está prohibido.» Estas dos escenas no pueden tener lugar más que en una casa que se parezca a los caseríos de los labradores de la actual Palestina. Lo mismo se impone cuando Jesús describe a la mujer que ha perdido una dracma, encendiendo una luz y registrando con ella la obscura estancia.

Palestina goza, aun en la época de las lluvias, de más días con buen tiempo que Centro-Europa en un verano normal. Por lo mismo, las gentes no apetecen siquiera una casa con muchas habitaciones cómodas. Lo que para nosotros es el despacho o la sala, es para ellos, con frecuencia, no el recinto mismo de casa, sino el lugar apacible del vestíbulo, el patio de entrada. Si se quiere visitar a una familia, se entra de la calleja o del camino al patio, cerrado por una cerca, y del patio o a una sola, o a varias casas. Como en los países alemanes el término «*Hof*» = granja, representa en general el conjunto de la casa y de los campos y ocurre con frecuencia en nombres de lugares, así también en aquellas regiones hasta el Africa, el término «*Chazar*» se emplea continuamente en nombres locales.

El patio de entrada es para los orientales tan importante o casi más que la «casa». Durante el día la vida se desarrolla en el patio, donde en la época de los calores se puede uno defender en un rincón a la sombra, y en la temporada del frío se puede calentar sentado al sol. Como entre nosotros se construyen departamentos accesorios que arrancan de las paredes del edificio, se adosaban allí también a los muros del patio. Raras veces faltaba un cobertizo para el combustible; a él se añadía otro para grano y fruta seca. En el patio se solían tener además las gallinas. Allí venían a sentarse las mujeres, para moler el grano. El ruido de los molinos de mano pertenecía a la vida del pueblo de Israel, como el crujir y rechinar de las norias a la de Egipto. Como anuncio de una boda no resultaba desagradable aquel chirriar; pero sonaba muy de otra manera cuando, compartiendo con un vecino el muro de la casa, aquél empezaba a moler muy de madrugada y golpeaba la pared con el ligero balanceo del molino.

Para evitar esto estaba ordenado que se colocase el molino a tres palmos de distancia.

En sitios oportunos del patio se plantaban árboles frutales y enredaderas. Entre los primeros se prefería la higuera, de abundante sombra, y entre las segundas la parra, de exuberante desarrollo.

El patio era al mismo tiempo la oficina indicada para el trabajo de la familia. Para un carpintero era además, con frecuencia, su carpintería. José, y más tarde Jesús, trabajaron sin duda, al menos accidentalmente, en un patio de éstos.

Existen algunas reglas para la modestia de las mujeres, que muestran la significación del patio de la casa para la vida familiar, y cómo era al mismo tiempo la estancia principal. En ellas se establece claramente que las mujeres se pueden mover en el patio con más libertad que en los caminos públicos. De tiempos posteriores data el dicho bien significativo: Si las mujeres tuviesen que «llevar la cabeza cubierta» también en el patio, no quedaría ni una sola hija a nuestro padre Abrahán que pudiera seguir con su marido. Téngase presente que la mujer que saliese con la cabeza descubierta podía ser despedida por su esposo, como lo notamos antes, por considerarse esto como infamante. En consecuencia, el patio se tomaba como «una parte de la casa».

Los documentos asignan además al patio el papel de habitación común. He aquí lo que prescriben: «Si alguno posee una casa en un patio que pertenece a muchos a la vez, no puede alquilarla ni a un médico, ni a un sangrador, ni a un tejedor, ni a un maestro de niños, judío o no judío»; porque en este caso vendría mucha gente al patio y éste perdería su carácter de vivienda para los demás propietarios.

Si aplicamos estos datos a la casita de la Sagrada Familia obtenemos la imagen siguiente: La casa tenía delante de la puerta un espacio libre, el patio; tal vez tenían derecho a disfrutar de éste otra o varias familias más — acaso parientes —, cuya puerta desembocaba asimismo en él.

Desde cierto punto de vista, la vida en la casita de Nazaret no era tan idílica y deliciosa como la representan muchas escenas fijadas en palabras, colores y versos. En el patio de aquella casa ocurría, poco más o menos, lo mismo que en los de su derecha e izquierda; no eran distintos los trabajos, sino el espíritu con que se los ejecutaba.

Al lado de la madre, ocupada en sus faenas

Jesús, el Hijo de Dios, tomó la naturaleza humana. Todos los momentos de su vida fué verdadero hombre. Y precisamente porque lo era no fué un ser «invariable», sino que a lo largo de su carrera recorrió toda la escala de edades que integran la vida humana. Así que un tiempo fué verdadero niño, que crecía al lado de su Madre. También en aquellos años era Jesús Hijo de Dios. Su Divinidad estaba como quien dice encubierta, a la manera de la cumbre de un monte que rodean las nubes del cielo. Sólo María conocía el misterio de su Divinidad.

¡Qué espectáculo debió de ser para ella, cuando Jesús, su hijo, el Hijo de Dios, empezó a darse cuenta del mundo en la casita de Nazaret!

Elevaba sus ojos pensativos al techo de la habitación. Miraba hacia la puerta por donde principalmente entraba la luz. Estando cerrada, resultaba aquello tan oscuro, hasta acostumbrarse los ojos, que no se podía distinguir nada. En los rincones había diversas arcas y recipientes, objeto de continua obser-

vación para el Niño. Había tinajas de arcilla con higos secos y uvas pasas, con guisantes y alubias. Pero la tinaja más enigmática estaba empotrada en la pared; tenía un agujero taponado. Todas las mañanas iba María allí, colocaba debajo una vasija, sacaba el tapón y dejaba salir la cantidad de grano suficiente para el consumo de un día. El Niño la observaba cada vez con aquella seriedad reflexiva propia de los niños inteligentes en la edad infantil. Y siempre le sorprendía la Madre como ensimismado; parecía como si orase.

Jesús sabía lo que iba a venir después. Alargaba la mano a su Madre y salían al patio. Allí había dos piedras, una sobre otra; la inferior con un diámetro como de medio metro, a otra con una espita asomando de un orificio y con un asidero. María se sentaba y hacía girar la piedra superior sobre la inferior; de tiempo en tiempo arrojaba un puñado de grano por el agujero. El rechinar se hacía entonces más intenso y Jesús aguardaba a que la blanca harina saliese por entre las junturas de las dos piedras.

Si ya no lo había hecho por la noche, María iba a buscar una fuente plana y echaba en ella la harina, para cierta cantidad de pan. En la misma fuente, o en alguna otra parte, había guardado un poco de fermento o levadura de la última hornada; lo disolvía en agua, trabajaba con él la nueva masa y la dejaba fermentar. Cuando más tarde empieza el Señor una vez: Con el Reino de los Cielos sucede lo que con la levadura que tomó una mujer y mezcló con tres medidas de harina hasta que todo se hubo fermentado, sus palabras suenan, y lo son sin duda, como un recuerdo de sus años juveniles, de su casa.

Después iba María al horno de cocer el pan. Tal vez estuviera en el mismo patio; pero es más probable que María lo tuviese afuera, en sociedad con otras familias, a modo de cabaña de arcilla con su horno. En tal caso tenía que sujetarse al tiempo que le correspondiera y llevar consigo el combustible (véanse láminas de las páginas 144 y 160). Metía dentro toda clase de maleza, hierba agostada, estiércol seco, y las virutas del taller. El sitio que ocupaba el fuego estaba construido con cascajo y ladrillos. Sobre él, una cubierta abovedada de metal o de barro impedía que cayesen suciedades sobre las piedras en que se habían de colocar luego las tortas de pan. María iba

amontonando el combustible hasta que ya no se veía la cubierta, y entonces le prendía fuego.

Cuando hacía una hornada mayor, amasando más de dos litros de harina, tenía que enviar algo de aquello a un sacerdote, conforme a la Ley. Como mujer de conciencia delicada, seguramente que no descuidaba esto. No sabemos con certeza cómo se cumplía semejante prescripción en sitios donde no residía ningún sacerdote. La negligencia de este precepto acarrearía una maldición especial, a juicio del pueblo.

Al cabo de una hora volvía a inspeccionar aquello. Si el fuego se había consumido ya, retiraba a un lado la ceniza. Se espolvoreaba las manos con harina, tomaba un puñado de la masa preparada y, porción tras porción, la iba extendiendo hasta formar tortas del tamaño de un plato. Entonces retiraba el cobertor que protegía los ladrillos rusientes, colocaba las tortas y volvía a cubrir. Quedábase allí cerca y en el momento oportuno retiraba la cubierta. Lo que ahora salía era algo completamente distinto: ¡Un pan! «El pan de cada día» (Padre-nuestro) era la base principal de la alimentación. Añadíanse aceitunas conservadas en sal, higos prensados en vasijas y, en algunos casos excepcionales, dátiles; éstos había que comprarlos, porque allí en Nazaret no maduraban todos los años.

Cada día tenía que traer la Madre el agua necesaria, del único manantial del pueblo. Poníase un rodete sobre la cabeza, colocaba sobre él el cántaro y salía. En la fuente se encontraba con otras mujeres. Los niños recibían en seguida de beber. Jesús oyó hablar muchas veces a las mujeres de que en otros pueblos se había acabado el agua. Entonces miraba Él al pozo; aquél era manantial de aguas vivas. Un verdadero tesoro para la ciudad.

Traer el agua y preparar el pan eran una parte esencial del trabajo diario de las mujeres. Venían a ser como el deber especial de su estado, y como tal los celebraban algunos aforismos de tiempos antiguos. En el pueblo sencillo se ha conservado esta idea sin alterarse. Conforme a ella, cuando la novia entra en el nuevo hogar, existe en muchas partes la costumbre de presentarle un trozo de levadura, del que ella pega una partecita en su frente y otra en el dintel de la puerta. Luego se coloca un cántaro de agua en la cabeza y sigue adelante. En estas acciones alegóricas se indica que una de sus

tareas futuras ha de ser la preparación del pan y el acarreo del agua.

Otra labor que se consideraba como incumbencia propia del ama de casa era hilar la lana y el lino. En el himno a la mujer hacendosa se dice: «Sus dedos toman el huso, su mano empuña la rueca.» De tal manera se consideraba esto como trabajo de las mujeres, que aun las de buena posición estaban obligadas a ello, si querían pasar por honorables. La materia para hilar se colocaba en la rueca, la mano derecha iba sacando el hilo y daba movimiento al huso que giraba para retorcerlo, ayudado de una chapa de plomo. Se trabajaban la lana de las ovejas propias y las fibras de lino que cada cual hubiese cultivado. Como al hilar se solía tener el brazo completamente descubierto, se miraba mal este trabajo en sitios de tránsito: sin embargo, sin duda que entonces, como ahora, se veían mujeres hilando en las callejuelas. El lugar indicado para esta faena era, tratándose de mujeres pobres, el patio de la casa. En este punto los cuadros de la Sagrada Familia que representan a María con la rueca, son realmente acertados; ni quedan muy atrás los tiempos en que las mujeres de nuestras tierras sabían manejar la rueca y el huso y veían un motivo especial de orgullo en poder hilar un hilo uniforme.

Una parte del hilo se empleaba para remendar los vestidos. Otra, la mayor, iba al telar. El tejer se tomaba en parte como oficio, en parte como deber doméstico. En aquel tiempo no se formaban generalmente piezas de tela, que luego se hubiesen de cortar según modelos y medidas determinadas. El traje era de tal género, que muchas veces se empleaban paños enteros, sin más, como vestidos, o se los podía acomodar para eso. De ahí que se hablase no sólo de «hacer un vestido», sino también de «mandar tejer un vestido». Esta expresión se podía tomar en su sentido propio cuando se trabajaba una prenda de tal hechura, que toda ella se acabase en el telar.

San Juan cuenta que Jesús tuvo una de esas túnicas sin costura. Los soldados no quisieron dividirla y por eso la echaron en suertes. La leyenda cuenta que la había tejido María personalmente. No es imposible. El vestido interior solía ser de lino. El cultivo de esta planta era en Galilea mayor aún que en Judea, donde le suplía en parte la lana de ovejas. Las mujeres no sólo hilaban, sino que elaboraban además los

tejidos de lana y lino. Un viejo proverbio dice: A las mujeres de Judea se les compran vestidos de lana; a las de Galilea, de lino. Jesús habla en el sermón de la montaña del trabajo de hilar y tejer, como de cosas que se ordenan la una para la otra. «Fijaos en los lirios del campo, cómo crecen. No trabajan ni hilan; no obstante, yo os aseguro: Ni siquiera Salomón, con todo su fausto, vestía como uno de ellos.» Por esta razón es posible que María hubiese tejido para Jesús una túnica con tela hilada por ella misma. Porque María, la Madre de Jesús, tenía más empeño que cualquier otra mujer en hacer y preparar por sí misma, para su hijo, todo lo que estuviese en su mano.

Cuando la Madre estaba remendando, el Niño la observaba. Solía guardar cuidadosamente un manojo de trozos viejos. Cuando un vestido recibía una rasgadura, buscaba ella entre los pedazos de paño de lana uno que se acomodase para el remiendo. Jesús preguntaría acaso alguna vez por qué no tomaba un trozo nuevo, más bonito. Ella le explicaría cómo los retazos de lana nuevos, no lavados todavía, se rasgan al mojarse; por eso era mejor echar el remiendo con paño viejo, que ya no se cambiase, y ahorrar el recién tejido, hasta que alcanzase para un traje completo. Recuerdos de la juventud asaltan su mente cuando Jesús comienza: «Nadie echa un remiendo de paño no enfurtido todavía, sobre un vestido viejo. Si lo hace, el retal nuevo rasga consigo lo viejo, y el desgarrón se hace tanto más difícil de componer.»

Los vestidos nuevos se solían guardar en un arca. María ponía gran cuidado en ello; metía dentro diferentes hierbas olorosas, los sacaba frecuentemente a la luz y examinaba a ver si la polilla los había carcomido algo, atacando el tejido. En el arca se colocaban también los objetos más preciados que se querían guardar de los ladrones. «No amontónéis tesoros sobre la tierra, donde el orín y la polilla los carcomen y donde los ladrones irrumpen y los roban», dirá más tarde Jesús, como Maestro: es que de niño había visto el arca donde se guardaban y protegían con todo cuidado los buenos vestidos.

Las horas libres del día las empleaba la Virgen en diversas labores, según las épocas del año. Si, como otros muchos artesanos, tenía José algunas ovejas o cabras, había que entre-gárselas por la mañana al pastor y recogerlas por la noche.

Hasta es verosímil suponer que Jesús guardó como pastor las ovejas, a lo menos accidentalmente. Las parábolas que propone más tarde, describen pastores y rebaños con rasgos tan breves y atinados, que todo el cuadro se revela como algo que Jesús ha vivido personalmente.

Según induce a pensar la vida actual y lo atestiguan documentos antiguos, José tenía algún pequeño campo de cultivo, en propiedad o en alquiler, fuera de la ciudad, en una de aquellas colinas pedregosas. Ya desde su infancia vió Jesús cómo brotaban los tallos del humilde germen, cómo los invadía la cizaña, cómo en las tranquilas semanas que precedían a la recolección iba creciendo ello por su cuenta, cómo por fin, al tiempo de la siega, acudía de nuevo el labrador y recogía el grano. Todo esto aparece en sus parábolas más preciosas, como símbolo de la siembra, crecimiento y cosecha espiritual. Jesús proponía: «¡Escuchad! Un sembrador salió a sembrar. Y al esparcir los granos, algunos cayeron sobre el camino, y viniendo las aves del cielo se los comieron. Otros cayeron en terreno pedregoso, donde apenas había tierra. Germinaron pronto, por estar poco profundos en la tierra; pero en cuanto apretó el sol se marchitaron y secaron, porque casi no tenían raíces. Otra parte de la semilla cayó entre espinas; crecieron éstas con ella y la ahogaron, de suerte que no dió fruto. En fin, otra parte cayó en buen suelo y dió fruto; el treinta, el sesenta, el ciento por uno.»

El tallo crece sin ruido alimentándose de sus propias provi-siones. «Ya puede dormir o velar el que lo sembró, según sea de día o de noche; la semilla germina y sale fuera, sin que el sembrador sepa cómo. La tierra produce por sí misma el fruto; primero la caña, después la espiga, luego el grano que la llena.» Esta es la descripción que hace más tarde Jesús a sus oyentes, intuitiva, gráfica. En los años de Nazaret había tenido que trabajar personalmente con semillas y en sementeras.

Otra de las ocupaciones constantes de María consistía en acarrear el combustible necesario, sin tener que pagar dinero. Las mujeres solían ir en grupos a las vertientes yermas de los montes y recogían zarzas, cardos, hierba marchita, estiércol seco y ramos de arbustos; después volvían a casa con el haz sobre la cabeza. Un pasaje del Eclesiástico atestigua que ya en la antigüedad se utilizaban las zarzas como combustible,

al hablar del chisporroteo de los espinos bajo la marmita (Ecl. 7, 6). En la primavera buscaban en los mismos parajes plantas silvestres, que usaban como hortaliza. En el verano había que secar higos y granos de uva, para las necesidades del invierno. De esa manera siempre había trabajo por delante.

María descansaba un día a la semana, el sábado. Ya desde el jueves dejáronse entrever sus destellos en el trabajo: en tal día era costumbre lavar el vestido que se había de llevar en la visita a la sinagoga. Se conocían toda suerte de medios para el lavado, a base de sosa y potasa; pero cabe dudar si podría permitirse María esos gastos. Remojaba la ropa, la tundía y retorció, y la colgaba de estacas y palos a un sol que casi siempre brillaba en un cielo sin nubes. La ropa de lino la blanqueaba. Para hacerla relucir lo más posible, se la planchaba con una piedra lisa. ¡Cuántas veces acompañaría el Niño Jesús a la Madre en sus labores y se quedaría contemplándola!

María guiando al Niño Jesús hacia Dios

Jesús había asumido la naturaleza humana como Hijo consubstancial de Dios. Fué realmente hombre y se hizo semejante a nosotros en todo, excepción hecha del pecado, según dice San Pablo. Como verdadero hombre tuvo, según hemos observado ya, verdadero desarrollo espiritual. De niño, se hizo adolescente; de adolescente, hombre; y, a la manera humana, fué adquiriendo continuamente nuevas experiencias en la vida. Esta ciencia experimental coexistía en Él con la ciencia infusa, que desde un principio le era propia como a Hombre-Dios. Por tanto, se puede hablar con todo derecho de un desarrollo humano de Jesús en general, y consiguientemente de un desarrollo humano-religioso en particular. Sólo hay que tener siempre presente que el interior de Jesús, precisamente porque su naturaleza humana estaba unida con la segunda persona de la Trinidad, nunca jamás se nos presentará sin velos. A esto se debe atender siempre que se trate del desarrollo y de la ciencia humana de Jesús.

Ya el despertar espiritual de un niño ordinario se presenta lleno de misterios. Llegan los momentos en que el espíritu empieza a moverse en los ojos de aquel ser diminuto, en que

su rostro reacciona a la mirada de la madre que lo contempla. Al principio no pasa de un iluminarse los ojos, que brilla un momento y se desvanece, como si el alma hiciese tentativas de asomarse al umbral de su morada.

El niño aprende a sentarse derecho; trata de tenerse en pie, tentando con las manos el aire y la preocupación pintada en los ojos; agarrado a un banco o a una silla avanza un poco y se admira y asusta de sí mismo por su propio atrevimiento; luego viene un primer paso, tal vez un segundo sin apoyo, y cae en los brazos de la madre que lo convida con sus caricias; forma los primeros sonidos refiriéndolos a la madre que los descifra.

En el alma del niño hay un impulso y una capacidad especial para leer en el rostro de las personas que le son familiares. No es conocimiento reflejo ni una observación consciente; trata de copiar y realizar en sí el comportamiento de las personas con quienes tiene que vivir, especialmente el de su madre. La observación es su primera escuela, la imitación su primer aprendizaje. Esta actividad ocupa el primer plano en la fase inicial de su desarrollo.

Por eso es incalculable lo que significa para el niño, en los años de su crecimiento lento, el que su madre esté convencida, con viva fe, de que tras de cada movimiento, tras el buscar infatigable de los ojos, tras el palpar de los dedos, tras el jugar con los pies que se balancean, alienta aquel cuerpecito algo eterno y espiritual, un alma creada por Dios. La fe de la madre influye inconscientemente en el alma del niño que despierta. El niño, cuya madre ve en él un ser con alma inmortal, crece en un mundo espiritual muy distinto del de aquel cuya madre no cree que en su hijo hay algo, un alma, que no se la ha dado ella, la madre, sino Dios, el Señor, para una vida inmutable y eterna.

¿Cómo obtener una representación, siquiera en parte verdadera, de la vida de María con su Hijo Jesús? El peligro de equivocarse consiste principalmente en excluir o el carácter de «maternidad» en María, o el de «filiación» en Jesús. Entonces no se concibe a María como la verdadera Madre de Jesús, sino como una mujer que además de creer en la filiación divina de su Hijo, lo miraba absorta como un alma bienaventurada del Cielo; o bien se imagina que Jesús no fué un niño

verdadero, sino que se portó delante de María como si lo fuera.

Jesús era realmente niño, no fué un juego que representase; su Madre, y en ella principalmente su rostro, era el espejo en el que aprendió por primera vez a conocer el mundo que le rodeaba.

Vida misteriosa la de Jesús y María en los años en que aquél despertaba a su propia vida del espíritu. Vida llena de oleadas que fluyen y refluyen. Jesús era el Niño que, como ningún otro, había nacido para vivir con Dios; su divinidad acechaba detrás de la existencia humana, para llenar, por decirlo así, todos los resquicios de la vida de hombre que se iban formando durante su desarrollo. Y María era la Madre que, como ninguna otra, había sido escogida para llevar a su Hijo a Dios. Todo su porte, cualquier acción y movimiento que observase el Niño en ella, cuando aun no podía pensar, era una preparación para el momento en que pudiera formular los juicios; sea, pues, que estuviese María delante del hornillo de barro, sea que tuviera en sus manos la vasija de harina, sea que fuese a un rincón para coger el cántaro y dirigirse a la fuente, o que volviese a casa con él sobre la cabeza y lo colocase en su sitio y diese de beber al Niño, siempre, en todas sus ocupaciones, había en la Virgen algo, y era precisamente lo característico, que permanecía inalterable. Ni siquiera cuando pasaba de la oración al trabajo o se refugiaba del trabajo en la oración, se podía observar en ella un cambio substancial.

Jamás ha habido tampoco madre que se inclinase con más fe ante su hijo que María; no veía en él simplemente algo infinito y eterno; sino al Hijo mismo de Dios. Cada caricia de la Madre al Hijo era al mismo tiempo una adoración; y cada aproximación del Hijo a la Madre, una nueva gracia para ésta. Lo que se apunta frecuentemente en las revelaciones de los místicos, que María guardaba cierta reserva en las caricias al Niño, es en sí mismo muy verosímil.

Poco a poco iba comprendiendo Jesús por qué procedía María de aquel modo, y con la experiencia de los motivos se despertaba en él la voluntad de servir al Padre de la misma manera. Las verdades de la revelación, las ceremonias que las hacían sensibles, los usos que las acompañaban, los ritos que se enlazaban en ellas, influían en aquel Niño como los

tonos sobre un muchacho nacido para la música; pero mucho más a fondo, más irresistibles, precisamente porque la religión radica en el hombre más adentro que todas las demás disposiciones. Jesús se asimilaba todo esto, con una visión segura de lo que constituía el alma de las cosas.

Para cuando llegó, por fin, el día en que Jesús pudo pronunciar el nombre de Dios, había recogido ya en su alma una serie de representaciones que de algún modo se referían a Él. Por este tiempo salieron también de su boca aquellas preguntas misteriosas que hacen los niños a las personas mayores, semejantes a una creación nueva de Dios, rebosantes todavía de candor. Como a la edad de doce años interrogó Jesús a los letrados y les dió respuestas que los llenaban de admiración, se dieron probablemente momentos en el hogar de Nazaret en que María se paraba mirando al rostro de su Hijo y quedaba considerando las palabras que acababan de salir de su boca. Algunas veces le parecía como si por un momento hubiese visto relampaguear la Divinidad, que por lo demás se mantenía tan profundamente oculta.

De esta manera, no había momento en que no tratase María a su Hijo con aquel respeto del que es reflejo pálido el de las madres cristianas, cuando toman al niño después del bautismo y veneran en él lo que no le viene de ellas, lo divino.

Aquel respeto con que María trataba a su Hijo cuando todavía necesitaba de sus cuidados y con que le hablaba de mayor, debió de ser para todos los vecinos, y en particular para las madres del mismo barrio y de la misma esfera social, algo casi provocador. Aquellas mujeres hubieran tenido que ser tan perfectas como María para no dejar que se despertasen celos en ellas. ¿Cómo procedía María con su Hijo? Aunque sólo se tratara de darle el cántaro de agua para que bebiese, ¿no daba la impresión de que servía al hijo de un rey? Y si lo llevaba consigo a la fuente, ¿no iba con tales tonos, como si no existiese sobre el mundo nadie más que su Hijo? ¿No se notaba en las visitas, que no perdía ni un momento a su Hijo de la memoria, estuviese o no presente? Sin duda que las mujeres hacían esta suerte de comentarios, y que las que se sentían lastimadas se unían en sus críticas. La circunstancia de que ni de la Madre ni del Hijo se podía decir nada malo, no obraba en este caso favorablemente en todas, ni mucho menos.

Las oraciones diarias

Era deber de todo matrimonio israelita el de enseñar a sus hijos a rezar. Y como la obligación de orar por la comunidad creyente pesaba en primera línea sobre el padre, éste tenía también el deber especial de ir enseñando a su hijo las oraciones prescritas, en cuanto fuese capaz de ello.

La Sagrada Familia de Nazaret era un nuevo tipo de creación humana, dentro de la humanidad. Tomó las formas tradicionales de oración y culto divino, pero el contenido de esas formas fué ella la que lo penetró por primera vez.

¡Con qué ojos tan pensativos estaría Jesús, cuando oyó la primera idea sobre el Reino que está encima la tierra, Reino «del que había venido Él al mundo»! ¡Con qué prontitud y fervor repetiría los versículos, que iban diciendo por delante José y María, de la primera oración que tenía que ensayar y que empezaba así!:

Oye Israel:

El Señor, nuestro Dios, es el único Señor.
Debes amar al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,
con toda tu alma y con todas tus fuerzas.
Las palabras que hoy te propongo,
tienes que conservarlas en tu corazón
y enseñarlas a tus hijos;
habla de ellas cuando descanses en casa,
cuando vayas de camino,
cuando te acuestes y cuando te levantes.
Debes ligártelas a tu mano como señal,
tenerlas siempre ante tus ojos,
escribirlas sobre el dintel de tu casa.

Estas frases se consideraban como profesión de fe en el verdadero Dios y como esencia de la oración; Jesús no abrogó más tarde como Maestro esta concepción, sino que la confirmó. Cuando el letrado le preguntó: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento máximo de la Ley?», Jesús replicó con las palabras: «¿Qué es lo que tú lees?», y aludió con ello a algo conocido, a este pasaje precisamente, que todo israelita se lo sabía de memoria, porque, según su deber, lo rezaba dos veces por día. El interrogado cayó también al punto en la cuenta, a qué se

referían las palabras de Jesús, y comenzó a recitar las primeras frases de las preces cotidianas.

A esta primera parte de la oración oficial de la mañana, que obligaba a cada individuo del pueblo y le ordenaba poner toda su vida en manos de Dios, se añadía otra segunda, en la que se expresaba el pensamiento de que la dicha de todo el pueblo depende de su disposición respecto de Dios.

Si cumplís fielmente mis mandamientos,
los que yo os impongo,
amando al Señor, vuestro Dios,
sirviéndole de todo corazón y con toda el alma,
lloverá en vuestras tierras en el tiempo oportuno,
y Dios os concederá lluvia temprana y tardía,
para que cosechéis grano, y mosto, y aceite.
Brotará la hierba en vuestros campos para el ganado,
tendréis para comer hasta la saciedad.
Tened cuidado,
que vuestro corazón no se deje enloquecer,
que no vayáis a apostatar,
ni a venerar y adorar a dioses extraños.
De lo contrario se encenderá la ira de Dios contra vosotros
y cerrará los cielos;
entonces no habrá lluvia
y la tierra no llevará frutos;
vosotros mismos desapareceréis pronto
de esta tierra magnífica,
que el Señor os quiere conceder.
¡Guardad, pues, estas mis palabras
en vuestro corazón y en vuestra alma!
ligadlas a las manos como recuerdo,
llevadlas ante los ojos como señal.
Grabádselas a vuestros hijos
y habladles de ellas,
ya estéis en casa, ya vayáis de viaje,
ya os acostéis, ya os levantéis.
Escribidlas en el dintel de casa y en las puertas,
para que vosotros y vuestros hijos
viváis mientras el cielo esté sobre la tierra,
en el país que prometió Dios con juramento a vuestros padres.
De Dios es la tierra y de Dios son sus destinos:
esto no lo debía olvidar nadie jamás en Israel.

Al decir Jesús más tarde: «Buscad en primer lugar el Reino de Dios y su justicia (es decir, lo que está en armonía con él),

lo restante se os concederá como añadidura», no hizo más que reproducir profundamente y en compendio aquellas palabras de la Sagrada Escritura que rezaba Él cada mañana, sin exceptuar probablemente la del día de su pasión.

Un tercer fragmento que se debía recitar diariamente a modo de profesión de fe, daba nuevo realce a la idea de que todo hijo de Israel tiene que mostrar su gratitud por la liberación de la servidumbre de Egipto, observando los mandamientos y manifestándose israelita por la insignia de las vestiduras.

Dios dijo a Moisés:

Habla a los hijos de Israel y diles
que tienen que hacerse unas borlas
y coserlas a unas cintas de púrpura,
distribuidos por tribus.

Al verlas,
tienen que acordarse de todos los mandamientos de Dios
y observarlos;
no dejarse arrastrar de sus ojos y de su corazón
y cometer toda suerte de faltas e infidelidades,
sino, teniendo cada vez más presentes los mandamientos de Dios,
cumplirlos y proclamar santo a su Dios.
Yo soy el Señor, vuestro Dios,
el que os ha sacado de Egipto,
para que sea vuestro Dios.

Antes de que Jesús supiese de memoria esta oración — de memoria había que rezarla —, habíale puesto María en sus vestidos la señal de hijo de Israel, cosiéndole unas hebras azules con borlas. En cuanto un niño pudiera vestirse por sí mismo, estaba obligado a llevar aquel distintivo. María sabía que esta incorporación de Jesús a la muchedumbre de varones que oraban, tenía especial importancia, tanto para su Hijo como para su pueblo: Jesús era el Redentor de Israel e Israel era su pueblo. Nosotros tenemos que contentarnos con barruntar lo que María experimentó; pero seguramente que ésta fué una de aquellas acciones que desencadenaban en ella los más santos sentimientos.

Frase por frase, fué aprendiendo Jesús las palabras de esta oración, en un tiempo en que en su humanidad no podía comprender aún plenamente su significado. Con toda atención escuchaba a José, cuando se la recitaba semitonada por la

mañana y por la noche como la profesión de fe de israelita piadoso. En el marco de la puerta estaba clavada una caja de madera; por una abertura se podía tocar el pergamino que en ella se guardaba. En el pergamino estaban escritos algunos textos sagrados. Cuando José salía de casa los tocaba, levantando su mano como la levanta un cristiano piadoso a la pila del agua bendita, al abandonar su aposento. Seguramente que José elevó al Niño Jesús innumerables veces en sus brazos, y le sostuvo así para que pudiera asir el pergamino puesto en el marco de la puerta. Porque para que los niños vean una cosa tienen que asirla.

En todas las oraciones que de la casita de Nazaret subían al Cielo participaba María a su manera, y precisamente como Madre de Jesús. Las oraciones que por deber obligaban a San José y después también al Niño, eran para María las oraciones del padre y las oraciones del Hijo divino. Jamás se le ocurrió salirse de su misión de ama de casa y tomar en esto la dirección. De la misma manera que asistía en el Templo a los sacrificios sin sacrificar ella, asistía aquí con perfecto recogimiento a las oraciones de Jesús, incluyendo en las súplicas de éste sus oraciones y deseos, sus esperanzas y cuidados. Su voz se perdía en la de Jesús, como si no tuviera timbre propio.

Todas las mañanas, cuando cielo y tierra se dividían en los albores grisáceos del amanecer, cuando la atmósfera transparente brillaba, blanca y clara, sobre las colinas que rodean la ciudad, cuando la bóveda celeste se cubría en su profundidad de un azul resplandeciente, resonaban en aquella casita unas palabras, siempre las mismas: era como si el espíritu de aquel hogar se despertara con sus moradores del silencio de la noche. Y cuantas más veces resonaban aquellas palabras en el recinto, tanto más daban la impresión de que no llegaban a extinguirse de la mañana a la noche ni de la noche a la mañana, sino que flotaban en el espacio calladamente, con un tono que no era como los demás, sino que, al revés, todos los demás sonidos de la casa se acomodaban a él; no sólo las pequeñas advertencias de hombre a hombre que exige la vida común, sino además los ecos múltiples del trabajo diario en el fogón o en el taller; porque también estos ecos llevan en sí algo de los hombres que los causan.

El día festivo

El culto litúrgico en la sinagoga era para la vida religiosa de una familia sencilla y devota, lo que es para la familia cristiana el culto divino del domingo: la preparación interior del alma para la semana. El sábado era el día santo, día de fiesta y de reposo; el lunes y el jueves había también algún culto suplementario. Estos eran los días de los procesos judiciales y en ellos acudían los aldeanos a la ciudad. De paso tenían ocasión de asistir alguna que otra vez a los actos del culto, caso de que no hubiese en su pueblo ninguna sinagoga; fenómeno semejante al que ocurría antes en nuestros países, cuando se juntaban en uno, días de fiesta y días de ferias.

Los que podían hacerlo se cambiaban el sábado la túnica interior de lino y el manto exterior. Claro que a bastantes pobres les era imposible, por no tener más que una camisa y un manto. Se refiere el caso de marido y mujer que no poseen más que un manto, de suerte que se tienen que quedar en casa por turno. Más trágico es aún el hecho siguiente: dos personas disponen de un mismo manto, prestado por otra tercera. A los que no tenían más que una camisa, se les permitía lavarla aun en los días semifestivos, para que el sábado pudieran aparecer con ropa limpia.

La preparación de los alimentos estaba severamente prohibida el sábado. Sin embargo, el pueblo tenía costumbre de celebrar las fiestas con una refección algo mejor: No se tenían dos comidas, como los demás días, sino tres: antes de la función religiosa de la mañana, después de ella y por la tarde. O, cuando menos, se preparaban, la víspera naturalmente, manjares y postres que no alcanzaban para los días de labor. Para las familias pobres, que en los días de trabajo se tenían que contentar con pan y agua, no suponía un gasto enorme ni gran arte culinaria para poder saborear una comida «mejor».

El culto divino consistía en lecturas y alocuciones, conforme a un plan sistemático, y en oraciones recitadas en común. Para las solemnidades estaban señalados determinados trozos que tuviesen relación con la fiesta; los sábados ordinarios se iban leyendo, seguidos, los libros de Moisés. La compostura de los israelitas en la sinagoga correspondía bastante a la de

los fieles cristianos en la iglesia. Una prescripción ordena: «En las sinagogas no se debe proceder ligeramente, no se puede comer ni beber, no se debe entrar en verano por razón del sol caluroso ni en invierno por causa de la lluvia; no se debe celebrar en ellas ningún duelo privado.» El emplazamiento de una sinagoga en ruinas se consideraba como sagrado. No se lo podía utilizar, por ejemplo, para retorcer sogas, para extender redes, ni para secar uvas e higos. Tampoco se podía pasar por él únicamente por atajar camino.

Cada séptimo día, cada sábado, era para Jesús un acontecimiento. Antes de ponerse el sol sonaban la víspera los sonidos de trompetas sobre la ciudad; a la media hora empezaba el descanso sabático. Los trabajadores de los campos circunvecinos se aprestaban para regresar juntos a casa; los comerciantes de los bazares se ponían a retirar sus mercancías y a colocar en su sitio las mesas y mostradores, para lo que, dicho sea de paso, habían servido las puertas. José arreglaba el taller, María ordenaba las vasijas en el sitio que les correspondía el día de fiesta; la comida para el sábado ya la tenía preparada de antemano; probablemente la presentaría en forma de «tarta», conforme al uso introducido para entonces. Después encendía la «lámpara del sábado»; y el día de fiesta hacia su entrada en la casita, como un mensajero de Dios que tomase posesión de ella.

Por fin despuntaba el siguiente día, con cuya esperanza tanto se regocijaba Jesús. Acompañado de José y María atravesaba las calles despejadas, que parecían más anchas y claras, para ir a la sinagoga. En el pórtico se lavaban las manos, como nosotros solemos tomar agua bendita al entrar en la iglesia. Una vez dentro, María iba a ocupar su puesto entre las mujeres; Jesús se ponía con José en el lado de los hombres.

Aquel edificio tenía una apariencia muy distinta de su casa; daba la sensación de imponente y magnífico. En la parte delantera veíase un lugar prominente, con un atril; allí subía el lector de la Escritura. Detrás, pero sin tocar a la pared, estaba suspendido un telón. En el espacio intermedio entre él y la pared, había un armario con los rollos de la Escritura. Delante del atril había algunos asientos, destinados para las personas distinguidas de Nazaret, quienes, durante la lectura, estaban colocadas de frente a los demás. Más de uno de

aquellos hombres dejaba notar que para él era más importante aquel puesto de honor que el mismo culto religioso; se sentaban como si quisieran decir: ¡fijaos en nosotros!

Para Jesús, estaban allí como si no existiesen. Atendía con ansia únicamente a que empezase el culto divino. El jefe de la sinagoga hacía una indicación al custodio o «sacristán», y éste se la transmitía al que había de dirigir las preces o las empezaba en persona.

Lo primero era una oración de alabanza a Dios. El director entonaba: «¡Alabad al Señor, porque es bueno!», y enumeraba en detalle los beneficios hechos a su pueblo. Los hombres y los niños respondían a coro. Era un eco hermoso que se extendía por el amplio recinto, cuando, unidas las claras voces de los tenores con las profundas de los bajos, repetían a cada alabanza, a modo de letanías, las palabras: «Porque su bondad permanece eternamente.» Luego se levantaban todos y empezaban la oración: «¡Oye, Israel!» Los sábados no se rezaba únicamente en el hogar en familia, sino que todo el pueblo, como tal, había de hacer profesión de su fe en el verdadero Dios.

Al fin de las oraciones decía el sacristán en voz alta los nombres de los varones que habían de leer aquel día la Ley.

La lectura de los fragmentos de Escritura no era, ni mucho menos, un privilegio de los letrados. De suyo no se excluía ni siquiera a los niños. Las más de las veces se seguía la costumbre de que el sábado no leyese uno solo sino varios, si era posible hasta siete. Como se daba mucha importancia a una lectura digna, generalmente el lector la preparaba de antemano. Del famoso rabí Ben Akiba se cuenta que, designado una vez para leer, se excusó dando como razón que «no había preparado el fragmento dos o tres veces seguidas». El orden en que se llamaba a los lectores se consideraba como descendente en honor. El sacerdote tenía preferencia respecto del levita, éste respecto del hombre del pueblo.

La lectura constituía una función oficial. A ella pertenecía también un proceder correcto en la liturgia. El lector se colocaba delante, en el sitio destinado para él; desplegaba el rollo, buscaba el pasaje por donde debía comenzar y entonaba el canto de alabanza. En tiempo de Jesús debía de estar formulado así: «Alabad al Señor, dignísimo de alabanza.» El pueblo

respondía: «¡Alabado sea siempre y eternamente Dios, dignísimo de alabanza!» Los versículos que decía el lector en lengua hebrea, los traducía al punto un intérprete a la lengua popular, al arameo. La traducción era hasta cierto punto una aclaración. Estaba prohibido recitar la Ley de memoria. Algunas historias que sólo eran para gente mayor, o se pasaban por alto o se leían solamente en hebreo. En tres años se leía todo el Texto Sagrado, algo así como ahora la doctrina cristiana en las escuelas. A la lectura seguía la alocución de un letrado, comparable con nuestro sermón del domingo. Se tenía en hebreo, y a continuación la traducía el intérprete al arameo. La función se acababa con una fórmula de bendición, iniciada por el lector y terminada por el pueblo. Cuando se hallaba presente en la ceremonia un sacerdote, seguía la bendición sacerdotal.

Como existe hoy una función de la tarde, así también en tiempo de Jesús se celebraba una reunión vespertina en la sinagoga. En ella se volvía a leer algo de la Sagrada Escritura, aunque esta lectura no estaba encuadrada en la liturgia solemne como lo estaba la de la mañana. A lo que parece, se reanudaba donde se había dejado antes.

El sábado se aprovechaba también para visitar personas enfermas y afligidas. La escuela que seguía al rabino Schammai no lo quería permitir; pero en la práctica se imponía la opinión de la otra escuela célebre, la de Hillel. En la vida pública de Jesús llama la atención que, ya desde los comienzos de su magisterio, consagra el sábado con especial predilección a visitar a los enfermos y a sanarlos. Esta costumbre tendrá acaso sus raíces en lo que practicó piadosamente ya en la casita de Nazaret, acompañando a María y a José?

Como en las oraciones diarias de precepto, permanecía María en segundo plano también en las funciones religiosas del sábado. Ciertamente participaba con toda su alma, pero cierto también que se unía con todo su corazón a la voluntad de su esposo y más tarde a la de su Hijo, llegado a mayor edad. A ellos tocaba determinar cuándo se había de ir a la sinagoga y cuándo había que volver de ella. Ellos resolvían asimismo la distribución del tiempo fuera del servicio divino. También en este respecto era y siguió siendo la vida de María, vida de una esclava del Señor.

Humildad de María en su vida con Jesús

Cuando Jesús lavaba los pies a sus discípulos, elevó Pedro su protesta con estas palabras: «¡Señor, no me lavarás los pies nunca jamás!» Jesús le respondió: «Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo.» Pedro imploró entonces al Maestro: «¡Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza!» Es indudable que Pedro puso de manifiesto, con este proceder, sus sentimientos de humildad para con el Maestro. Pero su humildad no estaba aún segura de sí misma. Por eso perdió en cierta manera el equilibrio y declinó una vez a la derecha y otra a la izquierda, saliéndose un poco del término medio.

María estaba respecto de Jesús en una situación mucho más difícil que la de Pedro, y esa situación no era transitoria, sino que se prolongó varios años. Ello multiplicaba en cierto modo las dificultades. María no sólo debía permitir los servicios que le prestase Jesús por propio impulso, sino que, en calidad de madre, estaba obligada a dar órdenes al Jesús Niño y al Jesús Adolescente, y se veía reducida a ejercer su autoridad sobre El y a ocultarse a sí misma, por decirlo así, su propia fe. Si hubiese estado llena de los sentimientos que se traslucen en Pedro, hubiese tenido que protestar: «¡Señor, jamás te impondré preceptos!» La humildad de María tuvo que ser, pues, de quilates muy superiores, para salir airosa en su cometido.

También el Bautista se distinguió por su humildad singular. Cuando se le presentó Jesús y le pidió el bautismo, él dió por respuesta: «¡Yo tengo necesidad de ser bautizado por ti, y tú vienes a mí!» Pero cuando Jesús le declaró: «Hazlo al punto, porque es menester que cumplamos en todo la justicia», Juan cedió en su resistencia. María se encontró durante muchos años en la situación en que se vió el Bautista una sola vez; tenía que mandar a Jesús realmente, no sólo aparentar que le mandaba.

Basta figurarnos un caso que sin duda se repetía muchas veces. María encargaba al Niño Jesús que trajera agua de la fuente. Si hubiese tenido una humildad poco firme, como la de Pedro, hubiera debido pensar: «¡Voy yo misma! ¿Cómo enviar a Jesús, al Hijo de Dios, por esos callejones y hacer que

aguarde el turno junto al pozo, con los demás niños de su edad? ¡Al fin le atropellarían y le dejarían el último!»

Lo más difícil para un hombre es precisamente tener que realizar algo que al exterior contradice a la humildad, sin lastimarla por ello interiormente. La vida de María en Nazaret era una cadena no interrumpida de tales actos de humildad.

El misterio del Niño se revela

Para todos los niños llega un período en el que tratan de desentenderse de las ataduras espirituales que les ligan con su madre; hacen cosas de las que saben muy bien que no le agradan a ella, aunque tal vez no haya dicho ni media sílaba; dejan de hacer otras a ciencia y conciencia, constándoles que le serían gratas. Entre la madre y el hijo se interponen, de este modo, muros divisorios invisibles, tan tenues que, por numerosos que sean, no es fácil reconocerlos como tales. Con todo, no hay que suponer que es la madre la que concibe, piensa y quiere siempre lo bueno o lo mejor, y el niño lo malo o lo menos bueno. ¡De ninguna manera! Casi se podría pensar que la mayor parte de los niños religiosos y de conciencia, son en la juventud más cuidadosos que sus madres en muchos aspectos, y que se mantienen libres de faltas en que ellas incurrían. Pero también en este caso se nota cierta separación.

María permaneció en todo momento unida con Jesús de la manera más íntima. Toda su vida se ordenaba, como la de Jesús, conforme a aquellas palabras: «Yo he venido para hacer la voluntad de mi Padre.» El que era Señor de María era también Padre de Jesús. Pero aunque ambos acataban en cada momento de su vida la voluntad de Dios con sentimientos parecidos, no se encontraban en la misma situación. A Jesús se le manifestaba la voluntad de su Padre mucho más clara e inmediatamente que a María. En comparación con él tenía su Madre, a pesar de todo, un conocimiento muy imperfecto del beneplácito del Padre celestial.

Por consiguiente se daba la posibilidad de que en un caso determinado no conociese María la voluntad de Dios, y que fuese Jesús el único que la conociese. Tal posibilidad podía registrarse, más en concreto, en dos hipótesis.

La una consistía en que Dios, el Señor, exigiese de su Hijo algo que éste tenía que hacer por su cuenta. En tal caso Jesús declaraba a María la voluntad de Dios, no con largos razonamientos, sino sencillamente acomodando sus acciones u omisiones a las exigencias de Dios. La primera vez que sucedió esto, en cuanto nos consta por el Evangelio, fué cuando Jesús se quedó en el Templo a los doce años, sin dar aviso a María y José.

La segunda hipótesis tenía lugar cuando Dios, el Señor, reclamaba algo que María no podía conocer, pero que no engranaba tan sólo con la vida de Jesús, sino también con la suya. En tales casos Jesús declaraba explícitamente a María la voluntad del Padre. Pero no lo hacía hasta que llegaba el momento preciso de obrar. Esto sucedió por primera vez, a lo que podemos colegir del Evangelio, en las bodas de Caná. Las palabras pronunciadas por Jesús, tanto en el Templo como en Caná, están llenas de una solemnidad misteriosa. A nosotros nos parecen casi adustas y se nos imaginan como bloques esquinudos y embarazosos que ponen un obstáculo a la fluidez de los hechos, que la destruyen y crean situaciones extrañas. Es que no se nos han descrito ni la mirada y porte de Jesús, ni la mirada y porte de María. Si estos detalles nos hubiesen sido relatados fielmente, si las palabras del Maestro no se presentasen aisladas y solitarias delante de nosotros, sólo servirían como prueba de la conciencia divina de Jesús, que era precisamente lo que significaban también para su Madre.

Jesús se queda en el Templo

«Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de Pascua. Cuando Jesús tuvo doce años, habiendo ido, como solían, a la fiesta, pasados los días quedóse el Niño Jesús en Jerusalén, cuando ellos emprendieron el camino de vuelta. Y sus padres no lo advirtieron» (Luc. 2, 41-43).

Los caminos de Jerusalén estaban atestados de gente, unos a pie, otros en ágiles asnos, otros sobre camellos que se balanceaban; detrás los criados con bestias de carga. Peregrinos de las apartadas riberas del Eufrates y del Tigris, de las montañas del Asia Menor, de las regiones de Damasco, se habían juntado

a las muchedumbres de galileos y judíos. Removido por las pisadas de los pies, el polvo subía al aire y se esparcía a lo lejos sobre los campos con sus olivos plateados y sus alquerías cúbicas. Los peregrinos entonaban salmos a medida que avanzaban; la voz penetrante de los entonadores flotaba, por decirlo así, sobre la caravana; la melodía iba subiendo y bajando, subiendo y bajando, siempre con el mismo ritmo en los versos, parecido a las vertientes que la peregrinación escalaba para dejarlas perdidas atrás en el descenso. El cansancio desaparecía con los cantos a coro. De tiempo en tiempo, en las vueltas del camino se volvían los ojos atrás para comprobar cuánto habían recorrido, y adelante para ver cuánto faltaba por recorrer. En las alforjas de viaje y en el equipaje empolvado sonaban los timbales y platillos, al chocar unos con otros.

Los chicos y la gente mayor de los caseríos próximos salían al camino y saludaban con voces de alegría y con mirada afectuosa y regocijada. Algunos, entendiendo los salmos, hacían coro y acompañaban a los peregrinos un trecho de camino, si ya no se enrolaban en la peregrinación.

A una de esas caravanas interminables de peregrinos se unió Jesús a la edad de doce años, y en ella vivió más impresiones que cualquier otro peregrino de Israel en tiempo alguno. Cuando partieron de la fuente de Nazaret, donde habían llenado de agua los cántaros y abrevado las bestias, su alma empezó a estremecerse con estremecimiento hondo, que iba subiendo cada vez más a medida que se acercaban a Jerusalén.

Los cuadros que representan a Jesús camino de Jerusalén, inducen a ver un niño en el peregrino adolescente de doce años. A esta edad tiene un muchacho del Oriente tan desarrolladas sus facultades mentales como las pueda tener entre nosotros uno de dieciséis hasta veinte años. Y Jesús no era un muchacho ordinario; era, si es lícito hablar así, un genio religioso. En la concepción de la vida integral — que la religión genuina es, ante todo, vida — Jesús aventajaba con mucho a sus coetáneos, aun prescindiendo por completo de su ciencia infusa y divina.

¡Qué atención había prestado en Nazaret, siempre que llegaba a sus oídos una palabra de o sobre la Ley de Dios, acerca del Templo o acerca del culto divino en el Templo! Todo esto, que él se lo había grabado profundamente en el

alma, volvía a despertarse y agitarse en el camino de Jerusalén, resurgiendo a una nueva vida. Pero resurgía transformado. Jesús había enriquecido sus conocimientos; no veía las prescripciones aisladas, sino todo el conjunto al que servían.

Cuanto ocurría en la peregrinación lo observaba Jesús con más penetración y al mismo tiempo más de lejos que los demás. Se escuchaba, en cierto modo, a sí mismo y estaba absorto en un pensamiento: ¡El Templo! Aquél era el lugar donde Dios Padre habitaba; allí se podía orar a Él de una manera mucho más efectiva que en casa o en la sinagoga. Era, además, el único punto donde se le podían ofrecer sacrificios. Degollábanse animales sin tacha y se los quemaban sobre el altar ante la puerta del Sancta y Sancta Sanctorum, en testimonio de que Él era el Señor y de que los hijos de Israel se reconocían pecadores.

En la esfera de las experiencias humanas Jesús no tenía todavía, durante la peregrinación, idea clara de las consecuencias que iba a tener su primer encuentro con el Padre. De suerte que, en cuanto hombre, no llevaba planeado el desentenderse de sus padres y quedarse en Jerusalén. Sólo sentía que por momentos se iba apoderando de su humanidad el amor de Dios, en una forma como no le había ocurrido nunca hasta entonces.

El proceso misterioso siguió su curso cuando Jesús, el peregrino de doce años, entró en el Templo. No reparaba solamente en su exterior, como cualquier niño de la apartada Galilea que viniera por primera vez a Jerusalén y contemplara aquellas soberbias construcciones. Jesús penetraba todo el alcance de aquella disposición; el patio de los gentiles no era para él sitio donde se vendían las víctimas, previamente examinadas, sino la expresión de que todos los pueblos habían sido llamados a adorar al Dios de Israel, al Creador del cielo y de la tierra. Llegó a la verja de la que pendía el aviso: «Ningún pagano puede pasar a la otra parte del muro y del vallado. ¡El que fuere sorprendido en ello, será culpable de su sentencia de muerte!» Los curiosos se apretujaban allí; no era derecho de los hombres sino gracia de Dios, que los hijos de Israel pudiesen acercarse más que los otros al Sancta Sanctorum...

¡Qué experimentaría Jesús a la vista del altar de los holocaustos, cuando los simples hombres se sentían tan conmovidos al contemplarlo! El río de sangre que corría allí, siglo tras siglo,

sin dejar de correr nunca, era una confesión de la naturaleza pecadora, al mismo tiempo que un reconocimiento de la impotencia para remediarla. Si la sangre de víctimas sacrificadas hubiese tenido en sí poder para expiar por los hombres, sin duda que hubiese bastado la que allí se derramaba. Miles de corderos fueron degollados entonces mismo, el día de la cena pascual; varias veces se llenaba y vaciaba aquel recinto espacioso. Sangre, sangre y siempre sangre. Es que todos estos sacrificios no eran más que un símbolo y una representación del que iba a venir. Y el sacrificio que iba a venir era él mismo. Jesús; y él mismo, también, el Sumo Sacerdote de este sacrificio.

La blancura de las paredes del Templo despedía luz y fuego su oro. Inmóvil contemplaba Jesús la entrada misteriosa con el telón. ¡Allá, en el Sancta Sanctorum, habitaba Dios! En su alma no había más que un impulso: ¡Voy a Él! Parecía como si se figurara que la vida pasada había sido únicamente una preparación para este momento y que ahora todo se mudaba y transformaba, tomando enorme incremento. A cada hora que pasaba aquellos días en el Templo, se sentía cambiado. No podemos formarnos idea del ardor con que le inflamaba el amor a Dios. Sólo tenía un ansia, la de substituir todos aquellos sacrificios por otro mejor, la de hacer superfluo aquel río de sangre con otro sacrificio cruento, de más valor y mayor eficacia. ¡Si pudiera quedarse en el Templo y ofrecerse y sacrificarse por el honor de Dios! ¡Ser sacerdote, poder ser aquel Sumo Sacerdote que entrara con la sangre al Sancta Sanctorum y que no fuera tan sólo un símbolo, sino que realmente quitara los pecados del mundo! ¡Este, éste era su puesto, por toda la eternidad! Su oración formulada con palabras era, al mismo tiempo, una oración sin palabras; como que se trataba de cosas que no se pueden expresar.

Una cosa le permitía su Padre: como más tarde había de permanecer tres días en el sepulcro, así podía retirarse ahora por tres días, de su vida oculta en Nazaret, a una vida que se desarrollara entre Dios, su Padre, y él a solas.

Lo que hemos apuntado en las líneas que preceden — por que no se puede más que apuntar — se manifestó al exterior en la conducta y modo de proceder de Jesús. María, cuya alma vivía en la más profunda intimidad con la de su Hijo, lo observaba con toda diligencia y adivinaba, más certeramente que

cualquier otro, todo cambio que en él se operase. Así conoció ahora que Jesús se extasiaba en el Templo con la proximidad de Dios, y ver esto y creer ella misma en el amor a Dios y a su Hijo divino, eran una misma cosa.

Como ésta fué la primera vez que María peregrinaba con Jesús a Jerusalén — así es de suponer al menos —, se avivaría en su corazón el recuerdo del día en que lo trajo en sus brazos al Templo. Y junto con esto le vendría la idea de que Jesús emprendería al año siguiente la peregrinación como «mayor de edad» en el sentido religioso, como «hijo de la Ley»; y que ya no le tendría ella tan cerca como hijo.

Mientras estaba en el Templo teniendo a Jesús a su lado, mientras oraba y seguía el sacrificio, se iba despidiendo interiormente de Jesús, «del niño todavía menor de edad para la Ley». Una vez más, la última, se lo ofrecía María a Dios, mientras era «su hijo»; ofrecía a aquel Jesús, al que observaba orando junto a sí, arrobado en Dios y penetrado de su presencia, y ofrendaba su vida con todo lo que la profecía de Simeón incluyera de penoso para ella y para Jesús. En su alma sucedía algo que no se puede contar, al mismo tiempo que la de Jesús estaba llena de misterios inenarrables. Jesús y su Madre se ofrecían simultáneamente al Altísimo. Era éste a los ojos de Dios el primer resplandor de aquel espíritu de sacrificio con que habían de sufrir un día, ambos unidos, en el monte Calvario.

A la preparación interna para la redención, debía seguirse también ahora una prueba dolorosa y un preludio terrible de aquellos días, aun lejanos, en los que el Hijo se revelaría como Redentor en el sacrificio de su vida, y el alma de la Madre quedaría atravesada por la espada del dolor. Con celeridad extraña trocábase la alegría de la fiesta en angustia inquietante.

El niño perdido y ballado en el Templo

«Sus padres creían que Jesús estaba entre los compañeros de viaje. Anduvieron la jornada de un día y lo buscaban entre los parientes y conocidos. Al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén y lo buscaban. Al día tercero lo hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores escuchándoles y haciéndoles preguntas» (Luc. 2, 44-50).

En las horas libres de aquellos días de fiesta desplegábase en Jerusalén una vida peculiar de trabajo que, no obstante,

estaba penetrada del ambiente religioso. Los peregrinos se sentaban delante de las puertas, se quitaban las sandalias de viaje y las remendaban; había que reparar los tacones gastados y casi partidos por los cantos agudos y por las piedras calizas del camino. Peor habían quedado aún las suelas sin tacón y las sandalias de corteza de árboles o raíces. También en los vestidos había algo que remendar, rotos y descosidos.

¿Dónde se hospedaron María y José con el Niño? Se puede dar como seguro que no cambiaban de alojamiento cada año, a juzgar por lo que acontece ahora en las peregrinaciones periódicas del pueblo sencillo.

La Ley no prescribía que los peregrinos permanecieran los ocho días en Jerusalén, durante las fiestas de Pascua. Con todo, precisamente para los que acudían de regiones lejanas, venía muy bien un tiempo de reposo, después de las fuertes caminatas. José y María se quedarían, pues, probablemente en la ciudad durante toda la semana de las fiestas. El último día de ellas se equiparaba a un sábado, y se asemejaba a nuestros segundos días de fiesta: a San Esteban, al lunes de Pascua y al de Pentecostés. Al día siguiente empezaba el regreso de las caravanas. Los cientos de miles de peregrinos no podían salir, naturalmente, todos a la vez. De la confusión que allí reinaba: asnos, camellos, literas, arrieros y comerciantes, se puede obtener alguna imagen asistiendo, por ejemplo, a la partida de las caravanas de mahometanos para la peregrinación de Nebi-Musa.

Los caminos que arrancaban de Jerusalén estaban ocupados horas enteras por caravanas que se sucedían como números; al principio iban confundidas unas con otras, después se separaban en grupos que se apretaban mutuamente.

Los orientales tienen su técnica de viaje, que atiende a estas circunstancias y regula sus consecuencias. Ante todo la primera jornada es muy corta, de modo que no se sale hasta después del mediodía. Se toma un acuerdo previo sobre el punto de reunión, la hora de partida y el término del viaje. Que se olvide algo, que uno llegue demasiado tarde, que alguien pierda su grupo en el camino, todos estos percances tienen, de este modo, un remedio relativamente fácil.

En una de estas caravanas emprendieron María y José su regreso al hogar, al final de las fiestas. Como ellos, oyó Jesús

que se anunciaba la hora de salida, el punto de cita y la primera posada. A un adolescente de doce años se le solía dar amplia libertad de movimiento. En la próxima peregrinación, al año siguiente, había de responder de sí mismo. Por otra parte, tratándose de Jesús estaba descartado todo abuso de la libertad.

Cuando se reunió la caravana en el sitio convenido para el reposo nocturno, todos se unían a sus familiares; todos, menos Jesús. José y María fueron de una a otra parte, haciendo preguntas a parientes y conocidos. ¡Nadie había visto al Niño durante el viaje! Tenían que volverse a Jerusalén. Probablemente regresarían aquella misma noche. La Pascua se celebraba la semana del primer plenilunio de primavera. Así que las noches que seguían a las fiestas eran de luna llena. Además los caminos de las proximidades de Jerusalén estaban animados aquel día hasta muy tarde. Al principio supondrían que Jesús se había retrasado; en Jerusalén preguntarían ante todo allí donde habían comido el cordero pascual y harían investigaciones entre los conocidos, los amigos, los comerciantes y artesanos. En cuanto divisaba María un muchacho de la edad de Jesús, le daba un salto el corazón. De nuevo cobraba vida la palabra de Simeón: ¡Una espada atravesará tu corazón! ¿Habíase presentado de improviso aquel momento?

«Después de tres días», según nuestro modo de hablar, al tercer día, encontraron al Niño en el Templo. Hasta aquel momento habían pensado María y José no sólo que ellos habían perdido a Jesús, sino también que Jesús los había perdido a ellos. Día y noche les atormentaba la idea de que su Hijo no tendría aquel tiempo más que un deseo, el de unírseles. Por eso la escena del encuentro obró en ellos como si se viesen trasladados a otro mundo, con otro Jesús.

Los rabinos solían comentar en el Templo la Sagrada Escritura los días festivos. Para la gente de fuera de Jerusalén era ésta la única ocasión en que podían ver y oír a los maestros más famosos. Los oyentes tomaban asiento sobre esteras alrededor de los maestros, cruzadas las piernas y con los ojos dirigidos a ellos; costumbre que aun hoy se puede observar en Oriente. El maestro se sentaba sobre un taburete con el rollo delante, sobre su seno. El intercambio entre discípulos y maestro era una parte esencial de la instrucción; con él había que substituir en cierto modo los libros de textos, usuales hoy día.

Por eso se dice del buen discípulo: «No interrumpe a los demás, no se precipita al responder; pregunta lo que viene a cuento y responde como conviene; habla primero sobre lo primero y al fin sobre lo del fin; si hay alguna cosa que no ha oído nunca dice: "No lo he oído", y reconoce la verdad.» Frecuentemente se veían entre los oyentes algunos que se ajustaban de todo en todo a estas normas. De un rabino se cuenta que dió un beso a un muchacho que había hablado prudentemente, diciendo: «¡Felices vosotros, los israelitas! ¡Todos sois grandes letrados, desde los mayores hasta los pequeños!»

De semejante manera debió de hablar el rabino en cuyo grupo de oyentes se encontraba el Niño Jesús: ¡Jesús preguntaba y respondía, que parecía un portento! El letrado no se pudo contener sin llamar la atención de sus compañeros de oficio sobre este futuro maestro de Israel. Lo sacaban fuera de los grupos, al círculo de los maestros, y hablaban con él como si fuese un rabino afamado de Alejandría, que se detuviese en Jerusalén una temporada.

Así lo encontraron José y María después de mucho buscarlo.

Lo primero que pensó María tuvo que ser: ¡Jesús no nos ha perdido, sino que nos ha abandonado! A este pensamiento correspondieron sus palabras: «Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros? ¡Tu padre y yo te hemos buscado llenos de dolor!»

Jesús respondió: «¿Por qué me habéis buscado? ¿No sabíais que tengo que estar en lo que es de mi Padre?» Sobre estas palabras de Jesús observa el evangelista que María no las comprendió entonces. No ha faltado quien se extrañara de esto. Dicho sea con sinceridad, nosotros no las entendemos ni siquiera ahora tan por completo, que su significado se nos presente preciso.

«¿Por qué me habéis buscado?» Ya esta pregunta no es tan sencilla como parece. ¿Quiso decir Jesús a María y a José que no le debían haber buscado? ¿O, tal vez que hubieran debido venir al Templo directamente y buscarle sólo allí?

Hay que ponderar además lo que dice Jesús: «¿No sabíais...?» Luego, en el mismo momento en que se pusieron a buscarle, debieron haber sabido que «él tenía que estar en lo de su Padre». Estas últimas palabras significaban en boca de

Jesús que, en conformidad con la voluntad de su Padre, Señor del Templo, se había quedado precisamente en aquel Templo.

Interprétese como se quiera cada una de estas frases, en el fondo de toda interpretación hay un hecho: que Jesús se refiere, delante de José, su padre legal, a otro Padre, a «su Padre», y esto lo hace en el Templo y después de haberse quedado en el Templo. Cualquier joven bien educado de Israel hubiera contestado a una pregunta así de sus padres, pidiéndoles perdón. Jesús no lo hizo. Con todo, sus palabras no debieron de sonar tan duro como parece. Precisamente en frases de este género suele ser lo decisivo el tono de la voz y más aún el centelleo de los ojos, sobre todo entre madre e hijo. El evangelista llama a la respuesta de Jesús una «sentencia»; por consiguiente no fueron palabras vulgares, sino una manera de hablar comparable con las sentencias de los profetas.

En esta sentencia de Jesús se pasa por alto con facilidad un detalle. Allí, en el Templo, fué donde declaró Jesús expresamente por vez primera, delante de María y de José, Padre suyo al Padre celestial, y donde se refirió a Él como a supremo Señor. María y José conocían el misterio, pero Jesús llevaba una vida tan oculta que no estaban hechos a la idea de que dejase traslucir al exterior como una irradiación de su filiación divina e hiciese alusión a ella. Entonces se manifestó por primera vez en Jesús lo divino, en una forma que también le substraía de su Madre. En el Evangelio se refiere además que María y José no entendieron la respuesta de Jesús. Esta observación tiene un valor definitivo. En efecto, con ella se pone en claro que María no había tenido hasta aquel momento ninguna suerte de revelaciones extraordinarias acerca de sus relaciones y modo de proceder con Jesús, y por lo mismo, que no era capaz de encontrar al punto por sí misma la orientación conveniente, en situaciones imprevistas. Algo parecido a lo que sucedió en la pérdida de Jesús en el Templo se repitió muchos años más tarde, cuando María vió a su Hijo mostrarse en Caná como el Mesías atestiguado por Juan Bautista.

Para María y José fué consuelo y sorpresa a un mismo tiempo que Jesús se les uniese ahora de nuevo y se volviese con ellos a Nazaret. ¿No hubiera sido más indicado juntarse a algún rabino de Jerusalén y quedarse en la proximidad del Templo? Con todo, Él descendió con ellos a Nazaret.

Tras el dolor de la búsqueda les aguardaban nuevas situaciones angustiosas a su regreso a Nazaret. ¿Qué decir a los curiosos que se asomaban a las puertas y les lanzaban las preguntas: ¿Cuánto tiempo lo habéis buscado? ¿Dónde lo habéis encontrado? Que lo habían encontrado en el Templo, sin duda que lo podían decir. Pero no lo que él les había respondido, lo que ellos no entendieron: «¿No sabíais que yo debo estar en lo que es de mi Padre?» No podían comunicar a otros una frase de su Hijo que ellos mismos no comprendían, y que los demás la hubieran podido tergiversar fácilmente.

¡Qué no se diría en aquella ocasión en las viviendas de la misma calle y de las calles vecinas! No hay más que figurarse lo que en tales pequeñas ciudades se interesa la gente en cualquier suceso que se salga de lo ordinario, cómo se dan juicios y se deducen conclusiones. Todo esto tuvieron que dejar correr María y José, y toda la parentela volvía a sentirse de nuevo desairada por ellos. Porque la permanencia de Jesús no había sido una revelación sólo en cuanto que se manifestó a los rabinos, no; al mismo tiempo se manifestaba a María y a José y a sus parientes. Para María fué el primer prenuncio del abandono en la cruz, cuando ella no había de poder justificar a su Hijo ante los hombres, por estar ligada con él tan íntimamente y conocer su secreto.

María después del regreso de la peregrinación de Pascua

«Jesús descendió con ellos y se fué a Nazaret, y les estaba sujeto. Su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón» (Luc. 2, 51).

«Jesús descendió con ellos y se fué a Nazaret, y les estaba sujeto.» Esta frase puede inducir a figurarse la vida de Nazaret, después del incidente misterioso de Pascua, lo mismo que antes de él. Nada más equivocado que tal suposición.

La vida común después de aquellos días de tormento, era completamente distinta de la anterior. Nada transforma y ahonda tanto el amor a un hombre, como la circunstancia de haberlo perdido por algún tiempo. Una madre asiste a la cabeza de su hijo enfermo; es noche cerrada, está sola con él. El sudor corre por la frente juvenil: no se sabría decir si es

indicio de fuerza o de debilidad; el aliento se va haciendo cada vez más suave: ella no puede reconocer si es sueño regenerador o el hundimiento en la muerte; sonidos imperceptibles se le asoman a los labios: ¿son señal de que el niño rebulle todavía, o de que se va en un suspiro? Pero en el momento en que el apuro ha llegado a su mayor grado, abre el niño sus ojos y en ellos aparecen la mirada y el brillo de los de un hombre que vuelve sobre sí mismo. En el corazón de la madre nace ahora un amor de nuevo cuño, sus relaciones para con aquel niño se han transformado para toda su vida, aunque tal vez ella no tenga conciencia de esto más que los primeros días.

Este progreso y transformación del amor se había efectuado también en el amor de María, al encontrar a Jesús y regresar a Nazaret. Claro que la transformación fué, en este caso, muy especial.

Jesús no se había restablecido a la vida de una enfermedad cuya condición y proceso se conociesen hasta cierto punto, de suerte que si volviese de nuevo se la pudiera reconocer a tiempo. Jesús se había desprendido de María de una manera completamente inesperada, y cuando María lo volvió a encontrar, dió él una explicación de su conducta que dejaba el futuro vacilante e incierto. ¿No podría sobrevenir otra situación como la de Jerusalén y separarse Jesús como entonces, sin indicar de antemano, siquiera con una palabra, su separación? Por lo mismo, a partir de aquel día, el amor de María a Jesús estaba mezclado con un sentimiento de inseguridad penoso y tímido.

Cada día que se pasaba con las faenas rudas del hogar, tenía como fondo aquel suceso del Templo y constituía un misterio; María ya no pudo pensar nunca con plena tranquilidad: de hoy, de mañana en un año, la cosa será como ahora. Los días transcurrían sin nada de particular, pero esto era precisamente lo que para los iniciados constituía el misterio. La obediencia de Jesús se había hecho con ello tan enigmática como su aparente desobediencia al quedarse en el Templo.

La perplejidad de María mientras buscaba al Niño perdido, ya no desapareció nunca por completo. Su gozo y su angustia por motivo de Jesús, subían en la misma escala que su amor a él. No había posibilidad de adormecer aquella preocupación o de ocultarla en el fondo; para hacerlo, hubiera tenido que traicionar o a su alegría o a su amor.

El pueblo conserva en cuadros y leyendas toda suerte de hechos portentosos de la vida oculta. Entre ellos una de las escenas favoritas es la siguiente: Jesús trabaja en el taller con su padre nutricio, a la manera de los niños que imitan a los mayores. Toma dos maderos y construye con ellos una cruz. María y José lo contemplan pensativos. En el mundo espiritual no se consumó sólo una vez esta escena; todos los días sucedía algo parecido. No había tarde que declinase, sin haber pensado y meditado María las palabras del anciano Simeón sobre los sufrimientos y dolores que aguardaban a su Hijo.

Vida de María en el ambiente de los salmos

Durante la vida oculta

Uno de los fenómenos más notables en la vida de María es, ya lo hemos notado, la transformación que se fué haciendo en ella, a lo largo de su vida, respecto de las oraciones, cantos y salmos. Siendo doncella y virgen había orado como muchas y muchos israelitas piadosos, como Isabel y Ana, Zacarías y Simeón; con el alma henchida de anhelos por la consolación de Israel, por el Redentor, se había asimilado las palabras de la Escritura que se referían al Mesías venidero. Ahora, durante la vida oculta, sabía que Jesús, su Hijo, era el Redentor prometido. Oía recitar los mismos salmos y los mismos rezaba también ella; al comenzar el nuevo año volvía a escuchar los mismos fragmentos de los Libros históricos y proféticos. Pero todo había cambiado misteriosamente. Mientras que los demás rezaban las oraciones como en los tiempos pasados y cantaban los salmos como antiguamente, para María había evolucionado el sentido de todo aquello.

Para todos los otros seguían siendo estas oraciones lo único que conocían sobre la venida del Mesías; a ellas debían atenerse si querían otear el camino del futuro. Para María, por el contrario, ya no eran las oraciones, ni el punto de partida ni el centro. El centro al que se referían todas las palabras, suspiros anhelantes y predicciones de los profetas, era su Hijo Jesús. María no se podía satisfacer más con las preces litúrgicas; de ellas tenía que dirigir los pensamientos a Jesús, y al pensar en él, tenía que recordar los Libros Santos en que estaba

escrito sobre Él. Todos los fragmentos sagrados, que se los había asimilado lentamente, llevándolos en la memoria y en el corazón como la cosecha de toda su vida, habían cobrado una relación personal con ella.

No es que conociera aún, en todos sus detalles, el significado de aquellas palabras misteriosamente obscuras, ni cómo se habrían de entrelazar en una vida única de su Hijo, sufrimientos y alegrías, derrotas y triunfos. A las antiguas profecías se había sumado una que se le aplicaba a ella misma y se refería concretamente a los días de lucha y sufrimientos del Mesías y de su Madre. «¡Una espada atravesará su propia alma!», le había anunciado Simeón. Esta profecía obraba ahora en el alma de María como un imán potentísimo. Todos los pasajes proféticos de la Escritura que hablaban del «varón de dolores», de escarnios y tormentos, de insultos y abandono, los atraía hacia sí.

Para formarse al menos una idea aproximada de cómo se transformaban en la mente y en los sentimientos de María las viejas profecías y cantos, sirve recorrer, sin perder de vista esta transformación, los mismos salmos que ya antes hemos aducido como mesiánicos y como alusivos al Redentor. ¿Qué pensaría María, la Madre amorosa, al leer ahora en el salmo 109 estos conceptos?:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a los enemigos
como escabel de tus pies.

Desde Sión extiende el Señor
el cetro de tu poder:
domina como rey
en medio de tus enemigos.

En el día de tu poderío
eres rey en el esplendor de la santidad.
De mis entrañas te he engendrado
antes que el lucero de la mañana.

El Señor lo ha jurado,
y no se arrepentirá:
«Serás sacerdote eternamente
según el orden de Melquisedec.»

El Señor a tu diestra,
destruye por sí mismo a los reyes
el día de su cólera.
Llama a juicio a las naciones.

En el vasto campo de batalla
aplasta sus cabezas.
Beberá del torrente
y erguirá su cabeza.

¿Qué sentiría ante aquello de David: «El Señor dijo a mi Señor»? Y ¿qué se le ocurriría al leer las palabras relativas al Mesías: «Te he engendrado antes que el lucero de la mañana»? ¿No sería ella la primera que las comprendió internamente, bajo la asistencia del Espíritu Santo? ¿La primera que pudo decir: «Esto ya ha tenido su cumplimiento»? ¡Ella, la única que conocía la encarnación del Hijo de Dios! Y llena de santo respeto procuraría penetrar tanto más en lo que quedaba aún oscuro: «¡Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec!» ¿Qué sentido encerrarían estas palabras? ¿Cuándo se cumplirían en su Hijo, que trabajaba como carpintero, ocupado en modelar y pulir arados y en labrar marcos para puertas y ventanas?

Una cosa podía comprobar ya entonces. Eran las primeras palabras del salmo, tan solemnes, tan misteriosas: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a los enemigos como escabel de tus pies.» Estas palabras se referían al mismo suceso futuro que significara el ángel Gabriel cuando le dijo a ella: «Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David. Dominará, será rey en la casa de Jacob eternamente y su reino, su soberanía, no tendrá fin.» Aquí como allí se hablaba de la hora en que Jesús subiría al trono regio, prometido por Dios, para inaugurar su realeza eterna. Y como la realeza, le estaba consignado también el sacerdocio eterno: «¡Tú eres sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec!»

En cambio, al considerar el salmo 21 su corazón se estremecía de temor. En él había un pasaje que la afectaba como si se hubiese escrito por causa de ella:

Sí, Tú eras mi protector desde el seno de mi madre,
quien me mandó confiar desde que estaba a los pechos de la madre;
desde que salí a luz estuve confiado a Ti,
desde el seno materno, Tú eres mi Dios.

Pero, oh dolor, a tales palabras precedían frases tan inquietantes como éstas:

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?
No me queda más ayuda que los clamores de mi queja.
¡Dios mío! Te invoco durante el día y no me atiendes,
y tampoco durante la noche me puedo callar.
Y no obstante Tú eres el Santo
y reinas sobre los santos de Israel.
En Ti confiaron nuestros padres,
confiaron y los protegiste.
A Ti clamaron y los salvaste,
en Ti confiaron y no los defraudaste.

Pero yo soy un gusano, ya no soy hombre;
ludibrio para la gente,
desecho para el pueblo.
Porque todos los que me ven, se me burlan,
tuercen sus labios, sacuden su cabeza.
«Ha confiado en Dios: ¡que Dios le salve;
que Dios le socorra si es que tanto le ama!»

Me he disuelto como agua,
mis huesos se han desenchajado,
mi corazón se ha puesto como cera,
derretido en mi pecho.
Mi boca está seca como un ladrillo,
y mi lengua se ha pegado al paladar;
¡me has hundido hasta el polvo de la muerte!

E inmediatamente después de la alusión a la madre, seguía la exclamación de queja aterradora:

¡No te alejes de mí, la angustia está encima,
y nadie viene en mi ayuda!
Porque me rodea una jauría de perros,
me asedia una banda de malvados.
Han horadado mis manos y mis pies,
han contado todos mis huesos.
Me miran y se sacian en mí.

¿Cómo sería la realidad, cuando todo esto se realizase en su Hijo? Y aquel comienzo terrorífico: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué no escuchas los acentos de mis quejas?»

«También tu alma la atravesará una espada», había predicho Simeón. ¿No se referiría al mismo acontecimiento futuro de la vida de Jesús que las palabras del salmo? Los sentimientos que éste suscitó en su alma, debieron de juntarse en una misma corriente con los que estaban depositados en ella desde la profecía de Simeón; el salmo adquirió vida en María, declarada Madre de Dolores.

Pero los lamentos no quedaban en lamentos, ni las súplicas en súplicas. El lamento se transformó en júbilo y la súplica en ferviente acción de gracias.

Anunciaré tu nombre a mis hermanos,
te ensalzaré en medio de la asamblea.
¡Los que teméis al Señor, ensalzadle!
¡Hijos de Israel, reverenciadle!

Porque Él no desprecia
ni desdeña
la oración del humilde.
No ha ocultado su rostro;
le ha escuchado cuando le suplicó.

Para ti mis alabanzas ante la asamblea ingente;
yo presento mis votos
delante de los que te temen.
Los pobres tienen que comer su parte del sacrificio,
y tienen que saciarse;
tienen que glorificar al Señor los que le buscan,
tiene que alabarle vuestro corazón eternamente.

Aquí se hablaba de un gran sacrificio, en el que participarían los pobres y miserables de Israel hasta saciarse. Pero no solamente ellos, también los paganos se habían de hallar presentes en aquel convite pascual. Del mismo modo que Simeón había ensalzado un día al Salvador como la gloria de Israel y la luz de los gentiles, así se reunía allí la gentilidad con los israelitas en un mismo sacrificio, como una misma comunidad.

Se acordarán y convertirán
todos los confines de la tierra;
ante ti se inclinarán, adorándote,
todas las razas de los gentiles.
Del Señor es la realeza,
rey es Él sobre todos los pueblos;

ante Él se prosternan
todos los magnates de la tierra.
Ante Él se postran todos
los que se hunden en el polvo.
También mi alma vivirá para Él,
y la generación futura le servirá;
y se habla del Señor
a la generación que sigue.
Vienen y anuncian
su justicia
al pueblo que viene detrás;
que ello es obra suya.

En estos prenuncios no sólo quedaban suprimidas las barreras entre Israel y los gentiles sino que se borraban también los límites entre el presente y el futuro. Se vislumbraba un sacrificio del que todos habían de participar.

La muerte de San José

Del período que transcurrió entre los doce años de Jesús y su aparición pública a la edad «como de treinta años», no ofrece la Sagrada Escritura ningún testimonio expreso. Sin embargo, de los relatos sobre el tiempo posterior se puede concluir un suceso importante para Jesús y María y para su posición respecto de los parientes: José, el padre legal de Jesús, murió en este intervalo. Varios datos del Evangelio lo insinúan. Cuando Jesús fué a predicar en Nazaret la gente se preguntaba: «¿Pero no es éste el Hijo de María?» De ley ordinaria no se hace referir los hijos a la madre sino cuando lleva viuda bastante tiempo. Sabemos también que la «gente de Jesús» se lo quería llevar a casa. Tal ocurrencia no les pudo venir en vida del padre legal; hubieran tenido que acudir primero a él. Precisamente según las costumbres orientales estaba excluido todo otro camino, en vida de José. Que José ya no vivía a la muerte del Salvador, se puede deducir, finalmente, de que en la cruz Jesús confió su Madre a Juan.

¿Qué influjo tuvo la muerte de José en la vida de María y Jesús? ¿En qué forma variaron sus relaciones con los parientes? A los veinte años fué Jesús mayor de edad.

Si su padre nutricio murió antes, él y María quedaron bajo una tutela, fuese de un tutor verdadero, fuese de alguno de los más significados entre los parientes. En cambio, si ya había doblado para entonces los veinte años, tomó Jesús mismo la herencia de su padre nutricio: tenía que regentar la casa y el patio, que se consideraba como posesión aparte, y conservar las herramientas que dejara José. Al mismo tiempo se traspasaba a él la obligación natural de atender a su Madre. María recibió la herencia que le había sido consignada cuando la boda como propiedad personal para los días de viudez. Mientras Jesús vivió como carpintero en Nazaret, las relaciones de María con sus parientes permanecieron idénticas en lo jurídico. Pero, como es natural, en la práctica dependía mucho del influjo que los jefes de la parentela tuviesen en Nazaret sobre los parientes en general, y de las relaciones en que estuviesen con Jesús mismo. Si le miraban benévolo, era absolutamente libre en sus movimientos. Si le tenían aversión, encontraban pretextos suficientes para dárselo a entender. Cuál fuese la situación de hecho, no lo sabemos; pero no está mal formularse al menos la pregunta, hasta qué punto estuvo sometido Jesús a las condiciones generales de la vida humana. Caso que sus parientes no fuesen mucho más viejos que él influyeron muy poco en la vida de Jesús y María en este período. Cuanto más anciano es un jefe de parentela, tanto mayor veneración reclama y tanto más consideraciones se le tienen. No es imposible que los parientes varones que se mencionan en el Evangelio, Judas y Simón, Santiago y José, fuesen realmente los más viejos, con no serlo mucho más que Jesús. Más jóvenes que él parece que no lo fueron.

La muerte de José trajo consigo, además, una modificación grande en las relaciones entre Jesús y María; hasta el último día de su vida había sido aquél el jefe de la casa y el protector de la Virgen. De este modo había influido también en la vida de María con Jesús y la había regulado.

Con la muerte de José ya no tuvieron María y Jesús ningún jefe sobre ellos. Como hijo ya mayor, Jesús tenía que sustentar ahora a María y protegerla y ser su representante jurídico. Su vida familiar sería exteriormente como la que se puede observar aún en las familias buenas del Oriente. El hijo aparece, aun en presencia de la madre, como el «amo de casa»; pero es

un amo modesto, que disfraza sus órdenes con súplicas. Las ocupaciones de María consistían ordinariamente en los quehaceres corrientes del hogar, en coser y lavar, en cardar y tejer, en moler y tostar, en traer agua y acarrear combustible. Pero siempre que tenía que intervenir la familia como tal, ahora se componía sólo de dos personas, María acudía a Jesús y éste resolvía el asunto para sí y para ella a la vez. Cuando, por ejemplo, se convidaba a la familia, como familia, para un convite, la invitación oficial iba a Jesús, y Jesús respondía en nombre de los dos: ¡Aceptado! Y cuando, como en las bodas de Caná, había sido ya invitada María, había que acudir a Jesús lo antes posible y presentarle la invitación en esta forma: Por desgracia no hemos podido convidar hasta ahora más que a tu Madre. También durante el banquete era Jesús el responsable del honor de la familia. Estas circunstancias tuvieron, como lo mostraremos después, un influjo callado pero casi decisivo, en la realización del milagro de Caná.

María a solas con Jesús

Después de su caída, el linaje humano vive en una ignorancia lamentable sobre la situación en que se encontraba antes de ella, y sobre las posibilidades humanas que encerraba aquel estado para los individuos y para la comunidad. Para nosotros es un misterio la capacidad que para sus actividades espirituales y para su impulso hacia Dios hubiera tenido un «hombre ordinario», sin el pecado de Adán. Muchas cosas se le harían «enteramente naturales», como se les hace hoy a muchos hombres el pecado.

Nuestra ignorancia crece de punto si nos preguntamos sobre las posibilidades que hubiera habido si en aquel estado de gracia hubiesen convivido en paz y concordia, no sólo los hombres individualmente, sino familias enteras y toda la sociedad. Entonces hubieran tenido realidad perfecta la vida común y las fiestas comunes, que ahora, después del pecado, aparecen como retazos de leyendas y fábulas. Y aumenta más nuestra ignorancia si nos preguntamos qué desarrollo hubiera tomado la sociedad, como familia mundial, si se hubiesen sucedido durante siglos las generaciones en estado de inocencia.

En tal caso hubieran hecho descubrimientos e inventos que contribuyesen al bienestar general de modo tan portentoso como lo es el poder enorme que ponen en manos del hombre los inventos modernos para sembrar el dolor y los sufrimientos.

Ahora bien, María vivía, queda indicado más atrás, como una persona que no pertenecía a este mundo tocado del pecado. sino a otro que había desaparecido, que no tenía pecado. Por eso, si queremos considerar de cerca su vida, no llegamos a salvar nunca la dificultad que se origina de nuestra ignorancia sobre una vida de pura gracia. Además, nos falta también sentido para comprender lo que pudieron ser la una para la otra, almas tan colmadas de gracias como Jesús y María. ¡Cómo escalarían los grados de santidad, sin necesidad de hablarse! Y el mismo hecho de que tengamos tan poca conciencia de nuestra ignorancia es una parte de la misma. Las dificultades que se oponen en este punto a nuestro conocimiento vuelven a aumentarse una vez más, porque María y Jesús, perteneciendo a una creación sin pecado, vivían en un mundo que gime bajo el dominio del pecado. Por eso es tan inmensamente difícil formarse una idea exacta de la vida que llevaban juntos, después de la muerte de José. Vivían solas y juntas en una misma casa las dos únicas personas llenas de gracia, las únicas también que sabían la encarnación del Hijo de Dios y que intervenían personalmente en aquel misterio. La unión de espíritus en la vida de familia, era ya en vida de José de una intimidad y equilibrio como no se dió jamás en otra familia sobre la tierra; con todo, entre María y Jesús existía una unión más íntima, de suerte que cuando después de la muerte de José quedaron los dos solos, empezó para ellos una fase nueva.

Se suele imaginar con frecuencia que entre Jesús y María había una especie de andar con secretos; que procedían de diferente modo cuando se hallaban a solas y cuando estaban delante de otras gentes de Nazaret, v. gr., cuando venía alguien a dar un encargo a Jesús, como a carpintero. Más bien era su trato tal que, viniera quien viniera y a la hora que fuese, no pudiese notar en ellos nada llamativo, de no ser lo bien que se entendían y lo mucho que se apreciaban mutuamente.

María se encontraba siempre y en cada momento ante un misterio: Su Hijo trabajaba en el taller, aserraba y cepillaba, pulimentaba y unía, llevaba a las casas los encargos cumplidos

y recibía otros... Esto lo hacía el Hijo de Dios, el Redentor prometido a Israel. ¿De qué manera se iría a realizar la redención y cómo pensaría revelarse el Salvador al pueblo?

Y ¿dónde estaba Juan, el hijo de la prima Isabel, que, según la predicción del ángel, se había de presentar antes que el Salvador y había de preparar al pueblo para su aparición? ¿Estaba aún tan lejos el tiempo de la revelación, que ni siquiera el Precursor del Redentor se presentaba? ¿Cuándo sucedería, pues, lo que Simeón le había anunciado?

Todas las preguntas que hubieran podido perturbar a María, no la inquietaban al fin de cuentas. El pensamiento de la filiación divina y de la vocación mesiánica que las despertaba en su espíritu, la hacía tranquilizarse al punto y la ponía en disposición de aguardar como esclava del Señor.

Sin duda que una de las virtudes características, y en cierto modo imprescindibles, de María, como Madre de Jesús, fué la de mantener alejada toda suerte de curiosidad, aunque nunca hubo ser humano en este mundo que tuviese tantos motivos para tenerla. Tratándose de madres ordinarias que se viesan en la situación de María, no sería sólo curiosidad, sino además preocupación legítima la que les impulsase a hablar. Sin embargo, de María no consta que preguntara alguna vez a su Hijo cuándo pensaba manifestarse y de qué modo lo iba a hacer. El misterio de la vida de Jesús en Nazaret no consistía precisamente en que se ocupase a una con su Madre de los planes que agitaban su corazón, sino en que no manifestaba lo más mínimo sobre lo que a él y a ella les aguardaba.

Y a pesar de tanta incertidumbre por parte de María viviendo con Jesús, jamás se ha dado hogar alguno en el que reinase tanta paz y tan grande tranquilidad, desbordándose a los vecinos. El afán y la preocupación en la vida de intenso trabajo que participaban Jesús y María con la demás gente de Nazaret, no eran para ellos el último cuidado que ocupaba día y noche sus sentimientos e ideas, sino el penúltimo.

Entre los pensamientos sucesivos sobre su trabajo en el hogar y sobre el de Jesús en el taller, el pensamiento sobre Jesús lo fijaba siempre María, no en el Jesús que se manifestaba ante ella, sino en el Jesús Hijo de Dios, tal como lo contemplaba su alma. Todo otro pensamiento o suceso era como una ola que chocara sobre esta base inmovible perdiéndose luego.

Curiosos como somos los hombres de ahora, nos gustaría conocer la fisonomía de María y Jesús. A este deseo se acudió desde tiempos antiguos con «retratos verdaderos de Jesús». María era una mujer de muy perfecta índole; en consecuencia debía de estar en armonía con ella el sello de su rostro y su porte. Jesús era un varón de continente singular, de modo que los rasgos de su rostro y su comportamiento eran propios y exclusivos suyos. Pero María y Jesús eran al mismo tiempo dos seres cuya psicología se aproximaba como jamás la de otros dos seres. El parecido que los unía entre sí y los diferenciaba de los demás tuvo que alcanzar un grado más alto que el ordinario, también por otro motivo. Jesús no tenía padre terreno; de ahí que los rasgos del rostro que había heredado de su Madre, no tuviesen contrapeso en rasgos que procedieran del padre. El sello misterioso de semejanza, que de este modo presentaban desde un principio Jesús y María, resaltaba cada vez más con el curso de los años.

Los sufrimientos futuros de María a los ojos de Jesús

Jesús preveía su pasión y muerte con todas sus circunstancias. Y entre las circunstancias especiales, una era que su Madre lo había de seguir en medio del oprobio y vergüenza y había de ser testigo de su muerte dolorosa en la Cruz. Eso no hay que tomarlo como algo circunstancial, sino como una parte de la pasión, y a la verdad como parte que transformaba de manera notabilísima la vida anterior a ella y la convertía en un dolor secreto. En Nazaret no se le ofrecía a Jesús el aspecto de Jerusalén, del Monte de los Olivos o del Calvario; ninguno, por consiguiente, de aquellos parajes que con su vista le recordase el dolor futuro. No se presentaban aún a su vista los soldados que le habían de atar, los siervos que se le habían de burlar, los verdugos que le habían de azotar y coronar con corona de espinas, de suerte que a su vista pudiera él decirse para sí mismo: ¡Estos van a ser!

Pero a su Madre la tenía ante los ojos cada día y cada hora, y sabía lo que le aguardaba por él. Cuando estaba sentada delante del fogón esperando, cuando hacía girar el huso y lo dejaba caer para volver a levantarlo y hacerlo girar de nuevo

con un silencio solemne y un recogimiento interior cual si nunca pudiese irrumpir algo extraño en aquella vida callada, cuando traía agua y preparaba la masa con aquellos movimientos de manos y de todo el cuerpo que se adquieren con una larga costumbre, Jesús sabía que aquella Madre, arrancada de día a la paz de la vida doméstica, había de quedar expuesta ante los «muchos de Israel», ante el pueblo entero, como la madre del crucificado.

De esta suerte Jesús llevó durante toda su vida, como una parte de su propio dolor, la previsión del dolor íntimo de su Madre, durante su futura pasión redentora.

Pero por mucho que Jesús la compadeciera por sus sufrimientos futuros, no se le ocurrió ni un momento solicitar que se le suprimieran contra la voluntad de su Padre del Cielo. Sus sentimientos y pensamientos internos no se dirigían a quitar el peso a su Madre; más bien procuraba prepararla con anticipación para el momento en que descargase sobre su alma toda la furia del dolor. Tenía que aprender ella de antemano a verle humillado. En este punto, la vida oculta de Nazaret tenía ya una significación particular para María. Pero más significativo fué aún, en el mismo sentido, el hecho de haber dejado Jesús a su Madre en segundo plano durante la vida pública. Porque Jesús preveía el término del júbilo; de las muchedumbres que lo seguían no habían de quedar más que unos poquitos.

Por esa razón, ya entonces veía Jesús en María, no tanto a la Madre del Taumaturgo aclamado, cuanto más bien a la Madre del Redentor rechazado por el pueblo, a la Madre del Crucificado. Ya entonces pensaba en la espada que había de atravesarla durante la lucha que iba a librarse por causa de él mismo.

Naturalmente resulta difícil encontrar una comparación que ilumine a medias el amor con que correspondía Jesús a su Madre, mientras arrebatada tras sí al pueblo con el hechizo de sus palabras y con el poder de sus milagros. Imaginémonos el siguiente caso: Un hombre ha cometido un crimen; no es público todavía, pero él sabe que dentro de un tiempo determinado lo ha de expiar. Por el momento vive en medio de honores y los hombres hacen lo que pueden para ensalzarle. Ese hombre tiene una cosa buena: ama a su madre de todo corazón. Y se le parte el alma interiormente al pensar lo que

ha de sufrir ella por su causa. Ahora bien; si esa madre quisiese, por amor a él, no por amor a su propio nombre, tomar parte en las honras que se tributan al hijo, se deja comprender fácilmente que éste la contendría con el corazón lleno de amor compasivo, pensando para sus adentros: ¡Oh, mi madre que no participe en estas honras! ¡Que no oiga las alabanzas que llueven sobre mí, que no vea las reverencias y muestras de respeto que se me hacen! Así le será más llevadero el salto horrible al escarnio e ignominia que la aguardan.

Jesús había de morir en cruz, a la vista de Jerusalén, a la vista del pueblo reunido para la fiesta de Pascua. Aquella hora estaba continuamente ante los ojos de Jesús; y bajo el madero Jesús veía, de pie, a su Madre.

Durante los días de Nazaret y de su actuación pública, Jesús, el Hijo, iba depositando en la Madre toda la compasión que ésta le iba a consagrar bajo la cruz. Y cuando brillaban los momentos de éxito, la tenía en cierto modo apartada, a fin de adiestrarla para aquella hora en la que, sola y abandonada, había de estar al pie de la cruz de donde pendería Él. Algo parecido a lo que sucedía en el corazón de Jesús, sucede en el amor sacrificado de un padre pobre, que conserva oculto el amor a su hijo y lo trata aparentemente con dureza. Su pensamiento continuo es éste: A mi hijo se le presenta un porvenir difícil; yo no le puedo hacer beneficio mayor que el de educarle para que sepa arrostrar los sufrimientos de la vida.

Aquel apartar a María de los ojos de los hombres, tan característico en el proceder de Jesús durante la vida pública, no era, por lo tanto, la disminución de un afecto que se resfriaba, sino el don de un amor que iba en aumento y que miraba por adelantado a la cruz que se alzaba en el término de la vida pública, como la señal genuina de la redención.

Disposición íntima de María.

Mirada al sacerdocio eterno, prometido por Dios a Jesús

«Será rey eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin» (Luc. 1, 33).

En los párrafos que preceden hemos repetido una y otra vez que la profecía de Simeón tenía influjo constante en la vida

espiritual de María. Ello pudiera originar la impresión de que el pensamiento de los dolores futuros de su Hijo, que le habían de alcanzar también a ella, hubiese hecho de la Virgen una persona fatalista, que aguardara un destino del que no hay escape. Pero eso sería desfigurar totalmente la disposición de ánimo de María. La idea del dolor que se aproximaba no era en lo íntimo de su alma una especie de idea obsesionante. Su voluntad lo afrontaba más bien con resolución y fortaleza, e incluso con alegría suma.

Porque en María dominaba una aspiración única, la de cumplir la voluntad de Dios. Esto lo hacía con tal vigor, que fuera de Jesús no tenía ni tiene rival. Todo lo que se le ofrecía como voluntad de Dios, representaba para ella un tesoro infinito. No reparaba lo más mínimo en si causaba dolor o alegría; alegría y dolor los aceptaba por igual. Sus palabras: «Yo soy la esclava del Señor», las tomamos con frecuencia demasiado superficialmente. Tras esta declaración se esconde una entrega casi apasionada a la voluntad de Dios, como no se ha dado otra sobre la tierra; al mismo tiempo era tan perfecta, que su celo devorador no se traslucía exteriormente.

Y porque era así coexistía en María, con la de Simeón, otra sentencia, que a nosotros nos parece incompatible con la primera, a saber, la del ángel: «Dios, el Señor, le dará el trono real de su padre David. Reinará, será rey eternamente en la casa de Jacob, y su reino, su dominio regio, no tendrá fin.»

En su obsesión por la voluntad divina, que corría parejas con su inflamado amor a Dios, María se atenía a las palabras de Simeón y las del ángel con la misma voluntad inquebrantable, aspirando únicamente a que se cumpliesen los designios de Dios. Y llegada la ocasión, su mirada no se fijaba en último término en la frase de Simeón, presagiadora de martirio, sino en la del ángel. De esta forma, un vaticinio venía a compensarse con el otro. En su primer mensaje Gabriel no había dicho nada sobre la pasión, es cierto. Pero no trató de ocultarla a fin de que María diese con mayor presteza su consentimiento para la encarnación del Redentor. En el plan de Dios la soberanía regia de Jesús, del Hijo de Dios, era el fin de su encarnación. Por eso habló el ángel a María principalmente sobre esto. Y por la misma razón dirigía ella siempre en último término su espíritu a esta realeza eterna, prometida por Dios a Jesús.

V. EL PASO DE LA VIDA OCULTA A LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Vida de los parientes entre sí

Los catálogos genealógicos que se nos han transmitido en la Biblia pueden parecer hoy un elemento extraño, que perturba el curso de la exposición. En cambio, para los lectores orientales representaban un extracto o compendio que se insertaba en las historias de familia, al principio o al fin, como para obtener una mirada de conjunto.

El vínculo de parentesco tenía entonces, en efecto, una significación tan grande, que fácilmente se la desestima. Una ojeada al tejido de derechos y deberes que mantenían estrechados los vínculos de una de aquellas parentelas sirve, por lo mismo, para obtener una visión clara de las condiciones de vida de María y Jesús en Nazaret.

Todas las resoluciones que podían afectar al bienestar o malestar de la parentela, eran más bien asunto común que privado. Esto tenía aplicación y la tiene aun hoy día, sobre todo cuando se trata de recibir a alguno en la parentela por medio de un matrimonio. Viceversa, el particular tenía derecho a invocar el apoyo de los parientes en su necesidad y pobreza. Según la concepción del pueblo, todo el que subiese de nivel tenía el deber de levantar a sus allegados. Pero, por lo mismo, había parientes de buena posición que hacían valer sin miramientos sus derechos sobre la parentela. Herodes es un caso típico del hombre que ha subido de categoría y procura elevar al mismo plano a sus hermanos, hermanas y parientes, y del jefe de parentela para quien sus familiares se convierten en súbditos que, si quieren conservar la vida, tienen que someterse a sus disposiciones.

Allá donde la parentela vivía agrupada, existía la posibilidad de expulsar de ella a un miembro que no encajase bien. Se decía «la poda de la familia», y se hacía mediante una ceremonia pública. Cuando la disensión surgía, v. gr., por cuestiones de matrimonio desproporcionado, los allegados rompían en la calle una vasija con frutos y declaraban: «¡Hermanos nuestros, casa de Israel! Nuestro hermano, fulano de tal, ha tomado

una esposa de nacimiento desproporcionado, y tememos que su descendencia se mezcle con la nuestra. Venid y tomad de los frutos, en testimonio para las generaciones futuras, a fin de que su descendencia no se mezcle con nuestra descendencia.»

Si una familia venía a menos, el pariente próximo tenía la obligación de adquirir la propiedad de sus posesiones, pero con la obligación de volvérselas a vender, si aquélla rehacía su fortuna. La mitad de los diezmos destinados a los pobres, se podía invertir entre los de la propia parentela.

En semejantes circunstancias los vínculos de sangre se podían convertir en ataduras del espíritu. Porque, siendo tan frecuente el trato de los parientes en aquellas pequeñas ciudades orientales, era muy fácil tener que tolerar la presión de los demás; así, por ejemplo, si la opinión reinante sobre alguno lo tenía por «demasiado devoto», quedaba expuesto a todo género de reproches. Y he aquí una posibilidad que durante el tiempo en que Jesús se manifestó como Redentor, tuvo aplicación especial.

Cada variación en la vida de Jesús modificaba sus relaciones y las de María respecto a los parientes. Conforme a las tres fases que solemos distinguir: vida oculta, vida de actuación pública y vida gloriosa, es también triple su posición respecto de la parentela. Durante la vida oculta, las relaciones entre Jesús y María por una parte y los parientes por la otra, fueron normales, en cuanto que el misterio de la filiación divina permanecía oculto. Las diferencias que pudieron surgir en este período — hemos aludido a ellas al hablar del nacimiento — se debían a la circunstancia de que la Sagrada Familia era eso precisamente, una familia «sagrada».

En la segunda fase de la vida de Jesús, su actuación pública, la posición respecto de los parientes revestía ya caracteres extraordinarios. Jesús se presentaba como el Mesías enviado por Dios, y sus parientes eran de los que «no creían en Él». Qué puede significar esto, dada la constitución del «Clan», y cómo se evitó lo más desagradable, la ruptura franca con los allegados, lo trataremos más despacio en los capítulos siguientes.

Después de la resurrección sufrieron un nuevo cambio las relaciones de los parientes para con Jesús y María. Entonces creyeron en el Señor y entraron en la comunidad de la Iglesia. Así se cerró el abismo de antes. Más aún, dentro de la Iglesia

llegó a tener una posición de preferencia «la familia del Señor». La sede episcopal de Jerusalén se le reservaba casi como «en herencia». Una carta de Sexto Julio Africano, escritor eclesiástico, dirigida a un tal Arístides por los años de 250, muestra cómo también en tiempos posteriores era en Oriente un timbre de gloria el estar emparentado «con el Señor». Según su testimonio existían cristianos «de la familia del Señor», que se gloriaban de su vínculo carnal con Él, y, tratándose de aquilatar la cuestión del parentesco, podían demostrar su entroncamiento hasta los tiempos de Jesús.

En el párrafo siguiente vamos a tratar una cuestión previa: qué parientes de Jesús se mencionan en el Evangelio y con cuáles de ellos pudo estar éste en estrecho contacto.

Los parientes de Jesús en Nazaret

«¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su Madre María? ¿No son sus hermanos (primos), Santiago y José, Simón y Judas? ¿Y todas sus hermanas (primas), no viven aquí con nosotros?» (Mat. 13, 55-56).

María vivía en Nazaret con Jesús entre unos parientes de la condición que acabamos de describir. Como en el cuerpo de la narración los suelen mencionar de pasada los Evangelios, se descuidan fácilmente sus datos, por otra parte bastante abundantes. Vamos a presentarlos por su orden.

Después de las bodas de Caná, «Jesús descendió a Cafarnaum con su Madre, sus hermanos (allegados) y discípulos. Allí no permanecieron más que algunos días; la Pascua estaba próxima». Jesús se fué entonces con sus parientes a Jerusalén (Juan 2, 12). Estando Jesús predicando en una casa, comparecieron «su Madre y sus hermanos (parientes), pero no podían llegarse hasta Él por causa de la muchedumbre del pueblo» (Mar. 3, 31; Mat. 12, 46; Luc. 8, 19). Cuando Jesús salió al público en la sinagoga de Nazaret, la gente se decía: «Pero ¿no es éste el carpintero, hijo de María, hermano (pariente) de Santiago y de José, de Simón y Judas? Y ¿no están todas (Mat. 13, 55) sus hermanas (parientas del sexo femenino) aquí entre nosotros?» Cuando la crucifixión, cuenta San Juan: «Al pie de la cruz de Jesús estaba María, su Madre; la hermana (o parienta) de su Madre, María esposa de Cleofás, y María

Magdalena» (Juan 19, 25). Y San Mateo: «Entre ellas (es decir, entre las mujeres que le habían seguido de Galilea) se encontraban María Magdalena, María, madre de Santiago y de José y la madre de los hijos de Zebedeo.» Y San Marcos: «Entre ellas estaban María Magdalena, María, madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé.» Antes de la fiesta de los Tabernáculos dijéronle «a Jesús sus hermanos: Vete y preséntate en Judea, para que también tus discípulos puedan ver las obras que realizas; ...porque tampoco sus hermanos creían en Él» (Juan 7, 3 y 5). En los Hechos de los Apóstoles se dice: Los apóstoles perseveraban unánimes en la oración con las (piadosas) mujeres y María, la Madre de Jesús, y sus hermanos. San Pablo declara, en su carta a los corintios, que él tiene los mismos derechos que los demás apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas.

Reuniendo todos estos pasajes y contrapesándolos se ve claramente que Jesús y María vivían en el círculo de su parentela.

No obstante, «la Sagrada Familia» la formaban en sentido estricto únicamente José, María y Jesús; los «hermanos» y «hermanas» de Jesús no eran hermanos y hermanas carnales, sino parientes de distintos grados. Así lo dan a entender diversas indicaciones de los Evangelios:

De las palabras de María al ángel se deduce que ella continuó su vida virginal dentro del matrimonio, aun después del nacimiento de Jesús. Su declaración expresa dice: «¡Yo no conozco varón!» Esa forma de presente «no conozco», tiene sentido de pasado, de presente y de futuro. Algo semejante es nuestra expresión, «yo no canto», que puede significar una resolución definitiva. No queremos decir: Yo no canto ahora, sino en absoluto: Yo no he de cantar.

Cuando «los hermanos» de Jesús buscaron a éste (Marc. 3, 31), lo hicieron en una forma que sólo sería explicable de hermanos mayores respecto de otro menor. Pero es certísimo que Jesús no tuvo tales hermanos mayores carnales, puesto que él era el «primogénito». No pudieron ser, pues, hermanos en sentido estricto, sino parientes próximos.

Además, la gente de Nazaret llamó a Jesús, cuando se presentó allí para predicar, «el hijo de María» a secas. Este calificativo tiene su explicación más natural en la hipótesis

de que Jesús fuese el hijo único de María, y María llevase algunos años viuda. Aun en nuestros días llama el pueblo, en casos como ése, al hijo único por el nombre de la madre. Y lo hace precisamente con las mismas palabras: «el hijo de María», «el chico de Teresa», o como sea la expresión oral respectiva. Para el final de su vida, fué Juan el que acogió a la Madre de Jesús. Si viviesen entonces hermanos o hermanas del Señor, esto hubiera sido muy extraño.

Por estas razones, cuando además de María, José y Jesús se mencionan en la Biblia hermanos y hermanas, se trata de parientes, extraños a la familia propiamente dicha. Que a pesar de eso se les llame «hermanos» y «hermanas», se explica por la índole de la lengua. Los israelitas no tenían ninguna expresión vulgar para designar a los que entre nosotros se llaman primos, o de otras maneras según el parentesco. Todos los parientes próximos recibían, sin distinción, el nombre de hermanos y hermanas. Abrahán decía de Lot: «¡Somos hermanos!» Y en nuestra terminología no lo eran, sino que Lot era sobrino de Abrahán. Igualmente Eleazar llamaba hermano a su sobrino. Los parientes del rey Ozoquías se llamaban a sí mismos, «hermanos» del rey.

Tampoco el hecho de que el Evangelio llame a Jesús «primogénito», se opone a lo que decimos. Puesto que ello no significa sino que era varón y tuvo que ser rescatado conforme a la Ley. La denominación era independiente de que siguieran o no más hijos. En un documento de procedencia egipcia y que data poco más o menos del tiempo de Jesús, se llama «primogénito» a un niño cuya madre muere al darlo a luz. Aquí se ve claramente que esta palabra se empleaba aun cuando no seguían más hermanos.

La frase «José no la conocía hasta que dió a luz un hijo», no se puede aducir tampoco como prueba de que María tuvo otros hijos además de Jesús.

Es cierto que la versión literal no precave la mala inteligencia. La expresión «hasta que» del arameo no se corresponde perfectamente con la española. En escritos extrabíblicos encontramos un caso en el que lo puede apreciar cualquiera. Se trata del dicho de un rabino que, en presencia de un discípulo particularmente dotado, exclamó: «De éste puedo yo garantizar que no morirá *hasta que haya encontrado resoluciones defi-*

nitivas.» ¿Qué es lo que quiso decir con estas palabras? ¿Quiso afirmar que el discípulo moriría así que hubiese dado, como maestro, las primeras respuestas definitivas? ¡No! Lo que quiso decir fué que aquel alumno llegaría a ser un sabio de gran reputación. Al decir, pues, Mateo, conforme a ese lenguaje, que José no conocía a María *hasta que dió a luz un hijo*, sólo quiso consignar que no tenía con ella relaciones conyugales después de llevarla a su hogar, que en esta situación tuvo ella un hijo. Sobre las relaciones de José y María después del nacimiento, no se dice nada. Así que para ese intervalo, hay que consultar otros pasajes del Evangelio.

¿Qué vínculos de parentesco tenían con Jesús y María los parientes antes nombrados? El allegado más próximo de la Madre de Jesús que se cita en el Evangelio es, sin duda, María la esposa de Cleofás. Si era hermanastra u otra parienta próxima, se explica más fácilmente que llevasen dos «hermanas» el mismo nombre. Junto con ella se mencionan cuatro varones: Simón y Judas, Santiago el Menor y José, siempre por parejas: Simón y Judas por un lado, Santiago y José por el otro. Cada pareja debe de estar, según eso, íntimamente enlazada.

No hay por qué dar a continuación el árbol genealógico de las familias que formaban «la parentela santa»; al fin de cuentas, tampoco para María era de importancia la relación de parentesco en que estuviese Santiago respecto de Simón, sino el hecho de vivir ella con un grupo de allegados. Sólo para iluminarlo un poco, haremos algunas observaciones sobre los parientes de Jesús:

Una teoría construye las cosas del siguiente modo: María, esposa de Cleofás, se casó dos veces. Del primer matrimonio (acaso con Alfeo) tuvo dos hijos, Santiago y José; del segundo, Simón y Judas. Otra hipótesis presenta esta combinación: Santiago y José eran hijos de una hermana de San José, llamada María; Judas y Simón eran hijos de Cleofás, hermano de San José. En la Edad Media, según la Leyenda Aurea, se ordenaban así los parientes de Jesús: Ana, la madre de María, se casó tres veces. De su primer esposo, Joaquín, descendía María, Madre de Jesús. Del segundo, Cleofás, hermano de San José, descendía aquella María que posteriormente casó con Alfeo y tuvo de él cuatro hijos: Santiago, José, Simón y Judas. Del tercer matrimonio de Ana nació otra tercera María, que más tarde

se casó con el Zebedeo. Hijos suyos fueron los apóstoles Santiago el Mayor y Juan.

Además de estos parientes que vivían en Nazaret, y por lo mismo tenían que rozarse en su vida ordinaria, tenía María otra parienta en la montaña de Judea, Isabel, la esposa del sacerdote Zacarías.

Jesús busca a Juan Bautista en el Jordán.

Regreso y viaje a Caná.

«Por este tiempo, pasando de Galilea al Jordán, se presentó Jesús a Juan, para hacerse bautizar por él» (Mat. 3, 13).

En las circunstancias descritas en los párrafos precedentes, cumplió Jesús los treinta años en calidad de carpintero. Por este tiempo llegó a Nazaret la noticia de que allá abajo, en el Jordán, había aparecido un hombre que se llamaba Juan y predicaba: «¡Haced penitencia, porque se acerca el Reino de Dios!» El primer rumor lo recogieron arrieros y comerciantes. Pero no pasó mucho tiempo sin que individuos aislados peregrinasen desde Nazaret al Jordán, para ver al profeta de quien tanto se hablaba. Volvían tan entusiasmados, que al punto se formaron nuevos grupos de peregrinos. La excitación religiosa que desde la estepa del Jordán se extendía por todo el país, afectó también a las ciudades y pueblos de Galilea. Desde el primer legisperito de la sinagoga hasta el último pordiosero de la puerta de la ciudad, todos estaban persuadidos de que bajo el término «Reino de Dios» había que entender el tiempo mesiánico.

Y llegó el día en que también Jesús de Nazaret partió para el Jordán.

El que más tarde, cuando la multiplicación del pan, cuidaba de los restos de comida y los mandó recoger cuidadosamente, era sin duda ordenado en su taller de carpintero. Así que cumplió todos los encargos aceptados, recogiendo los instrumentos los depositó en algún sitio oportuno, y sólo después se despidió y puso en camino.

Probablemente no dijo a su Madre sino que iba al Jordán a verse con el Bautista, pero sin darle ningún género de explica-

ciones de lo que esta resolución podía tener como consecuencia. Jesús quería tomar sobre sí la misión redentora por encargo del Padre, con ocasión del bautismo de Juan; así que no era conveniente hablar antes sobre eso con los hombres. También su manera de quedarse en el Templo a los doce años por su propia cuenta, según la voluntad del Padre, se corresponde bien con semejante proceder.

¿Qué es lo que pensó María al quedar sola en Nazaret?

Ya cuando llegó el primer rumor sobre la aparición del Bautista, había evocado este mensaje en las profundidades de su alma algo que la conmovió en forma desacostumbrada. Año tras año había esperado y atendido a ver si oía algo de aquel Juan, hijo de Isabel. Ahora se realizaba por fin lo que estaba anunciado y había de suceder antes de que el Redentor mismo se revelase. Porque el ángel había dicho a Zacarías en el templo: Él [Juan] convertirá al Señor, Dios suyo, a muchos de los hijos de Israel. Irá delante con el espíritu y la fortaleza de un Elías, para volver a comunicar a los hijos los sentimientos de los padres e infiltrar en los contumaces la mentalidad de los justos y preparar al Señor, de esta suerte, un pueblo sumiso.»

¡Ya había llegado ese momento! Al cumplirse la vieja profecía, se despertó al punto en María la otra del anciano Simeón y con ella las palabras dichas por el ángel en la casita de Nazaret. La fe en el reinado prenunciado por el ángel, era la que daba fuerza a María para tener siempre ante los ojos en su sentido pleno la profecía inquietadora de Simeón, y para esperar su cumplimiento.

En una madre siempre hace una impresión imborrable el pronóstico de calamidades que un día alcanzarán a su hijo y a ella con él. Su vida se convierte en una espera de ese tiempo, de esa «hora», como la suele llamar la Escritura. Esta expectación continua subía de punto para la Virgen cada vez que ocurría algo que se saliese de lo ordinario en la vida de Jesús, v. gr., cuando se quedó en el Templo. Cuando Jesús se fué al Jordán y no regresaba semana tras semana, el alma de María se llenó de sobresalto. Su pensamiento estaba fijo, día y noche, en su Hijo. En toda su vida no había estado nunca privada de él tanto tiempo.

En aquellos días de espera solitaria ocurrió un hecho que, mirado exteriormente, no encuadraba en la situación y dispo-

sición psicológica de María. Unos parientes de Caná la invitaron a bodas, y María aceptó la invitación. Al leer esto, o no nos sorprendemos de nada o nos sorprendemos de algo que está fuera de razón, llegando tal vez a pensar que María accedió llena de alegría. En verdad, para ella fué un sacrificio costoso el asistir a unas bodas, con el alma en expectación ansiosa. Bien sabía que, avanzada en años y viuda, más que participar en la fiesta tendría que ayudar, conforme a la costumbre, en la preparación del banquete y en atender a los huéspedes. Además pudo invocar como motivo para permanecer en casa la ausencia de su Hijo. Con todo, hizo el sacrificio. Acaso la decidió la circunstancia de tratarse de parientes muy pobres. Su servicialidad fué recompensada por Jesús de modo estupendo. Este la buscó precisamente en el tiempo en que ella había renunciado a esperarle. En Caná y no en Nazaret quiso mostrársele por vez primera como Mesías. Sin duda que perseguía algún objetivo determinado al escoger Caná, ciudad extraña, para esta manifestación. La separación exterior que debía caracterizar su vida pública comenzando en Caná, estaba así en cierto modo preparada. La conversación de Jesús con María en esta ciudad, no hubiera sido posible en su hogar de Nazaret.

Las bodas de Caná

Juan recogió en su Evangelio hechos singulares de la vida de Jesús, con plena premeditación. A ellos pertenece el relato de estas bodas. Dos cosas llaman la atención en él. Primera: el evangelista lo presenta como broche de los días en que Jesús reunió sus primeros discípulos; por consiguiente, entre aquella vocación y esta fiesta de bodas vió algún punto de unión. Segunda: a María se le asigna en lo que precede al portento, un puesto relevante. Pero no es tan fácil descubrir en qué está su influjo decisivo para la realización del milagro. Algunos han llegado a comentar las palabras de Jesús a su Madre como si fuesen una negativa.

El milagro de Caná, siendo el primero de todos, tiene valor y significación especiales por diversas razones. Jesús, conocido hasta entonces como carpintero, compareció por primera vez ante una reunión como Mesías. Además de los huéspedes de

la boda asistían también los discípulos y la Madre de Jesús. La posición de éste respecto de todos aquéllos quedó fijada para el tiempo de su actuación pública hasta la pasión, por la manera como obró el milagro.

Este sirvió de despedida a la vida oculta y de inauguración solemne de su actuación pública. Ante todo vamos a exponer las costumbres y usos que tienen que ver con el milagro y a describir la disposición de ánimo que reinaba entre los testigos.

Las ceremonias en las bodas

«Al tercer día tuvo lugar una boda en Caná de Galilea» (Juan 2, 1).

Las bodas tenían para los judíos carácter de fiesta religiosa. Como que el matrimonio se contraía para propagar la raza hasta los días del Redentor. Tal concepción lo dignificaba con una aureola especial. La participación en las solemnidades de la boda, comenzando por el atavío de la novia hasta la compañía alegre en casa del novio, se reputaba como obra de amor al prójimo.

La fiesta comenzaba por la noche con la conducción de la novia al nuevo hogar. Para esto se escogía preferentemente un miércoles, el día equidistante de dos sábados. Los festejos duraban hasta siete días. Se podía hablar, por consiguiente, de una semana de bodas.

Semejantes costumbres, que obligaban a gastos considerables, resguardaban, sin embargo, hasta cierto punto, a los recién casados de una sobrecarga financiera y de una dilapidación descarada. Todo huésped tenía que contribuir con un regalo, que constituía en realidad un seguro típico para aquellos días y producía una multitud de pequeños préstamos sin rédito. Si, por ejemplo, Daniel hacía a Miguel un regalo de boda, obtenía de esa manera un título para que Miguel restableciese el equilibrio de pérdidas y ganancias por medio de otro regalo semejante, cuando hubiese boda en casa de Daniel. Tan obligatoria era la costumbre y tan general la vigilancia por ambas partes, que en los antiguos proverbios aparece el regalo de boda expresamente como un «préstamo», y aun jurídicamente se consideraba así, pudiéndose reclamar ante el juez la donación

hecha, en metálico. Pero la mayor parte de las veces los regalos de boda no consistían en dinero contante, sino en objetos de consumo, sobre todo en medios de subsistencia que se invertían en el banquete; y como no sólo se comía sino que también se bebía, el vino era regalo preferido y especialmente grato al novio. Para una de aquellas fiestas, que durante varios días tenía numerosos visitantes, se necesitaba así como así una cantidad considerable.

No todos los huéspedes llegaban la primera noche. Era caso previsto en las antiguas reglas. Porque se dice que la fórmula de bendición se ha de repetir sobre los novios cuantas veces llegue a la fiesta un nuevo grupo. Naturalmente que estos huéspedes rezagados, como Jesús en Caná, estaban tan obligados como los demás a honrar al novio con un obsequio. La única diferencia que acaso se diese, era que los huéspedes que llegaban al principio entregaban en común sus regalos en una especie de aclamación a los novios, como se hace aún hoy día; mientras que los que iban llegando más tarde, lo hacían cada uno por separado.

Jesús había llegado comenzada la fiesta y por tanto se les había invitado con retraso a Él y a sus discípulos. El novio no tuvo que deliberar ni tomar consejo para esto. Jurídicamente era Jesús el amo de la casa de Nazaret. Ya que habían invitado a María, tenían que invitar también a Jesús en cuanto pudiesen comunicarse con él. Los discípulos fueron invitados juntamente, por razón de Jesús, como séquito del Mesías.

Así el círculo estaba cerrado: Jesús tuvo que ser invitado, porque su Madre se hallaba presente; los discípulos, porque los había escogido Jesús como su comitiva de Mesías acreditado por Juan. Jesús era el centro de todos estos convidados: él era el jefe de la familia natural de Nazaret, y por lo mismo, hallándose presente personalmente, tenía que representarla; era también el jefe de la familia espiritual de sus discípulos, y tenía que responder de ellos y de que se guardasen los usos y costumbres. Si además de esto quería hacer un regalo según el uso vigente, éste había de consistir en vino.

Con la responsabilidad del servicio en la fiesta corría el «maestresala». Así le llama Juan. Las más de las veces era un pariente o amigo del novio, o ambas cosas a la vez. A él le tocaba dirigir todo el ceremonial y cuidar de la comida y

bebida; porque las mujeres no aparecían en público para estos menesteres. Sin embargo, su incumbencia principal consistía en dirigir las mezclas del vino. Tan fuerte como era el del país, no se bebía nunca sin añadirle una cantidad de agua.

El maestresala ejercía sus funciones con estudiada solemnidad. En las fiestas de aquellos días él era el hospedero. El novio estaba como envuelto en una nube de cumplimientos y no debía distraérsele con cuidados importunos. La costumbre de llamar a los jóvenes esposos rey y reina era una expresión externa de esta idea. Por eso antes de la boda, el novio tenía que enseñar al maestresala las provisiones de comida y bebida dispuestas para los convidados.

A las órdenes del maestresala estaban los sirvientes — que en familias bien acomodadas podían ser criados de oficio o esclavos — y las mujeres que preparaban los manjares. En Caná, María figuraba entre éstas. Los cuadros que reproducen esta escena, pecan frecuentemente presentando a María como una mujer joven, que mejor que madre, podría ser hermana de Jesús. La verdad es que María no andaba lejos de los cincuenta años y que ofrecía un aspecto de matrona venerable.

Una palabra aún sobre el número de invitados. Solía estar en proporción del de parientes que contasen los jóvenes esposos y de la población donde se celebrasen las bodas. En Caná pudieron ser unos ochenta a ciento, calculando por la cantidad de vino que proporcionó Jesús con el milagro.

Jesús y sus discípulos en las bodas de Caná

«También Jesús y sus discípulos fueron invitados a las bodas» (Juan 2, 2).

San Juan evangelista nos informa así sobre los días que precedieron a las bodas de Caná: Al siguiente día de haber señalado Juan Bautista a Jesús como el "Cordero de Dios", se encontraba de nuevo con dos de sus discípulos (Juan y Andrés). En esto vió a Jesús que venía por el camino y dijo: «¡Ved al Cordero de Dios!» Los dos discípulos que le oyeron estas palabras, siguieron a Jesús. Jesús se volvió, los aguardó y les preguntó: «¿Qué queréis?» Ellos respondieron «*Rabbi* (es decir,

Maestro), ¿dónde moras?» El les dijo: «¡Venid y ved!» Fueron y vieron dónde moraba y se quedaron aquel día con él...

...Eran como las diez.

Uno de los dos que le habían seguido a la indicación de Juan era el hermano de Simón Pedro, Andrés. Este encontró primero a su hermano Simón y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías» (es decir, a Cristo). Y lo presentó a Jesús. Jesús fijó los ojos en él y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Jonás; tú te llamarás Cefas» (es decir, piedra).

Al día siguiente resolvió encaminarse a Galilea, y encontró a Felipe y le dijo: «¡Sígueme!» Felipe era de Betsaida, patria de Andrés y Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: «Hemos encontrado a aquel del que escribieron Moisés en la Ley y los profetas: Jesús, el hijo de José de Nazaret.» Natanael replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» Felipe le contestó: «Ven y lo verás.» Jesús vió venir a Natanael y dijo: «¡He ahí un verdadero israelita, en quien no hay doblez!» Natanael le preguntó: «¿De dónde me conoces?» Jesús respondió: «Antes de que te llamara Felipe te vi, cuando estabas debajo de la higuera.» Natanael le replicó: «¡*Rabbi*, tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!» Jesús respondió: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera crees? ¡Cosas mayores has de ver!» Entonces añadió: «En verdad, en verdad os aseguro, veréis el Cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.»

El fragmento que acabamos de reproducir indica cómo, en los días que precedieron a las bodas de Caná, escogió Jesús hombres que fuesen sus discípulos, cada uno de los cuales daba al punto cuenta del gran acontecimiento al compañero de sus intimidades. A medida que se encendía el entusiasmo por Jesús, tomaba el trato con él formas que respondían a aquella entrega respetuosa. Ya en su primer encuentro saludaron Juan y Andrés a Jesús, a quien no conocían personalmente, con el título de *Rabbi*.

Sin embargo, no paró la cosa ahí. En su viaje a Caná se manifestó Jesús a los que le habían seguido fiados de las palabras del Bautista, con su personalidad propia, que no necesitaba acudir al testimonio ajeno. En lo que tocaba al futuro, Jesús revelaba una ciencia sobrenatural. Miró a Pedro y le dijo: «Tú te llamarás (más tarde) Cefas.» Y a otro de ellos,

a Felipe, le dijo con tono de quien sabe lo que exige: «¡Sígueme!»; dando a entender con esto que le conocía tal cual era, es decir, que del *presente* conocía más que los otros. A Natanael le dijo: «Antes de que Felipe te llamara, te había visto, cuando estabas debajo de la higuera», manifestando que también el *pasado* lo conocía mejor que todos los demás hombres.

El conocimiento de los misterios de la vida de los hombres en el pasado, presente y porvenir, lo colocaba el pueblo, como por instinto, en la categoría de lo milagroso. Lo demuestran los relatos evangélicos. Natanael declaraba con gran viveza, cuando le dijo Jesús cómo le había visto bajo la higuera: «Maestro, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel!» De modo semejante pensaban, sin duda, también los demás discípulos, aunque sus manifestaciones externas no fuesen tan impetuosas.

Todo lo que se refería al Mesías era en aquel tiempo un asunto público. La predicción pública del Bautista, que aparecería pronto, había encontrado acogida general. Por eso el que supiese algo sobre él, más a las inmediatas, casi se sentía obligado a manifestarlo. Los discípulos podían hablar tanto más fácilmente de sus conversaciones privadas con Jesús, cuanto que de ellas sólo se les seguían cosas honoríficas. Y cuando los demás hubiese callado, no lo hubiese hecho a buen seguro el fogoso Natanael, siendo por añadidura de Caná. De este modo se divulgó de casa en casa la noticia de que Jesús había llegado a la ciudad; y del mismo modo que la gente de Sichar se fué en pelotón a buscarle junto al pozo, reuniéronse también los habitantes de Caná y acudieron a la casa donde se celebraban las bodas, para ver a Jesús.

Los más curiosos se enteraron allí de de esto: Juan, el gran profeta del Jordán, a quien muchos tenían por el Mesías, había calificado a Jesús de «el Cordero de Dios» y había guiado a él a dos de sus discípulos, Andrés y Juan. Después, de camino para Caná, había admitido Jesús otras personas en su acompañamiento. A todos les prometió que habían de presenciar cosas admirables; que verían a los ángeles de Dios subir y bajar sobre él... Los suspirados «días del Mesías» estaban a las puertas. En la primera parte de aquellas fiestas, el esposo y la esposa habían sido el punto central de la solemnidad y de la alegría. Ahora, después de haberse presentado Jesús, el Mesías, entraron en escena otras dos personas que se llevaron tras sí la

atención general: Jesús y su Madre. Si Jesús era el Mesías, la expresión «María, la Madre de Jesús» adquiriría un nuevo alcance, haciéndose sinónima de «María, la Madre del Mesías». Como tal participaba María, según la opinión de las gentes, en su poder o, cuando menos, ejercía gran influjo sobre Él. Y como casi todo el mundo esperaba en el Mesías un enviado de Dios que se había de conquistar soberanía y poder terrenos, la prudencia aconsejaba entablar relaciones estrechas con aquella matrona venerable y bondadosa.

Entre los grupos de huéspedes que se encontraban dentro y delante de la casa había, sin embargo, algunos que se mantenían retraídos: eran parientes de Jesús. Ellos no creían en Él, como observó más tarde San Juan. Y su incredulidad debió de empezar a manifestarse ya en los días en que Jesús compareció como Mesías. El testimonio de Juan, que Jesús tenía a su favor, era, tal vez, lo único que los contenía un poco.

María saluda a su Hijo, por primera vez, como el Mesías proclamado por Juan

«La Madre de Jesús estaba allí presente, y también fué invitado Jesús con sus discípulos» (Juan 2, 2).

No fué en Caná donde Jesús asistió por primera vez a bodas. Sin necesidad de hipótesis, durante los años de Nazaret no tuvo más remedio que aceptar con cierta frecuencia tales invitaciones y aportar un regalo, si quería ganar su sustento como carpintero en una ciudad pequeña, donde todas las paredes tenían oídos y todas las puertas lengua; y más tratándose de una costumbre que urgía tanto como ésta. Entonces le solía preguntar María como a amo de casa: ¿Qué quieres que yo prepare? Y juntos deliberaban sobre la manera de ayudar mejor a los novios. La conversación de Caná entre ambos deja entrever esas deliberaciones.

Si las cosas no siguieron en Caná su curso ordinario, fué porque María y Jesús no pudieron hablar antes de la conducción de la novia al nuevo hogar y porque Jesús, después de llegar con retraso, ya no se presentaba como el «carpintero de Nazaret», sino como el Mesías.

Porque, aunque María seguía siendo la misma Madre que había venido a Caná de la soledad de Nazaret y había vuelto a ver allí, entre el barullo de la fiesta, a Jesús con un séquito de discípulos, conoció, por lo que contaban éstos, que Jesús había dejado su oficio de carpintero, como se deja un vestido, y que, acreditado por Juan, se había presentado claramente como Mesías. Ahora se acababa de cumplir lo que se le había anunciado al anciano Zacarías en el Templo: Juan había preparado al pueblo para la venida del Mesías. Jesús estaba a punto de revelar su majestad. Ya había dicho a sus discípulos que verían a los ángeles subir y bajar sobre Él.

Tratándose de la manifestación de Jesús como Mesías, María tuvo que pensar al punto en lo que era la médula de todo, en la revelación de su filiación divina. Las palabras relativas al subir y bajar de ángeles sobre él, le parecerían una insinuación de este misterio. María no podía saber que Jesús quería manifestarlo paso a paso, en el transcurso de los años. Le parecía posible, si ya no verosímil, que los acontecimientos se iban a precipitar. «Ha llegado la hora de Jesús», así se hubiera expresado tal vez María, de haber exteriorizado lo que pensaba. Como «la hora de un hombre» se consideraba un período de su vida de gran trascendencia, tal vez hasta fijado, particularmente por Dios. Por la profecía de Simeón sabía María que cuando llegase el momento en que estallara la lucha en torno de Jesús, ella había de estar a su lado; y por las palabras del ángel Gabriel le constaba que esa lucha acabaría con la victoria de Jesús y con la implantación de su sacerdocio eterno.

En esa persuasión María se sentía obligada a unírsele y a esperar a su lado. Su espíritu anhelaba ardientemente servir en todo a su Hijo, que se estaba revelando como Mesías.

Su atención se fijaba no sólo en Jesús, sino también en los discípulos que había llamado solemnemente y escogido para su obra. Los íntimos de Jesús fueron ya entonces, en cierto modo, sus hijos espirituales. Para suponer esto no hay que acudir a una mística elevada, sino aplicar al caso concreto las leyes ordinarias de la vida. ¿No es esto lo que hace toda madre? Basta que un estudiante traiga consigo en vacaciones algunos camaradas y declare que éstos son sus mejores amigos, para que cualquier madre sienta respecto de ellos relaciones de

maternidad espiritual. Pues lo mismo María, que en los primeros discípulos veía los primeros llamados al nuevo Reino. Ella, que de la pobreza y humillación había sido escogida para la dignidad de Madre del Salvador, tenía una comprensión especial, basada en su propia experiencia, para el hecho de haber escogido Jesús aquellos hombres sencillos del pueblo, a fin de que le acompañasen.

El primer encuentro de Jesús con su Madre después de proclamado Mesías

«La Madre de Jesús estaba allí presente y también fué invitado Jesús con sus discípulos» (Juan 2, 2).

Al comienzo de una gran obra toda persona se representa el término, los frutos y la bendición de sus trabajos, con más viveza que después, cuando emprende su realización gradualmente y en particular. También en el espíritu de Jesús se representaban unidas su obra y su misión, después del bautismo de Juan y de los días de recogimiento y soledad en el desierto. Su mirada no se dirigía a cada una de las fases, sino al punto culminante y al término de su vida terrena: a su pasión y muerte en la cruz, que habían de redimir al mundo del pecado y le habían de sublimar a Él a la gloria y señorío eterno, a la diesta de su Padre.

Esta disposición hacía que los pensamientos de Jesús se detuviesen en María, que ya anteriormente había sido encuadrada, como Madre suya, en la obra de la redención y que en la consumación de la obra había de volver a tener una importancia singular.

Así que cuando la vió de nuevo en Caná, el amor a ella inflamó su corazón como un incendio. Este amor no tenía que ver nada con el amor ordinario de un hijo para con su madre, aunque también éste existía en sumo grado entre Jesús y María. De él brotó, como del interior de una llama brota otra llama, otro amor completamente distinto y mucho más poderoso, el amor del Redentor a aquella «llena de gracia» que el Padre había escogido entre todos los seres humanos para él, para que le asistiese en los momentos más críticos de su vida.

Ya que el Padre celestial mismo la había proclamado auxiliadora en la obra de la redención y ella había prestado su consentimiento, no era necesario que Jesús le anunciase solemnemente como a Pedro, para qué la tenía destinada Dios. Tampoco tenía por qué imponerle un nombre oficial. Ya ella tenía nombre y oficio. Era la «mujer llena de gracia», la «mujer de la obra de Dios», sencillamente y sin semejante. Sólo tenía que participarle, como a auxiliadora maternal en su sacrificio, qué misión le aguardaba en el tiempo futuro, por razón del oficio que había recibido. Las relaciones del Mesías con su Madre se pueden comparar, en parte, con las de un hombre que encuentra un amigo fiel y sabe que le prestará ayuda en la hora más importante y más difícil de su vida. Todavía no se le puede confiar ni puede iniciarle en todo lo que el futuro ha de traer consigo. Y porque se tiene que contentar con alusiones generales, no puede tampoco abrir al punto su corazón después del encuentro, sino que debe esperar una ocasión en la que pueda descubrir, como de pasada y en la medida en que lo permitan las circunstancias, lo que le absorbe a él completamente. Y una ocasión a propósito se le presentó a Jesús en la boda.

Se suele pensar que fué un mismo único acontecimiento el encuentro de María con Jesús y el de Jesús con María. No es así. Cuando María vió por primera vez en Caná a su Hijo como Mesías proclamado por Juan, Jesús tomaba una posición nueva respecto de ella. Esto era lo que María experimentó, y los pensamientos que le vinieron entonces se fundaban en esta experiencia. Por su parte, en Jesús no actuó únicamente el pensamiento de que se presentaba por primera vez a su Madre como Mesías. Ahora ya no veía en ella tan sólo a la Madre a quien debía la vida corporal, sino también, y mucho más, a aquella mujer a quien estaba asignado por el Padre un puesto especial en la fundación de su Reino por el sacrificio en la Cruz y por la continuación del mismo: el puesto de colaboradora maternal. En su humildad María no pensó lo más mínimo en tal circunstancia, al volverse a ver con Jesús. Esto significa cabalmente el desarrollo interno del milagro de Caná: Jesús saludado por su Madre, ya no como Hijo sino como Mesías, honra ahora a María, como a la auxiliadora maternal en el sacrificio redentor.

La súplica de María a Jesús

«Cuando faltó el vino, le dijo a Jesús su Madre: '¡No tienen vino!' Jesús le respondió: 'Mujer, ¿qué (tenemos de común ahora) tú y yo? ¡Aun no ha llegado mi hora!' Su Madre dijo a los sirvientes: '¡Si os dijera algo, hacedlo!'» (Juan 2, 3-5).

Cuando todos se encontraban reunidos y con el temple que correspondía al regocijo de la fiesta, se hizo a retaguardia un descubrimiento penoso: el vino se acababa. Todavía se podían llenar los jarros, pero pronto ya no quedaría nada.

María ayudaba y hacía indicaciones, no sólo *antes*, sino *durante* las bodas. De este modo fué una de las primeras a quienes se confió el apuro. Según lo demuestra el relato, conocía lo angustioso de la situación cuando el maestresala, que por oficio mezclaba el vino, aun no sabía nada del caso.

¡Qué vergüenza la que aguardaba a la pareja de desposados, cuando aun estaban disfrutando el honor que Jesús les había hecho! De no poner remedio se diría en el día mismo de su muerte: «¡Cuando se casaron, no les llegó el vino para las bodas!»

El coste del vino no era entonces tan elevado, que los hubiese de disculpar sin más. Es verdad que no conservamos tarifas del vino palestinese. En otros países del Mediterráneo se pagaba por litro, según la calidad desde seis hasta cuarenta céntimos. En Galilea se cotizaba probablemente por menos, ya que era región marcadamente vinícola. Aun cuando María hubiese pensado en esta ocasión en quinientos litros, no hubiera sido menester arriba del valor de treinta pesetas para sacarles del aprieto.

¡Pero no se trataba únicamente de un bochorno de los novios! Sobre Jesús mismo, sobre Jesús que hacía su primera manifestación como Mesías, podía caer un borrón de mayores consecuencias que la vergüenza a que estaban expuestos los novios. En su aprieto, éstos podrían excusarse con la presencia de Jesús y con la de aquellos visitantes que, o no habían comparecido más que por Jesús, o habían multiplicado sus visitas por Él. La «culpa principal» recaería, pues, en Jesús. Por eso el comunicado que recibió María de la falta de vino, no fué tal vez únicamente por consideración a los jóvenes

esposos, sino también a la situación de su Hijo. Y acaso brillara en lo íntimo de aquellas gentes una esperanza, que María diese cuenta «al Mesías», al que ellos tenían reparo en dirigirse.

María no dudó un momento que Jesús contribuiría en Caná con un regalo, según su costumbre, conjurando el bochorno que amenazaba, en cuanto se enterase de ello. Todavía se podía poner remedio sin llamar mucho la atención, puesto que de hecho, o no se enteraron del incidente los huéspedes, o se enteraron cuando ya había pasado el aprieto. Con todo no decía bien que Jesús, habiendo comparecido como Mesías, se ocupase personalmente de tales asuntos como un hombre vulgar. Por esta razón quiso encargarse de ello María, en nombre y por comisión suya. Por la actuación que había tenido, podía volver a intervenir sin llamar la atención en lo más mínimo, después de la indicación de Jesús.

Por esta razón se dirigió a Él y le dijo: «¡No tienen vino!»

Las palabras de María no eran mera súplica personal. Lo hubiera sido si hubiese pedido algo para sí misma.

Tampoco se trataba de una simple petición de María, con la mirada puesta en los sentimientos íntimos de Jesús. Había además una proposición: que la tomase como medianera e hiciera llegar por su medio a los convidados su donativo.

Sus palabras y su proposición ya no se dirigían al carpintero de Nazaret, sino que procedían a impulsos de la idea de Mesías que había revelado Jesús, situándose con ello en un plano nuevo. María quiso confiarle, en mayor medida aún que antes, todo lo que se refería a la representación de la familia y servirle con más celo en el puesto en que también antes le había servido.

Presentóse, pues, a Jesús, como quien veía en él al Redentor, llevando la intención de seguir siendo su Madre y de servirle como tal. En semejantes circunstancias no sólo se le ofrecía a Jesús una coyuntura para comunicarle al punto lo que le había de comunicar, sino que casi tenía necesidad de hacerlo. Durante su actividad pública en aquel «tiempo intermedio», no tenía que acompañar y atender a Jesús su Madre, como el ama de casa a su hijo; este destino le correspondería más tarde, en el Reino de Dios; entonces no sería tan sólo la Madre fiel del Hijo escarnecido, sino que se hallaría presente como colaboradora maternal, designada por Dios para la obra

de la redención y para la fundación del Reino, y conforme a eso recibiría el correspondiente título de Madre, en el nuevo Reino.

Respuesta de Jesús a su Madre

«Jesús le dijo: 'Mujer, ¿qué (tenemos de común ahora) tú y yo? ¡Aun no ha llegado mi hora!'» (Juan 2, 4).

Todo lo que Jesús quiso comunicar a su Madre en lo tocante a su petición de ayuda para los esposos, lo encerró en las palabras: «Mujer, ¿qué (tenemos de común ahora) tú y yo? Aun no ha llegado mi hora.» Esta respuesta es tan breve y comprimida, que ha sufrido variedad de exposiciones.

Su primera frase encierra una manera de hablar tallada en el lenguaje del pueblo artesano. El significado de tales giros lo determinan siempre los adjuntos próximos y las relaciones que tuviesen entre sí los interlocutores. Hay que atender, pues, cuidadosamente, y hacerles jugar su papel en la interpretación, a todas las circunstancias en las que se emplea un lenguaje así, y hay que armonizarlo con las relaciones mutuas de las personas que hablan. Ahora bien, la pregunta: «¿Qué a mí y a ti, mujer?», se hace en Caná en el momento preciso en que María y Jesús se encuentran en una situación nueva. Para interpretar la respuesta hay que partir de este hecho.

María había dirigido a Jesús una petición en beneficio de otros; se había ofrecido además a tomar parte activa en su ejecución; y se había dirigido a Jesús, no como a hijo suyo y amo de casa, sino como a Mesías. En tales circunstancias la contestación de Jesús incluía los elementos siguientes: 1, Jesús rechazaba en principio toda ayuda a María; 2, Jesús asumía absoluta e incondicionalmente el asunto y dejaba aún incierta su resolución; 3, Jesús no respondía como hijo de María o amo de la casa de Nazaret, sino como Mesías, ya que como a tal había acudido también la Madre.

Jesús no dió esta respuesta negativa sin conexión con otras palabras, sino que añadió al punto: «¡Aun no ha llegado mi hora!» Tal vez el apelativo «mujer» pertenezca también a esta frase, de modo que sonara así: «Mujer, aun no ha llegado mi hora.» Por lo menos empleaba Jesús semejante modo de hablar en otras ocasiones excepcionales, por ejemplo, para

resucitar muertos: «¡Doncella, adolescente, yo te lo ordeno, levántate!» Con solemnidad, como Mesías que hacía abiertamente su presentación, llamó también Jesús a su Madre con un título, «mujer». Ya expondremos por separado cómo este título no era una manera de hablar general, sino un tratamiento particular para María.

Al hablar Jesús de «su hora», se refería siempre, como se ve por el análisis de los casos que se presentan en el Evangelio, a un momento decisivo de su vida, a su pasión, muerte y resurrección, a lo que más tarde anunciaría por adelantado a sus discípulos con las palabras: «El Hijo del hombre tendrá que sufrir mucho, será rechazado por el senado, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas y será muerto; ¡pero después de tres días resucitará!» Estos sucesos eran en la mente de Jesús término e inauguración a un mismo tiempo: término de la vida terrestre y transitoria; inauguración de la existencia celestial y eterna como Redentor. A este punto culminante se dirigía también la expresión «mi hora», pronunciada en Caná; sólo que en aquella ocasión, la primera en que la usaba, aparecía aún muy oscura.

El lenguaje de Jesús tenía para María algo de misterioso y oculto. Pero hubo también otras ocasiones en que dió respuestas peregrinas y de extraño contenido, que a primera vista no manifestaban más que una cosa: que en el asunto en cuestión, Jesús no quería manifestar claramente todo lo que sabía. Tal proceder no lo observaba únicamente delante de los enemigos, cuando decía, por ejemplo, a los fariseos: «¡Destruid este templo y yo lo reconstruiré a los tres días!» Con mayor frecuencia aún hablaba en esa forma a los que vivían con Él, y a la verdad, precisamente en los casos en que se trataba de lo que sufrirían por su causa. Así dijo a los hijos del Zebedeo: «También vosotros beberéis el cáliz que yo bebo»; y a Pedro le vaticinó: «¡Cuando tú seas anciano, te ceñirá otro y te conducirá adonde tú no quieras!» De igual manera, no quiso expresarse Jesús con mayor claridad delante de su Madre.

Por otra parte, María estaba más capacitada que los demás hombres para comprender aquella frase y para penetrar de alguna manera su sentido íntimo. Guardaba en su corazón las palabras del ángel, que Jesús había de recibir de su Padre

la soberanía regia; y por la profecía de Simeón recordaba que a la ascensión al trono había de preceder una lucha encarnizada en su presencia, lucha en que su destino y el de su Hijo habían de ir unidos. Con esta ciencia se juntaba un instinto que la preservaba de una interpretación torcida de las palabras de Jesús, llevada de inclinaciones egoístas. En ella cabía únicamente el error humano, no la desviación por culpa propia, por mínima que fuese. Y el error humano existía para ella en el campo de los posibles, precisamente porque su vida había sido incorporada a los misteriosos planes de Dios.

Por consiguiente los sentimientos de María eran rectos y puros. Desde luego quería situarse al lado de Jesús; mas no lo hacía por conseguir el primer puesto en su Reino, sino para que la alcanzase la espada de dolores que le estaba destinada en los designios de Dios. Pero se engañaba en la apreciación del momento. Nadie sabía entonces, fuera de Jesús, que aun se le otorgaba al pueblo una temporada larga de gracia, en la que pudiera decidirse, por resolución propia, en pro o en contra del Mesías. Tan sólo después de que hubiera pasado aquel plazo sin provecho, vendrían en la carrera del Redentor aquel punto culminante y aquella curva que Simeón había vaticinado en el Templo.

Con una mirada de íntimo agradecimiento por su buena disposición, debió de indicar Jesús a su Madre que el tiempo en que habían de padecer los dos juntos no estaba tan próximo, y que, por consiguiente, su ofrecimiento para asistirlo era prematuro: «¡Aun no ha llegado mi hora!»

Atendiendo al espíritu de nuestra lengua española, el sentido de las palabras de Jesús se refleja mejor insertando un «ahora» en el primer miembro de la respuesta, de modo que se traduzca: «¿Qué tenemos ahora de común tú y yo, mujer? Aun no ha llegado mi hora.» En una traducción libre podríanse reflejar las palabras de Jesús en la expresión «dejemos eso», que se suele usar entre personas que se entienden perfectamente. Si todavía quisiésemos representar para esclarecimiento de estas palabras una situación que se repite en la vida de los hombres, podría prestar buenos servicios la siguiente comparación: Una persona ofrece auxilio a un amigo suyo con el que tiene relaciones de confianza a toda prueba y que se encuentra en un aprieto. Este prevé que más tarde se ha de

encontrar en una situación mucho más grave, en la que necesitará de su amigo. Y atendiendo a la ayuda que se promete por parte de él para el tiempo futuro y para la necesidad más apremiante, la rechaza de momento. Lo hace poco más o menos con estas palabras: «¡Déjate de eso ahora, más tarde me tendrás que ayudar aún!» He aquí substancialmente encarnada en la vida ordinaria de los hombres la situación y la respuesta de Jesús a María. Y de la misma manera que en tales circunstancias puede el amigo dar a conocer a su amigo, por algún signo especial, que la negativa del momento no es expresión de desconfianza sino de la contianza suprema, así dió también Jesús a su Madre una muestra de su amor, por una acogida milagrosa de petición.

María había esperado que Jesús le indicase lo que ella debía hacer. Seguramente que su respuesta la sorprendió. Con todo, Jesús le daba a entender tan sólo que no había llegado aún el momento de aceptar su cooperación personal. Sobre el otro punto, si pensaba socorrer a los novios o no, nada manifestó directamente. Pero María, que se daba cuenta de aquella situación angustiosa, que conocía las costumbres del país y la bondad de Jesús, quedó por esa circunstancia con la esperanza segura, propia de una mujer, de una ayuda ulterior de Jesús. Claro que era una esperanza que sólo ella podía tener, una esperanza sin obstinación y sin porfía. Para allanar a Jesús el camino todo cuanto ella pudiese y estuviese de su parte se fué a los criados, que fueron probablemente los que le habían participado que el vino se acababa. Debió de sonarles, pues, como la respuesta a aquel aviso, cuando ella dijo: «Si acaso os dijere Él (Jesús) algo, hacedlo.»

Los sirvientes pensarían que había hablado con Jesús. De sus palabras pudieron colegir, además, que ella no conocía exactamente los planes de su Hijo.

De este modo se había sometido María, como esclava del Señor, de la manera más perfecta, a la voluntad de su Hijo. Entonces le cumplió Jesús su deseo, después de haber trazado, en principio, una línea divisoria entre él y ella. Y se lo cumplió, no movido por la situación general, sino en atención a la confianza perseverante de María, símbolo y ensayo de su misión futura, como intercesora material y confiada. (De una manera parecida rechazó Jesús más tarde, v. gr., a la cananea,

declarando en principio que Él «había sido enviado sólo a los hijos de Israel»; aunque después la atendió por una razón especial, porque a pesar de la repulsa, no cesaba ella de confiar en su bondad.)

Pero Jesús no prestó ayuda como un huésped ordinario. Acudió con un milagro, que a él mismo le acreditaba como Mesías, y a la boda con su escasez actual y su próxima abundancia la convertía en imagen del Reino que iba a venir y del puesto que en él tendría María. Si Jesús se hubiese servido de la ayuda personal de María, si, por ejemplo, hubiese hecho llegar por medio de ella a los criados la orden de que llenaran de agua las tinajas, la gente hubiera visto desde entonces en él y en su Madre una especie de astro doble, y, humanamente hablando, ello hubiera hecho casi imposible para Jesús el manifestarse como Hijo de Dios y Redentor único de toda la humanidad. Por eso quiso ocultarla de las miradas de los hombres, hasta que llegara la hora de la redención propiamente tal. Si Jesús quiso además dar de paso a María una advertencia e instrucción, quedábale señalado su lugar desde este primer encuentro mutuo, iniciada la actividad mesiánica. Y puesto que aquella entrevista con su Hijo como Mesías proclamado no podía volver a repetirse, y ya que Jesús declaró con sus palabras y obras a María que estuviese preparada para el tiempo futuro, no podía acudir la Madre con otra petición, durante la actividad pública del Mesías.

El milagro

«Había allí seis recipientes de piedra, que servían para las purificaciones usuales de los judíos; en cada uno cabrían dos o tres cántaras (hidrias). Dijo Jesús a los sirvientes: ¡Llenad de agua aquellos cubos! Llenáronlos hasta los bordes. Jesús les dijo entonces: ¡Sacadlo al punto y llevárselo al maestresala! Ellos se lo llevaron. Cuando aquél probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde procedía (si bien los sirvientes que la habían sacado lo sabían), llamó al esposo y le dijo: '¡Todos sirven al principio el vino mejor, y el más flojo cuando los convidados están ya satisfechos; tú, en cambio, has tenido guardado hasta ahora el buen vino!'» (Juan 2, 6-10).

En algún departamento de la casa o en el patio había seis grandes hidrias o cubos de piedra, para los lavatorios rituales.

Los huéspedes se lavaban en ellos las manos, antes de ir a comer. Jesús dió a los sirvientes orden de que los llenasen de agua hasta arriba. Cada uno de ellos podía contener de setenta a ciento veinte litros. Así que el llenarlos llevó su tiempo. Los que servían hubieron de hacer varios viajes a la fuente del pueblo o al pozo. Cuando los cubos estuvieron llenos, Jesús ordenó: «¡Sacadlo al punto y llevádselo al maestresala!» Si los criados no estaban en la creencia de que Jesús había hablado antes con aquél, su obediencia era casi una empresa aventurada. ¿Qué pasaría si presentasen en sus jarras agua pura, cuando el maestresala estaba esperando nuevas provisiones de vino? ¿No lo tomaría como una broma de mal género y como una ofensa personal? En semejantes oficios honoríficos los orientales se mostraban entonces tan puntillosos como ahora. No obstante, María, la Madre del Mesías, la parienta que seguía ayudando en el servicio de los huéspedes, los había preparado para el mandato de Jesús. El mismo Jesús hizo su indicación en forma apremiante: «¡Sacadlo al punto — dijo — y llevádselo al maestresala!» Este «al punto» hace suponer que Jesús permaneció en actitud de imperio y que esperó la ejecución de su orden.

Cuando los sirvientes comparecieron ante el maestresala y éste cató como de costumbre con su pipeta, el agua se había convertido en vino. En el primer momento no le llamó la atención. Pero ¿cómo? Gustó, y volvió a gustar probablemente de nuevo, y se confirmó en su opinión de que aquel vino era mucho mejor que el otro. ¡Debía de proceder de unos depósitos que no le habían mostrado a él!

El hombre no sabía si alegrarse o irritarse, y al fin expresó sus sentimientos en una forma que no dejaba de encerrar su censura: Mandó llamar al esposo y le dijo: «Todos sirven al principio el vino mejor, y el más flojo cuando los invitados están ya satisfechos; ¡tú, en cambio, has tenido guardado hasta ahora el buen vino!»: ¡Esto no está bien! ¡A mí me correspondía distribuir el vino! ¡Y lo hubiera hecho mejor que tú!

El novio se encontraba en la misma situación que el maestresala. ¿Había de retirarse ofendido? ¡Era el colmo no dejarle a uno en paz, ni siquiera durante las bodas! Sobre todo sin razón, porque él había mostrado todas las provisiones, hasta lo último. Aun así no eran excesivas.

Es posible que se entablara entonces una discusión, en la que el maestresala afirmaba no habersele mostrado aquel vino cuando tomó el cargo, mientras que el novio persistía en que él no había ocultado ningún licor. Pero no hubo tiempo para que la discusión se encauzase por mal camino. Tercieron los sirvientes disculpando lo mismo al maestresala que al novio: ¡El novio es inocente! ¡El vino no ha salido de sus depósitos! ¡También el maestresala es inocente! ¡No sólo eso, sino que su pericia en catar vinos se ha puesto muy bien en claro! ¡Porque este vino proviene del agua que nosotros mismos hemos vaciado por orden del Mesías en las vasijas de las purificaciones y que luego hemos traído aquí!

Así, pues, los criados resultaron testigos y colaboradores en el milagro de Jesús, sin que en el momento de su actuación tuvieran presentimiento de ello. Por eso se agrupaban ahora toda suerte de preguntas y preguntones curiosos en torno de ellos. Naturalmente no hubo interrogación que tuviera algún sentido que no se les hiciese. Por su parte los criados no tenían por qué ocultar nada del hecho. Contaron, pues, que se les había presentado María y que les había dicho: «¡Haced lo que él os diga!» Este detalle suscitó una nueva pregunta, por lo menos en aquellos que seguían el asunto con mayor celo: ¿Sabía María, cuando habló a los criados, que Jesús iba a obrar un milagro? ¿Había escogido al fin de cuentas una frase tan imprecisa porque estaba enterada de todo? ¡También aquello había que ponerlo en claro! Acaso fueron en comisión algunos que la conocían más, para informarse sobre el caso. O tal vez lo hicieran públicamente, en medio de la excitación jubilosa por el descubrimiento.

¡Qué satisfacción tendría entonces María en atribuir a Jesús todo el honor, y en poder declarar lisa y llanamente: Yo no sabía nada sobre este milagro! De esta suerte Jesús se convirtió en el centro de la fiesta. El ímpetu entusiasta que se promovió en su alrededor no es fácil imaginarlo. Antes del milagro habían conversado los huéspedes en grupos diversos: los ancianos, sentados en esteras daban pruebas de su ecuanimidad; los muchachos se entretenían delante de la casa y en la azotea llenando el tiempo con bailes y danzas en rueda; en otros grupos independientes conversaban las muchachas y las mujeres. El milagro y las averiguaciones que sobre él se hicie-

ron, los reunió a todos. Otra vez sobrevino la dispersión, formándose de nuevo grupos, y si para entonces no se había hecho, partieron mensajeros a las casas para anunciar la alegre noticia. Por tercera vez comparecieron nuevos huéspedes. Estos venían sólo por causa de Jesús.

Los efectos del milagro

«Tal fué el comienzo de los milagros de Jesús en Caná de Galilea; y manifestó su gloria» (Juan 2, 11).

Hacía siglos que ya no se obraban milagros en Israel. En los Libros Sagrados se solía leer de Elías que no había dejado acabarse el aceite y la harina de la viuda, pero aquello quedaba tan lejos, que no se le podía relacionar con el tiempo actual. Juan Bautista había empezado a predicar, pero, al parecer, tampoco a él se le había dado la facultad de hacer milagros como los antiguos profetas.

¡Y ahora, de repente, un milagro! ¡Sin anunciarlo, sin estar siquiera presente en persona cuando se operaba, lo había obrado Jesús, que durante años había sido sólo carpintero!

Aquello sucedió de improviso; de improviso para María, su Madre; de improviso para los discípulos, que él había llamado; de improviso para los parientes de Jesús, que estaban presentes; de improviso para los huéspedes. Para todos, sin excepción, había sido una sorpresa; una sorpresa que en los diversos individuos que se hallaban presentes encontraba diversa disposición de ánimo y obraba de diferente manera.

María, la Madre de Jesús, era la que poseía más ciencia secreta e inteligencia más recta para apreciar la significación del milagro. Se le abrió un mundo nuevo. «Aun no ha llegado mi hora», había dicho Jesús, ¡y a continuación obraba el milagro! Por consiguiente, a «su hora» precedería una época en la que se manifestase a los hombres por medio de milagros, preparando la revelación del misterio de su filiación divina. Ahora comprendió también por qué la había apartado Jesús con aquellas palabras tan extrañamente solemnes antes del milagro. El había tomado por su cuenta la petición de su Madre, absoluta e incondicionalmente, para realizarla por vía prodigiosa, para cumplirla como Mesías taumaturgo. ¡Así, pues,

el milagro había tenido efecto a instancias de ella! Este pensamiento puso un no sé qué de estremecimiento jubiloso en la sorpresa de María. Pero al mismo tiempo influyó como para establecer cierta distancia entre ella y su Hijo. También para su Madre se había mostrado Jesús de una manera particular como identificado con Dios, como aislado, como inaccesible. En el transcurso de la vida pública fué haciéndose cada vez más la luz sobre el suceso de Caná. María pudo conocer que en su futura asistencia al lado de Jesús se trataba de algo que no quedaba en la esfera de lo natural, sino sobre un plano más elevado. Las múltiples comparaciones que aducía Jesús sobre el Reino de los Cielos eran muy significativas a este propósito.

También los discípulos quedaron sorprendidos. Aunque supusiéramos que antes del encuentro con Jesús hubiesen esperado que el Mesías haría milagros, sin duda que no habían contado con que en el primero trocaría el agua en vino, a beneficio de los convidados a las bodas de una pobre pareja, en un pueblo pequeño de Galilea. La sorpresa tropezó en ellos con una disposición interior propia. Se alegraban del milagro obrado por su Maestro. Sus ojos le miraron con creciente afecto.

Asimismo para los parientes de Jesús fué el prodigio una sorpresa. Pero su corazón no la recibió con sentimientos propicios, en los que penetrase sin dificultad el milagro. Al principio pudieron hacer coro en la corriente general del regocijo, puesto que Jesús se había presentado como Mesías de una manera que podía compaginar su actividad futura con la idea del Mesías terreno que ellos se habían formado. Pero ya entonces había cosas que les agradaban bien poco. ¡En la obra, para la que se estaba apercibiendo, prescindía por completo de sus parientes carnales y de sus derechos y exigencias! ¡Siendo así que debían ser ellos, parecía natural, los primeros llamados a consejo! No fué esta razón del parentesco la última que movió a Jesús a manifestarse exteriormente desligado de su propia Madre. Para la fundación de su Reino le convenía escoger desde el principio un terreno espiritual propicio, fuera de sus allegados según la carne. Por eso había señalado también a Simón desde el comienzo como la roca, como el fundamento del edificio.

Los convidados, por su parte, se sorprendieron con el milagro. No fué sólo alegría, no; fué además sorpresa, de la

que no se podían recobrar sin definirse respecto de Jesús. Y no se definieron todos de la misma manera. Algunos creían interiormente en Jesús como en el Mesías; había quienes se pronunciaban por él con una satisfacción confusa, más bien externa, y hubo también, probablemente, algunos que se escandalizaban de que fuera carpintero de Nazaret. En este sentido, una hora después del milagro de Caná ya se había obrado la división de los espíritus que Jesús quería y debía determinar con su actuación pública.

Para esclarecer otro aspecto, nos interesa aún plantear una pregunta. ¿Estaba presente Juan, el evangelista, como testigo, en la conversación entre María y su Hijo antes del milagro? En toda la estructura de los hechos encaja mejor la hipótesis de que María habló de intento a solas con Jesús. La falta de vino que amenazaba, no era aún universalmente conocida, y María debía tener interés en proveer por encargo de Jesús, sin que se notara nada en cuanto fuese posible. La mejor garantía para ello era hablarle aparte. Y si en Caná no hubo ningún testigo de la conversación entre los dos, es posible que María no contase nada sobre su mediación en el milagro hasta después de la resurrección de Jesús, y que el primero a quien se lo contó era Juan, el evangelista.

Valor simbólico del milagro

El milagro de Caná no se puede apreciar acertadamente si se pasa por alto el elemento simbólico de la escena. Para comprenderlo tropezamos con diversas dificultades. Una de ellas consiste en que nuestra capacidad intelectual no está adiestrada en el simbolismo, cuya interpretación se dificulta además en este caso, porque únicamente las palabras de Jesús aluden al valor simbólico del hecho, y entre ellas propiamente tan sólo el apelativo «mujer» de María.

Se da, sin embargo, una posibilidad para iluminar «desde fuera» el milagro de Caná, en su peculiaridad de milagro alegórico. Pertenece, en efecto, a un grupo determinado de prodigios de Jesús, que tienen particular importancia y presentan diversos rasgos comunes. La comparación con sus semejantes arroja una luz sorprendente sobre el suceso de Caná.

Los Evangelios relatan tres milagros de Jesús que se distinguen de los demás y se pueden calificar de «milagros sociales», milagros en beneficio de la sociedad. Estos tres milagros son: la multiplicación de los panes (primera y segunda), la pesca milagrosa (primera y segunda) y la conversión del agua en vino. Todos ellos coinciden en que Jesús no socorre a individuos en particular, como, v. gr., cuando sana enfermos. Su virtud prodigiosa produce más bien algo que se reparte entre los particulares y remedia su necesidad.

Los tres milagros mencionados coinciden además en otros rasgos. El ponerlos de realce ilumina de tal modo su esencia que, en una mirada retrospectiva, casi llega a hacerse diáfano el sentido del milagro de Caná.

Los tres son, ante todo, tres semblanzas de la futura gran sociedad del Reino de Dios. Es cierto que en primera línea alivian una necesidad del presente y simbolizan el alivio de otra espiritual en el futuro; pero representan también los bienes mesiánicos, de que ha de participar la comunidad de los creyentes. En particular y más en concreto se manifiesta en estos milagros qué posición han de tener un día en la comunidad de los creyentes los que colaboran con Jesús en la realización del milagro, siguiendo sus indicaciones.

Cuando Jesús multiplicó los panes, hizo que todos los preparativos que se les podían confiar a ellos, los hicieran los apóstoles. El milagro que proporcionó pan al cuerpo de los hombres, fué al mismo tiempo un símbolo de aquel otro prodigio inaudito, la institución por Jesús de un manjar del alma. Esto lo indican las palabras de Jesús, al día siguiente del milagro. Pero el símbolo no se refería solamente al pan de las almas; se refería también al puesto que habían de tener los apóstoles en el Reino de Dios. Como distribuían ahora el pan del cuerpo, habían de distribuir un día el pan del alma.

De una manera parecida se efectúa la pesca milagrosa. El milagro preannuncia la Iglesia que ha de acoger a los hombres, como la red encerró a los peces. Pero al mismo tiempo queda apuntada la posición que han de tener los apóstoles, y de un modo especial Pedro, en el nuevo Reino. «¡Sígueme! ¡Desde ahora vas a dedicarte a ganar hombres!», dijo Jesús a Simón después del milagro. Con ello contorneó él mismo el simbolismo, impreciso con relación al príncipe de los apóstoles.

Como en el milagro había actuado éste en calidad de capitán de una tripulación de pescadores, así había de consagrar un día su vida, a una con sus compañeros y como jefe de la Iglesia, a la labor de ganar almas para Cristo.

También en Caná ocurrió algo semejante. La conversión del agua en vino no acorrió solamente a la perplejidad de los novios; era al mismo tiempo un símbolo de los dones preciosos del futuro Reino. Y la manera como permitió Jesús la cooperación de su Madre, era asimismo un símbolo del puesto que le había de corresponder en el Reino de Dios. Tampoco allí faltó la palabra presagadora de Jesús, aunque se manifestó de distinta manera que en la multiplicación de los panes y en la pesca milagrosa, como diferente era también la relación de María y de los apóstoles para con la Iglesia. Los apóstoles habían sido llamados por Jesús. En cambio la vocación de María para la obra de la redención había sido atendida desde que vino el ángel Gabriel con el mensaje de la encarnación y ella respondió: «¡Yo soy la esclava del Señor!» Mientras que Jesús llamó a Pedro cuando la primera pesca, a María no necesitó llamarla; ya lo estaba. Por eso, al denominarla «mujer», le recordaba simplemente el oficio que ya poseía y le hacía una indicación sobre lo que en lo sucesivo había de significar el mismo.

Los trabajos preparatorios de los que colaboraban y la admirable intervención de Jesús en todos estos milagros se relacionaron de la siguiente manera:

Jesús hacía que sus colaboradores ejecutasen todos aquellos preparativos que hubieran debido hacerse si se tratara de un remedio del aprieto puramente natural. Una vez tomadas estas medidas intervenía él en persona, obrando el portento sobre la base preparada por sus ministros. Hizo que los apóstoles organizaran los grupos para la comida antes de la multiplicación de los panes y les confió la repartición de los mismos; ordenó antes de la pesca milagrosa que los discípulos lanzasen la red, como si se tratara de una pesca ordinaria. Del mismo modo sucedieron las cosas en Caná; de la solicitud maternal de María, de su recurso suplicante a Jesús, de las instrucciones que dió a los criados brotó, como de condiciones previas y preámbulos, el primer milagro del Mesías. Esa solicitud de la Virgen fué elevada, por el milagro, a símbolo de la actividad

que había de corresponderle cuando el sacrificio de Jesús en la fundación del Reino celestial, después en lo sucesivo perpetuamente.

Respecto de la intervención de María en el prodigio se puede suscitar razonablemente una pregunta; a ver si la circunstancia de ser éste el primero de todos los milagros de Jesús le añade un nuevo simbolismo, que podría consistir en que dicho portento fuese el primero de todos los que obró el Mesías, porque la unión íntima de María con él precedió a los demás preparativos para la redención y los sobrepujo a todos en alcance. Es posible que Juan no quisiera indicar tan sólo una circunstancia de tiempo, sino aludir a la categoría del milagro de Caná, al cerrar su narración con estas palabras: «Tal fué el comienzo de los milagros de Jesús, en Caná de Galilea».

Aun se podría preguntar hasta qué punto comprendieron María, los discípulos y los huéspedes el valor simbólico del milagro del vino. A ello se puede responder sin duda que nos llevaban gran ventaja a los que leemos la narración. Inclínados por naturaleza a los hechos alegóricos, poseían por lo mismo cierto instinto para reconocer las acciones simbólicas de otros, principalmente de hombres escogidos por Dios. A esto se añadía la circunstancia de que el matrimonio, vínculo de amor entre hombre y mujer, era casi el símbolo nato de las relaciones del hombre con Dios. La boda, broche solemne del matrimonio, adquiría por lo mismo un esplendor peculiar y se transformaba en el símbolo de la unión del hombre con Dios.

Que las bodas aparecían a los ojos de la gente sencilla con una aureola de sublimación, lo acreditan de manera tan contundente las parábolas de Jesús en las que se representa el Reino de los Cielos bajo la imagen de unas bodas, que no hace falta ningún testimonio extrabíblico. Si en el pueblo no hubiese existido un fundamento cuasiexperimental para esta comparación, Jesús no la hubiese empleado jamás. Tal fundamento se daba también en Caná, y Jesús lo atendió. De esta suerte el milagro del vino inicia, en cierto modo, las parábolas de Jesús en que se compara el Reino de los Cielos con unas bodas.

María la "mujer"

A vueltas de los años, María oyó leer y declarar varias veces, en la sinagoga de Nazaret, la historia del paraíso y de la caída de Adán. A continuación seguía la promesa del Salvador, que decía así: «Dios dijo a la serpiente: Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu fruto y el suyo; él te aplastará la cabeza, tú [tan sólo] le alcanzarás a él en el talón.»

Este pasaje se leía y comentaba como alusivo al Redentor. La profecía estaba envuelta en una imagen que para todo oriental era familiar y que la podía comprender por propia experiencia.

Las serpientes eran una de las plagas más terribles del país. Se deslizaban sobre su vientre hacia los viajeros, que no tenían más que una salvación: levantar el pie con la velocidad del rayo y aplastar a la serpiente debajo. Del peligro sumo de haber tenido a la serpiente tan cerca, procedía entonces la liberación: parecía aplastada por el pie.

De una manera velada se indicaba con esto, cómo había de triunfar del pecado el Redentor que iba a venir. El Hijo de la mujer triunfaría de la serpiente, pero al triunfo había de preceder un momento en el que todo pareciese perdido.

Ya antes de que hubiese dado su consentimiento para ser Madre del Redentor, el espíritu reflexivo de María había considerado esta predicción acerca de él. Desde el día en que comenzó a ser su Madre, alcanzó este pasaje nuevo valor. Entonces supo quién era el Redentor del que se hablaba en aquella profecía, ya en la primera página de la Escritura: ¡era su Hijo!

Y la mujer que se mencionaba a su lado, como la persona que a semejanza de él estaba separada del tentador por una enemistad perfecta, ¿quién era? ¿No había en los Libros Santos algo que se refiriese también a ella, a la Madre del Mesías? Y ¿no era ella misma esta mujer?

«¡Salve, tú, llena de gracia!» Así la había saludado el ángel. «¡Mujer llena de gracia!», había puesto en el saludo, en el lugar donde se solía poner el nombre personal del interpelado, y donde el mismo ángel había de poner después su nombre, María.

E Isabel, su prima, llena del Espíritu Santo, había empleado palabras semejantes a las del ángel: «¡Tú eres la bendita entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre!» Como en la profecía sobre la mujer y el destructor de la serpiente, juntó también Isabel a Madre e Hijo en una expresión. Simeón, por su parte, unió más tarde a ambos, aludiendo al misterioso acontecimiento en la vida del Redentor, cuando se entablara la lucha que presenciaria la Madre, siendo su alma atravesada por una espada.

Todos estos acontecimientos permanecían siempre vivos en el alma de María, hasta el día y hora en que le habló Jesús, por vez primera, con el apelativo de «mujer», diciéndole: «¿Qué tenemos (de común ahora) tú y yo, mujer? Aun no ha llegado mi hora.»

¿Cómo reaccionó María a este nuevo apelativo de Jesús? ¿Qué se le ocurrió en el primer momento? ¿Qué se le ofreció a ella, que todo lo guardaba en su corazón y lo consideraba?

De las circunstancias en que Jesús le llamó mujer, pudo deducir que con ello le indicaba su puesto en la obra de la Redención. Porque por la Escritura sabía ella que los hombres que tenían especial destino en los designios de Dios, recibían de Él un nombre en consonancia. Y los discípulos la enteraron de que Jesús se había impuesto a sí mismo y había dado a Pedro un nombre nuevo.

Aún ignoraban su significado. ¡Pero notaban que Jesús procedía así por ser el Mesías! Su fe se agarraba a las palabras del Maestro, como los sarmientos al tronco. ¡La gran era estaba, por consiguiente, a las puertas! ¡Pronto se revelaría lo que aquellos nombres encerraban en sí!

Con mayor penetración que ninguno consideraba María la grata nueva. En su alma volvieron a reunirse, como en un foco, los sentimientos llenos de esperanza que habían traído los discípulos a Caná.

Sin embargo, a cada palabra que escuchaba María sobre Jesús, pensaba en el misterio que sólo ella conocía, en el misterio de la filiación divina. Era como una luz que le iluminaba las palabras más poderosamente que a los demás. Ahora que Jesús se había presentado como el Mesías garantizado por Juan, pensaba tal vez María que pronto se haría patente a todo el mundo este misterio fundamental.

Ahora bien, en aquellas horas de expectación suprema, Jesús daba también a su Madre un nombre nuevo. Como a Simón le había anunciado solemnemente, «serás llamado piedra», como se había presentado a sí mismo como el «Hijo del hombre», habló también a María, sin prevenirle ni darle después ninguna explicación, con el apelativo «mujer».

En su libro sobre María, al estudiar por qué habló así Jesús a su Madre en Caná, aduce San Canisio las palabras, que él aprueba, de un teólogo protestante contemporáneo. Están tan bien ponderadas, que las vamos a reproducir como explicación: «Cristo tomó aquí en consideración aquella promesa primera, que la descendencia de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. Y se sirve de esta manera de hablar, porque es la más honrosa de todas. Entre todas las mujeres, sólo María es la gran mujer que ha tenido aquella descendencia en la que han de ser benditos todos los pueblos. A ella sola le corresponden los magníficos títulos de honor con los que el ángel Gabriel e Isabel la saludaron como a «llena de gracia» y «bendita entre las mujeres». Con estas palabras le habló todavía el Señor cuando, pendiente de la Cruz, lleno de amor, la quiso confiar a la solicitud de Juan: «Mujer, he ahí a tu hijo». Del mismo modo la honró y ensalzó también al morir, con este título honorífico que la hacía bienaventurada entre todas las mujeres. Lejos de nosotros pensar que el Hijo de Dios hubiese llamado mujer a su Madre por poca estima, cuando estaba luchando con la muerte.»

Naturalmente no es posible llegar a conclusiones definitivas sobre las relaciones que pudo establecer María entre el nuevo apelativo solemne dado por Jesús o lo que ella sabía sobre la mujer de la promesa en el paraíso, y lo que por su vida propia le decía el apelativo mujer; ni, por consiguiente, sobre si penetraba el sentido último del título pronunciado por los labios de Jesús.

No tenía por qué darse entonces cuenta perfecta sobre ello. Tampoco Simón, el hijo de Jonás, sabía aún lo que significaba para él el nombre mesiánico de «piedra». Y nadie penetraba en toda su profundidad lo que Jesús pretendía al llamarse a sí mismo «Hijo del hombre»; cómo quería más bien ocultar su filiación divina que declararla. De la misma manera habló con frases veladas sobre el oficio de su Madre.

Con todo, una cosa había entendido María con claridad en las palabras de Jesús: que en la obra de su vida, en la Redención, ella tenía que prestarle ayuda, y que el tiempo propicio vendría más tarde. Después de volverse a encontrar, ya no le estaba sometido Jesús y no se volvía a establecer aquella vida común de familia con Él, que durante treinta años había constituido su dicha. Jesús pertenecía ahora a sus discípulos y al pueblo. Ella quedaba entre bastidores; desde allí quería trabajar en favor de su Hijo, mientras ésta fuese su voluntad. Pero en cada instante estaba dispuesta a ponerse a su lado como esclava del Señor, tan pronto como llegase «la hora de Jesús».

VI. MARÍA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

María durante los viajes apostólicos de Jesús

«Con ellos estaban los doce y algunas mujeres que El había librado de los espíritus malignos y de diversas enfermedades: María, por sobre-nombre Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, mayordomo de Herodes; Susana, y otras muchas que les socorrían con sus bienes» (Luc. 8, 2-3).

Este relato llama la atención por su contenido mismo. Ilumina un aspecto de la vida pública del Mesías, para el que no estábamos preparados. Un grupo de mujeres recorrían con Jesús la Galilea y le acompañaban como los apóstoles. Entre ellas había algunas incluso de las clases elevadas. También se dice que estas mujeres les socorrían con sus bienes a «ellos», por consiguiente a Jesús y a sus discípulos que formaban un todo. Jesús no obraba ningún milagro para sí y para los suyos. Según esto, en el séquito de Jesús había dos grupos: uno de varones con Jesús a la cabeza, y otro de mujeres que servía al grupo de varones.

Se puede sospechar por un detalle que también en Judea acompañaban estas mujeres a Jesús a lo menos por algún tiempo. San Mateo, otro de los evangelistas, distinto del que nos habla del séquito de mujeres en Galilea, escribe a propósito de la crucifixión: estaban también presentes muchas mujeres, que lo presenciaban todo de lejos; eran las que le habían seguido desde Galilea y le servían. El evangelista habla aquí, cosa extraña, de «muchas mujeres»; no se trata pues de dos o tres. Estas mujeres o se encontraron con Jesús en el camino cuando venían en peregrinación para la fiesta de la Pascua, o le habían acompañado en Judea como antes en Galilea.

No se vaya a creer, sin embargo, que Jesús y los apóstoles necesitaban absolutamente los servicios de estas mujeres. Sin grandes molestias se podían bastar a sí mismos. La mujer oriental no participa tanto como entre nosotros en la administración de la casa; los hombres tienen que cuidar más de sí mismos. Hasta tiempos muy recientes había señores de buena posición que hacían todas las compras por sí mismos. Los

discípulos, como gente del pueblo, se las sabían arreglar perfectamente por sí solos.

El séquito de Jesús estaba compuesto de suerte que las mujeres podían quedar al margen. Hay detalles en el Evangelio que lo demuestran. Judas tenía el cargo permanente de administrar el dinero; hasta los últimos días estuvo haciendo limosnas en nombre de Jesús. Todavía cuando el Señor le dijo, en la última cena: «¡Lo que estás haciendo, acábalo pronto!», pensaron los discípulos que le hacía algún encargo.

Los Evangelios muestran además que las mujeres no acompañaban continuamente a Jesús. Cuántas veces se recogía a la soledad para hacer oración y pasaba así toda la noche con los discípulos, no permitía el uso que las mujeres velasen en su compañía. Es de suponer también que en el penoso y largo viaje de Jesús hacia el norte, a tierras de Tiro y Sidón, no le acompañaban aquéllas.

El relato sobre el séquito de mujeres parece también indicar la ocasión en que le solían seguir, a saber: «cuando iba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea», es decir, cuando visitaba los lugares que estaban en el camino. En este caso iban ellas probablemente delante, arreglaban el hospedaje y preparaban la comida. Para sí mismas se reservaban una parte, como solía hacerse también en las peregrinaciones a Jerusalén.

¿Dónde se encontraba María cuando Jesús recorría Judea y Galilea como Maestro y Taumaturgo?

Como no se puede hallar una respuesta terminante, indicaremos las diversas posibilidades que se daban.

Una era que María acompañase a su Hijo en el séquito de mujeres. El Evangelio observa expresamente que, cuando la crucifixión, se hallaba presente en uno de aquellos grupos. En cambio, no la menciona entre las que le siguen en Galilea. Unos deducen de aquí que no se encontraba en aquella comitiva; otros que sí, aunque el evangelista no la nombre en particular.

Por lo menos es seguro que María no iba siempre en el séquito de Jesús. Un relato de los Evangelios, del que nos vamos a ocupar en seguida, la visita a Jesús de su Madre, supone en toda su estructura que se trataba de una verdadera «visita». Por tanto, en el tiempo inmediatamente anterior, cuando menos, no estaba con Jesús. Por otra parte, es de

suponer que con ocasión de las grandes fiestas anuales que interrumpían la vida ordinaria para todos, tomaría parte en la peregrinación a Jerusalén y se uniría a Jesús, tal vez en el camino, tal vez en la ciudad santa.

¿Dónde residía María el tiempo que no estaba al lado de Jesús? Es posible que en la primera época hubiese seguido en Nazaret y que más tarde fuera a Cafarnaúm, donde se hallaría acogida en alguna familia; acaso en la de Pedro o entre sus parientes. Después de haber sido expulsado Jesús de Nazaret, por sus conciudadanos, en malas formas, es de presumir que María no prolongó su estancia en la ciudad patria.

De modo semejante al de Galilea se desarrollaron más tarde las cosas en Judea, cuando Jesús se trasladó allí definitivamente. Para esta etapa de la vida de Jesús se ofrecen substancialmente las mismas posibilidades que para la anterior. En lugar de Nazaret o de Cafarnaúm se presenta la hipótesis de Betania, con la casa de las hermanas María y Marta.

Además de los indicios sobre la residencia de María, tal vez se pueda reconstruir algo de lo que sucedió en este punto durante la vida pública, por los hechos de la crucifixión. Como es sabido, Jesús confió su Madre a Juan desde la cruz, y Juan la recibió en su casa. Y poco antes de la pasión había acudido Salomé, la madre de Santiago y Juan, a Jesús, suplicándole que prometiese a sus hijos los primeros puestos en el Reino de Dios. Estos dos hechos hacen sospechar que entre Jesús y la familia del Zebedeo existía ya de antiguo, por ambas partes, un trato especialmente estrecho; un trato íntimo entre Jesús y los hermanos Juan y Santiago, y un trato íntimo entre María, Madre de Jesús, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo. No sería del todo imposible que la estrecha unión con esta familia datase del tiempo de la actuación de Jesús en Galilea.

Sea cual fuere la solución que se dé a la pregunta de la residencia de María, una cosa es cierta: que durante toda la vida pública de Jesús permaneció en segundo plano; y esto no fué casualidad, sino voluntad del Hijo. Jesús le había declarado solemnemente en Caná que su hora, que era al mismo tiempo la hora de María, no había llegado por entonces. Inmediatamente después de estas palabras había obrado el primer milagro; dedujo, por tanto, María que la época de los

milagros no coincidía con el tiempo en que, según la profecía de Simeón, se había de entablar la batalla decisiva. Pero cuanto más se fué retrayendo el pueblo de Jesús y más sañudamente le perseguían los fariseos, tanto más claramente conocía María que «la hora» se iba acercando.

Las relaciones de María con los discípulos se mantuvieron, de esta suerte, hasta la pasión de Jesús, relativamente distanciadas. Jesús era el único que conocía la maternidad milagrosa de María, y María siguió siendo la única iniciada en la filiación divina de Jesús. Jesús no quería que ella diese aún testimonio de Él. Su misión era confirmar el misterio, una vez que Él hubiese entrado en la gloria y cerrado la revelación.

La visita de la Madre rechazada

«Entonces llegaron su Madre y hermanos; quedáronse fuera y enviaron dentro mensajeros para llamarlo. Una muchedumbre de pueblo estaba sentada alrededor de Él cuando le dijeron: '¡Mira, que tu Madre y tus hermanos están ahí fuera y te buscan!' Jesús les respondió y dijo: '¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?' Entonces dirige una mirada a los que estaban sentados alrededor y dice: '¡Ved aquí a mi madre y mis hermanos! ¡Cualquiera que haga la voluntad de Dios, es mi hermano, mi hermana y mi madre!'» (Marc. 3, 31-35; Mat. 12, 46-50; Luc. 8, 19-21).

La gente se apretujaba y apelotonaba a la entrada de la casa donde estaba Jesús. Hombres y mujeres, doncellas y adolescentes, y, por supuesto, chiquillos que corrían de un lado al otro delante de la muchedumbre, buscando un resquicio por donde colarse. Los velos de las mujeres se mezclaban con los turbantes blanquecinos de los hombres.

Entretanto se acercaba, calle adelante, la Madre de Jesús. Venía acompañada de otros parientes. No se hace la menor indicación sobre el punto de origen de aquel grupo. Los parientes de Jesús que comparecieron aquí eran probablemente los mismos que vemos en otros pasajes del Evangelio. Y como tenían su residencia en Nazaret, lo más verosímil es que también María se hubiese puesto en camino con ellos, saliendo de Nazaret. Nos gustaría saber lo que ocasionó esta visita: si no se la quiere relacionar con el suceso de que hablaremos en el párrafo siguiente, no queda base más que para conjeturas.

Llegó, pues, María con los parientes hasta la casa donde se encontraba Jesús. Los que estaban a la entrada retrocedieron al ver a los visitantes. Los recién llegados harían, para comenzar, algunas preguntas: ¿Cuánto tiempo lleva enseñando el Maestro? ¿Cuánto durará esto todavía? Pero como no querían aguardar, en vista de las circunstancias, se dieron a conocer como parientes de Jesús, hicieron la presentación de la Madre y manifestaron deseos de hablar con Jesús. La nueva fué pasando de boca en boca, de suerte que, cuando dentro comenzó la confusión, todos miraron hacia fuera, y al ver de qué se trataba, dieron curso a la demanda. La gente creyó que los parientes de Jesús tenían que ventilar con Él algún asunto urgente y personal. La expresión «Madre y hermanos» obraba en todos poderosamente. Nada apreciaban ellos más que los «parientes», «carne de su carne y sangre de su sangre».

Todos los ojos se dirigieron a Jesús; los oyentes estaban dispuestos a apretarse contra las paredes, para hacer sitio al Maestro. ¿Qué iba a hacer, sino salir al punto? ¡Si se trataba de sus propios parientes! ¡Los que no lo eran, tenían que retirarse; era natural!

Con todo, Jesús hizo algo que no habían esperado y que dejaba traslucir su conmoción interna. A los oyentes les hizo la impresión como si hubiera aguardado durante mucho tiempo aquella coyuntura, y como si entonces pudiera decir, por fin, lo que en su interior tenía preparado ya de antiguo y pugnaba por salir afuera.

San Mateo refiere: «Él extendió su mano sobre sus discípulos.» Marcos hace presente, por decirlo así, la escena toda y escribe: «Entonces dirige una mirada a la gente que estaba sentada en círculo a su alrededor, y dice...» En estas narraciones no hay que pasar por alto que los evangelistas, como todos los escritores de aquel tiempo, eran muy parcos en la referencia de gestos. Si dan cuenta de estos detalles, es que debieron de hacer una impresión especialmente honda en los testigos, constituyendo una parte esencial del suceso.

Puesto en pie en medio de la concurrencia, declaró Jesús solemnemente: «¡Mirad, éstos son mi madre y mis hermanos! Porque ¡cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, es para mí un hermano, una hermana y una madre!»

¡Qué ojos tan llenos de sorpresa los que se clavaron en el rostro de Jesús con una emoción sin palabras!

El término «hijo de Dios, hijos de Dios» érales familiar a los oyentes; con él se designaba a los hombres que vivían conforme a la voluntad de Dios. En el Libro de los Jubileos, que es poco más o menos de aquel tiempo, se dice, por ejemplo: «Ellos cumplirán mis mandamientos; yo seré su padre, y ellos serán mis hijos.» Tampoco el término «cumplir la voluntad de Dios» era innovación de Jesús. Así que cada uno de los giros, por separado, era fácil de entenderse.

Por el contrario, tenía que llamar la atención, que Jesús hablara también de hermanas, no habiendo dicho nadie que hubiera allí hermanas o primas que le querían hablar. Precisamente por haber introducido la palabra hermanas, cuando nadie las había mencionado, aclaró él el sentido de su frase. El que cumple la voluntad del Padre que está en los Cielos estará tan unido con Jesús en el reino de la gracia, que toda la intimidad que pueda darse de hermano a hermano o de hermano a hermana y de hijo a madre, hay que reunirla en un haz para formarse idea de la intimidad de aquella unión. De suerte que no se trataba de una catalogación, sino de una recapitulación. ¡Esta era la ley fundamental del nuevo Reino: hacer la voluntad del Padre celestial! Cuanto más consiguiese un hombre en su esfuerzo por cumplir el beneplácito del Padre, tanto más cerca de Jesús estaría. Esta sentencia suponía que él, Jesús, era el Hijo substancial del Padre y, por lo mismo, participe de su esencia divina, y participe también de la vida divina de la gracia en cada una de las almas que cumplen la voluntad del Padre. Sólo por esa vida divina pueden éstas guardar respecto de él la relación de hermano, hermana y madre.

Con su conducta durante esta visita de la Madre y con su respuesta propuso Jesús, en cierto modo, una como parábola viviente.

Si se la quisiese formular en palabras, habría que decir poco más o menos: El Reino de los Cielos se puede comparar con una parentela. En ésta hay una cabeza y muchos miembros. Todos los que están unidos con la cabeza por la misma sangre, dependen de ella y forman con ella como un todo. Así sucede también en el parentesco celestial de los hijos de Dios, de todos

aquellos que hacen la voluntad del Padre celestial: todos están emparentados unos con otros; son al mismo tiempo hermanos y hermanas y madres. Y su Cabeza es el Padre nuestro que está en los cielos.

Este parentesco celestial lo colocó Jesús en aquella ocasión tan por encima del de la tierra, porque tiene su origen en lo más excelso del hombre, en su alma. El parentesco carnal que se funda en la sangre pertenece, como ella, a este mundo. Dentro de los límites debidos Jesús no lo despreció, sino que lo ennobleció. Como hijos de Dios, sus parientes subían en la escala de los valores.

La respuesta de Jesús fué una sorpresa para María, como para los demás. Pero esta sorpresa encontró en ella una disposición interior, en la que quedó sumida como una piedrecilla en el mar. En lo capital, en la disposición para cumplir la voluntad de Dios, María era una misma cosa con Jesús; la diferencia estaba en que ella no conocía en cada momento con la misma clarividencia que él, lo que la voluntad de Dios le prescribía entonces. Pero apenas averiguaba la voluntad de Jesús, quería ella lo que quería él.

No sucedía lo mismo con los parientes que la habían acompañado. En la medida en que conocieron lo que anunciaba Jesús tan solemnemente con su exclamación, creció también el enojo. A su juicio Jesús estaba obligado ante todo a cumplir la voluntad de los parientes. Seguramente que les molestó además el que no hiciera pasar al punto a su Madre, delante de la muchadumbre reunida. La enemiga no brotaba naturalmente de un amor desinteresado a María; veían que lo que había hecho con ésta, valía también para ellos. Pero precisamente por haber tratado Jesús a su Madre como a los demás parientes, les era difícil hacerle reproches; la más afectada era María. Tampoco podían suscitar la queja de que se mostrase «parcial» respecto de sus allegados. Como que daba a entender que se desprendía de todos, situándose en un punto en el que no se daban diferencias, así se tratase de su Madre o de algún otro. A esto se agregaba el que sabían con cuánto respeto y obsequiosidad se habían tratado Madre e Hijo durante tantos años en Nazaret; entonces se habían prestado ayuda mutuamente y nada los había podido separar. Estuviesen o no de acuerdo los parientes, por lo menos tenían que reconocer que

Jesús llevaba hasta sus últimas consecuencias su idea, sin exceptuar a su Madre amantísima.

La mayor satisfacción para aquellos hombres que se sentían desairados a los ojos del pueblo como parientes de Jesús, hubiera sido que María, la Madre, se hubiese mostrado ofendida. Pero, según vieron, se inclinaba ante las palabras del Hijo, como la criada ante las órdenes de su señor.

En ésta como en otras ocasiones vino a interponerse María entre Jesús, su Hijo, y sus parientes. Esto le acarreaba amargura sobre amargura. Interiormente estaba plenamente del lado de Jesús; exteriormente el mismo Jesús la separaba, confundiéndola con los parientes. El enojo que experimentaron éstos por causa del para ellos misterioso modo de proceder de Jesús, descargó de lleno sobre su Madre. En aquel ambiente de tormenta se atropellaban unas a otras las palabras y producirían situaciones violentas en las que, por medio de observaciones picantes, se «daría a entender» a María que no estaban satisfechos de su Hijo, y que tampoco con ella se podía tratar sin recelo, porque sabían perfectamente que en su interior se ponía al lado de aquél.

Conforme a esto, sólo en apariencia era absoluta la inacción de la Virgen durante la vida pública de Jesús; en hecho de verdad le estaba asignada una función difícil, un encargo que sólo ella podía desempeñar. Ella contuvo la tempestad que, formada entre los parientes, amenazaba seriamente la actividad pública de Jesús; o la llevó, por lo menos, tan lejos, que no sobreviniese un rompimiento definitivo entre aquéllos y éste. Porque una ruptura así hubiera dado lugar, según las costumbres reinantes, a pactos entre los fariseos y los parientes, lo mismo que más tarde el rompimiento de Judas le llevó a aliarse con los enemigos del Mesías. Esto lo frustró María con su mediación entre los parientes y Jesús, bien rica en sacrificios. Con ello cumplió una misión que desde entonces han debido tomar sobre sí, que han tomado de hecho, innumerables madres: la de sostener en sí la luz de la fe en un ambiente en que su resplandor o no ha brillado nunca o se ha apagado, hasta que, cambiadas las circunstancias, tenga oportunidad de prender en esa llama las velas apagadas de los demás miembros de la familia.

La acción contra Jesús

«Cuando volvieron a casa (del monte donde escogió a los apóstoles), se reunió de nuevo la gente, de modo que ni siquiera podían comer. Cuando los suyos se enteraron de esto, salieron para recogerle, porque decían (los suyos a otros) que estaba fuera de sí» (Marc. 3, 21).

En los tiempos de la radiofonía, en que se considera muy retrasada la información del semanario, es difícil imaginarse cómo y con qué celeridad se difundían las noticias en el pueblo de Israel, país sin periódicos ni telégrafos. Cada cual se constituía, las más de las veces sin caer en la cuenta de ello, en relator de noticias. Había también profesionales que, por razón de sus negocios, se encargaban del servicio de información; arrieros que con sus asnos o camellos hacían, con mayor o menor regularidad, su recorrido entre los pueblos mayores de cada tribu o entre las capitales del país; comerciantes que gustaban de lanzar una noticia que atrajera a la gente, antes de empezar de buenas a primeras a hacer su negocio. En este particular el comercio de paños jugaba el papel más importante.

En Galilea, patria de Jesús, se daban diversas circunstancias que contribuían especialmente a la difusión rápida de las noticias. La densidad de población era relativamente grande y por igual en toda la región. Los caminos accesorios no descendían, como en Judea, a ambos lados de la carretera principal, a los valles y hondonadas, como costillas de un esqueleto; más bien se asemejaban a una red de malla estrecha, en la que se entrecruzaban las sendas diversas, unas que iban de Galilea a Judea, otras que conducían del lago de Genesaret al mar Mediterráneo. En algunas poblaciones se daban noticias cada hora a la puerta de la ciudad o en los bazares, como actualmente en las estaciones telegráficas. Cuando el país vivía horas de excitación que preocupaban a todos, se establecía un servicio de mensajes con una celeridad que a nosotros se nos hace inverosímil. En algunos casos se comprueba esto aun hoy día. Durante la gran guerra, las tropas de Oriente experimentaron frecuentemente sorpresas agradables, cuando creían que tal o cual avance no lo conocerían aún los beduinos. Es natural que en la misma corriente y con la misma celeridad desembo-
caran toda clase de rumores en el país.

En tales circunstancias hay que representarse la vida pública de Jesús. Cuando enseñaba y obraba milagros en Cafarnaum, corría su fama como en ondas de ciudad en ciudad; cuando iba él mismo de una población a otra, quedaba constituida la aldea o ciudad en que se detenía en punto de difusión de noticias.

Como la mayor parte de las ciudades poseía un espacio libre junto a la puerta o en algún otro punto, los que no tenían nada que hacer se daban cita en aquel sitio y mataban el tiempo comentando los rumores que circulaban. ¡Qué cosas no se contarían entonces sobre Jesús, a la puerta de la ciudad de Nazaret! Se cumplía a la letra la frase del salmista: «¡Mofáronse de mí los que estaban sentados a la puerta!» Porque la cosa no se reducía a relatar; había que colorear la narración de una u otra manera, conforme a la disposición que se tuviera respecto de Jesús; y en todo caso se le hacía daño, no ajustándose fielmente a la verdad.

La noticia sobre las obras de Jesús y los rumores sobre la de sus enemigos, llegaron a oídos de sus parientes de Nazaret. Estos eran gente sencilla que, como Jesús en otros tiempos, vivían del ejercicio de su profesión. Sin haber hecho ellos nada, se veían envueltos ahora en una lucha cruel, como parientes de Jesús. ¡Cómo quería éste enfrentarse con los fariseos, cuando ni siquiera las familias nobles de los saduceos podían conseguir nada! Y si salía vencido, aquello no sería un fracaso para él solo; no. ¡Toda la parentela se vería arrastrada a la misma ruina! Mal que les pesase, cualquier malintencionado les diría por detrás: ¡También tú eres de su parentela!

Los rumores acerca de Jesús iban tomando cada vez peor aspecto; se decía que «estaba fuera de sí». Probablemente no todos los que repetían aquella frase querían decir lo mismo. La expresión griega tiene una acepción muy amplia: puede significar «estar fuera de sí de alegría o de admiración, de coraje o de celo». En la escena de Jesús en el Templo, v. gr., se lee: Los rabinos quedaban fuera de sí (de admiración), por las preguntas y respuestas de Jesús. Precisamente por su elasticidad era extremadamente peligrosa la frase; el malintencionado no tenía más que modularla con un tono de odio, y le daba el sentido peor. Además no conviene olvidar que por el mismo tiempo se esparcía el rumor de que Jesús estaba en alianza con el demonio.

Se ha tratado de atenuar el sentido de la expresión «estar fuera de sí»; no se creía posible que se pudieran decir monstruosidades como ésta: que Jesús hubiese perdido la cabeza. A tales reparos se puede replicar que, según lo refieren los Evangelios, Jesús fué acusado de estar en inteligencia con el demonio. Tal inculpación, entre gentes que creían en un demonio real, era más grave que afirmar que estuviera loco. Además hay que tener presente que la gente ordinaria no distingue bien, muchas veces, entre perturbación mental y posesión diabólica. Cuando v. gr., dijo Jesús que «se atentaba contra su vida», se le respondió: «¡Evidentemente que tú estás endemoniado!» Lo mismo se le hubiera podido decir: ¡Tú tienes manía persecutoria! Y tal era la respuesta en este caso.

En tales circunstancias los parientes de Jesús estaban obligados por las costumbres de Oriente a tomar cartas en la actuación de Jesús. O la aprobaban, poniéndose personalmente de su parte, o la condenaban, esforzándose por conseguir que se retirase de la vida pública. La simple protesta que «a ellos nada les iba con lo que hiciese Jesús», no bastaba, en las circunstancias concretas, para que se librasen de responsabilidad a los ojos de la gente.

La responsabilidad principal recaía sobre el jefe de la parentela. Sobre él, o sobre ellos, caso que fuesen varios, pesaba en este caso de un modo especial. José, el padre legal de Jesús, ya había muerto. Si viviese aún, hubiera bastado presentarse en su taller e imponerle que recogiera al punto a Jesús en casa.

En esta situación se llegó a una acción contra Jesús, que se bosqueja brevemente en el Evangelio de San Marcos, sin que lleguen a esclarecerse todas las circunstancias. El Evangelista cuenta: «La gente de Jesús vino para tomarlo en prevención.» La frase da lugar a una pesquisa ulterior, lo mismo preguntando: ¿quién hizo esto?, como, ¿qué es lo que se hizo?

¿Quién se sintió obligado a intervenir en el asunto de Jesús? La expresión griega se puede traducir por «los suyos». Queda aún por determinar si se comprenden en ella sus parientes propiamente dichos o sus partidarios. En los documentos profanos se emplea este giro en un sentido genérico parecido; así, por ejemplo, leemos en una carta: «Yo me encuentro bien, lo mismo que Estlytis y todos los nuestros.» Sea como fuere, los derechos que poseían o se atribuían los parientes sobre sus

parientes como miembros de la familia, aunque no fuesen consanguíneos o por lo menos no de los más próximos, eran la base para meterse en asuntos de éstos. El que algunos se creyesen obligados a intervenir pudo suceder muy bien porque la jerarquía dentro de la familia de Jesús no estaba en claro, si no había en ella algún varón que excediera a todos los demás en edad y dignidad. En último término queda también por averiguar si los suyos mismos estaban en la persuasión de que Jesús iba en su actuación más allá de los justos límites, o si sólo lo decían así los demás.

¿Qué fué lo que pretendían aquellos hombres? Querían «apoderarse (*kratein*)» de su pariente; esto quiere decir, en cualquier hipótesis, que trataban de quitarle la libertad de acción. Los detalles tal vez no los hubiesen determinado aún en el camino. Porque en casos como éste el modo de proceder lo imponen muchas veces las circunstancias del momento.

¿Cómo se frustró la tentativa? Si se identifica con la visita de María y de los parientes, ya queda dicho en el párrafo anterior que Jesús rechazó toda intervención de sus allegados apelando a un parentesco espiritual, que les liga a él y a todos los hombres más que el corporal. Si se trata de dos visitas distintas, lo único que sabemos es que la pretensión de los parientes quedó sin efecto.

Lo que se oculta en estas narraciones supone para la vida de María un mundo de pesar y tormento, difícil de ser expresado con palabras. Para ella fué enormemente doloroso ya el verse forzada por sus parientes a acompañarlos, si es que así lo hicieron, cuando quisieron traer a Jesús a casa y obligarlo violentamente a renunciar a su actividad pública. Pero aun dado el caso que por compasión la dejaran, y sólo se hubiese enterado después del hecho, fué esto para su corazón de madre un tormento que la afectaba de manera particular.

El elogio de la Madre de Jesús

«Jesús expulsó un mal espíritu que era mudo. Y cuando lo hubo expulsado, el mudo empezó a hablar. Las muchedumbres quedaron admiradas. Algunos de los presentes decían: 'Ese expulsa los espíritus por arte de Belcebú, príncipe de los malos espíritus.' Otros le tentaban, reclamaban de él una señal del Cielo...» (Luc. 11, 14-28; Mat. 12, 22-32; Marc. 3, 22-30).

El reproche de que Jesús anduviese en pactos con el príncipe de los demonios era para la gente del pueblo una calumnia tan formidable, que la dejaba como sin saber qué pensar. El demonio no era para ellos un duende de las fábulas, sino el debelador de lo bueno y padre de la mentira. Por lo mismo, la acusación de que el demonio en persona ayudaba a Jesús en los milagros que hacía, era la calumnia peor que se podía pensar. El hombre honrado y sencillo, que no atribuía a su vecino más perversión que la que él manifestase en sus obras, pensaba para sí: ¿Cómo se les iba a ocurrir decir eso, si no hubiese en ello algo de verdad? «Algo» era en este caso concreto, «todo». Por eso reaccionó Jesús ante la blasfemia con inusitada vehemencia, y no con discursos, sino con palabras y frases que caían como mazas y las entendía cualquiera.

Y dijo: «Todo reino dividido en sí mismo se derrumba y una casa cae sobre la otra. Si, pues, también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino? Porque vosotros decís que yo expulso los demonios por arte de Belcebú. Y si yo expulso los demonios por virtud de Belcebú, vuestros hijos ¿por virtud de quién los expulsan? ¡Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces! Pero si yo expulso los demonios por virtud de Dios, es claro que ha llegado ya su Reino a vosotros. Mientras un hombre poderoso guarda su palacio bien pertrechado, su propiedad está asegurada. Pero en cuanto le ataca otro más fuerte que él y le vence, le arranca todos sus arneses, en los que confiaba, y reparte sus despojos. ¡El que no está conmigo está contra mí, y quien no recoge conmigo, desparrama!»

Jesús había formulado su réplica en todo conforme a la mentalidad del pueblo: el más rudo le comprendió lo que quería decir. No se les envidiaba a los fariseos su posición. Bien que no todos se atrevían a decirlo en alto. Hubo sin embargo una mujer que en el entusiasmo prorrumpió en una exclamación. Cuando Jesús estaba hablando todavía, gritó ella: «¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!»

Jesús replicó y dijo: «¡Dichosos son propiamente los que oyen la palabra de Dios y la siguen!»

Las exclamaciones entusiásticas decían bien con aquellas gentes de carácter abierto; y el envolverlas en una alabanza

a la madre del ensalzado era una costumbre favorita. El elogio de aquella mujer era, pues, de todo en todo popular en su forma. De no mucho tiempo después se conserva una alabanza casi igual, dirigida a Raquel, madre del José de Egipto: «Benditos sean los pechos que te amamantaron y el vientre que te llevó.» Que era una manera de hablar fija, lo prueba el hecho de que se la usaba para maldecir, modificando las palabras precisas. Sin embargo, hay que considerarla como una frase solemne, de las que conocen, aman y emplean los orientales sencillos. La exclamación misma se había formado e impuesto como resultado de la persuasión popular de que para una madre no hay felicidad mayor que la de haber dado al mundo un hijo ilustre.

Jesús hizo valer la glorificación de su Madre. María era realmente digna de ser ensalzada; lo había sido ya muchos años antes de labios de su prima Isabel. Interiormente Jesús la glorificaba más aún que aquella mujer. Pero el motivo que le movía era más profundo: él sabía que su Madre era la que cumplía con mayor fidelidad la voluntad de Dios entre todos los hombres. A sus ojos María era digna de la glorificación, no porque era de la misma sangre, sino más bien porque tenía los mismos sentimientos que Jesús, su Hijo, el Redentor. Y a esto miraba la respuesta de Jesús.

El mismo pensamiento en el que funda la glorificación de su Madre, lo propuso Jesús en otras ocasiones y de diversas maneras. El alma, tal era la doctrina que enseñaba, pertenece a Dios y tiene con él lazos mucho más íntimos que los que ligan al hombre a su familia. Por eso no es la familia la región suprema y última en que descansa el hombre con su alma inmortal, que pertenece a Dios en el tiempo y la eternidad. Y si ocurre el caso de tener que escoger entre el amor a Dios y el amor a los suyos, el que no quiera traicionar la filiación divina de su alma, tiene que postergar los lazos del parentesco carnal. Y si no todos los de la familia se resuelven por la parte de Dios, tiene que estar dispuesto a la separación espiritual de los otros, por amor de Dios.

La expulsión de Nazaret

«De allí se fué a su ciudad patria. Sus discípulos le acompañaban. El sábado empezó a enseñar en la sinagoga. Muchos de sus oyentes se admiraban de su doctrina y preguntaban: '¿De dónde ha sacado él todo esto? ¿Qué sabiduría se le ha comunicado? Y ¿qué milagros se obran por su acción? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano (primo) de Santiago, José, Judas y Simón? ¿No viven también sus hermanas (primas) entre nosotros?' Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo: 'En ninguna parte encuentra un profeta menos aceptación que en su ciudad natal, en su familia y entre sus parientes.' Y no pudo obrar allí milagros, fuera de unos pocos enfermos que sanó imponiéndoles las manos. Se extrañaba de la incredulidad de aquella gente y salió a enseñar por las aldeas del contorno» (Marc. 6, 1-6; Mat. 13, 54-58; Luc. 4, 16-30).

Cuando en uno de los viajes visitó Jesús su ciudad patria, Nazaret, se dirigió el sábado a la sinagoga para la función religiosa. De las casas, que Él conocía muy bien, iban saliendo hombres y mujeres con vestidos de fiesta. Todos los días festivos se reunían a la puerta de la sinagoga los mendigos y lisiados de la ciudad y pedían una limosna a la gente que entraba. Dado lo que era el mundo oriental, seguramente que se habían enterado de la llegada de Jesús y de su actuación en Cafarnaúm. Y esto supuesto, es verosímil suponer que algunos de ellos le mirarían como diciendo: Si necesitas gente en que ostentar tu poder, ¡aquí estamos nosotros! Disposición de ánimo que nada tenía que ver con la confianza que exigía Jesús.

Pasó por delante de ellos y entró en la casa de oración. El que dirigía las preces entonó. Comenzáronse las oraciones de costumbre. Si ya entonces lo era que el lector de los profetas dirigiese las oraciones, y si Jesús había sido invitado de antemano para leer, Él las dirigió. No obstante, muchos indicios hacen suponer que se ofreció Él mismo para hacer la lectura, como convenía a su calidad de Mesías, y que el auditorio estaba en expectación con encontrados sentimientos. A las largas invocaciones del entonador contestaba el pueblo con respuestas breves, frecuentemente con un simple «Amén».

Entonces se adelantaba el lector de la Ley. Acabados su lectura y el himno, seguía un fragmento de los profetas. En este momento, se levantó Jesús para leer un pasaje profético. Presentóse delante e hizo que el ayudante le diese el rollo.

Buscó en él un lugar determinado. Los espectadores cobraron la impresión de que lo conocía al dedillo. Se veía bien claro que Jesús agitaba en su mente algo muy concreto.

Y leyó en hebreo los versos que a continuación tradujo un intérprete al lenguaje popular; todos percibieron entonces estas palabras:

El espíritu del Señor está sobre mí.
Por eso me ha ungido
para llevar a los pobres el buen mensaje;
me ha enviado
para anunciar a los cautivos la libertad
y a los ciegos la vista;
para dejar libres a los que estaban oprimidos,
y promulgar el año de las misericordias del Señor.

Jesús, entonces, enrolló el pergamino sobre el eje, lo entregó cerrado al ayudante y se sentó en el sitio. La expectación había llegado al grado máximo. Las preguntas que latían en aquellos corazones, las había formulado también Jesús, por su parte, en aquella lectura para su solución.

Y vino la sentencia, que sonó como término y corona: «Hoy mismo, mientras vosotros estabais escuchando, se acaban de cumplir estas palabras de la Escritura.»

Al punto se abrió un abismo entre él y muchos de sus oyentes. A juicio de éstos aquella profecía aun no se había cumplido; para ello tenía que superarse Jesús a sí mismo en sus milagros allí, entre ellos, para utilidad y provecho de todos. Si así lo hiciese, estaban dispuestos a festejarle como a hijo ilustre de su ciudad. Con todo, el tono con que Jesús pronunció las primeras palabras anunciaba algo muy distinto; aquello daba a entender que no se podía disponer de Jesús como del carpintero de otros tiempos, cuando se le hacían encargos. Y al que todavía no lo hubiese entendido se lo aclararon las frases siguientes: «Vosotros me aplicaréis, sin duda, el refrán: ¡Médico, cúrate a ti mismo! ¡Lo que hiciste en Cafarnaúm, según hemos oído, hazlo también en tu ciudad natal! Pero es verdad lo que os voy a decir: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, originándose gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fué enviado el profeta, sino a una viuda de Sarepta, del territorio de Sidón. Muchos leprosos

había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fué curado sino Naamán, el sirio.»

Se veía que las cabezas comenzaban a alborotarse, a medida que hablaba Jesús. En distintos sitios a la vez se suscitó un murmullo: «¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano (primo) de Santiago y José, de Judas y Simón? Y ¿no viven sus hermanas (primas) entre nosotros?»

La inquietud aumentaba: al entrar en la sinagoga Jesús no contaba con muchos amigos, a lo sumo con hombres dispuestos a reconocerle si se recomendaba como útil para la ciudad en general y para los particulares. Sus pensamientos eran como los de aquellos que quisieron proclamarlo rey después de la multiplicación de los panes. Y ahora que Jesús se les oponía interiormente, que se atrevía a compararles con los israelitas incrédulos de otros tiempos, estalló abiertamente su despecho oculto y prendió como un incendio a su alrededor.

Los oyentes saltaron de los bancos y se agolpaban en torno de los alborotadores. Los que dirigían la sedición eran los hombres que se sentaban delante, en el sitio de honor. Probablemente estaban presentes algunos rabinos, que habían seguido a Jesús a Nazaret, para no perderlo de vista. La conducta de la gente conspicua influyó en los ciudadanos sencillos, como santo y seña: ¡Afuera con él! No se sabía si el grito se dió porque estaba haciendo aquello, o si lo hicieron porque se tomó esta decisión. Todo se iba aglomerando a la salida. Los bancos los empujaron haciéndoles chirriar sobre las baldosas. Jesús aparecía y desaparecía entre los empujones de la gente.

Sólo por el milagro se libró de la muerte. El condenado tenía opción a justificarse, aun en el camino del suplicio. Por esta vez Jesús usó de aquel derecho de manera que sólo a él le era posible: hizo ostentación de su majestad en tal forma, que nadie se atrevió ya a tocarle, y se alejó.

¿Se hallaba María presente a esta escena? Es difícil responder a tal pregunta. Los ciudadanos de Nazaret dicen: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano (primo) de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿No viven también sus hermanas (primas) entre nosotros?» De la circunstancia de ser ésta la primera vez que se dice: «¿No es éste el hijo de María?», y del hecho de añadirse a continuación: «¿No se encuentran entre nosotros todas sus hermanas?», quería uno

sacar la conclusión de que María no se hallaba entonces en Nazaret. Esto es muy posible, según queda dicho más arriba. Porque las frases mencionadas no llegan a demostrarlo. Porque en el mismo pasaje se dice asimismo: «¿No es éste el carpintero?», y en aquel tiempo ya no residía Jesús en Nazaret, ni era carpintero. Y aunque María hubiese salido de Nazaret bastante tiempo atrás, sería posible que hubiese venido con las otras mujeres de la comitiva de Jesús y sido testigo del incidente.

Y en el supuesto de que no se hubiera hallado presente, los discípulos del Señor le contaron el motín y la expulsión de Nazaret. Aquello había sucedido en la ciudad donde el ángel había anunciado solemnemente a María: «Concebirás y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David; reinará eternamente en la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin.» ¡Como si fuera un blasfemo, arrojaron a Jesús de la sinagoga de su ciudad patria!

María sabía que también ella quedaba proscrita a una con su Hijo. ¡Cuando estalló la tormenta se le llamó a Jesús hijo de María, casi como si esto fuera un motivo para abalanzarse contra él! Por lo mismo no es de suponer que María residiera en lo sucesivo en Nazaret por largo plazo. La sombra de la cruz se extendió aquel día no sólo sobre Jesús, sino también sobre María. Lo que habían emprendido sus conciudadanos en la villa patria lo había de consumir el pueblo entero de Israel en Jerusalén.

Los consejos de los parientes antes de la fiesta de los Tabernáculos

«La fiesta de los Tabernáculos estaba próxima. Entonces le dijeron sus hermanos (parientes): '¡Sal de aquí y vete a Judea para que también tus discípulos (allí) vean las obras que haces! Porque nadie hace una cosa en secreto, cuando desea ser conocido públicamente.' Es que tampoco sus hermanos creían en él. Jesús respondió: '¡Mi tiempo no ha llegado todavía; el vuestro siempre está a punto!'» (Juan 7, 2-11).

La situación antes de la fiesta de los Tabernáculos era semejante a la de la Pascua que siguió a las bodas de Caná. En aquella ocasión habían bajado Jesús, su Madre y sus discí-

pulos a Cafarnaúm, para irse de allí a Jerusalén por el valle del Jordán; esta vez Jesús se encontraba ya en aquella ciudad, mientras que sus parientes habían tenido que bajar de Nazaret hasta allí. Juan no dice si María se encontraba entre ellos o si ya estaba desde antes con Jesús. Como solía peregrinar a Jerusalén con ocasión de las grandes fiestas del año, es de suponer que por este tiempo estaba cerca de Jesús.

En esta ocasión intentaron los parientes un asalto contra Jesús. Los consejos que le encarecían en este caso eran, por otra parte, casi lo contrario de lo que ellos u otros habían intentado en tiempos anteriores. Querían empujarle, con palabras amonestativas y paternales, a que visitara la capital de la nación, a que manifestara allí su virtud de obrar milagros y reuniera adeptos, hechizando al pueblo y aunándolo. A su juicio eso mismo era lo que pretendía Jesús en su actuación; con lo que no acertaba era con el lugar y tiempo oportunos. En este particular había que ayudarle ciertamente un poco.

La disposición de los ánimos del pueblo en general no era todavía adversa respecto de Jesús; se encontraba éste en aquella situación crítica en la que, o podía ganarlo todo con un acto de osadía, o perderlo todo si prolongaba su retraimiento; esto lo muestra la continuación del relato de Juan sobre la fiesta de los Tabernáculos; la división del pueblo en bandos, en pro y en contra de Jesús, prosiguió estos días hasta en el seno del Consejo Supremo. Un milagro como el de la multiplicación de los panes hubiera arrastrado entonces a toda la masa, y de las muchedumbres congregadas para la fiesta de los Tabernáculos se hubiera formado un ejército de guerra, ganoso de pelear. Desde su punto de vista juzgaban, pues, perfectamente, lo mismo los parientes de Jesús que los que pensaban como ellos, al incitarle con refinada amabilidad: «¡Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces!»

El tono de la invitación era como de tutores benévolos. Querían quitar a Jesús sus reparos y encogimiento y animarlo: ¡una cosa u otra!, ¡sí o no! Jesús respondió a los consejeros: «Para mí no ha llegado aún el tiempo oportuno; para vosotros existe en cada momento. Es imposible que el mundo os odie a vosotros; en cambio, a mí me odia, porque yo doy testimonio contra él, que sus obras son malas.»

A fin de comprender bien estas palabras, hay que penetrar exactamente la solicitud de los parientes. Ellos le querían inducir a que, con motivo de la peregrinación, se fuese con ellos a Jerusalén y trasladase allí su actividad. En el fondo se ocultaba el deseo de que Jesús fijase su sede, como Mesías, en Jerusalén y no volviese más a Galilea. Era la misma idea que tenía Jesús. Sólo que la representación de los sucesos que seguirían a su entrada en Jerusalén, era en él distinta de la de los parientes, precisamente porque su concepto sobre la misión del Mesías era diverso. Los parientes, como muchos otros, en particular como la mayoría de los círculos populares que daban el tono, se figuraban en el Mesías al iniciador del poderío y majestad terrenos. Según esto, se proponían inducir a Jesús a que hiciese una manifestación portentosa de su mesianidad ante el pueblo. Jesús no ignoraba que un día había de entrar en el Templo, como rey de Israel, entre la agitación de los ramos y los vítores y hosannas. Pero sabía también que esto le traía consigo la muerte. Por eso la sazón para entrar en Jerusalén habría llegado cuando estuviese próxima la fecha señalada por el Padre para su muerte. Por lo mismo respondió a los parientes que le apremiaban: «¡El tiempo oportuno para mí no ha llegado aún!»

La escena tuvo lugar, probablemente, a los ojos de María. Y cuando no, más tarde o más temprano se enteró ella, en todo caso, de este episodio que, por tratarse de los parientes, le afectaba también a ella. La respuesta de Jesús, con su tono sombrío, fué para su Madre mucho más evocadora que para los demás. Siempre que Jesús hablaba de un término trágico de la vida, se esclarecía en su alma la profecía de Simeón.

EL PROGRESO DE MARÍA EN LA FE

¿Tuvo María revelaciones privadas?

Una cuestión capital en la vida de María es saber si Jesús le hizo «revelaciones privadas». Con este nombre no queremos significar aquellas comunicaciones del espíritu de Jesús que se dejan entender en su vida de unión íntima con María. De la misma manera hacemos abstracción de las mociones internas que la iluminaban. La cuestión, tal como la estudiamos aquí, se limita a lo siguiente: ¿Comunicó Jesús a su Madre por adelantado datos sobre el desarrollo de su vida pública y sobre su muerte en Jerusalén? ¿Le participó, por ejemplo, para concretarnos a un caso particular, cuando se fué a buscar al Bautista junto al Jordán, que de allí en adelante ya no entraría más como trabajador en el taller de carpintero? En los libros contemplativos se da amplio margen a tales revelaciones. Pero no se distingue con claridad si se trata de ilustraciones internas o además de comunicaciones externas. Las narraciones evangélicas parece que no prestan ninguna ayuda en la respuesta a estas preguntas. Con todo, si se examina el fondo de los pasajes en los que se menciona a la Madre de Dios, se inclina uno a pensar que, en lo tocante a las enseñanzas y acciones relativas a la redención, Jesús no hizo a su Madre indicaciones personales previas; con esto no queremos decir que no hablara con ella de lo que anunciaba ante otras personas.

Durante toda la vida pública no se menciona a María expresamente, más que cuando las bodas de Caná y cuando la visita de los parientes. Los detalles de lo que pasó en Caná se interpretan de diferentes maneras; pero una cosa queda indefectiblemente fuera de duda: que Jesús dió a entender a su Madre algo que ella no sabía hasta entonces.

Cuando sus parientes visitaron a Jesús en Cafarnaúm, María estaba con ellos. Los mensajeros se hicieron anunciar; Jesús respondió: «El que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese es mi hermano, hermana y madre.» La respuesta

alcanzaba también a María, en hecho de verdad, y fué para ella una sorpresa.

Estas dos escenas inducen a sospechar que Jesús no hizo jamás declaraciones a su Madre, durante la vida pública.

Por lo que se trasluce en el Evangelio parece que María, por su parte, se mantuvo con la correspondiente reserva en las preguntas. La fe en Jesús creó entre ambos una intimidad especial, pero también una distancia respetuosa. María, con su espíritu de fe, se diferenciaba de los discípulos precisamente por su silencio; porque aquéllos le hacían preguntas con excesiva frecuencia, y hasta se permitían darle consejos.

María como discípula de Jesús. La revelación del misterio de la Trinidad

Raras veces se dan cuenta los fieles del influjo enorme que ejerce el misterio de la Santísima Trinidad, aun cuando ellos nada reparen e incluso piensen que tiene que ver poco con su fe y que resulta "casi superfluo".

Alguna impresión de lo que significa este dogma para nosotros se recibe, v. gr., al comparar la doctrina de Mahoma con la de Cristo. Todo el impulso espiritual del cristiano hacia Dios, cobra realidad en este misterio: «Dios Padre nos ha creado, Dios Hijo nos ha redimido, Dios Espíritu Santo nos santifica», se dice en el catecismo. La relación del hombre con Dios aparece a través de este misterio como la luz refractada en el arco iris y hecha visible en su naturaleza íntima.

Ya que solemos aceptar la doctrina sobre las tres divinas Personas como fundamento de la fe, sin pensar mucho sobre su significación en cuanto fundamento, juzgamos también la vida de María partiendo de un falso supuesto. Nos imaginamos que cuando la anunciación del ángel y cuando su consentimiento para ser Madre de Jesús, se daba cuenta exacta de que allí se trataba de una obra de la Santísima Trinidad en el Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que al pronunciar su «sí», tenía ante los ojos a las tres divinas Personas. Pero si queremos ver de cerca la ciencia y experiencia real de María, tenemos que desentendernos de tales imaginaciones y distribuir convenientemente en el tiempo los diversos elementos que allí aparecen

unidos. El misterio de la Santísima Trinidad no lo conocía María completamente en su substancia, no sólo antes, sino tampoco después de la anunciación; nada hay que justifique la hipótesis de que se le hubiera hecho una revelación personal, que precediera a la recibida por medio de Jesús, Hijo de Dios; porque eso se hubiera requerido absolutamente en aquella hipótesis. Ciertamente que el ángel le había dicho: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra; por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.» Ella profesó fe inquebrantable en la verdad de estas palabras. Pero entonces no tenía todavía penetración tan profunda de la esencia divina del Redentor, como la que adquirió más tarde. Con todo, se encontraba en este respecto en una situación privilegiada, por cuanto la revelación de dicho misterio significaba para ella mucho más que para los demás hombres, y afectaba a su vida personal en lo más íntimo del misterio. Porque María tenía en sí misma predisposición particular para aceptarlo fielmente. Como que su Hijo había venido al mundo como Hijo de Dios Padre. De este modo estaba ella más próxima que los demás hombres al misterio de la Santísima Trinidad, y era más capaz que ellos para aprehenderlo en la intimidad de la vida divina.

María y el misterio de la divina generación eterna de Jesús

Este dogma tenía una relación especial con María; el misterio de su propia vida, la encarnación milagrosa de Jesús, se le revelaba como un reflejo terreno y temporal de la posición divina de su Hijo en el seno de la Santísima Trinidad, siempre que escuchaba de sus labios algo sobre este punto.

Este fenómeno espiritual se lo puede uno representar de una manera algo aproximada, si se lo figura, no como una simple comprobación, sino como una experiencia de María. Fijémonos en un tiempo determinado, en los días de la fiesta de los Tabernáculos. Las palabras que pronunció entonces Jesús, sea que se hallara presente ella misma, sea que se informara por los discípulos, tuvieron que obrar en María como si se las hubiera dicho a ella en particular.

Cuando las gentes disputaban entre sí sobre si Jesús sería el Mesías, mientras éste enseñaba públicamente, hubo quienes objetaron a carga cerrada: «De Jesús sabemos nosotros de dónde es (¡de Nazaret!), que es el hijo de María. ¡Pero cuando venga el Mesías, nadie sabrá de dónde es!» Jesús oyó esto: y le hizo la impresión de una repulsa. Se conmovió interiormente y exclamó: «Es natural, vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy. Y sin embargo, yo no he venido de mí mismo. Veraz es el que me envió, a quien vosotros no conocéis. ¡Yo en cambio le conozco, porque vivo con él y porque él fué quien me envió! — Aunque yo dé testimonio en mi favor, mi testimonio es válido, porque yo sé de dónde he venido y adónde voy. Vosotros no sabéis de dónde vengo y adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne (juzgáis mi conducta conforme a lo que es usual entre los hombres); yo no juzgo a nadie. Y si formulo un juicio, es juicio exacto; porque yo no estoy solo, sino que a mi lado está el que ha enviado. Vuestra Ley misma dice que el testimonio de dos es probativo. Yo mismo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió testifica en mi favor.»

Y cuando los judíos le preguntaron a continuación: «¿Dónde está tu padre?», respondió Jesús: «El Padre y yo somos una misma cosa; si me conocierais a mí, conoceríais también al Padre. Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba. Lo que yo he visto estando con mi Padre, eso es lo que anuncio. Mi Padre es el que me hace honor, de quien yo digo que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis. Yo sí que le conozco. Si os dijere que no le conozco, sería como vosotros: un mentiroso. Vuestro padre Abrahán se regocijó porque iba a ver mi día; lo vio en efecto y se alegró. ¡En verdad os aseguro, antes que existiera Abrahán existo yo!»

Jesús hablaba a todas luces en aquella ocasión de una vida que tuvo él antes de ser hombre, de su vida en el tiempo en que Abrahán vivía sobre la tierra y suspiraba por el Redentor; hablaba de un Padre del Cielo del que él había salido. No como un hombre que nada sabe de los días en que hizo su entrada en la vida terrestre y nada puede saber, sino más bien como una persona para la cual la venida al mundo fué una acción personal, voluntaria, consciente, algo como el cambio de casa de un hombre, que sabe «de donde viene».

Fuera de Jesús, María era la única que podía contar y dar testimonio de su origen del Padre celestial, de su venida de la eternidad de Dios a la temporalidad del mundo. ¡Si oyó estas palabras por sí misma, como es muy posible, y no por boca de los discípulos, cómo debió de latir su corazón de Madre! Acordóse de la predicción del ángel: «¡Lo Santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios! ¡Dios el Señor le dará el trono de su padre David, reinará eternamente en la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin!»

La doctrina de Jesús provocó al punto en la vida de María un desarrollo inapreciable, un desarrollo que reúne en sí toda la vida mística de los santos con las tres divinas Personas, y se eleva sobre ella como el cielo sobre la tierra.

María «guardaba todas estas cosas en su corazón»; esta frase es aplicable también al caso presente. Porque aquellas experiencias no consistían para ella en un conocimiento puramente conceptual, sino en la transformación de su vida y conducta personal; eran conocimientos que en el momento mismo en que penetraban en su corazón, empezaban a influir en la vida de su alma y se unificaban con ella.

Por el mismo tiempo en que Jesús revelaba estas verdades, se iba modificando naturalmente la posición de María respecto de los discípulos. Estos se acercaban más a ella; iban conociendo los mismos misterios. Y María veía en los apóstoles, cada vez más, a los escogidos de su Hijo, y en Pedro al que había de recibir las llaves del Reino que no había de tener fin. Es difícil delinear estas relaciones extrañas entre María y los discípulos: hay que contentarse con saber que María se adentraba cada vez más en el parentesco espiritual del Mesías, en el Reino espiritual, cuanto más revelaba Jesús acerca de sus relaciones con Dios y su Reino futuro. Los discípulos veían ahora en la Madre del Maestro a aquella mujer que no era solamente su Madre carnal, sino que también participaba de los sentimientos íntimos de su Hijo. Cuando Jesús dijo a María desde la cruz: «¡Mujer, he ahí a tu hijo!», y a Juan: «¡He ahí a tu madre!», no se estableció sencillamente un nuevo estado de cosas a la voz de imperio de Jesús, sino que se concluyó un desarrollo interno, que había empezado ya antes.

Las pruebas de la fe en la vida de María

Muchos tienen una idea inexacta de la santidad de María. Parten, es cierto, del supuesto verdadero de que aventajaba en santidad a todos los demás hombres. Pero luego se imaginan que fué puro regalo de Dios, sin que estuviera ligada con sacrificios tan extraordinarios como la misma santidad.

De hecho no escapó María a las pruebas más difíciles; más aún, las pruebas que sobre ella descargaban sobrepujaron en duración y peso a todo lo que haya podido experimentar una criatura. En esto también se distinguió María de todos los demás; ella nunca sucumbió en tales pruebas, ni se sobrepuso nunca de una manera imperfecta. La carga que Dios le imponía la soportaba con tal equilibrio, que no se podía apreciar exactamente su enorme peso. Por eso exteriormente tenía la apariencia de una mujer que no hace cosa especial ni llama la atención por nada. De ahí que ocurra con frecuencia el atribuirle erróneamente una santidad que, por lo menos hasta la pasión de Jesús, no hubiese tenido sufrimientos.

Lo dicho tiene especial aplicación, si se compulsan las opiniones de los hombres en lo tocante a la fe de María. Ciertamente que se la propone frecuentemente como modelo de fe para los cristianos. Con todo, se conoce demasiado poco en qué medida tan extraordinaria lo fué. Muchos piensan así: María concibió a Jesús milagrosamente después del mensaje del ángel: «sabía», por consiguiente, en cierto modo, que Jesús era Hijo de Dios y no le hacía falta creerlo de la misma manera que nosotros.

Pero precisamente el hecho de que María estuviese tan próxima al misterio de la filiación divina de Jesús, tenía para ella la consecuencia de someter su fe a las pruebas más difíciles que hayan alcanzado jamás a un hombre. María experimentaba cómo iba palideciendo todo resplandor sobrenatural en torno de Jesús, cuyo nacimiento había sido anunciado por el ángel; cómo crecía como cualquier otro niño, con una espontaneidad sin ruido; cómo empezó a ayudar al padre en el taller; cómo llegó finalmente él mismo a ser un carpintero.

Por razón de su maternidad milagrosa se encontró María durante muchos años en una situación que era para ella tan singular como su vocación. Ya no pertenecía a las almas

piadosas ordinarias del Antiguo Testamento, que, llenas de ansiedad, oraban por la venida del Mesías. Ella sabía que estaba ya en el mundo. Pero tampoco pertenecía aún a las personas del Nuevo Testamento, puesto que Jesús no se había manifestado todavía como Redentor. Por consiguiente, se encontraba sola en el mundo. Durante todo el tiempo de la vida oculta tuvo que creer ella, y ella tan sólo, en la redención del mundo por obra de un Redentor que, por el momento, trabajaba como carpintero, y se dedicaba a esta profesión tan exclusivamente como si no hubiera venido al mundo para otra cosa. ¿Cómo podía Jesús llevar tal género de vida en calidad de Hijo de Dios? Hablando humanamente, esta pregunta tenía que suscitarse en el alma de María, no sólo de vez en cuando, sino a diario y a cada hora.

A veces se concede que María tuviese pruebas en la fe, pero se incurre en un nuevo engaño. Se supone en María una familiaridad con Jesús como la que se encuentra frecuentemente entre los miembros de una familia piadosa: entre el pueblo se ven bastantes casos en los que no sólo se asemejan unos a otros los hermanos carnales, sino que también marido y mujer, padres e hijos parecen tener la misma idiosincrasia. Algo así sucedería también en Nazaret. María y José se asemejaban como si fueran hermanos; pensaban y hablaban de la misma manera. También Jesús y María parecían comprenderse en la forma más perfecta y presentar las mismas propiedades y hábitos. Esto no era así más que visto desde fuera. Una semejanza con Jesús, en el sentido en que se parecen los miembros de una familia, estaba excluida en este caso. Lo estaba por parte de Jesús, que respecto de su Madre era y siguió siendo Hijo del Padre celestial, y no podía comunicarle su esencia interna. Y lo estaba también, por la misma razón, por parte de María. Precisamente lo que era ordinario en la vida de Jesús, que viviera como carpintero, que tomara medidas, labrara la madera y la aserrara, que llevara los aperos a los clientes y contratara nuevo trabajo, hacía imposible que María, su Madre, la que nunca olvidaba su filiación divina, se habituara a ello.

Todo lo que une a una familia se daba en Nazaret, pero se daba también otra cosa que elevó a la Sagrada Familia sobre todas las demás y le fijó leyes especiales: la filiación

divina de Jesús. Aquella era una vida común, con una fe tan por encima de la de los demás hombres, que nosotros, los hombres de fe ruin, tendemos por comodidad a substituir en María la fe por la intuición y simplificamos de ese modo el problema en una forma que contradice a la realidad.

Todavía fueron mayores las pruebas a que nos referimos durante la actuación pública, en el tiempo de los discursos sensacionales y de los grandes milagros de Jesús. Estos mismos milagros, que para otros revelaban el poder de Dios, eran una prueba para la fe de María. Jesús multiplicaba el pan para los hambrientos, procuraba a Pedro el dinero para el tributo del Templo. ¿Por qué no había multiplicado también en Nazaret el pan que escaseaba y procurándose dinero para las contribuciones? Cuanto más tiempo llevaba presentándose como Mesías y cuanto más ostentaba su poder, tanto iba creciendo el odio que se le oponía. No había en Israel un ladrón al que atisbasen tantos ojos y con tanto celo como el que ponían los fariseos en acechar a Jesús a sol y a sombra. ¿Cómo podía Dios permitir que se hiciera aquello con su Hijo?

Y comenzó finalmente el tiempo de la pasión, en el que la fe de María sufrió la prueba suprema, bien que también salió airosa de ella de la manera más magnífica. Se le presentaron horas en las que, hablando humanamente, hubiera tenido ocasión de incurrir en aquel pecado que no es un pecado concreto, sino el pecado que se oculta detrás y debajo de todos los pecados, y consiste en que el hombre, la criatura, llama a Dios a cuentas, como si tuviera su punto de apoyo fuera de Dios, y pudiera abordar a Dios desde él, y exigirle responsabilidades conforme a un derecho que pusiera en la misma línea a la criatura y al Creador. Con menos injusticia que cualquier otro hombre pudo acoger María este pensamiento. Si Dios ha enviado a su Hijo al mundo, ¿por qué no le hace manifestarse de tal manera que no haya más remedio que conocerle y reconocerle, de grado o por fuerza, como Hijo suyo; que no haya más remedio que creer en él? ¿Cómo pudo permitir Dios que su Hijo, el santo y omnisciente, el todopoderoso y eterno, fuera en las condiciones exteriores de su vida tan semejante a los demás hombres, débiles y pecadores; que muchos, muchos entre sus contemporáneos, le mirasen de arriba abajo, con desprecio? ¿Por qué no le envió con un

poder terreno, orientado hacia lo divino, hacia lo sobrehumano? Y, sobre todo, ¿cómo podía tolerar el que cualquier infeliz labrador, cualquier arriero y conductor de caravanas, los jefes de sinagoga, los rabinos y los fariseos dieran su fallo sobre el Redentor? ¿Cómo podía permitir que reyes extraños al país, como Herodes, y magistrados paganos, como Pilatos, citasen al Hijo de Dios a su tribunal y se sentasen en él para juzgarle?

María superó todas estas pruebas de la manera más perfecta. En las horas tenebrosas de su vida de madre, sobre todo en los momentos difícilísimos que descargaron sobre ella como un oleaje durante la pasión y muerte de Jesús, adoptó siempre el modo de proceder que correspondía a lo que había dicho cuando la encarnación: «¡Yo soy la esclava del Señor!» Y después de cada uno de estos momentos dificultosos, dificultosísimos, se le pudieron aplicar siempre, hasta el último día de su vida sobre la tierra, las palabras que, iluminada por Dios, le dirigió un día su prima, llena de respetuosa admiración y felicitándola cordialmente: «¡Dichosa tú, porque has creído!»

*Vida íntima de María
mirando a la realeza de Jesús prometida por Dios.
Su reino no tendrá fin*

«Será rey en la casa de Jacob eternamente, y su Reino no tendrá fin»
(Luc. 1, 33).

Ya hemos llamado una vez la atención sobre el hecho de que la norma de conducta íntima de María fué trazada por la promesa del ángel, según la cual Dios, el Señor, concedería a Jesús un Reino eterno. La predicción de semejante soberanía era el santo y seña del alma de la Virgen. En eso había pensado a diario, durante los años silenciosos de Nazaret, cuando Jesús se fatigaba como carpintero. Qué vendría a interponerse entre el presente y el tiempo en que Jesús tomara posesión de su Reino como Rey, no lo sabía ella sino en cuanto podía rastrearlo por la profecía de Simeón y por la Sagrada Escritura.

Por eso se conmovió como si se tratara de sí misma, cuando percibió de repente, venido de fuera, el anuncio programático del «Reino de Dios», del «Reino de los Cielos». Porque el

hecho era que Juan Bautista había comenzado su predicación exhortando: «¡Haced penitencia, porque el Reino de los Cielos, la soberanía de Dios, está cerca!», y lo mismo volvió a repetirse, más categóricamente todavía, cuando al comienzo de su actuación pública recogió Jesús el grito de Juan y anunció: "¡El tiempo se ha cumplido, y el Reino, la soberanía de Dios, ha llegado!» Entonces empezó a manifestarse al alma de María la predicción del ángel que sonaba así: «Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David. ¡Reinará, será rey, en la casa de Jacob eternamente, y su Reino, su soberanía, no tendrá fin!»

María, que conocía el misterio de la filiación divina, comprendió, mejor que nadie, con cuánto derecho podía hablar Jesús de la soberanía de Dios. Cuando más tarde abrió Jesús su sermón del monte con las ocho bienaventuranzas y empezó: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos», lanzó al mundo un pensamiento conforme al cual había vivido María desde mucho tiempo atrás, y al que había dado expresión en el Magnificat.

Y aunque María viera cómo se rebelaban los hombres contra aquella soberanía, quedaba siempre con la convicción de que, a pesar de todo, se había de cumplir la voluntad del Padre, de otorgar a su Hijo un Reino eterno, que no pudiera tener fin.

Una cosa llamó la atención de María, y sólo de ella probablemente, en la defensa y actuación de Jesús en favor de la soberanía de Dios. Jesús se dirigía a solos los hijos de Israel y no a los paganos. Y no obstante, Simeón había anunciado que sería no sólo la gloria de Israel, sino también luz para iluminar a los gentiles. ¿Cuándo sucedería lo otro? ¿Cuándo serían recibidos los paganos en el Reino de Dios? ¡Qué cambio tan radical de las cosas el que había de tener lugar para que las actuales circunstancias dejaran paso al cumplimiento de aquellas palabras!

De esta suerte el pensamiento de la realeza evocaba en María, al fin de cuentas, el pensamiento de la lucha pronosticada por Simeón. En esta lucha, se figuraría ella, se condensaba y resolvía la vida de Jesús. En esta lucha tomaría el Reino de Jesús, el Reino de Dios, la forma que había de conservar eternamente. Y la perspectiva de la pasión, que había de alcanzar, según la profecía de Simeón, a su Hijo y a ella

con Él, se unía ahora de nuevo con la perspectiva de la soberanía futura de Jesús.

En el tiempo inmediatamente anterior a la pasión recibieron además estos pensamientos un apoyo externo por medio de las profecías de Jesús en que hablaba de su pasión y glorificación, como de dos aspectos de un mismo hecho: la implantación del Reino mesiánico.

VII. MARÍA Y EL SACRIFICIO DE JESÚS
EN LA CRUZ

CAMINO DE JERUSALÉN

Las últimas predicciones de Jesús sobre la pasión

Cuando Jesús subía por última vez a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, iban mujeres en su comitiva. Es verdad que no se menciona más que una, la madre de Juan y de Santiago, hijos del Zebedeo. Pero las costumbres entonces imperantes hacen sacar la consecuencia de que no estaba ella sola. Además el evangelista cuenta más tarde cómo varias mujeres lo presenciaban todo, a distancia, en el Calvario.

Por consiguiente, la vida de María en aquellos días últimos antes de la pasión quedó ligada al grupo de mujeres. También esto estaba regulado a su vez, en muchas manifestaciones exteriores, por el uso y por las conveniencias. Estas exigían que las mujeres se mantuviesen separadas de los hombres, si no se trataba de cosa que interesara a las dos partes igualmente. Así, por ejemplo, cuando Jesús predicaba, le escuchaban hombres y mujeres, como es natural. Pero seguramente que también en este caso se colocaban unos y otros por separado.

Cuando Jesús subía por última vez del valle del Jordán a Jerusalén, anunció solemnemente a los íntimos que le seguían en aquel viaje lo que le aguardaba. En tres profecías, que se sucedieron una a otra, les predijo cómo se había de efectuar la redención de los hombres y su entrada en la gloria del Padre. Camino de la ciudad santa tomó a los suyos aparte y les dijo en la intimidad: «Mirad, subimos a Jerusalén, y ahora va a ser entregado el Hijo del hombre a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y ellos le condenarán a muerte y lo pondrán en manos de los gentiles, y éstos le burlarán y escupirán y azotarán y matarán. Y después de tres días resucitará.»

En Betania dió Simón el leproso un convite en honor de Jesús; María, la hermana de Marta, le ungió con un aroma precioso de nardo. Cuando Judas se indignó por el derroche, tomó Jesús la palabra y profetizó solemnemente: «Al derramar

ella el perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho en orden a mi sepultura (que está próxima). En verdad os digo: dondequiera que se anuncie en todo el mundo el mensaje de salvación, se referirá también, en recuerdo suyo, lo que ella ha hecho.»

A esta profecía siguió, el miércoles anterior a la pasión, la tercera y última. Jesús dijo: «Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua. Entonces será entregado el Hijo del hombre para que sea crucificado.»

Estas palabras de Jesús anunciaban con terrible claridad su muerte, pero al mismo tiempo, y con la misma precisión, su victoria de toda asechanza: al tercer día se levantaría del sepulcro y la nueva del Evangelio invadiría todo el mundo.

Sin embargo, las palabras de Jesús obraron en María y en los apóstoles de modo muy diverso. Los apóstoles reaccionaron de un modo sorprendente. Parecían hombres que se dan cuenta de que les amenaza algo terrible, y que no saben propiamente de dónde viene y cómo habrá de acabar. Lo peor era que Jesús mismo les llamaba la atención sobre los acontecimientos futuros, Jesús que les había protegido hasta entonces en todos los peligros, llegando a obrar un milagro cuando era menester. Como no creían del todo las palabras de Jesús, ya no podían acudir a Él con abandono, como a refugio, y pedirle que les diese explicaciones. Las protestas de amor en la última cena son una expresión adecuada de su vacilación interior. Con ello dejaban traslucir que consideraban las palabras de Jesús, no como profecías propiamente dichas, sino más bien como la manifestación de un ánimo angustiado.

María, por el contrario, tomó aquellas profecías con un corazón firme en la fe y dispuesto para el sacrificio. Para ella fueron el indicio cierto de que estaba próxima la hora en que la espada de dolores atravesaría su corazón.

Preparación de María para la pasión y muerte de Jesús

Las mismas palabras de Jesús sobre su muerte, que a los discípulos retrajeron del Maestro, tuvieron en María como consecuencia la preparación para participar con él, con fe inquebrantable, en las horas de pasión que se acercaban. Como que durante toda su vida hasta el presente, se había ido preparando para este tiempo bajo la dirección divina.

La profecía de Simeón había dado a sus sentimientos una tonalidad que ya no perdió nunca. Por segunda vez le había venido un mensaje del Cielo, al quedarse Jesús en el Templo y decir luego cuando le encontraron: «¿No sabíais que yo debo estar en lo que es de mi Padre?», invocando ante la Madre la voluntad del Padre. Esta pérdida de Jesús se podría comparar en la vida de María a la primera nube de tormenta que asoma al amanecer. Todavía puede tardar bastante tiempo, pero ya se sabe: a su tiempo estallará la tempestad.

La profecía de Simeón y la pérdida de Jesús en Jerusalén seguían influyendo durante los años callados, y exteriormente llenos de paz, de Nazaret. Tan vivas permanecían en ella, que después de treinta años, cuando Jesús se presentó públicamente como Mesías, se apercibió al punto para ponerse a su lado y aguardar en su compañía lo que había vaticinado Simeón. Entonces le dijo Jesús: «¡Mi hora no ha llegado aún!» Con esto le indicaba que todavía tenía que esperar, pero que alguna vez llegaría el momento en que Madre e Hijo estuviesen unidos en el sufrimiento.

A medida que fueron creciendo el odio de los fariseos y la oposición del pueblo contra Jesús, pudo comprender María, cada vez con mayor claridad, que el tiempo de la batalla definitiva no estaba ya lejos. Además, las profecías insistentes de Jesús, en su viaje a Jerusalén, la llevaron a la convicción indubitable de que «la hora» estaba llegando. Con la penetración progresiva en los dolores que aguardaban a su Hijo y con el conocimiento creciente de que pronto iban a descargarse sobre él, había aumentado también en María su amor a Jesús. Porque esto es lo admirable en el amor noble de una madre: que cada dificultad del hijo hace brotar en ella una nueva fuente de amor, y cuando crece la angustia crece al mismo tiempo el amor. En el corazón de la Virgen aumentaban también la aflicción y el dolor. Su solicitud amorosa como Madre del Redentor superaba toda medida.

Pero la conducta de Jesús y sus palabras le infundieron fuerza y consuelo. Por ellas pudo conocer que precisamente la pasión y muerte habían de ser el punto culminante de la vida del Redentor. Por el mismo tiempo en que se suscitó en Galilea la oposición contra él, había empezado a hablar de ellas como de un precioso misterio y del encargo que «le estaba señalado».

Y en la última fiesta de los Tabernáculos antes de la pasión, había declarado solemnemente: «¡Yo soy el buen pastor! ¡Yo conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí, como el Padre me conoce a mí y yo le conozco a Él! Y yo sacrifico mi vida por mis ovejas. Pero todavía tengo otras que no son de este redil. Y tengo el encargo de recoger también aquéllas. Oirán mi voz y se formará un rebaño con un pastor. Mi Padre me ama porque yo ofrezco mi vida, para que luego la vuelva a recobrar. Nadie me la quita; no, yo mismo la ofrezco voluntariamente. Tengo atribuciones para darla y para volverla a tomar después. ¡En eso consiste cabalmente el encargo que recibí de mi Padre!»

Por consiguiente la muerte de Jesús era voluntad del Padre. Y Jesús no encontraba descanso en tanto que no la cumpliera derramando su sangre para salvar a los hombres de la muerte y darles la vida. Y como esclava del Señor, acompañaba María a Jesús con fe inquebrantable por el camino cuyo término no acertaba a divisar. Como su Hijo, ella también dirigía su mirada a la pasión y a la obra redentora que había de tener en aquélla su cumplimiento.

No sabemos hasta qué punto penetraba María en aquel tiempo la grandeza de la obra redentora de su Hijo, que abarcaba el cielo y la tierra, y su cumplimiento en la pasión y muerte. En el Evangelio no hay ningún testimonio expreso sobre esto. Pero la Sagrada Escritura habla de otras personas que poseían tales conocimientos, y nos llena de admiración. Durante toda su vida había suspirado Simeón por el Salvador y con sólo haberle tenido en sus brazos, de niño, se disponía gustoso a morir. La viuda Ana había esperado igualmente durante sesenta años el consuelo de Israel, sin hacer otra cosa que orar y suspirar. Ya Simeón había sentido en su alma que la redención no se consumaría de una manera aparatosa, con prodigios que hechizan, por decirlo así, a los hombres, sino por la persecución y por el dolor. Pero sobre todo, ¡qué impresión tan honda debía de obrar en Juan, para que, animado únicamente por la idea del Redentor futuro, ayunase y orase a lo largo de toda su vida! ¡Y qué adentro debió de penetrar en la misión del Mesías, para no predicar más que penitencia y más penitencia, y para decir señalando al Redentor: «¡Ved al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!»

El conocimiento que poseía María, la llena de gracia, del pecado y de sus consecuencias, sobrepujaba con mucho al de Simeón y al de Ana y al de Juan. Esto le ofrecía fundamento para una inteligencia más honda de la obra de la redención. Además, había vivido treinta años en compañía de Jesús. Durante esta convivencia se le habían comunicado los sentimientos de Jesús de una manera y en un grado que superan a lo que nosotros podemos imaginarnos. Esta comunicación y la perspectiva de bendiciones que la inmolación de su Hijo había de traer a los hombres, dieron a María un temple que la hacía fuerte sin quebranto, cuando con horrible claridad se le pusieron delante los sufrimientos de su Hijo.

Pero María no consideraba las profecías de Jesús sobre su pasión y muerte afrentosas, tan sólo con un corazón firme en la fe y dispuesto para el sacrificio. Estaba arraigaba con la misma firmeza en la esperanza de que se realizarían también las predicciones relativas a su glorificación y a la propagación victoriosa de su Reino por todo el mundo. «¡Al tercer día resucitará el Hijo del hombre de entre los muertos!» Los temerosos apóstoles habían ensordecido con las predicciones espantosas de burlas y escarnio, de tormentos y muerte que precedieron a aquel otro vaticinio de Jesús; de suerte que ya no atendieron al anuncio de la victoria sobre la muerte. Menor cabida tuvieron aún en sus almas las palabras de Jesús en Betania: «¡En verdad os digo, dondequiera que se anuncie este grato mensaje en todo el mundo, se referirá también en honor de ella (de María) lo que ha hecho!» Jesús habló allí de la difusión de su Reino, fijándose en el futuro con una mirada que, por encima del dolor y del sufrimiento, de la vergüenza y de la muerte contemplaba la glorificación de su nombre entre la humanidad redimida. Los apóstoles se perdían allí. Ellos, que al comenzar la pasión abandonaron a Jesús, aun exteriormente, empezaron a retraerse interiormente de él en aquellos días. María era la única que, a pesar de todas las predicciones espantosas de dolores y de muerte y a pesar del fracaso externo se atenía inalterable a las palabras de Jesús sobre la victoria, resurrección y glorificación. ¡Resucitará! Por eso se unía a Jesús tanto más estrechamente cuanto más cerca estaba la hora que él había anunciado. Como siempre durante su vida, estaba dispuesta también ahora a ofrecer a su Hijo, conforme a la profecía de Simeón,

como el Cordero del sacrificio por la salvación de los hombres.

Por eso no debemos ver la grandeza de María tan sólo en que «ofreció al Hijo unigénito de Dios su seno, a fin de facilitar de este modo su sacrificio para la salvación de los hombres. No; al honor de María pertenece también, que tomó además el cuidado de proteger este Cordero de sacrificio, de alimentarlo y de acompañarlo al altar, cuando hubo llegado el tiempo oportuno. De esta suerte nunca se interrumpieron la vida y los sufrimientos comunes de María y su Hijo. Para ella valen, lo mismo que para él, las palabras del profeta: mi vida pasó entre dolores y mis años se deslizaron entre sollozos» (Encíclica pontificia del 2 de febrero de 1904).

Como en Jesús se juntaba con la angustia profunda ante la pasión un anhelo de la misma mayor todavía, así se daba también en su Madre algo que era una participación en las aspiraciones del Corazón de Jesús. No sólo esperaba con sencilla disposición la hora de su Hijo, sino que ella misma tomaba parte, con perfecto ofrecimiento, en las aspiraciones de Jesús, con su corazón de madre dispuesto para la redención de la humanidad y para la glorificación del Hijo como Redentor del mundo.

De suerte que María era la única que seguía a Jesús sin vacilar en aquel trance. Por lo mismo era también la única tan próxima a él que, en medio de las tinieblas de los días siguientes, conservó la fe en que llegaría la mañana de Pascua. Esto no impedía que estuviera sumida, por decirlo así, en el dolor, como no podemos nosotros, durante un meteoro terrible de la naturaleza, v. gr., durante un terremoto, librarnos de la angustia y dominarla con la idea de que aquello va a cesar de un momento a otro.

Jesús no tenía más que un pensamiento: el de cumplir la obra que de antemano le estaba asignada en la Escritura. Las profecías del Antiguo Testamento, iluminadas ahora con las del Mesías, empezaron a aparecer más claras a los ojos de la Virgen. También ella, como su Hijo, las tuvo presentes continuamente en la noche de la pasión y muerte.

María en el ambiente de los salmos

Entre las últimas profecías de Jesús sobre su muerte y el comienzo de su pasión

Las profecías que sobre la pasión de Jesús se encontraban en los Libros Sagrados, las había comprendido María perfectamente desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, después que dijo Jesús con toda claridad que le llevarían a los tribunales en Jerusalén, que sería entregado a los romanos, azotado, burlado, escupido y ejecutado, María tuvo en sus manos como una llave que le abría lo más recóndito de aquéllas. Esta llave le sirvió al mismo tiempo para los salmos. Los de la pasión, tan afines a sus sentimientos e ideas, que casi tenía presente cada una de sus sentencias, se sacudieron por decirlo así y gritaron: ¡Aquí estamos nosotros esperando que nos saque verdaderos tu Hijo y nos realice en su vida!

Cada una de las predicciones se presentaba ahora como un mensajero que Dios le enviaba a ella, la Madre de Jesús. Porque según la profecía de Siméon en el Templo y según las palabras de Jesús en Caná, cuando llegase su hora había de estar María presente y su alma había de ser atravesada por una espada de dolores.

El salmo. 109 le sonaba ahora como la descripción de sañuda batalla:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a los enemigos
como escabel de tus pies.

Desde Sión extiende el Señor
el cetro de tu poder;
domina como rey
en medio de tus enemigos.

En el día de tu poderío
eres rey en el esplendor de la santidad.
De mis entrañas te he engendrado
antes del lucero de la mañana.

El Señor lo ha jurado,
y no se arrepentirá:
«Serás sacerdote eternamente
según el orden de Melquisedec.»

El Señor a tu diestra,
destroza a los reyes os reyes
el día de su cólera.
Llama a juicio a las naciones.

En el vasto campo de batalla
aplasta sus cabezas.
Beberá del torrente
y erguirá su cabeza.

Y el salmo 21 parecía casi una exposición ampliada de las profecías de Jesús sobre su pasión. Los detalles singulares, que Jesús sólo había puesto de realce a manera de sentencias, se presentaban allí en amargos gritos de dolor, llenos de vida e inquietud, agolpándose unos sobre otros:

Pero yo soy un gusano, ya no soy hombre;
ludibrio para la gente,
desecho para el pueblo.
Porque todos los que me ven, se me burlan,
tuercen sus labios, sacuden su cabeza.
«Ha confiado en Dios: ¡que Dios le salve;
que Dios le socorra si es que tanto le ama!»

Y luego venía el pasaje en que, en medio de las quejas, hay una mención para la Madre:

Sí, Tú eras mi protector desde el seno materno,
eras mi esperanza desde que estabas a los pechos de la madre;
desde que salí a luz estuve confiado a Ti,
desde el seno materno, ¡Tú eres mi Dios!

En estos versos aparecía María, casi como en su espejo, frente a sí misma. Al venir al mundo un hijo se lo colocaba sobre las rodillas del padre. Por aquella acción lo reconocía éste como hijo y tomaba sobre sí, ante el mundo entero, el deber de mirar por él. Esta ceremonia y lo que ella simbolizaba forman el fondo de las palabras misteriosas del salmo. El salmista se atribuye una relación tan íntima con Dios, como la que reina entre padre e hijo.

En los últimos tiempos de su magisterio, Jesús había hablado continuamente con palabras misteriosas de su vida con el Eterno Padre. Nadie tenía tantos antecedentes como María

para entender esta alusión, y nadie la comprendió tan profundamente como ella. María sabía que Dios mismo era realmente el Padre de su Hijo Jesús, y que lo era en el sentido más elevado que lo haya sido jamás un padre de su hijo. ¿No eran las palabras del salmo como una emanación de los mismos sentimientos que había manifestado Jesús con relación a su Padre? ¿Qué pensaría María ahora, cuando se le representaron estos versos? La imagen de la madre se esfumó y la queja del salmista se renovaba:

Me he disuelto como agua,
mis huesos se han desencajado,
mi corazón se ha puesto como cera,
derretido en mi pecho.
Mi boca está seca como un ladrillo,
y mi lengua se ha pegado al paladar;
¡me has hundido hasta el polvo de la muerte!

Porque me rodea una jauría de perros,
me asedia una banda de malvados.
Han horadado mis manos y mis pies,
han contado todos mis huesos.
Me miran y se sacian en mí.
Distribuyen entre sí mis vestidos
y echan suertes sobre mi túnica.

¡Mas Tú, oh Señor, no permanezcas alejado de mí!
¡Fortaleza mía, corre a mi defensa!
Arranca mi alma al puñal,
y mi vida única de las garras del perro.
¡Sálvame de las iras del león,
líbrame de los cuernos de los bisontes!

¡Qué necesidades y qué angustias, las que hablaban en estos versos! Pero del mismo salmo salía un resplandor de consuelo sobre la tenebrosa predicción. En él se hablaba, por modo sorprendente, de una sociedad de hermanos y de un sacrificio que después de aquella pasión y de aquel dolor se había de extender a todos los pueblos y por todos los siglos.

Anunciaré tu nombre a mis hermanos,
te ensalzaré en medio de la asamblea.
¡Los que teméis a Dios, ensalzádle!
¡Orad ante Él, hijos de Israel!

No ha despreciado
ni desdeñado
la oración del humilde.
No ha apartado su rostro,
le ha escuchado cuando le invocaba.

A ti se dirige mi alabanza ante la asamblea numerosa,
presento mi sacrificio votivo
delante de los que te temen.
Los pobres comerán su parte del sacrificio,
y se saciarán;
todos los que buscan al Señor, tienen que glorificarle;
y vuestro corazón le alabará eternamente.
Recapacitarán y se convertirán
todos los confines de la tierra.

Reverentes se postran ante ti
todos los pueblos de los gentiles.
Del Señor es la soberanía,
Rey es Él sobre todos los pueblos;
ante Él se postran
todos los grandes de la tierra.

Inclínase ante Él
todo lo que se hunde en el polvo.
Mi alma en cambio vivirá para Él,
y la generación futura le servirá.
Y se le habla del Señor
a la generación que sigue.

¡Vienen y pregonan su justicia
al pueblo que sigue después;
que Él lo ha consumado!

También Jesús había hablado una vez de un alimento del alma, que quería ser él mismo. ¿Cómo estaban relacionadas estas dos cosas? Pronto, María estaba segura de ello, pronto caerían los últimos velos de estas palabras.

PASIÓN DE JESÚS

El jueves

«El primer día de los ácidos, en que sacrificaban el cordero pascual, le preguntaron sus discípulos: ¿Adónde iremos a prepararte la cena pascual?»

Entonces envió a dos de ellos con el encargo: 'Id a la ciudad; en ella os saldrá al paso un hombre con un jarro de agua. Seguidle, y allá donde entrare decid al dueño de la casa: El Maestro manda preguntar: ¿dónde está el aposento donde pueda celebrar la cena pascual con mis discípulos? Él os mostrará una sala grande, provista de divanes: ¡preparadla allí!' Los discípulos fueron a la ciudad, lo encontraron como les había dicho y prepararon la cena pascual» (Marc. 14, 12-16; Luc. 22, 7-13; Mat. 26, 17-19).

El jueves se le acercaron los discípulos a Jesús para preguntarle: ¿Dónde quieres que preparemos el cordero pascual? Jesús sabía muy bien lo que el cordero pascual significaba para él; él mismo había de substituirlo en aquella Pascua, aniquilando los pecados que nunca pudo borrar el sacrificio de corderos. Con todo, se aseguró todavía antes de la pasión una hora de fiesta, y por medio de una descripción velada indicó a los discípulos una casa en la ciudad, sin precisar el sitio y el nombre, de modo que Judas el traidor no lo supiese por adelantado. «Al llegar vosotros a la ciudad os saldrá al paso un hombre con un jarro de agua. Seguidle a la casa donde entrare y decid al amo de ella: El Maestro te pregunta: ¿dónde está el aposento donde pueda comer yo el cordero pascual con mis discípulos? Él os mostrará una gran sala, provista de divanes: ¡preparadlo allí!» El Señor dice expresamente que el amo de la casa, al que alude, pondrá a su disposición una gran sala. Atendiendo a la manera de construir de entonces, es de suponer que era una habitación superior, la única estancia del primer piso, y que, en todo caso, había una subida a ella desde fuera. De este modo Jesús y sus discípulos quedaban del todo independientes. Podían entrar y salir sin molestar al dueño.

¿Dónde permanecieron entretanto María y las mujeres de la comitiva de Jesús?

Las mujeres y aun los niños estaban obligados a esta cena pascual, lo mismo que los hombres. En cuanto sabemos, estaba permitido que la celebraran dos grupos en la misma sala. Sólo estaba prohibido que se mezclaran. Por lo mismo es muy verosímil que se hubieran hecho los preparativos para dos grupos: el de Jesús y los apóstoles, y el de las mujeres y discípulos. En todo caso hay que dar por seguro que María, una vez que había ido en peregrinación a Jerusalén, estaba sometida a la obligación legal de tomar parte dentro de la ciudad en la solemnidad de la cena pascual.

María y las mujeres salieron, pues, de Betania probablemente al mismo tiempo que Jesús y los discípulos, y se dirigieron a Jerusalén por la vertiente del monte de los Olivos. En aquellos días que precedían a la fiesta subían los peregrinos, un grupo detrás de otro, desde el profundo valle del Jordán por el desierto de Judá. El hervidero de peatones lo interrumpían los asnos a medio trote y los grandes camellos con sus sillas que se tambaleaban. El polvo subía a las nubes y brillaba como vapor blancoamarillo a los rayos del sol.

Fuera de Jesús, María era la única que tenía ante los ojos, con fe firme, lo que los días próximos iban a traer consigo. Ella sola admitía las predicciones como sonaban: sabía que su Hijo subía a Jerusalén por última vez. En el camino miró en dirección sur, hacia las alturas detrás de las cuales se ocultaba Belén y el camino que llevaba allá desde Jerusalén. No hay madre que olvide el lugar donde vino al mundo su hijo único. María pensaría tal vez en el tiempo ya lejano, cuando envolvió al Niño en pañales. Al mismo tiempo miró al emplazamiento del Templo, al lugar en que Simeón había tomado al Niño en sus brazos y había pronunciado su vaticinio.

¡Ahora estaba próxima su realización!

La piedad gusta de intercalar en este tiempo, antes de la prisión de Jesús, una despedida en regla de su Madre. Por el Evangelio aparece claro que no se dió en modo alguno tal despedida en el sentido civil, de modo que se «ultimaran» en ella toda suerte de negocios. Jesús confió su Madre a Juan desde la Cruz, y éste la tomó por suya. Si Jesús y María hubiesen hablado en su última entrevista, como los demás

hombres, sobre el futuro, este episodio ya no hubiera sido posible.

Muchas veces se exponen además las cosas como si Jesús hubiera pedido permiso a María para empezar a padecer. La conducta de Jesús como adolescente de doce años y como huésped en las bodas de Caná, hace esto poco verosímil. Otra cosa sería que Jesús hubiese solicitado de la Madre, de la esclava del Señor, el consentimiento en su pasión, y que María le manifestara hasta exteriormente su prontitud. Por lo demás, aquélla fué una entrevista y una despedida en que no se emplearon muchas palabras.

La grandeza de María consiste en este tiempo en lo mismo que antes, en ser «esclava», y como tal, no iniciada en todos los pormenores. Las últimas circunstancias de la pasión no le eran conocidas aún. Éste era un tormento particular para ella, pues sabía que lo terrible estaba ya encima.

La noche anterior al Viernes Santo

«A la hora oportuna púsose a la mesa y con él los doce apóstoles. Él les dijo: 'He deseado ardientemente comer con vosotros este cordero pascual antes de la pasión. Porque os aseguro que (desde ahora) no lo comeré más hasta que tenga su realización en el Reino de Dios.' Entonces tomó un cáliz, dió gracias y dijo: 'Tomadlo y distribuídlo, entre vosotros. Porque os aseguro que en adelante no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios'» (Luc. 22, 14-18; Mat. 26, 20-29; Marc. 14, 17-25).

Al anochecer entraron Jesús y sus discípulos en la sala que Pedro y Juan habían acomodado para la cena pascual. Entretanto había sido degollado y estaba dispuesto el cordero. Jesús celebró la fiesta formando un grupo con los apóstoles, y en el curso de ella instituyó el Sacrificio del Nuevo Testamento. Después se dirigió al monte de los Olivos. Allí le asaltó la angustia mortal.

María conocía por referencia del mismo Jesús o de los apóstoles la profecía de Jesús, que iba a dar a los fieles su carne y sangre, como manjar y bebida. El modo cómo cumpliría esta promesa lo ignoraba lo mismo que los apóstoles. Con todo, tomó la promesa con aquella fe reposada, inconmovible, característica suya. Y debió de hacer en ella una impresión indes-

criptible. Tendría como un presentimiento de que Jesús se le iba a separar de aquel modo en una forma nueva, misteriosa. No obstante, asintió con espíritu regocijado a la promesa de su Hijo: que daría a los fieles su carne en manjar y su sangre en bebida, y que de este modo mantendría la vida en sus almas y los resucitaría en el día del juicio.

Todo se aclaró cuando María tuvo noticia de los acontecimientos de la última cena, si no es que se hallaba cerca en persona. Su fe iba muy por delante de la de los apóstoles. Por eso mismo estaba mejor dispuesta para ver en el misterio del sacramento del altar el último legado de amor: «Este es mi cuerpo, que será sacrificado por vosotros. — ¡Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros y por muchos para perdón de los pecados!»

Hay que ponderar en particular lo que estas palabras significaban para María con relación a la crucifixión que estaba ya a la vista. Con ellas se redobló su penetración en el sentido de los hechos de que iba a ser testigo el Viernes Santo. En la crucifixión ofrecía Jesús el sacrificio único, que luego, después de su muerte, habían de renovar los discípulos.

Por estas palabras de Jesús entabló María unión nueva, misteriosa, íntima, con los apóstoles. Sobre todas las traiciones y temores y vacilaciones humanas, veía en ellos a los hombres agraciados por su Hijo con el encargo de que, cuando él no estuviese ya en la tierra, renovasen su sacrificio en ella bajo las especies sacramentales de pan y vino.

María veía cómo los derechos maternos que ella había tenido durante la infancia de Jesús para disponer de él, pasaban ahora en una forma nueva a los apóstoles. Pero no se sentía mortificada por ello. Sólo atendía a una cosa: a los contornos que, hora por hora, se iban precisando en la obra de la redención. Y cuando estaba al pie de la Cruz, tenía vivo el presentimiento de que aquel sacrificio cruento de Jesús se había de repetir de manera incruenta, por encargo suyo.

Para el desarrollo ulterior de los acontecimientos de aquella noche tiene importancia la pregunta: ¿Adónde huyeron los apóstoles después de la prisión de Jesús? ¿Quedaron entre los árboles hospitalarios del monte de los Olivos o volvieron presurosos a la ciudad para encerrarse en el cenáculo, como lo hicieron, según el Evangelio, en la noche del domingo?

Si volvieron al cenáculo y si María estaba allí, se enteró por este camino de que Jesús había sido apresado. Y si moraba en alguna otra parte, ello pudo suceder de la misma manera. Lo más tarde que tuvo noticia de la prisión de Jesús, fué cuando Pedro, arrepentido de todo corazón, salió furtivamente de la casa del sumo sacerdote y fué a buscar a la Madre de Jesús, o cuando Juan volvió a casa después de los interrogatorios y se lo contó. Después vemos a este discípulo con María al pie de la Cruz. Tal hecho tiene sin duda su historia previa, que se extiende hasta las obscuridades y el terror de aquella noche.

Angustia de María en aquella noche

Tenemos los hombres una tendencia típica a elevar entre nosotros y Jesús, Hijo de Dios, límites que no existen. Semejante tendencia no es propia tan sólo del hombre moderno. Ya en los días del cristianismo primitivo tuvo su influjo. Indicio de ello es, por ejemplo, que muchos escritores pasaron por alto precisamente el relato de angustia de Jesús en el huerto de los Olivos, porque, a su entender, era impropia del Hijo de Dios. Semejante escándalo había suscitado asimismo la tentación de Jesús por el demonio. Si faltaran estos dos fragmentos en el Evangelio, no nos atreveríamos realmente a imaginarnos como posible lo que constituye el objeto de estas descripciones.

Ahora bien, cuando uno oye mencionar «tentaciones de María», le da la impresión como si hubiera percibido algo muy indecoroso. Porque, consciente o inconscientemente, muchos hombres llevan en sí la idea de que en la vida de María no ocurrieron, ni pudieron ocurrir, fenómenos que tuvieran cierta semejanza con las tentaciones de Jesús en el desierto y con su angustia mortal en Getsemaní. Y sin embargo, María pasó, sin género de duda, por tentaciones como las que refiere de Jesús la Sagrada Escritura. Bien es verdad que aquellas pruebas revestían en ella un carácter singular, por ser la Madre del Hijo del hombre, Jesús. Siempre tenía que ver algo con la vida de su Hijo e Hijo de Dios; diríase que provenían de Jesús.

El que lo considere con toda atención, verá que semejantes pruebas de la Virgen están consignadas de pasada en el Evan-

gelio: una de ellas está incluida en la pérdida de Jesús en el Templo; otra, en la conducta de Jesús cuando las bodas de Caná, o en la preterición que tuvo con su Madre ante el pueblo, cuando había ido a visitarle. Pero las horas más difíciles le aguardaban cuando Jesús se le separó el jueves y comenzó su pasión.

En los libros piadosos se ve presentada aquí y allá la hipótesis de que María siguió la pasión de Jesús en la noche del jueves al viernes, por una especie de revelación. Su dolor y su angustia, eran, sin embargo, mucho mayores si no fué éste el caso y si no sabía más que lo declarado de antemano por Jesús: que el viernes le condenarían a muerte, que sería crucificado por los romanos y que al tercer día había de resucitar. De esta suerte la noche del Jueves al Viernes Santo reservó a María dolores semejantes a los de Jesús en el huerto de los Olivos. Y como él, también ella se encontraba sola en su aflicción. Porque era la única que creía en la pasión y muerte que estaba a punto de realizarse. Todo consuelo humano estaba excluido donde nadie creía en la realidad de lo que llenaba de espanto su alma.

Si se tiene en cuenta cómo apareció Jesús verdadero hombre en el huerto de los Olivos, cómo fué oprimido por la angustia y apremiado por encontrados sentimientos, cómo lo sostuvo tan sólo la oración a su Padre celestial, queda justificada la opinión de que también María se aprestaba durante las mismas horas nocturnas, con el corazón lleno de zozobra, para lo que su Hijo iba a tomar pronto sobre sí. La angustia que había pasado cuando buscaba al Niño Jesús fué un pronuncio de la zozobra que cayó ahora, con toda su fuerza sobre el alma de María.

El Via Crucis y la crucifixión

«Sacaron fuera a Jesús para crucificarle» (Marc. 15, 20; Mat. 27, 31; Juan 19, 16).

En la mañana del Viernes Santo toda la ciudad de Jerusalén seguía sin resollar los interrogatorios que se iban haciendo a Jesús, y los malos tratos a los que se le expuso. Los hombres se apretaban unos contra otros en la plaza, delante del tribunal.

De tiempo en tiempo parecía como que pasaba una tempestad por entre la muchedumbre. A los gritos de los agitadores contestaba la plebe haciendo coro. Pilatos cedió ante su gritería; mandó azotar a Jesús y, ya desfigurado, lo presentó en público con la esperanza de haber satisfecho los odios. Pero los inflamó más aún. «¡A la cruz con él!», gritaron miles de gargantas, y ya no en tono de súplica, sino exigiendo, amenazando a aquel juez que se vió perplejo. Pilatos volvió a ceder. Condenó a Jesús a la muerte.

¿Dónde se hallaba María mientras sucedía esto? Los Evangelios no lo dicen. Pero tal como estaban las cosas, es verosímil que, acaso en compañía de Juan, se encontraba allí para ser testigo de los hechos.

Por lo menos es cierto que en el camino del Calvario se le juntó en algún sitio a su Hijo. Juan refiere que después estaba al pie de la Cruz. En nuestro Via Crucis la cuarta estación conmemora el encuentro de Hijo y Madre.

Si queremos encuadrar este encuentro en la topografía que conserva la tradición, hay que fijarlo junto a la gran puerta. En las estrechas calles, llenas de peregrinos y espectadores y además casi interceptadas por columnas de soldados, no había libertad de movimiento. En cambio, en aquel sitio, a la salida de la ciudad, se llegó a interrumpir realmente el hormiguero. Allí fué obligado Simón de Cirene a prestar ayuda, llevando la Cruz de Jesús. Entretanto los espectadores que se habían aglomerado, y entre ellos María, pudieron acercarse unos momentos a Jesús.

El encuentro de Madre e Hijo encerraba en sí algo que ni uno ni otro hubiera podido manifestar con palabras. En aquel momento se dieron cita, por decirlo así, todos los recuerdos de su vida pasada. Durante toda ella había esperado Jesús esta hora. También María la había aguardado desde la profecía de Simeón, y se había mantenido presta. El uno había esperado junto al otro; el uno sabía del otro que los dos esperaban lo mismo; lo habían hecho de idéntica manera, con la mirada fija en los designios del Padre celestial. Ahora se encontraron sus miradas y en las miradas, sus almas. ¡Qué hubieran podido decir allí las palabras! El dolor se juntaba con el dolor, la compasión con la compasión, la magnanimidad con la magnanimidad, el amor con el amor.

A partir de aquel instante no hubo otro que no sobrecargara el alma de María con nuevos tormentos. Jesús fué conducido a la colina. Hiciéronse los preparativos inmediatos para la crucifixión. Le dieron vinagre, que él probó y lo rehusó. No quería que se emboratan sus sentidos.

Después los verdugos arracaron las vestiduras del cuerpo de Jesús, cubierto aún de sangre y de heridas de los azotes. Esto ocasionó a María un tormento que la sacudió en todo su amor. En otros tiempos había vestido y desnudado al Niño con una reverencia rayana en adoración, en el silencio y recogimiento de la casa. Ahora, aquellas gentes arrebatában a Jesús sus vestiduras a los ojos de todos. La sangre empezó a correr con un resplandor rojizo y a dar voces a su corazón. Con vertiginosa rapidez se precipitaban dolores sobre dolores — se fijaron los clavos, resonaron los martillos—, cada golpe daba más adentro en los abismos de su alma. Durante toda la vida había oído el golpe del martillo que, manejado por Jesús, caía sobre vigas y maderos. Cada golpe lo había percibido con el corazón lleno de fe, y con los golpes había percibido en cierto modo el espíritu y los sentimientos de su Hijo que, día tras día, trabajaba en el retiro, siendo el Redentor del mundo y teniendo cada momento conciencia de que lo era. Aquellos golpes se trocaron poco a poco para María en llamadas, que de manera prodigiosa reducían a silencio todo rumor de mundo.

Ahora volvían a sonar golpes de martillo. Pero esta vez no era Jesús el que lo blandía sobre el clavo que hubiera de entrar en el madero; esta vez eran brazos de verdugo los que lo levantaban, para hacerlo caer sobre los clavos que taladraban los miembros de Jesús. Un golpe sucedía al otro, y cada uno de ellos metía más adentro en el alma de María la espada de dolor.

Oración de Jesús por los enemigos

«Y Jesús oraba: ¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!»
(Luc. 23, 34).

Para una madre representa un tormento especial el presenciar la muerte de un hijo que ya no habla. Se le imagina como que se le hubiera marchado lejos, adonde ella no le

puede seguir. ¡Cómo pone en tensión toda su solicitud amorosa, a ver si por fin rompe a hablar!

La primera frase que dijo Jesús en la Cruz fué una súplica para sus enemigos: «¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!»

¡Perdónales!

Lo que pedía su Hijo lo deseó también la Madre a partir de aquel momento, en atención a él, por imitar su ejemplo y apropiarse sus sentimientos.

¡Perdónales!

Llena de compasión miraba a los soldados que se mofaban, a los sacerdotes que se burlaban, a la gente del pueblo que sacudía la cabeza... con una compasión que radicaba tan dentro de su alma y una mirada tan profunda al alma de los otros, que no lo alcanzaban las acciones externas de aquellos hombres. María penetró también la razón que daba Jesús para su súplica: ¡No saben lo que hacen! ¡Realmente que se podía decir aquello! En comparación con ella, que estaba iniciada en el misterio de la filiación divina, no sabían, a la verdad, los circunstantes lo que sucedía en el monte Calvario.

Las madres pueden contar después de muchos, muchísimos años, las frases que pronunció el hijo antes de su muerte. En el alma de María, hecha a guardar en su corazón las palabras de Jesús, permaneció en toda su viveza esta petición de gracia y la hizo de un modo nuevo Madre de todos los que necesitan un intercesor ante el Padre. Porque lo que vale para los que se burlaban junto a la Cruz, vale para los pecadores de todos los tiempos y lugares. El Salvador los tuvo presentes a todos en aquella oración, y María se compadeció con él de todos ellos: la Madre del Redentor misericordioso se trocó en Madre de misericordia. Desde aquel momento la pasión de Jesús, que era la obra de Jesús, significó para ella, más todavía que antes, la obra de amor a los pecadores, y no tuvo ya más aspiración que la de imitar a su Hijo en aquel amor.

Como se deja entender, es sumamente difícil para los hombres ordinarios, familiarizados con el pecado, hacerse una idea exacta de la solicitud de María en favor de los pecadores. El que se ve arrastrado siempre a lo pecaminoso, pierde la noción clara de lo que es la esencia del pecado. Y en la perplejidad en que se encuentra, se imagina precisamente lo contrario de

esto, a saber, que una persona exenta de pecado, como María, no puede poseer un conocimiento profundo del pecado.

En hecho de verdad fué María la que, después de Jesús, alcanzó el conocimiento más hondo del misterio del pecado. Naturalmente que no hablaba mucho sobre eso. En cambio, sufría con los que conocía ser dignos de lástima. Pero aquellos hombres infelices que la rodeaban no tenían la impresión de que hubiera que compadecerse de ellos. Y esto era cabalmente lo que afectaba a María con un dolor especial. En sus relaciones con los hombres pecadores se asemejaba a una madre que se ve rodeada de hijos enfermizos y contrahechos, que no ven lo miserables que son. Con amor compasivo inclínase ella hacia aquellos pobrecitos. Su amor maternal tiene que protegerlos y ampararlos en el momento en que se les abran los ojos para ver en qué situación se hallan.

La inscripción

«Pilatos había hecho preparar también un letrero y clavarlo sobre la Cruz. En él estaba escrito: 'Jesús de Nazaret, rey de los judíos.' Este letrero lo leyeron muchos judíos, porque el lugar donde fué crucificado Jesús estaba tocando a la ciudad. El letrero estaba en hebreo, latín y griego. Entonces los príncipes de los sacerdotes judíos dijeron a Pilatos: 'No escribas: Rey de los judíos, sino que él ha dicho: Yo soy el rey de los judíos'. Pilatos respondió: 'Lo que he escrito, escrito queda'» (Juan 19, 19-22; Mat. 27, 37; Marc. 15, 26; Luc. 23, 38).

Siempre que un hombre se transforma interiormente, de suerte que no sólo proceda de otra forma, sino que adopte también sentimientos nuevos, tiene que conducirse respecto de lo que hasta entonces había pensado, o excluyéndolo de sus recuerdos o apreciándolo desde otro punto de vista. Por esta razón se hacen los hombres tan extraños a su propia vida de la juventud, una vez que la han abandonado. Desde el momento en que tuvo una idea propia hasta el instante último en que su pensamiento postrero se apagó como una chispita, María había avanzado siempre camino adelante en dirección a Dios. Según eso, en el tesoro de recuerdos que guardaba su corazón maternal no se dió jamás un tiempo en el que determinados recuerdos desaparecieran como cosa sin valor y ocupasen otros un puesto y categoría nuevos, por decirlo, así, dentro del tesoro.

Así que en cada etapa de su vida estaban presentes en María, mucho más que en los demás hombres, todos los años pasados, y a cada nueva experiencia se unía toda la vida anterior con la nueva. Este es el rasgo que Lucas pone de relieve: María lo guardaba todo y recapacitaba sobre ello en su corazón.

Esta disposición de espíritu llevaba consigo una sujeción particular de los recuerdos para el alma de María. A cada momento de su vida en que ocurriese algo nuevo, se excitaba la memoria de los sucesos afines, no sólo hasta un período determinado de su vida precedente, sino en toda su cadena hasta aquel momento de Nazaret, cuando el ángel le hizo declaraciones sobre su destino y le reveló su vocación para la divina maternidad. Todas sus experiencias iban profundizando de esta suerte cada vez más, de un modo prodigioso.

Si se tiene esto presente, se puede formar una idea de cómo se repitió, en cierto modo, para María, al pie de la Cruz, toda la vida de su Hijo. Con las mismas madres ordinarias sucede un fenómeno singular, pero que se registra regularmente: que a la muerte del hijo evocan en espíritu, una vez más, toda su vida y refrescan en particular aquellas escenas que están en relación con el término de ella. Lo que hasta cierto punto ocurre con todas las madres, era el caso de María en grado sumo. No hubo nunca madre tan unida con la vida de su hijo como María con la de Jesús.

También las circunstancias externas contribuían a que su espíritu retrocediera, cuando la muerte de Jesús, hasta los días de Nazaret. Efectivamente, en aquellos acontecimientos que refiere San Juan se le representaba de nuevo a la Santísima Virgen la vida de Nazaret. Claro está que esto no hay que entenderlo como si hubiese podido entregarse con entero reposo a todo género de consideraciones. Se trata de aquellos sentimientos del alma que brotan como por sí mismos en una madre y que por lo mismo tienen lugar aun cuando su corazón esté lleno de dolor.

Sus ojos tropezaban con la inscripción que decía: Jesús de Nazaret, Rey de los judíos. Estaba redactada en tres idiomas: en hebreo, que era el idioma religioso; en griego, que era el idioma de la cultura, y en latín, que era el idioma del Estado. María podía leer tal vez por sí misma las palabras hebreas.

Y si no era capaz de ello, había cerca bastantes personas que, conforme a la costumbre de los que no leen mucho, delectaban en voz alta la inscripción.

¡Jesús!

El nombre de Jesús hacía que la mente de María se volviese al momento en que lo percibió por primera vez; fué cuando el ángel le dijo: «¡Le pondrás por nombre Jesús!»

¡Nazaret!

La palabra Nazaret era para ella como un compendio de los treinta años que el Mesías había pasado como pacífico carpintero. Todos los años que había vivido María allí con él, eran ahora como un solo día de luz pura y de paz.

¡Rey de los judíos!

«El Señor Dios le dará un trono, el trono real de su padre David. ¡Reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin!», había anunciado una vez el ángel.

¡El trono de David! A lo largo de los años había meditado María estas palabras. También ella, como todas las personas piadosas de su tiempo, había pensado al principio en un trono terreno. Cuando Jesús comenzó a hablar de su pasión, también aquella idea empezó a vacilar. ¡El trono de oro y piedras preciosas, el escuadrón de pajes y soldados, se habían trocado ahora en una cruz, rodeada de guerreros que se mofaban y soldados que hacían burla! ¡Pero la fe de María se mantuvo firme, aun en aquella prueba!

La distribución de las vestiduras

«Después de que los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos y los dividieron en cuatro partes, una para cada soldado, separando la túnica. Ésta era sin costuras, tejida en una pieza de arriba hasta abajo. Por eso se dijeron: ¡No la rasguemos, sino vamos a echarla en suertes, a ver a quien le toca!» (Juan 19, 23-24; Mat. 27, 35-36; Marc. 15, 24; Luc. 23, 34).

Como la inscripción fijada en la Cruz, así también otro hecho que sucedía al pie de ella recordó a María los tiempos de Nazaret. Los soldados que habían llevado a cabo la crucifixión, gente bruta y como tal escogida para las ejecuciones, se habían apoderado de las vestiduras y calzado de Jesús a fin de repartírselo según costumbre.

Los vestidos de un hijo que ha sucumbido a la muerte son algo santo para la madre. En cierto modo se le hacen más familiares cuanto más lejos se ha ido el hijo; por eso no hay madre que no guarde alguna prenda del hijo muerto, en un arca de casa. El vestido es para ella un tesoro que le sirve para mantener vivos los recuerdos del amor herido. Mientras lo tiene en sus manos, se vuelve a llenar con los miembros queridos del hijo amado; sus brazos, sus pies, su cuello, su rostro vuelven a presentarse con más viveza que cuando piensa simplemente en el difunto.

Y no ha habido madre que haya ansiado tanto los vestidos de su hijo, como María los del suyo en el monte Calvario.

¡En el suelo están las sandalias! ¡Cuántas veces había tomado María en Nazaret las sandalias de Jesús! ¡Ahora se las habían quitado para siempre! ¡Cómo le afligía el pensar que las tomaría uno de los soldados, que les limpiaría la sangre y se las calzaría él mismo o las pondría a la venta!

Allí veía también el ceñidor, que acaso hubiese cortado y cosido ella misma; veía el vestido exterior, el manto y la túnica.

Los soldados no entendían de miramientos. Repartiéronse las prendas de vestir. Sólo con la túnica hicieron una excepción. Porque estaba tejida «sin costura» alguna. Ya hemos comentado hasta qué punto puede ser verdadera la leyenda, según la cual se la tejió María personalmente a Jesús. Los soldados cayeron en la cuenta de que aquella prenda no se podía separar por las costuras y dividirse así en pedazos. Por eso se dijeron: «¡No la rasguemos, sino vamos a echarla en suertes, a ver a quién le toca!»

Perder aquel vestido que Jesús había llevado tal vez durante mucho tiempo significaba para María un dolor especialmente intenso. Los soldados hicieron saltar los dados, los ojos los comprobaron, uno fué proclamado dueño de la túnica y la tomó para sí. Antes, pues, de que hubiera desaparecido Jesús, habían ido a parar sus vestiduras a manos de nuevos propietarios, sin pasar por las de su Madre. Una mujer enferma había agarrado una vez con vivos deseos el ruedo de aquellos vestidos. Sus ansias no fueron nada en comparación con las que tuvo María de poder tomar para sí los vestidos de Jesús.

De esta suerte la inscripción y distribución de las vestiduras recordaron a María los días lejanos de Nazaret.

El escarnio

«Los que pasaban delante blasfemaban, sacudían la cabeza y decían: ¡Hola! ¡De modo que tú eres el que destruye el Templo (de Dios) y lo reconstruye en tres días! ¡Sálvate a ti mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la Cruz!» Igualmente los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los senadores, insultándole decían: «A otros ha socorrido; a sí mismo no se puede valer. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la Cruz y creeremos en él. Ha confiado en Dios; que Dios le libre ahora, si es que se complace en él» (Mat. 27, 39; Marc. 15, 29-32; Luc. 23, 35-37).

Los hombres que estaban reunidos en el monte Calvario: los sacerdotes y rabinos, los soldados y verdugos, la gente del pueblo, no dieron pábulos suficientes a su odio con ver a Jesús pendiente de la Cruz. A los tormentos del cuerpo quisieron añadirle los del alma. Le escarnecían y burlaban, recordándole los días de su actuación pública, cuando el pueblo estaba entusiasmado con él y le tenía por un profeta e incluso por el Mesías prometido. La gente le gritaba en la Cruz: «¿De modo que tú eres el que va a destruir el Templo y reconstruirlo en tres días? ¡Sálvate a ti mismo y baja de la Cruz!»

Los sacerdotes estaban a un lado, bien que por sus sentimientos se hallaban muy compenetrados con aquel homiguero de la plebe, del que exteriormente se mantenían alejados con tanta escrupulosidad. Decían en son de burla: «A otros ha socorrido, pero a sí mismo no se puede socorrer. ¡Si es el Rey de Israel, que baje al punto de la Cruz, y creeremos en él! ¡Ha puesto su confianza en Dios! ¡Que le salve Dios ahora, si es que le ama!» *«¡Puesto que él ha dicho: yo soy el Hijo de Dios!»*

¡Qué capacidad de aguante tuvo que poseer el corazón de María, para tener en aquel momento una paciencia semejante a la de su Hijo! En cierto sentido estos insultos la lastimaban a ella más hondamente que a Jesús; porque para una madre es más intolerable el ver maltratado al hijo que sabe que es inocente, que el ser atormentada ella misma.

La frase que la hirió más en lo vivo fue: *«Él ha dicho: ¡Yo soy el Hijo de Dios!»* La Virgen transportó su espíritu, que siempre abarcaba toda la vida, hasta la hora en que el ángel le había dicho: *«¡Será llamado Hijo de Dios!»*

Hasta uno de los ladrones que habían sido crucificados con Jesús, empezó a blasfemar. Con corazón lleno de odio y amargura gritó a Jesús: «¿No eres tú el Mesías? ¡Pues sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros!» Esta burla era para Jesús una deshonra mayor que los escarnios de allá abajo. ¡Aun aquel malhechor que habían asociado a Jesús, maldecía su compañía y se burlaba de él! Hacía suyas las palabras que había oído a los sacerdotes y rabinos, como si por esta vía esperase merecer la liberación de la cruz.

Un hombre que se mofaba del Hijo de Dios, a las puertas de la muerte. ¿Había sido en vano la obra del Redentor?

¡No, eso no podía ser! El otro malhechor, que oyó la blasfemia, se puso de parte de Jesús. Dijo al blasfemo: «¿Tampoco tú temes a Dios viéndote en el mismo castigo? Nosotros expiamos conforme a justicia; hemos recibido lo que habíamos merecido. ¡Este, por el contrario, no hizo cosa indigna!»

No somos capaces de imaginar el amor con que miró María a aquel ladrón que defendía a Jesús, su Hijo. Vuelta a éste, dijérase que repetía las frases del ladrón. Y Jesús abrió su boca y prometió al malhechor arrepentido: *«¡En verdad te digo: hoy mismo vas a estar conmigo en el Paraíso!»*

Para el ladrón fue un consuelo, cuando Jesús le anunció que salvaría su alma. Lo fue también para María, la Madre de Jesús. Sin embargo, para ella encerraban aquellas palabras el aviso de la muerte. *«¡Hoy mismo vas a estar conmigo en el Paraíso!»*, había dicho Jesús. ¡Por lo mismo la separación era inminente!

Ante el pensamiento de la muerte de Jesús, su corazón de madre se compenetraba, en cierto modo, con los tormentos que aquél padecía, para permanecer con Él y en Él los pocos momentos que quedaban. Una madre amante posee el don secreto no sólo de vivir junto al hijo que sufre, sino de adentrarse en él mismo. ¡Qué significaba que ella la sufría junto a Jesús, en comparación con el tormento que la aguardaba cuando Él hubiese desaparecido!

Pero aún le había de ser arrebatado su Hijo antes de la muerte, de una manera peor que la misma muerte del cuerpo.

El abandono de Jesús iba a comenzar.

Abandono de María durante el abandono de Jesús

«Hacia la hora de sexta sobrevino una oscuridad sobre toda la región y duró hasta la hora de nona. A la hora de nona exclamó Jesús con voz potente: ¡Eloi, Eloi, lama sabakthani! Que traducido significa: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Al oírlo algunos de los circunstantes decían: '¿Lo oís? ¡Llama a Elías!'» (Marc. 15, 36; Mat. 27, 48-49; Juan 19, 28-29).

Jesús se sentía ahora solo, como jamás durante su vida. Ciertamente que en el sufrir los dolores María estaba tan compenetrada con Él, como sólo puede estarlo una madre con su hijo, pues parece que tienen un sentido especial para ello. Pero la Virgen tenía también conciencia de otro fenómeno en cada momento: ¡Jesús no vive conmigo como yo con Él! ¡Vive según la voluntad del Padre! María tenía que replegarse, por consiguiente, a la voluntad del Padre, y permanecer al pie de la Cruz en la voluntad del Padre. Tan cerca como estaba de su Hijo, y sin embargo, se hallaba separada de Él. Ya no le podía alcanzar sino por encima de la voluntad del Padre celestial, por decirlo así, pero no de corazón a corazón y de dolor a dolor.

Ahora, después de que Jesús la había confiado a Juan y el discípulo a ella, comenzó para María una situación extraña. Llegó un momento en que el Hijo de Dios fué abandonado por su Padre celestial de modo prodigioso.

Ningún hombre, ni María siquiera, pudo formarse una idea de lo que sucedía con Jesús. Jesús mismo lo anunció, y no fué el último motivo para inducirle a ello el que María le acompañara en la nueva prueba. Con voz potente exclamó: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»

Este grito de angustia fué para María la prueba más dura, porque adivinaba tras ella la tortura horrible de su Hijo. Siguiéndole a Él, sometiéndose a su voluntad, se había puesto ella en manos del Padre celestial, su alma toda estaba como compenetrada con los designios de Dios Padre, a los que también Jesús se había confiado. Su fortaleza había consistido en que veía que Jesús perseveraba firme y ella era fuerte con Él. Pero ahora, de repente, como que se quebraba para Jesús

esta voluntad del Padre, como que se disolvía en algo impreciso, ya no era capaz de informar de carácter y sentido a todo lo que pasaba.

Como con alas que a cada golpe van dejando atrás un mundo entero, se había refugiado María en Dios en aquellas horas últimas. Había seguido a su Hijo que corría delante. Pero de repente había sobrevenido lo horroroso. Jesús estaba delante de ella como mudo; hacía la impresión de que veía la nada, allí mismo donde hasta entonces había oído exclamar a su Padre: «¡Este es mi Hijo amado, en el que tengo mis complacencias!» ¡María estaba también ante su Creador como si fuera nada, y el Creador parecía tan alejado, que también Él era como la nada!

El abandono de Jesús era abandono del Hijo de Dios hecho hombre y no tenía, como tal, punto de comparación más que consigo mismo. El abandono en que se vió sumida María por el abandono de Jesús, era el abandono de la criatura más santa de la tierra, en el momento en que estaba menos preparada y provista para Él. María tuvo entonces tentación, hablando humanamente, de no ocuparse ella tampoco más del Padre, ya que había abandonado al Hijo, de no guardar respecto de Él la conducta debida, ya que no se la daba a sentir más a su Hijo.

Su alma se sostuvo en aquella hora difícilísima. De todo su ser no quedó, por decirlo así, más que aquello que un día había respondido al ángel: «He aquí la esclava del Señor.»

VOCACIÓN DE MARÍA PARA UNA MATERNIDAD NUEVA

Asistencia de María al pie de la Cruz

«Al pie de la Cruz estaba María, su Madre» (Juan 19, 25).

Durante la agonía mortal de Jesús, María estaba junto a la Cruz, por consiguiente en contacto inmediato con Él. Sobre las otras mujeres se advierte expresamente que «miraban desde lejos». Estas dos observaciones no están en contradicción, sino que indican la misma realidad. A María, como Madre de Jesús, le fué permitido acercarse a la Cruz. Se puede suponer que Juan, como varón, sería el que solicitó de los soldados el permiso, como en la noche anterior había conseguido de la portera del palacio de Caifás que pudiera entrar Pedro.

En aquellas horas en que pendía Jesús de la Cruz, rodeado de soldados que se burlaban, de espectadores que se mofaban, de fariseos que no disimulaban el triunfo, la Virgen, que se hallaba al pie de la Cruz, tuvo un sentimiento: Ahora se han cumplido las palabras de Simeón: «Este está puesto como señal contra la que se ha de levantar la contradicción... también tu alma la atravesará una espada.» Entonces se estaba realizando lo que Jesús había apuntado en Caná: ¡Ya estaba allí su hora y la de su Madre!

Durante toda la vida había suspirado María por el momento de la Redención. ¡Por fin había pasado para siempre el tiempo de espera! Era la hora del cumplimiento. Con aquel género de alegría que las almas grandes pueden conservar en el fondo en medio de cualquier dolor, exclamaba ella: «¡Dispuesto está mi corazón, oh Dios; mi corazón está dispuesto!» Así pudo orar con el salmista, cuando bajaba a una con Jesús al abismo de la humillación y de la muerte.

Es difícil para nosotros medir el sacrificio que María tomó sobre sí. Lo mejor para conocer su grandeza y carácter peculiar es compararlo con el sacrificio que ofreció la madre de los

Macabeos de la Biblia, cuando la ejecución de su hijo más pequeño. Seis habían precedido en el martirio. Sólo quedaba el más joven, que entonces era también el único. Lo hubiera podido salvar con decirle que obedeciera el mandato del tirano, que comiera carne de cerdo, quebrantando de este modo abiertamente la Ley. Pero no lo hizo así. Más bien exhortó a su hijo: «¡Hijo mío, compadécete de mí! No me añadas el dolor de verte apostatar de la fe. Te he llevado nueve meses debajo de mi corazón; te he amamantado tres años y alimentado y cuidado hasta ahora. ¡Te pido, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra, y que consideres todo lo que en ella existe, y que ponderes que todo ello lo ha creado Dios de la nada! No te amedrentes delante de este verdugo, muéstrate digno de Dios y sufre la muerte, para que te vuelva a ver con tus hermanos (en el otro mundo) al tiempo de la misericordia!»

La madre consentía, por consiguiente, en el martirio del hijo; más aún, le impulsaba a permanecer constante. No lo hacía por sí y ante sí y por razón de su maternidad, sino en la idea de que ella como madre y él como hijo, no podían disponer de sí mismos, sino que tenían que guardar fidelidad a los mandamientos de Dios. Precisamente porque veía que lo mayor que podía hacer su hijo era guardar fidelidad a Dios, estaba dispuesta al sacrificio, a verle morir con la muerte del mártir.

Había algo peculiar en aquella situación. En el momento en que la madre decía a su hijo: «Muéstrate digno de Dios y tolera la muerte, para que yo vuelva a encontrarte en Dios», le amaba como no le había amado nunca, ni siquiera cuando apretándole, como ahora, al pecho, se había unificado con él en el amor. Pero esta vez no hablaba como la madre que da la vida al hijo, sino como la madre que había sembrado sus propios sentimientos en el corazón del hijo y temía, no por la separación corporal, sino por la espiritual, por la interna, que significaba al mismo tiempo un alejamiento de Dios, que, por lo mismo, no se podía reparar jamás.

Semejante a la madre de los Macabeos, también María tuvo que resignarse al martirio de su Hijo por amor de Dios. Pero en su caso singular no bastaba un consentimiento parecido al de aquella madre.

¡No!

¡A ella se le pedía otra cosa, algo más elevado, algo incomparablemente superior!

Porque las relaciones de la Virgen con su Hijo eran de índole singular. ¡Jesús no era su hijo simplemente, sino además el Hijo de Dios!

Y Dios había enviado a su Hijo al mundo para redimirlo. Ya el ángel Gabriel había anunciado que nacería como Redentor del mundo. En aquella ocasión había respondido María: «¡Yo soy la esclava del Señor!» Aquella frase de obediencia y ofrecimiento llevaba consigo el que ahora tuviera que volver a decir lo mismo, cuando Jesús estaba a punto de redimir a la humanidad por medio de su pasión y de su muerte. Y en su interior volvió a repetir las mismas palabras.

Como cuando Jesús dirigía su mirada a la pasión en el monte de los Olivos y lleno de terror la volvía atrás, la consideración de que era la mano del Padre la que le ofrecía aquel cáliz, bastó para que nunca quisiese rechazar aquella mano si no se retiraba ella misma con el cáliz, así veía también María, Madre de Jesús, durante la crucifixión, tras las manos de los verdugos, la mano del Padre eterno del Cielo, quien había decretado que el Hijo divino, nacido de ella, quitara de esta manera los pecados del mundo. Y ella no apartó la mano hacia atrás. Fué la única que siguió a su Hijo en sus dolores y muerte.

Si hubiese podido hablar otra vez con Jesús en aquellas horas de la pasión, no le hubiera podido decir más que una sola palabra; le hubiera dicho con una prontitud mucho más perfecta que la de la madre de los Macabeos: «¡Hágase la voluntad del Padre!» Pero, mientras que tratándose de los Macabeos era la madre la que suplicaba al hijo que permaneciese constante, en la Redención era el Hijo el que iba delante y la Madre la que imitaba sumisa la voluntad y la obra del Hijo.

De esta situación seguía para María la necesidad de permanecer en inacción completa durante toda la pasión de Jesús. En esto consistió su primer sacrificio y el más costoso. Quien se imagine que la Virgen permaneció inactiva por prudencia, para no excitar a los soldados, desconoce con ello el dolor de María en su núcleo más amargo y en su íntima grandeza. Si se hubiera sublevado, aunque no fuese más que

interiormente, contra los malos tratos que recibía Jesús, esto hubiera sido ante Dios una dificultad contra la redención de los hombres. Ahora más que nunca era ocasión para que fuera esclava del Señor y para que consintiera en lo que el Padre había descargado sobre su Hijo por amor a los hombres. En esta disposición de ánimo estaba ella durante las horas amargas de la pasión respecto de su Hijo y de la obra de Él, no sólo al exterior, sino también interiormente.

Lo que esta asistencia interna de María significaba para Jesús mismo durante su humillación y su pasión, lo vamos a tratar más en particular.

Significación de la asistencia materna para Jesús y su obra

Como queda dicho, María asistió realmente a Jesús al pie de la Cruz. No es fácil medir la entrega al Redentor y a su obra que se encerraba en ello. Pero aun es más difícil para nosotros penetrar en lo que esta asistencia de María durante la pasión significaba para Jesús mismo. Porque para Él suponía todo lo que un hombre le podía dar en aquellos momentos de redención.

El hombre es capaz de perseverar en los dolores y sufrimientos en la medida en que vea en ellos un sentido y un valor. Cuanto más elevado esté a sus ojos el bien por el que sufre, tantos mayores tormentos puede tolerar. Y cuanto más grande sea la seguridad de conseguir o retener aquel bien por medio del sufrimiento, tanto más inmovible se mantiene a despecho de todos los dolores el pensamiento de que no son en vano. Aquella alegría interna ahonda en el alma, no se extingue y hace saber al hombre que su dolor se puede comparar con un combate que lleva a la victoria; que es «dolor con esperanza».

Jamás ha habido un hombre cuyos sufrimientos tuvieran un sentido y un valor tan universales como los de Jesús en la Cruz, ni que conociera tampoco como Él durante el martirio, su sentido y valor. Mientras que los dolores le torturaban y abrasaban como llamas, destruyendo su cuerpo cual la víctima de un holocausto que se deshace en pedazos, latía en lo más

íntimo del alma del Redentor, en lo que era inaccesible a los tormentos, la alegría muda, inenarrable de presentar estos dolores a la gloria del Padre. ¡Que en torno de la Cruz y en el mundo entero estuviesen o no los hombres de acuerdo con Él, no importaba para el caso!

Mientras Jesús sufría de esta manera, no había para Él más que un auxilio esencial del que pudiera participar sin que se mitigaran o se le suprimieran sus sufrimientos. Este auxilio, esta asistencia, consistía en que supiese esto: ¡No estoy solo en mi dolor! ¡Fuera de mí hay otros hombres que conocen y aprecian el sentido y valor de mis dolores, que los miran como una victoria que no se está comprando a precio excesivo y que me acompañan llenos de reconocimiento! Tener a su lado durante las horas de agonía mortal una persona única, que pensara sobre el sentido y valor de la pasión como Él pensaba, era para Jesús un alivio real y significaba una asistencia verdadera, que no se podía substituir con nada.

Que Jesús fuera sensible para un consuelo de este género, y aunque tenía grandísima necesidad de Él, en un sentido genuinamente humano, se lo muestra a cualquier lector atento del Evangelio el relato de su angustia mortal en el huerto de los Olivos. Casi imploraba de sus discípulos su presencia consoladora; de la obscuridad terrorífica se refugió más de una vez a su lado, aunque podía presumir que estarían dormidos. Entonces le había consolado un ángel. Ahora le asistía María, con todas las energías de su alma.

Su asistencia significaba en la economía de la obra de la Redención incomparablemente más que la del ángel. Porque se la prestaba un ser humano, por consiguiente, un «semejante a Él». Además el deseo de que se le comprendiera y acompañara espiritualmente crecía en el alma de Jesús de hora en hora, en el mismo grado en que aumentaba su abandono exterior e interior. Privado de su libertad, Jesús ni podía ni quería manifestarse más sobre esto. Por lo mismo, era tanto más apreciable para Él la unión de voluntad de su madre, que perseveró con Él hasta la muerte.

Al mismo tiempo que se veía sacudido por las burlas y el escarnio como por un torrente que muge y se precipita, sabía Jesús: ¡Al pie de la Cruz está la mujer más santa del género humano, la única que ha permanecido sin sombra de pecado!

¡Siempre que recaía sobre Él una palabra de sarcasmo, subía del corazón de ella un acto de adoración y acatamiento al Padre! ¡Siempre que le escarnecían, le adoraba ella en el fondo de su alma como a Redentor del mundo! ¡Tú lo sabes, aunque fuera de ti nadie lo sabe!: ésta era como la única frase que iba de Jesús a María. «Sí, lo sé y me confirmo en ello, aunque todos se burlen de ti y te escarnezan», era la respuesta que subía a Él, sin interrupción, del alma de María. Aquellos sentimientos internos de la Virgen eran la única asistencia posible que podían prestar los hombres al Salvador, durante su pasión redentora, tal como había sido decretada.

María no se limitó a sufrir con Jesús; con espíritu fuerte miraba a una con Él, por encima de la pasión, las bendiciones que había de acarrear a toda la humanidad. De la misma manera que Jesús tenía un regocijo callado y un júbilo infinito por encima y a despecho de todo tormento de la pasión, porque por ella y por su muerte se iba a restablecer en la tierra el honor del Padre e iba a inaugurarse de nuevo el Reino de la gracia para los hombres, había también en María, por encima y a despecho de todo el dolor de su alma, una alegría semejante, porque Jesús, Hijo de Dios e Hijo suyo, había borrado con su pasión y muerte los pecados del mundo y había capacitado a los hombres para ser hijos del Padre celestial.

Algunos de los títulos honoríficos que recibe María sobre los demás santos, se fundan en esta asistencia durante la crucifixión, participando con el Redentor en su holocausto, en unión de sufrimientos y de voluntad. Recibe el nombre de asociada, de *ministra*, en la obra de la redención, y toma parte en ella no por sí y ante sí, como Jesús Hijo de Dios, pero sí como acompañante de Jesús. La Encíclica pontificia de 1904 pone de relieve este pensamiento. En ella se dice: María estuvo al pie de la Cruz, no simplemente considerando el horrible espectáculo que tenía lugar, sino al mismo tiempo gozosa de que su Hijo unigénito se ofreciera en sacrificio por la salud del género humano.

¡Qué consuelo hubiera sido para Jesús ver allí también a Pedro o reconocer en el alma de Juan no tan sólo la fidelidad personal, sino una fe más profunda y viva en el valor insustituible de la pasión!

Pero María era la única que entendía a Jesús y le asistía. Por eso era también ella, y ella sola, la que podía conservar en su corazón el alcance de aquellos sucesos como el tesoro supremo del mundo, en aquellas horas terribles que se prolongaron hasta la resurrección; horas en las que los discípulos fieles, los escogidos como mensajeros de la fe, estaban reunidos en el cenáculo con el alma vacía y el corazón desconcertado, y estaban reunidos porque hasta entonces lo habían estado, porque no se sentían con bríos para emprender otra cosa. La fe de María fué lo único que sobrevivió del Reino de Dios, para la primera etapa después de la muerte de Jesús; el puente único entre la noche de su pasión y muerte, y la mañana de la resurrección de la joven Iglesia.

Investidura de María con la nueva Maternidad

«Junto a la Cruz estaba su Madre, la hermana de su Madre, esposa de Cleofás, y María Magdalena. Jesús mirando a su Madre y al discípulo a quien amaba, que también estaba allí, dice a su madre: '¡Mujer, he ahí a tu hijo!' Después dice al discípulo: '¡He ahí a tu madre!' Desde aquella hora el discípulo la tomó consigo» (Juan 19, 25-27).

La gracia de Dios, sintetizada en toda su riqueza y profundidad y fuerza por medio de la encarnación de Jesús, había penetrado en la humanidad, oculta en cierto modo a los hombres y aun al mismo demonio.

Con todo, los hombres empezaron a sentir, primero en particular y después en grupos aislados como sociedad, que en la persona de Jesús había descendido al mundo un nuevo poder, que ellos o lo tenían que reconocer con sumisión o combatir como enemigos. Los hombres que, según la profecía de Simeón, se levantaban para contradecir, quebraban el vaso de las gracias con el fin de aniquilarlas, pero el golpe no rompía más que la envoltura y dejaba que se derramara libremente el tesoro por el mundo.

Por esta razón la muerte de Jesús, cuando se consumó, no fué muerte tan sólo, sino además nacimiento. Estos no eran dos aspectos que estuvieran enlazados entre sí íntimamente, sino que la muerte era al mismo tiempo la que causaba la nueva creación. La muerte del Salvador era como una luz que

se levanta, ahuyenta con su resplandor las tinieblas, las rechaza y las aniquila. Como no se da nunca un momento en el que haya desaparecido la obscuridad sin que aun no se haya presentado la luz, tampoco se dió en la muerte de Jesús ningún momento en el que hubiese desaparecido ya de la tierra el Redentor, el donante de gracia, y no estuviera ya en ella el Reino de la gracia.

En estos tiempos, en que vuelven a agitarse otra vez las cuestiones de la vida de familia en la sociedad, se comprende más fácilmente esta verdad: que el sacrificio de Jesús y la fundación por Él de un Reino de gracia no se pueden separar el uno de la otra y no los separó tampoco Jesús, como Hijo de Dios humanado y Cabeza perpetua de la Iglesia.

Y como en su muerte no hubo separación, en cuanto que fué al mismo tiempo muerte y nueva creación del mundo, tampoco la hubo en estos dos aspectos del mismo hecho para María, que se hallaba presente a conciencia y voluntariamente. Como madre perdía a su hijo y murió místicamente con Él. Murió con Él por amor a su obra, a la obra que Él, conforme a los decretos del Padre, había tomado sobre sí para redimir a los hombres. Por eso tuvo que participar en ella María y asistir a la nueva creación que se fundaba en la muerte de Jesús. La posición de cualquier hombre en el Reino de Dios se define por su situación respecto del mismo en este mundo y en esta vida. Jesús prometió solemnemente a sus apóstoles que, en recompensa por sus trabajos en el Reino de Dios, se sentarían sobre doce tronos, cuando viniera la renovación del mundo. Como fueron los primeros en trabajar la tierra por Él, tenían que poseer también una categoría especial el día de la recolección.

María había hecho incomparablemente más que los apóstoles por el Reino de Dios, y en circunstancias incomparablemente más difíciles. Ya por este título le correspondía a ella un trono más elevado. Pero no es esto todo. Los apóstoles habían de empezar a trabajar en la fundación de Jesús, en la comunidad de los redimidos, después de haberse ido el Señor al Cielo y haberles enviado desde allí el Espíritu Santo. En el momento preciso, *en las horas en que se estaba fundando el Reino*, o abandonaron a Jesús, o no eran testigos de los sucesos —recuérdese el caso de Juan— con una fe que

les hiciera acompañarlos interiormente durante la muerte en sacrificio.

En esto consiste la diferencia enorme y esencial entre María y los demás hombres, aun los mayores santos. María quiso sufrir y padecer a una con su Hijo *antes y durante* la muerte del mismo; por tanto, *antes y durante* la fundación de la Iglesia, que se hizo precisamente por medio de aquella muerte, a fin de que se extendiera el Reino de Dios sobre la tierra. No padeció y ofreció sólo después de la consumación del Reino de Dios, que es la Iglesia, y dentro de él y para él; *no, durante su nacimiento mismo, con voluntad propia, libremente*, ofreció y sufrió a una con Jesús. Por eso sus *relaciones con la Iglesia hubieron de ser* como las de una madre con sus hijos, a los que ha dado la vida en medio de dolores.

La nueva creación estaba todavía naturalmente oculta a los ojos de los hombres. Sólo María, la Madre del Redentor, creía en aquellos momentos que la gran obra no iba al fracaso, que ya estaba consumada. Ella, que sabía cómo había venido Jesús prodigiosamente al mundo, ella que había tenido que mantenerse hasta ahora al margen de los acontecimientos por amor a su obra, fué incorporada a ella por Jesús mismo en sus últimas palabras. Juan escribe: «Jesús, mirando a su Madre y al discípulo a quien amaba, el cual también estaba allí, dice a su Madre: '¡Mujer, ve ahí a tu hijo!' Después dice al discípulo: '¡Ve ahí a tu madre!' Desde aquel momento el discípulo la tomó consigo.»

Por estas palabras quedó determinada para siempre la posición de María respecto de los redimidos. Al oírlas recordó al punto María aquellas otras del mismo Jesús cuando las bodas de Caná. También allí la llamó «mujer». Este tratamiento enlaza, pues, las últimas palabras del Hijo moribundo con las del Mesías al comenzar su vida pública. En aquella ocasión había declarado Jesús: «Mujer, aun no ha llegado mi hora.» Al presente ya había llegado. En los momentos en que, miradas las cosas humanamente, se derruía todo lo que como Mesías había construido y se dispersaba todo lo que había congregado, reunió Jesús a su Madre y al único discípulo que había perseverado, como a primicias de la Iglesia naciente. A su Madre le entregó a Juan como a hijo, y a Juan le encargó que tomara a María como madre.

Ya que el sacrificio de María para la fundación del Reino de Dios había sido ofrecido durante la fundación misma, de suerte que prestó sus servicios en ella, la posición de María respecto de la Iglesia quedó fijada desde luego para siempre, al mismo tiempo que se fundaba la Iglesia. María había contribuido en la oblación del sacrificio como diaconisa al tiempo en que Jesús, por medio de su muerte, hacía comunicable y participable a todos los hombres la gracia de Dios, que los había de transformar en hijos del Padre y hermanos de Jesús (1). Conforme a esto, también en el Reino de Dios debía situarse como intercesora, en aquel punto en que la corriente de gracias emanara de Jesús, Hijo de Dios, y empezara a correr para repartirse por la humanidad.

Aquellas palabras, «¡Mujer, ve ahí a tu hijo!», fueron las últimas que percibió para sí María de labios de Jesús. Las frases llenas de significación que le habían dirigido anteriormente, Simeón en el Templo y su Hijo en Caná, aludían al futuro y concretamente a estos instantes en los que Jesús pronunció la frase que ya no aludía a ningún tiempo futuro, sino que señalaba a María para siempre su puesto respecto de los apóstoles y por lo mismo respecto de la Iglesia. Quedaba nombrada Madre de Juan, Madre de los apóstoles, Madre de la Iglesia naciente; y porque ésta era la misma que la Iglesia de todos los tiempos, Madre de todos los creyentes.

Y las palabras con que Juan había sido presentado por Jesús a María como hijo, entraron en la Iglesia junto con las dirigidas a la Madre, y recorrieron el mundo con ellas y se extendieron por él. No sólo los fieles de la naciente Iglesia se reunían en torno de la Madre de Jesús para la oración, sino que también en los tiempos posteriores se conservó el recuerdo de María como algo vivo y vivificador. Los cristianos se sentían atraídos de un modo particular a buscar refugio en todas sus necesidades y apremios en la Madre de Jesús y a invocarla como a Madre propia, que no sólo había dado la vida al Redentor, sino que en la hora solemne de la redención había permanecido bajo la Cruz sufriendo a una con Él y dando interiormente su consentimiento.

1 Como que la situación de María en el sacrificio de la Cruz se corresponde con la del diacono en la celebración solemne del santo sacrificio de la Misa, la designación de María como «virgen sacerdotal» o «sacerdotisa virginal» no se usa en el lenguaje oficial de la Iglesia.

Las palabras de Jesús en el relato de Juan

Mucho se ha escrito sobre las palabras de Jesús a su Madre y a Juan. Todos están de acuerdo en suponer que Juan no las hubiera consignado si no las hubiese tenido por muy importantes. Porque al referirlas, tenía que presentarse a sí mismo en primera fila. Ahora bien, todo su Evangelio está diciendo que procuraba esquivar esto en lo posible. Por consiguiente, al colocarse ahora en primera línea junto con María, es que tiene alguna razón especial para ello.

A los oídos de los circunstantes las palabras de Jesús a María y a Juan sonarían como expresión de la última voluntad del moribundo. Con todo, no podía ser éste su sentido único. Conforme a la costumbre, sancionada por la Ley, eran los parientes de Jesús los que estaban obligados a cuidar de María. Si lo que Jesús pretendía era sencillamente ponerla bajo la protección de Juan, hubiérase requerido, por lo menos, que preguntara antes al que tenía que tomar este cuidado. En el caso presente debiera haberse dirigido, pues, en primer lugar a Juan y después a su Madre; era lo menos que podía hacerse. Pero Jesús dijo primero a su Madre señalando a Juan: «Mujer, ve ahí a tu hijo». Aun cuando no precediera el título desacostumbrado «mujer», habríamos de sospechar que aquí no se trata simplemente de establecer un contrato de derecho civil.

Lo que Juan mismo pensaba de estas palabras del Maestro, lo delata hasta cierto punto el lugar que les concede dentro del relato de la muerte de Jesús crucificado. Por eso tenemos que mostrar a continuación los adjuntos psicológicos que las acompañan en el Evangelio.

Se las refiere entre dos hechos de los que Juan declara expresamente que son cumplimiento de profecías mesiánicas sobre Jesús. Por esta razón, y en todo caso, se justifica la hipótesis de que el evangelista consideraba estas palabras entre las que pertenecían a la consumación de la obra redentora.

Un análisis más inmediato nos lleva aún más adelante: los pasajes de la Escritura que preceden y siguen a la frase dirigida a la Madre, se refieren, sin excepción, al salmo veintiuno. Juan cuenta inmediatamente antes cómo se distribuyen los soldados los vestidos, y agrega: «Así debían cumplirse las

palabras de la Escritura: Han dividido entre sí mis vestidos y han sorteado mi túnica.» A continuación están las palabras dirigidas a María y a Juan: «¡Ve ahí a tu hijo! — ¡Ve ahí a tu madre!»

Inmediatamente después de estas palabras a la Madre y a sí mismo, alude el evangelista otra vez a un pasaje del salmo veintiuno, el verso dieciséis, que dice: «Mi garganta está seca como un ladrillo y mi lengua se pega al paladar.» Y refiriéndose a él, prosigue describiendo la pasión del Redentor: «Jesús, sabiendo que ya estaba todo cumplido, añadió después, para que se cumpliese el último detalle de la Escritura: ¡Tengo sed!»

A esta alusión al salmo veintiuno se añade otra todavía. Juan refiere que Jesús exclamó antes de morir: «Todo se ha consumado.» En consonancia con esto dicen las últimas palabras del citado salmo: «Él (el Mesías) lo ha cumplido todo.»

Se corresponden, por consiguiente, estos pasajes paralelos.

Repartición de las vestiduras
de Jesús y sorteo de su túnica.

Salmo 21: Han distribuido entre
sí mis vestidos y han echado suertes
sobre mi túnica.

Palabras dirigidas por Jesús a
María y a Juan.

Palabras de Jesús: Tengo sed.

Salmo 21: Mi garganta está seca
como un ladrillo, y mi lengua se
pega al paladar.

Palabras de Jesús: Todo se ha
consumado.

Salmo 21, fin: Él lo ha cumplido
todo.

A primera vista llama la atención que Juan coloque las palabras de Jesús a María y a él mismo en medio de esta serie de textos. Pero la impresión cambia si en el salmo veintiuno se encuentran versos que de alguna manera se refieran a la Madre del Redentor. Y éste parece que puede ser el caso en un pasaje, a saber: aquel en que el salmista, y con él también Jesús, que es el principal recitador del salmo, recuerda a su Madre en presencia de Dios. Dice así:

Tú eres, en verdad, quien me sacó del seno materno,
quien me mandó confiar desde que estaba a los pechos de la madre;
desde que salí a luz estuve confiado a ti,
desde el seno materno, Tú eres mi Dios.

¿Tuvo Juan presentes estas palabras, cuando escribía su Evangelio?

Ya San Mateo, el primer evangelista, describe la pasión de Jesús en forma que la entrelaza con el salmo veintiuno. Al tratar de la repartición de las vestiduras cita expresamente el pasaje correspondiente. Los escarnios de los enemigos: «¡Ha confiado en Dios! Pues, ¡que Dios le salve, si es que tanto le ama!», y la queja de Jesús «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», los refiere sin volver a citarlo, pero textualmente como el salmo veintiuno. Mateo, lo mismo que los demás evangelistas, veía allí casi el Evangelio de la pasión del Antiguo Testamento, que se cumplió en la muerte de Jesús hasta en sus últimos detalles. Jesús tomó sobre sí la maldición de este salmo, el más lúgubre y triste de todos, y acabó con ella.

La intervención del Redentor en el salmo era diversa, según fuese lo que se relataba: Si se describía algo que otros causaban en Jesús, la aplicación estaba en que Él hacía que aquello se cumpliese. Se decía por ejemplo: «Han distribuido mis vestidos entre sí y sorteado mi túnica.» Jesús lo hizo realidad disponiendo que se realizara en sus vestiduras.

Cuando el salmista afirmaba algo sobre su situación personal, el cumplimiento consistía en que Jesús se lo apropiaba, sufriendo los dolores descritos, no de otra manera que como se toma posesión de una cosa que de antiguo estaba destinada para uno. En este sentido exclamó Jesús conforme a las palabras del salmista: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»

¿Qué aplicación tenía, empero, para Jesús un pasaje en el que se hablaba de la Madre del Mesías, en el que se trataba, por consiguiente, de María? ¿Qué significaban para Él en aquel momento los versos:

Tú eres, en verdad, quien me sacó del seno materno,
quien me mandó confiar desde que estaba a los pechos de la madre;
desde que salí a luz estuve confiado a ti,
desde el seno materno, tú eres mi Dios?

El primer significado era: Desde el primer instante de mi vida he estado yo bajo tu dirección y gobierno. Como se toma a un niño, en cuanto ha nacido, y se le coloca sobre las rodillas del padre, a fin de que éste lo reconozca como suyo, así me

han entregado a ti. ¡Tú has sido mi Dios desde el primer instante de mi vida!

Si suponemos que Jesús se apropió interiormente estas palabras como las demás, o sea, que su significación completa la tuvieron en su vida, se revelan como un último testimonio de Jesús sobre su filiación eterna, sobre su procedencia del Padre. Comparada con esta unión con Dios Padre, al cual estaba entregado y sumiso como Hijo, aún su misma unión con María en cuanto hombre, con ser tan íntima, no era algo de por sí, sino obra del Padre. De esta suerte aquellas palabras afectaban en el espíritu de Jesús a su filiación divina, y fueron testimonio de ella. Y eran casi la preparación para lo último: ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Para María, en cambio, sonaban, tal vez ya entonces y por lo menos ciertamente después de la resurrección, como un eco del discurso del ángel: «Por eso también lo Santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios.»

Acaso haya que buscar aquí el motivo que dió ocasión al evangelista para entrelazar las palabras de Jesús a su Madre, en medio de los pasajes del salmo veintiuno. De este modo quería relacionar internamente unas y otros. Mas no se puede afirmar. Aun esto no lo admitirán sino los que saben cuánto gusta el cuarto evangelio de dar las cosas como por insinuaciones.

La posición de Juan respecto del salmo veintiuno no excluye, naturalmente, que haya también otros pasajes de la Escritura que se presentaran a sus ojos, tanto los que aludían al tratamiento de «mujer» dado a María, como otros que se referían a las palabras de Jesús dirigidas a Juan como a hijo de María, y por consiguiente también a los «hermanos» de Jesús.

DESCANSO DE JESÚS EN EL SEPULCRO. MARÍA PORTADORA DE LA FE EN LA RESURRECCIÓN

La muerte de Jesús

«Jesús sabía que ahora todo quedaba consumado. Por eso dijo, para que se cumpliera la Escritura: '¡Tengo sed!' Empaparon una esponja en vinagre, la pusieron en una caña de hisopo y se la aplicaron a la boca. Cuando Jesús chupó el vinagre, dijo: Todo está consumado'» (Juan 19, 28-29) «Entonces exclamó Jesús con voz potente: '¡Padre, en tus manos entrego mi espíritu!'» (Luc. 23, 46).

Después del grito de angustia por razón del abandono, salió todavía otro de queja de labios del Crucificado. Entre los tormentos de la fiebre y del fuego de las heridas exclamó: «¡Tengo sed!»

El primer favor del cariño de una madre a su hijo consiste en darle de beber. Y siempre que le asiste en el lecho de agonía, es también el último. Habría que preguntar primero a las madres para saber cuántas se acuerdan, al dar el último trago al hijo, del primero que en otro tiempo le ofrecieron llenas de amor.

Las palabras de Jesús en la Cruz, «Tengo sed», fueron para María como un eco de tiempos lejanos. ¡Cuántas veces se las había dicho Jesús en su niñez y más tarde en la adolescencia, en los días calurosos del verano! Entonces ella le había alargado el cántaro con agua refrigerante y había contemplado al Hijo mientras bebía. Ahora estaba junto a Él, tan cerca como entonces, pero ya no le pertenecía. Estaba en manos de los verdugos. ¡Si le permitieran traer agua y calmarle la sed por última vez! Al dolor que le causaban las palabras de Jesús se agregó otro nuevo, por las burlas que le hicieron los soldados. La exclamación: «¡Tengo sed!», había seguido con poco intervalo a la otra: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» «Dios mío», se expresa en hebreo por el vocablo «Eli». Los soldados, aunque no eran israelitas, tenían cierto

conocimiento de las ideas de aquel pueblo. Así que refirieron la palabra Eli a Elías al profeta popular, al auxiliador en las calamidades y de esto tomaron pie para nuevas irrisiones. Uno de ellos se levantó, mojó una esponja en el vinagre que habían llevado consigo como bebida, y en una vara la levantó hasta los labios de Jesús. El vinagre quemó como fuego la piel irritada. Los soldados decían frases como si fueran a reconfortar realmente al Crucificado y a quererlo mantener con vida, hasta que viniera por fin Elías a socorrerle. Gritaban, pues: ¡Eh, aguardaremos a ver si viene Elías a bajarle de la Cruz!

María vió cómo se contraía el rostro de Jesús y percibió las carcajadas de los soldados.

Ahora se había cumplido todo lo que sobre la pasión y muerte del Redentor estaba profetizado. Jesús se imponía al oleaje de sufrimientos. Con un sentimiento en el que ya empezaba a brillar sobre todos los dolores el resplandor de la victoria, exclamó: «¡Todo se ha cumplido!»

Estas palabras trajeron también el primer consuelo al Corazón de la Madre; pero un consuelo que anunciaba la proximidad de un nuevo dolor. Éste se presentó al punto.

Jesús inclinó su cabeza, como quien se pusiera a descansar, y oró a su Padre: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!»

¡Padre!

Otra vez había venido a los labios de Jesús la palabra llena de confianza y segura del amor. «¡Padre!» Ya había pasado aquel tormento de su alma, cuando no sentía a su Padre como Padre, sino solamente como Dios. ¡En tus manos «entrego» mi espíritu! En esta palabra asoma ya el primer resplandor de la resurrección. El Padre no retuvo el alma, sino que la devolvió pronto a Jesús para que tornara a unirse con el cuerpo, del que acababa de separarse.

Para Jesús se acabaron los dolores. Para María tomaron una forma nueva: ¡Jesús había muerto!

Llanto fúnebre

En Oriente se acostumbra desde tiempos remotísimos la lamentación fúnebre. Cuando se acerca la muerte se reúnen la familia y toda la vecindad en torno del enfermo. Se tomaría

como la injuria mayor el que alguien se abstuviera. Cuando en algunos hospitales, instalados a la europea, no se permite que los parientes entren en el aposento, se colocan a la puerta, caso de que se les permita esto, y permanecen no sólo horas, sino días enteros. Al morir el enfermo comienza la primera lamentación. Procede a impulsos de un dolor genuino, pero se desarrolla con ciertas formas del sabor arcaico. El que no se halla presente durante el entierro suple después su llanto. Se «mira», es decir, se visita el «sepulcro», y en él se entonan los lamentos.

Además de las personas afectadas por legítimo dolor, o impresionadas al menos por la muerte ocurrida en el seno de la familia, había en la antigüedad plañideras de profesión, pagadas para entonar las lamentaciones fúnebres. Como se puede suponer, éstas comprendían perfectamente su oficio, y de la competencia recibían siempre estímulos para hacerlo mejor en sus gestos y lamentos.

Para nosotros tal costumbre resulta extraña. El haberla presenciado una vez en Oriente, sirve para que aumente la repulsión interna. Sin embargo, dentro de la vida oriental no es tan vacía de sentido como nos parece a nosotros. Al difunto ya no lo pueden consolar, pero los vivos se sienten aliviados y fortalecidos, oyendo las alabanzas del muerto. Esto no es poco en la vida de tribu que llevan los orientales. Y si lo miramos bien, los europeos lo que han hecho es suprimir las lamentaciones de hombres vivientes y confiárselas a las esquelas mortuorias y a las crónicas de diarios. Unas y otras se apartan con frecuencia de la realidad, tanto o más que las exclamaciones de las plañideras contratadas en el viejo Oriente.

Estas observaciones preliminares son necesarias para poder comprender una cuestión que, dadas las ideas corrientes que tenemos sobre la muerte de Jesús, pasa muchas veces inadvertida: es la cuestión de cómo se condujeron María y las otras mujeres en aquellos momentos.

Aunque nuestra consideración se dirige a María propiamente, mejor es que nos fijemos primero en las demás que se hallaban presentes.

Estas mujeres, hijas del Oriente, no podían imaginarse la muerte de Jesús sin lamento fúnebre. Si se hubiesen abstenido de ello, como nosotros queríamos pensar equivocadamente,

hubieran tenido el sentimiento de que faltaban a la caridad. Así que, si queremos reconstruir las escenas conforme al género de vida de entonces, debemos suponer que, a la muerte de Jesús, entonaron las mujeres su llanto fúnebre, y lo entonaron como lo conocían de otros casos análogos. El Evangelio no dice ciertamente sino que ellas «lo observaron» todo. Pero las lamentaciones pertenecen, en la mente del cronista, a las cosas que se suponen de por sí. ¿Quién hubiera podido ser espectador de una muerte de aquel género, sin prorrumper en lamentos? Que las mujeres no eran tan inmovibles como nosotros queremos suponer, lo muestra la conducta de las jerosolimitanas en el camino del Calvario, que al punto entonaron una especie de lamentación lúgubre.

¿Cómo se condujo María, la Madre, en la muerte de Jesús? Al final de la Edad Media se aplicaban a la vida de María rasgos que respondían a la mentalidad de la época. Según eso, la representaban cayéndose como abrumada con el peso. Más tarde, por una especie de reacción, se insistía en que había estado «de pie» bajo la Cruz. Pero acaso se recalcara demasiado ese «de pie», corriendo riesgo de hacer de María, la Madre viva y dolorosa, una estatua insensible.

De Jesús se cuenta que lloró en el sepulcro de su amigo Lázaro. Si el Mesías tuvo por compatible con su dignidad divina el llorar a la vista de todos por un amigo que había muerto, hay que conceder a la Madre de Jesús que expresara con señales exteriores el dolor de su corazón después de la muerte de su Hijo. La virilidad suprema es dolerse con dignidad en el dolor supremo. Se sale de esta línea, lo mismo cuando uno se lamenta sin medida que cuando procura ahogar el dolor en una convulsión violenta. Si se tienen en cuenta las costumbres antes descritas, se puede concluir, al menos con probabilidad, que María tomó parte en la lamentación fúnebre entonada: ¡Ay, Hijo mío, prenda mía! De todos modos es cierto que María suprimió todo lo que dijese menos bien, y en sus gestos se atenía a los que, según las costumbres del país, se reputaban dignos.

Efrén, un santo y poeta sirio que murió en el año 373, y por consiguiente estaba mucho más cerca que nosotros de los sucesos de la pasión, tanto por tiempo como por lugar, compuso una de sus poesías sobre el llanto fúnebre de María.

Su ritmo es el de tales composiciones orientales, en las que se suceden las exclamaciones y preguntas en estrofas simétricas. El poeta se lo imagina así en María:

«¡Dulcísimo, queridísimo Hijo mío! ¿Cómo fué posible que tuvieras que tomar sobre ti el tormento de la Cruz?
¡Hijo mío y Dios mío! ¿Cómo pudiste tolerar esputos, clavos y lanza, bofetadas, escarnios y burlas, corona de espinas y manto de púrpura, la esponja, la caña, la hiel y el vinagre?
¿Cómo es que pendes de la Cruz desnudo, tú, Hijo mío, que cubres el cielo con las nubes?
¡Tienes sed, con ser el Creador que creó el mar y todas las fuentes!
¡Eres el inocente, y mueres en medio de dos malvados!
¿Qué mal hiciste? ¡Hijo mío! ¿En qué has ofendido a los judíos?
¿Por qué, pues, te han clavado en esa Cruz los hombres injustos y desagradecidos?
¡Tú les curaste sus paralíticos y enfermos; tú les resucitaste sus muertos!
¿Dónde está ahora tu fuerza, Hijo mío dulcísimo y Dios magnánimo?
¡Ah, yo muero de dolor al verte suspendido de este madero, sujeto por los clavos y cubierto de heridas!
¿Dónde está ahora tu hermosura, dónde tu gracia? ¡El sol ha ocultado su resplandor y no quiere lucir más! ¡Ha desaparecido la luz de la luna, se ha ocultado en la obscuridad! ¡Las rocas se han quebrado, los sepulcros se han abierto, el velo del Templo se ha rasgado en dos partes!
¡Oh Simeón, vidente digno de admiración, realmente siento ahora que me atraviesa el alma la espada que me aunciaste!
¡Veo tus horribles sufrimientos, Hijo mío y Dios mío!
¡Veo la muerte inmerecida que se te inflige, y no te puedo ayudar!
¡Lamentaos conmigo, discípulos del Señor, vosotros que veis mi corazón y lo profundo de su herida!»

Pero el santo poeta no conoce únicamente una participación de María en los dolores y muerte de su Hijo. Se representa a la Dolorosa como una mujer que impone su voluntad al dolor, y que en el sufrimiento mira siempre por encima del sufrimiento y en la muerte por encima de la muerte. El llanto acaba así:

«¡Hijo mío queridísimo, yo venero tu aflicción, ensalzo y adoro tu misericordia y magnanimidad!
¡La vergüenza, que tomaste sobre ti, Hijo mío, trajo honor para todos!
¡Tu muerte ha sido la vida para el Universo!»

Estos sentimientos debían de asemejarse mucho a los pensamientos y afectos reales de María en aquellas horas, después de la muerte de Jesús.

La preparación para la sepultura

«Era día de preparación (Parasceve). Los cuerpos no podían quedar en la cruz durante el sábado, porque aquel sábado era muy solemne. Por eso suplicaron los judíos a Pilatos que se les quebrasen las piernas a los crucificados y que los quitaran de allí. Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas de los dos crucificados con Jesús. Pero al acercarse a éste vieron que estaba ya muerto. Por eso no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza. Al punto fluyó sangre y agua. El que lo vió es testigo de ello y su testimonio es verdadero. Él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Porque esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: 'No se le quebrantará ningún hueso.' Y en otro pasaje de la Escritura dice: Dirigirán sus ojos a aquel a quien traspasaron» (Juan 19, 31-37).

Jesús era Hijo de María en un grado muy elevado y María vivió en su compañía en una intimidad mucho más intensa de lo que sucede con las demás madres. La muerte de Jesús significaba, por lo mismo, para ella el traslado a un mundo completamente nuevo. Hasta entonces en todos los cambios había quedado siempre invariable una cosa: su vida y sus sufrimientos eran como una sombra de la vida y sufrimientos de Jesús. Pero entonces se acabó la vida de Jesús, y la suya en cambio proseguía adelante. Esta variación iba acompañada de otra de un género completamente diverso, que desgarró, por decirlo así, el alma de María. Cuando una madre se encuentra ante el cadáver de su hijo, se produce en su alma una transformación: hasta el último aliento toda su atención se había dirigido a ver cómo se desarrollaba su enfermedad. Lo peor hubiera sido que se muriera sin que ella lo advirtiese. Cuando ya ha muerto, la atención se cambia en amor. El alma amante se vuelve ahora al pasado y reúne, llena de afecto, todos los recuerdos del difunto. El cadáver del hijo es para ella el libro en el que lee con todos sus detalles la historia de la vida que ha fenecido. Por eso, el dolor de una madre culmina cuando se encierra el cadáver en la fosa.

También la atención de María se concentraba entera en el cadáver. Como en otros tiempos había contemplado llena de amor y de fe reverente al Niño que dormía, así miraban ahora sus ojos las heridas del Crucificado.

La situación de María se había modificado hasta respecto a los hombres que aun seguían cerca de la Cruz. Según el curso normal de las cosas, el cadáver hubiera sido quitado de la Cruz y retirado. Se lo podía enterrar o también, ya que Jesús había sido condenado como sedicioso que había querido proclamarse Rey, podía ser quemado en cumplimiento de la sentencia, para que aun los últimos restos del ajusticiado quedasen reducidos a la nada. Aunque Pilatos estaba convencido de la inocencia de Jesús, no todos sus súbditos eran del mismo parecer; y una vez que había pronunciado su sentencia de muerte, no era tan fácil contrarrestar las consecuencias que seguían de su resolución.

Por esta razón fué para María motivo de nuevo espanto ver que un grupo de soldados venía de la ciudad y se acercaba a la Cruz. Es que había ido una comisión de judíos a visitar a Pilatos y a pedirle, invocando la Ley, que se les quebrasen las rodillas a los tres crucificados y se los retirase después. Presentáronse, pues, los soldados y pusieron manos a la obra. Rompiéronles las piernas a los ladrones y los bajaron de la cruz para enterrarlos.

María fué testigo de cómo el ladrón al que había prometido Jesús el paraíso para aquel mismo día, fué torturado hasta morir; y fué también testigo de cómo el otro ladrón, que había maldecido a Jesús en la cruz, moría empedernido a pesar de lo terrible de aquella muerte. En aquellos dos hombres se cumplía como en dos símbolos la profecía de Simeón: Éste ha sido puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel.

Entretanto una expectación temerosa embargaba el corazón de la Madre. ¿Qué pensarían hacer los soldados con el cadáver de su Hijo? ¿Se le destinaría la misma suerte que a los ladrones de los lados, lo irían a cargar en una carreta para arrojarlo en cualquier fosa? En la conciencia de toda madre está grabada indeleblemente la persuasión de que tiene derecho sobre los restos del hijo, y este derecho se convertiría en arma defensiva en cuanto alguien tocase el cadáver con siniestra intención.

Pero resultó otra cosa. Cuando los soldados vieron que Jesús ya había muerto, se destacó uno de ellos y de costado metió una lanza hasta el Corazón de Jesús. La punta se introdujo y volvió a salir a la vista de la Madre. Los músculos del

cadáver se estremecieron como si estuviesen vivos. Quedó una herida grande y de ella fluyó sangre y agua.

No hay madre que hubiese podido ser testigo de un espectáculo así sin experimentar un dolor comparable tan sólo con el que atravesaría su corazón si el hijo hubiera sido taladrado en aquella forma estando vivo. El golpe fué a dar también en el corazón de María, aunque éste no lo pudo romper. El Corazón de Jesús, ya muerto, tembló cual si estuviera vivo; el de María, que estaba aún vivo, se mantuvo con dominio tan resignado como si estuviera muerto.

El desprendimiento y la sepultura de Jesús

«Al atardecer —era día de preparación, es decir, que precedía al sábado— fué José de Arimatea, senador conspicuo que esperaba también el Reino de Dios, presentóse valiente a Pilatos y le pidió el cadáver de Jesús. Pilatos se extrañó de que hubiese muerto tan pronto. Por eso hizo llamar al centurión, le preguntó si efectivamente había muerto. Como el centurión aseguró que sí, cedió a José el cadáver. José compró una sábana de lino, tomó el cadáver y lo envolvió en ella. Después lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una roca. Delante de la entrada al sepulcro hizo rodar una piedra. María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían» (Marc. 15, 42-47; Mat. 27, 57-61; Luc. 23, 50-61; Juan 19, 38-42).

Como Jesús había sido ejecutado en calidad de malhechor, podía Pilatos disponer de su cadáver. Fuera de él María era la única con quien había que contar para tocarlo. José de Arimatea y Nicodemus, o uno de los dos participaron a la Madre de Jesús al punto, antes probablemente de que estuviese asegurada, la concesión de Pilatos, que querían depositar a su Hijo en un sepulcro cercano.

Esta noticia fué para María el primer consuelo que recibía de los hombres después de la pasión de Jesús. Claro que mientras no dió Pilatos su aprobación, oscilaba María entre el temor y la esperanza. Aun después había que contar con la hipótesis de que los enemigos de Jesús pudieran poner obstáculos a la realización de aquel designio.

Nicodemus fué presuroso a la ciudad y entró en un bazar donde se vendían aromas. José de Arimatea se presentó a Pilatos y le pidió permiso para sepultar el cuerpo de Jesús.

Pilatos quedó no poco sorprendido de que un miembro del consejo, de primera categoría, reclamara el cuerpo del Crucificado; la noticia de que Jesús había ya muerto le dió que pensar. ¡Quién era capaz de comprender aquello! Un momento antes habían estado los sumos sacerdotes y habían obtenido la orden de que se les rompieran las piernas a los crucificados. Y ahora se presentaba un miembro del consejo, hombre de rango y significación, y anunciaba que había muerto. Pilatos mandó llamar al jefe de información. Cuando hubo oído su relato, entregó a José el cadáver.

No mucho después de que los soldados atravesaron el Corazón de Jesús, se reunieron José de Arimatea y Nicodemus junto a la Cruz, para enterrar el cadáver. Con el miembro del consejo vinieron también criados y discípulos, que traían los aromas y vendas de lino. ¡Qué consuelo para María en aquella transformación! ¡Esta fué la primera garantía visible de que las palabras de Jesús sobre su resurrección el día tercero, se habían de cumplir!

Los hombres se pusieron a desprender el cadáver de la Cruz. Este desprendimiento resultó para la Madre como una repetición de la crucifixión, que le ocasionó nuevos dolores de otro género; alegrías que se repiten y tristezas que se repiten, afectan y conmueven el alma de una manera especialmente profunda.

Mientras que los hombres cogían las manos bañadas en sangre y extraían los clavos, resonaban otra vez en los oídos de la madre los golpes que los habían metido. Cada movimiento de los miembros rígidos le hacía sentir, una vez más, que su Hijo había muerto.

Cuando quedó lavada la sangre ennegrecida, aparecieron las heridas. La una empezaba donde había acabado la otra. Moscas y otros insectos muertos, que habían martirizado en enjambres al agonizante, fueron lavados a una con la sangre en la que habían perecido pegados.

Entonces quedó el cadáver de Jesús en el seno de María. ¡Cuántas veces había contemplado ella a Jesús adolescente y había pensado con todo acatamiento: éste va a ser el Redentor! Ahora lo volvía a contemplar y concentraba toda su devoción y la fe de toda su vida en este pensamiento: ¡Este es el Redentor! «¡Bendito es el fruto de tu vientre!», había

sido el saludo de su prima. El fruto madurado para un sacrificio horroroso, yacía ahora sobre su seno.

La espada se clavó en el corazón de María. Luego se consumó aquel dolor callado que se experimenta cuando un cuchillo queda fijo en una herida. Todo el cuerpo: la tensión de los nervios, el movimiento de los miembros, el flujo de la sangre en las venas, quedan afectados por el dolor prolongado. Así estaba compenetrado el sentimiento de María con la realidad de que su corazón estaba atravesado con la espada de dolores. El mundo podía cambiarse, pero aquello nunca podría ser de otra manera. Su entendimiento se ocupaba en pensamientos sobre la muerte de Jesús, su fantasía catalogaba imagen por imagen. Su memoria hacía resonar las frases que Jesús había hablado. Ya no asomaban a sus labios más palabras.

Después envolvieron el cadáver en un lienzo de lino y lo ligaron con vendas. Lo primero que había hecho la Madre en otro tiempo con el Niño del pesebre, lo hacían ahora aquellos hombres, como obsequio último, con el cadáver del Hijo. Y el aspecto externo era el mismo que el del niño envuelto en fajas.

Entonces sucedió por primera vez que los fieles procedieran con todo respeto con Jesús, también en atención a su Madre. Los dolores que había sufrido su Hijo los llevaba en sí María, y todos los que estaban cerca de ella lo tenían en cuenta. Y la acompañaban en sus sufrimientos. Ella se lo agradecía a cada uno de los que participaban en los dolores de Jesús y en su aflicción.

Luego vino la colocación de Jesús en la cámara sepulcral. Esta tenemos que representárnosla, según los sepulcros que se conservan aún del tiempo de Jesús y conforme a los relatos de los Evangelios, de la siguiente manera: El huerto tenía como fondo una roca que iba ascendiendo. Dentro de ella había tallada una cámara sepulcral. Desde fuera se llegaba primero a una antesala, en la que prepararon el cadáver para depositarlo en el sepulcro. Al interior de la cámara propiamente dicha se llegaba sólo por una entrada estrecha, que había que pasar inclinado. Alrededor del sepulcro vegetaban árboles: cipreses, olivos y plantas de adorno.

El pasadizo junto al nicho para el cadáver solía ser muy estrecho. Fuera de los que tenían que maniobrar, nadie podía

entrar allí durante su colocación. Es indudable, pues, que María entró una vez más en la cámara sepulcral después de salir de ella los hombres. Estos pensaban que se habían despedido de Jesús para siempre. María, por el contrario, tenía fe tan firme como una roca en su resurrección al día tercero. Pero sin duda que tenía ya cierto presentimiento de que Jesús, después de haber resucitado, no seguiría siendo su Hijo ni viviendo con ella de la misma manera que antes de la pasión. Por este motivo se despidió de Él, en cierto modo, definitivamente.

Una vez que María hubo abandonado el sepulcro, los hombres hicieron rodar la piedra delante de la entrada. Estaba a punto de comenzar el reposo del sábado. De un momento a otro anunciarían las trompetas que todo trabajo debía cesar.

El pequeño grupo regresó a la ciudad. Las callejuelas habían quedado despejadas y barridas. La gente estaba con vestidos de fiesta. Parecía que habían olvidado los sucesos del día que declinaba. Los pocos que se acordaban de ellos, los discípulos y las mujeres, estaban tan aturdidos que no se daban cuenta del presente.

Para María todo se había transformado. Sabía que la humanidad había sido redimida por la muerte de Jesús. Esto arrojaba nueva luz sobre todo el mundo y sobre todos los hombres. En aquel día de sábado no se conocía a punto fijo a qué país y a qué profesión pertenecía cada uno. Desde luego en una cosa eran todos iguales para ella: por cualquier hombre que pasase delante había muerto Jesús. Todos los que veía cruzarse en su camino eran rescatados con la sangre de su Hijo. El descanso de aquel sábado fué para ella un descanso que se debía, no al sábado, sino al sepulcro de la colina del Calvario.

La fe en la redención del mundo por Jesús la llevaba ahora María en su corazón, como había llevado en otro tiempo la fe en el Mesías. Ella era la única que lo guardaba en su interior, como era también la única que llevaba en él el misterio de la encarnación de Jesús. Para los demás hombres, incluso para los apóstoles, no parecía que la vida y obra de Jesús se hubiesen consumado, sino que habían fracasado. De la misma manera que antes había descansado el Niño Jesús en su seno, estaba encerrado en María, también en aquellos días, desde el Viernes Santo por la noche hasta la mañana del domingo de Pascua, todo el Cuerpo místico de Cristo.

Camino de la resurrección

«Las mujeres que habían venido con Jesús de Galilea, fueron con José de Arimatea, miraron el sepulcro y vieron cómo había sido colocado Jesús en él. Después se volvieron y prepararon aromas y bálsamos. El sábado guardaron reposo conforme a la Ley» (Luc. 23, 55, y 24, 2; Mat. 28, 1-4; Juan 20, 1).

«Cuando pasó el sábado, María Magdalena, la madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús» (Marc. 16, 1-2).

Para la significación que se atribuye a María, en el tiempo que media entre el Viernes Santo y la mañana de Pascua, en el grupo de fieles, es de interés, en primer lugar, la pregunta dónde estuvo en ese tiempo. Atendidas las costumbres del país, hay que suponer que vivía en compañía de las mujeres que estuvieron con ella al pie de la Cruz. Estas mujeres es natural que no se fueran cada una por su lado después de la sepultura de Jesús, sino que volverían a la casa en que se habían hospedado como peregrinas para la Pascua. ¿Adónde, si no, hubieran podido irse?

Esta hipótesis provoca una nueva pregunta: ¿Moraban en la misma casa que los apóstoles, o en otra parte? A esto no da el Evangelio una aclaración inmediata, pero sí mediata. Porque las relaciones sobre las idas de las mujeres y discípulos en la mañana de Pascua están entrelazadas en los Evangelios en tal forma, que es difícil clasificar el orden en que se sucedieron. Uno de los motivos principales de esto podría ser, precisamente, que las mujeres y los discípulos no moraban en el mismo sitio, y por esa razón procedían los unos independientemente de los otros. Tal vez ni siquiera estuviesen todas las mujeres en la misma casa. Sólo cuando empezó a brillar sobre aquellos hombres asustados el gran portento, la resurrección de Jesús, se establecieron de nuevo las relaciones entre los diversos grupos; María Magdalena corrió presurosa a los apóstoles. El modo como cuenta el Evangelio este incidente, inclina a suponer que ella no había salido para el sepulcro de la casa donde se hallaban aquéllos, pero que sabía, sin embargo, dónde estaban Pedro y Juan. En casa de éstos se reunieron después

las mujeres de los discípulos. Con todo, las iniciativas continuaron aún por separado. Pedro y Juan fueron solos al sepulcro; María Magdalena volvió allí sola, y después de habersele aparecido Jesús, se dirigió otra vez por encargo suyo a los discípulos, para anunciarles que el Señor había resucitado.

María, la Madre de Jesús, estaba en comunicación de alguna manera con aquellas mujeres, sea que habitara en la misma casa o en la vecindad.

Claro que su disposición de ánimo no tenía con ellas nada de común, precisamente en el punto esencial. María se dolía mucho más que las otras mujeres, pero no con aquella consternación sin medida de ellas. Porque no sólo creía en la muerte, sino también en la resurrección de Jesús al tercer día. En cambio, las demás no tenían más que una idea fija, mientras el Señor descansaba en el sepulcro: terminar el embalsamamiento de su cuerpo en la mañana que seguía al sábado, y prepararlo así para la sepultura definitiva. En estos preparativos no se menciona para nada a la Madre de Jesús, y es que no tomaba parte en ellos. Las mujeres debieron de notar que María vivía entretanto en un mundo propio de ideas. No nos consta, de todos modos, cómo enjuiciaban su proceder. Aunque no había sino dos posibilidades: o bien pensaban que el luto por causa de Jesús la oprimía casi a semejanza de David, quien después de la muerte de su hijo se retiró a su aposento, o notaban que María seguía creyendo en un cambio de cosas en buen sentido. En este caso debían de tener compasión de ella y juzgar de su esperanza, a pesar de todo el amor que profesaban a Jesús, su Hijo, como de cosa a la que ellas ya habían renunciado para siempre.

Un dato que caracteriza la situación es el de María Magdalena, quien, al encontrar vacío el sepulcro, no acudió a María, sino a los apóstoles.

Es que María, en la soledad que guardó desde el Viernes Santo hasta el Domingo de Resurrección, resultaba para todos un ser extraño. Si alguien hubiera tratado de consolarla, le hubiera inferido un nuevo dolor. Porque tendría que haberle dicho, como los discípulos de Emaús dijeron después delante de Jesús, que su Hijo había sido sin duda un profeta, poderoso en obras y en palabras, pero no el Mesías prometido, como muchos habían esperado.

El día que siguió al Viernes Santo fué sábado, fiesta de precepto. Por lo mismo es difícil concebir que María dejara por esta vez la visita al Templo. Según se cuenta expresamente de los apóstoles para los días posteriores, iría María también aquel día al Santuario, para orar en él. Todavía no había pasado una semana completa desde la entrada solemne de Jesús en Jerusalén. Todavía yacían empolvados sobre el suelo, pisados y descortezados, los ramos con que habían saludado al Mesías-Rey. En un ambiente de oración que nosotros no podemos describir, elevó María su alma a Dios en aquel sábado. Toda la esperanza en la resurrección que se daba sobre la tierra, se había reunido entonces en su corazón. Ella esperaba por todos los discípulos, por todos los hombres. Cómo tendría lugar la resurrección, qué haría Jesús después, no lo conocía probablemente a punto fijo.

Es cosa comúnmente admitida que Jesús se apareció después de la resurrección, en primer término y por separado, a su Madre; en primer término, porque esto se lo merecía ella en una medida especial, por haber permanecido al pie de la Cruz martirizadora; por separado, puesto que esta aparición tenía una razón de ser muy distinta de la a las otras mujeres y discípulos. A los discípulos había que volverlos a ganar para la fe; María, en cambio, había de ser recompensada por ella.

Aquella fué una escena de indecible paz e intimidad. María, Madre de Jesús, estaba a solas en un aposento. Fuera, la gente se aprestaba para un nuevo día de trabajo, después del descanso del sábado. Ella, la Madre de Jesús, no pensaba más que en una cosa: ¡resucitará! En María no cabía aquella sorpresa que excitó a los discípulos en tal grado, que sólo lentamente volvieron en sí. Como antes había sentido los sufrimientos y los había afrontado con plena conciencia, así también estaba preparada ahora para la resurrección por razón de su fe.

No sabemos de qué manera tuvo lugar la aparición de Jesús a su Madre. A la Magdalena se le apareció en tal figura, que ella ni siquiera le reconoció en un principio y le tuvo por el guarda del huerto donde estaba el sepulcro de Jesús. A los dos discípulos de Emaús se les juntó como hombre que iba de viaje. A los apóstoles reunidos en el cenáculo se les apareció a puertas cerradas. A los quinientos discípulos de Galilea les dió cita para la montaña, como se la dan dos amigos para una entrevista.

A su Madre se le mostró en tal forma, que ella conociera, en todo caso, que estaba en estado glorioso y que ya no continuaría la vida común sobre la tierra. Sus relaciones ya se habían mudado antes, aunque no fuera más que por haberla recomendado a Juan y haber declarado a éste hijo de María.

Entre el día de pascua y el de la ascensión

En el tiempo que medió entre la resurrección y la ascensión, Jesús se manifestó a sus discípulos tanto en Jersualén como en Judea. Estas apariciones levantaron el ánimo, lo mismo a los discípulos que a las mujeres, y reunieron la grey que había quedado dispersa después de la tempestad de la semana de pasión. La fe de los apóstoles se había tambaleado y como aniquilado en un principio. Siempre habían creído y esperado ellos en un reino terreno. Con todo, sobre aquella fe creció ahora otra, basada en nuevos conocimientos: Jesús no era tan sólo el que redimió a Israel, era también el Hijo de Dios. Antes le habían llamado «Maestro»: ahora empezaban a nombrarle «el Señor».

Por lo demás, se encontraban reunidos en una situación que daba qué pensar. Los enemigos de Jesús no creían en la resurrección. Por eso tuvieron que interpretar de otra manera la desaparición del cuerpo de Jesús del sepulcro; no cabía más que una: que los discípulos lo hubieran robado. Ahora bien, semejante atentado tenía pena de muerte. En estos últimos años se ha encontrado en Nazaret una inscripción en mármol, con un edicto imperial que sanciona con ese castigo la profanación de sepulturas. Si los discípulos se enteraron del rumor que se iba esparciendo, que ellos habían robado el cadáver, tenían que contar con un arresto a causa de aquella violación. No sin motivo cerraron la casa por miedo a los judíos, cuando se encontraban reunidos en la noche del día de Pascua. Expresamente se dice que se habían juntado no sólo los apóstoles, sino también «los que andaban con ellos», es decir, un grupo de discípulos de Jesús. A éstos pertenecían sin duda las ya mencionadas piadosas mujeres y con ellas María.

Obedeciendo el encargo de Jesús abandonaron los apóstoles, y María con ellos, la ciudad de Jerusalén y se dirigieron a Galilea. Este viaje significaba para ellos una humillación. ¡Qué cosas

no se habían contado allí sobre Jesús, su Maestro, y sobre ellos mismos, cuando volvían los peregrinos de la fiesta de la Pascua! Esta vez no se traía de Jerusalén más que una novedad: «Jesús de Nazaret, Hijo de María, había sido apresado en Jerusalén y condenado a muerte y crucificado. ¡Crucificado entre ladrones!» Y luego venían los comentarios malintencionados. En ellos se recordaba no sólo al Crucificado, sino también a su Madre y discípulos. ¿Qué era entonces de María? ¿No se le había notado algo especial durante toda su vida? ¿No se había conducido siempre como si fuera algo superior a la gente ordinaria? ¿Y cuál era la suerte de aquellos pescadores, que se habían dejado seducir y olvidar su oficio por Jesús? Seguramente que no les quedaba otro partido que volver a manejar las redes.

En un mundo donde se hablaba de aquella manera, se presentaron los apóstoles cuando volvieron a Galilea con María. Y parecía que se resolvieran a lo que sus conciudadanos les habían augurado. Desde Cafarnaum salieron a pescar. Pero dondequiera que dirigiesen su bote, todo les recordaba los tiempos en que Jesús había vivido con ellos. Y una mañana, después de una noche llena de trabajo enervante, aunque estéril, se les apareció Jesús en persona. Estaba en la ribera y les ordenó que echaran la red una vez más. Lo hicieron y cogieron tal cantidad de peces que las redes se rasgaban. Juan fué el primero que en aquel extraño conoció a Jesús. Él fué también probablemente el que contó la aparición a María, Madre de Jesús, cuando volvieron a casa. Si Juan tenía entonces su residencia en Cafarnaum, también la Madre de Jesús habitaría allí, puesto que estaba confiada a sus cuidados.

En aquellas semanas entre Pascua y Pentecostés se encontraba María en una situación muy especial, mezcla de alegría y dolor. Cada paso que daba camino de Galilea después de haber abandonado Jerusalén era para ella un paso atrás hacia el pasado, hacia la vida que había llevado con Jesús y al lado de Jesús. Veía aparecer las sierras suavemente onduladas, las cuales había cruzado año tras año, yendo con su Hijo a Jerusalén. Entraría también sin duda en la casa en que había vivido tantos años con Jesús. La circunstancia de que los allegados se mencionan más tarde entre los creyentes lo hace verosímil. Allí la abrumaban los recuerdos, agolpándose los unos sobre los otros. El fogón de barro, delante del cual se había afanado

tantas veces cuando sus pensamientos se ocupaban en su Hijo, ya estuviese cerca, ya lejos; las esteras sobre las que Él se había sentado, los platos en que había comido, los cántaros de donde había bebido, los instrumentos con que había trabajado, los martillos con los que había metido los clavos en la madera; todo lo que veía le recordaba que estaba sola sobre la tierra. ¿Y qué era ella a los ojos de las gentes? ¡Menos que nada! Una hora después de haber hecho su entrada en la ciudad, ya había corrido la noticia de casa en casa: ¡María, la madre de Jesús, el crucificado, acaba de llegar!

La ascensión

«Jesús comió con los apóstoles y les ordenó que no salieran de Jerusalén, sino que aguardaran la promesa del Padre, que vosotros —les dijo— habéis oído de mis labios. Porque Juan bautizaba con agua; en cambio vosotros seréis bautizados dentro de pocos días con el Espíritu Santo. Los que habían concurrido le preguntaron: 'Señor, ¿vas a restablecer en este tiempo el reino de Israel?' Él les respondió: 'No os corresponde saber el tiempo y la hora que el Padre tiene determinados a su poder. En cambio recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y en Samaria y hasta los confines de la tierra.' Cuando hubo dicho esto, se fue elevando ante su vista y una nube lo substrajo a sus miradas. Y mientras ellos miraban al cielo cuando Él subía, aparecieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas y dijeron: 'Varones de Galilea, ¿por qué os quedáis así mirando al cielo? Este Jesús que, separándose de vosotros, ha sido recibido en el cielo, volverá a bajar de la misma manera que le habéis visto subir al cielo.'

Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado los Olivos, que está cerca de Jerusalén a la distancia de lo que se puede andar un sábado. Llegados a casa, subieron al cenáculo donde solían permanecer de ordinario. Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simón el Celador, y Judas, el hermano de Santiago. Todos éstos permanecían en oración con un mismo espíritu, a una con las mujeres, en particular con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hech. 1, 3-15).

«Ellos le adoraron y se volvieron a Jerusalén con gran alegría. Estaban continuamente en el Templo, orando y glorificando a Dios» (Luc. 24, 50-52; Marc. 16, 19).

Cuarenta días después de la resurrección volvieron a juntarse los discípulos de nuevo en Jerusalén, conforme a la cita de

Jesús. El tiempo de calma había pasado. Ya era hora de que, como mensajeros del Nuevo Reino, salieran por todo el mundo. María subió con ellos a la ciudad santa. Lo que ella veía siempre y en todas partes entre sus recuerdos: la condenación de Jesús, el vía crucis, la muerte en Cruz, se reavivó con más fuerza en Jerusalén. En aquel Viernes Santo Jerusalén se había fijado en su alma como una imagen que ya no se muda.

Los discípulos se hospedaron de nuevo en la casa donde antes de la pasión los había preparado Jesús para la despedida. La de ahora iba a ser definitiva. Por última vez se les apareció y les dió instrucciones sobre lo que tenían que hacer en el futuro. «Se tiene que cumplir todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. El Mesías tenía que padecer y resucitar el día tercero. Es menester predicar ahora en su nombre penitencia y perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Y vosotros sois testigos de ello. ¡Mirad! Yo envío sobre vosotros la promesa de mi Padre. Permaneced, pues, en la ciudad hasta que seáis revestidos de la Fuerza de allá arriba.»

Entonces salieron todos juntos del cenáculo y se dirigieron al monte de los Olivos. Descendieron al valle del Cedrón, atravesaron el arroyo y subieron por la loma de la otra parte. Jesús consideró una vez más los lugares donde había orado y se había angustiado en noche tétrica. Ahora ya había pasado aquello. Cuanto más alto subían por la colina, tanto mejor dominaban la ciudad; el emplazamiento del Templo brillaba allá abajo en lo profundo, en medio de los pórticos que le rodeaban; detrás asomaban las torres del palacio de Herodes, y al norte de éste se encontraba la colina del Calvario.

Jesús bendijo a los discípulos y con ellos a su Madre. Después se elevó a su vista en alto, y una nube le ocultó a sus miradas.

Con frecuencia se da fin a la vida de María con esta escena que corona la de Jesús. Pero ante Dios no termina la vida de nadie, siquiera sea el último mendigo, antes de que haya acontecido su muerte. Ni pudo continuar sus días la Madre de Jesús sin que significaran nada para sí y para otros. En los Evangelios no se refieren más detalles sobre su vida. No obstante, las palabras de Jesús en la Cruz, que relata San Juan: «¡Mujer, he ahí a tu hijo! — ¡He ahí a tu madre!», eran

palabras que contenían un encargo para Juan y para María. Ellas siguieron influyendo y dando a su vida un fin y una misión.

Después de la ascensión, los discípulos volvieron a Jerusalén llenos de alegría. Esta despedida fué el polo opuesto de la que precedió a la pasión. Entonces no habían comprendido nada sobre una presencia de Jesús que no supusiera al mismo tiempo una proximidad visible. Ahora sabían que el señor los acompañaba, aun cuando no pudieran hablarle.

Mayor que la de todos los apóstoles fué la alegría de María, cuando volvían a Jerusalén: era la alegría de la Madre del Redentor, llena de júbilo porque la obra de su Hijo se iba a desarrollar ahora por todo el mundo, como se desarrolla con vida propia el grano de simiente después de haber reventado la corteza. Miraba hacia el sur en dirección de Belén. En la obscuridad de una noche había empezado allí milagrosamente la vida del Hijo, en un establo; ahora había terminado en la claridad del verano, y el mundo entero no era más que un escalón del que Jesús había subido al cielo.

Pocas cosas unen tanto a los hombres como la despedida hecha en común a una persona a la que todos ellos aman. Su imagen se graba como algo espiritual en sus almas. Todos experimentan la misma impresión y se establece una unión, no sólo entre los que le despiden y el que se va, sino de los que le despiden entre sí. Y si entre ellos hay alguno que tenía relaciones mucho más estrechas con el que se ha ido, por una ley natural se traspaesa particularmente a esta persona el amor que se tuvo a la que se fué. Nunca, por ejemplo, se encuentran tan estrechados entre sí y estrechados también con su madre los hijos, como cuando vuelven juntos del sepulcro donde han dejado al padre y esposo.

Las relaciones de los apóstoles respecto de María se desenvolvieron conforme a esta ley, que vale para toda la humanidad. Una y otros formaron una sociedad y en ella era María la «Madre de Jesús», en un sentido nuevo, sublimado, porque Jesús mismo se había transformado para los apóstoles en algo nuevo, en «el Señor». Porque la ascensión de Jesús al cielo tuvo, entre otros, el efecto de hacer que los apóstoles ya no contaran con una prolongación de las apariciones. Claramente y repetidas veces les había dicho Jesús que se iba a separar de

ellos y que les enviaría otro Consolador, es decir, que no volvería Él en persona.

También desde otro punto de vista quedó salvado un abismo. Por primera vez se menciona ahora a los parientes de Jesús que «no habían creído» antes, en el grupo de los fieles.

Ello fué sin duda fruto de la permanencia de los discípulos y de María en Galilea, que se siguió a la resurrección del Señor. Allí habían estado en contacto con los parientes, y éstos habían tenido ocasión de ver a Jesús. La cita dada a sus fieles para una aparición en la montaña fué, tal vez, de particular importancia para dichos parientes. Ellos, que le habían conocido desde la niñez y que por lo mismo no querían creer que fuera el Hijo de Dios, vieron ahora vuelto del otro mundo al mismo que antes se había fatigado como carpintero en su vecindario. Y creyeron en Él.

La alegría que con esto embargó el corazón de María la pueden calcular sólo los que tienen idea de lo que es vivir unas cerca de otras, personas de sentimientos encontrados. Pero aun fué mayor su regocijo, porque ya no estaban relacionados todos ellos como parientes carnales tan sólo, sino como parientes según el espíritu. El parentesco carnal había desaparecido hasta cierto punto para María, ya que Jesús mismo la confió a Juan. Y Juan la había acogido, hecho éste completamente inaudito para los orientales y que a primera vista tenía la apariencia de un rompimiento con los parientes. Después de esto, ellos no se le hubieran unido jamás simplemente como parientes. Ahora se alistaron en la comunidad de fieles como gente animada de la misma fe, no como miembros de la misma familia; se unieron con María en el terreno espiritual.

La ascensión de Jesús, que había dado término a su vida con los apóstoles, lo dió también a la vida de Jesús con María. Todos sus sentimientos y acciones de ella estaban consagrados desde ahora a la obra del Redentor y a la labor de sus apóstoles. Jesús había muerto por la obra suprema, por la redención del mundo, y desde la Cruz le había manifestado a ella, su Madre, un último deseo para su vida ulterior sobre la tierra.

Este último deseo y encargo de Jesús había consistido en que, después de su muerte, no volviera ella a los parientes según la carne, sino que entrara en la comunidad espiritual que

El había fundado. Porque al pie de la Cruz, Juan había sido el representante de toda la humanidad. ¿Y no iba a preocuparse María por la obra que Jesús había confiado a los apóstoles? Esto sería inconcebible. Como que ella era la que poseía la visión más penetrante de aquella obra. Ella había estado al lado de Jesús durante toda la pasión. Ella era la que entre todos los hombres participaba más de los sentimientos de Jesús y podía conocer como nadie cuán incomprensible era la grandeza de su obra.

De esta suerte todo el amor de María se concentró en la obra de Jesús. Cuando los discípulos empezaron a orar para prepararse a la venida del Espíritu Santo, oraba también ella, y oraba con toda la fuerza de su amor a una con los apóstoles. Su oración no conocía límites. La vida de la pequeña comunidad en aquel tiempo, está indicada en la Sagrada Escritura con algunos rasgos. Los suficientes para trazar una imagen incidental. El número de los fieles se hace remontar a ciento veinte (Hech. 1, 15). Estas ciento veinte personas se congregaban en una estancia superior, en la misma donde había celebrado Jesús la cena. Pero no hay que figurarse que los ciento veinte vivían allí. Aquello no era más que el lugar de cita donde se reunían para la oración.

María y la revelación del Espíritu Santo

Ya en el Antiguo Testamento se había hablado del «Espíritu de Dios». Con ello se significaba la esencia divina como manifestación de las operaciones divinas en el alma. Pero los hombres de aquel tiempo no sabían aún nada acerca de una tercera Persona divina. Aun cuando el ángel anunció a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra», no comprendió ella todavía la esencia del Espíritu Santo y sus relaciones con Dios Padre e Hijo, en la manera y forma de más tarde, cuando Jesús dió sus explicaciones doctrinales.

Dar a conocer a los hombres por parábolas el «Espíritu Santo» como persona y en sus operaciones, no era tan fácil como hablar del «Padre» y del «Hijo».

Por esta causa, semejante revelación, como verdad de fe que todos hubieran de aceptar, no pudo tener lugar hasta que estuvo afianzada la fe en el Padre y en el Hijo. Esta condición externa respondía también a la actividad especial del Espíritu Santo en la obra de santificación, que consiste en aplicar a los fieles los frutos de la redención, en iluminarlos y santificarlos. Este género de influjo presuponía la realización plena de la obra redentora.

También Jesús siguió en su magisterio público un camino que respondía a estas circunstancias. En primer término habló de Dios, como de Padre suyo. Hizo notar a sus discípulos que no era Hijo de Dios tan sólo en el tiempo, sino que lo era desde toda la eternidad de una manera mucho más íntima, como Hijo consubstancial del Dios vivo, Dios por consiguiente Él mismo como el Padre. Sólo en un tiempo relativamente próximo a su muerte empezó Jesús a hablar de que junto al Padre y junto a Él existía un «Consolador», que Él les enviaría cuando se hubiese ido. Con todo, aun entonces quedaban muchas cosas confusas para los discípulos. Al ser presentada la tercera Persona divina como «Consolador», este título no era, ni de lejos, tan comprensible ni tan preparado por imágenes tomadas de la vida humana, como el de «Padre» e «Hijo» para la primera y segunda de las divinas Personas. Pero tampoco tenía que dar a conocer Jesús al Espíritu Santo de la misma manera como ilustraba la verdad de la primera y segunda personas: por su misma aparición sobre la tierra. Su misión era más bien hacer posible la venida del Espíritu Santo por medio de su pasión y muerte, anunciárselo a los apóstoles e indicarles cómo se debían preparar para su venida.

Puesto que María había concebido a Jesús como Hijo de Dios de modo milagroso, recibió un conocimiento secreto, según queda notado más arriba. Esto la capacitaba para comprender las manifestaciones de Jesús sobre el Padre del Cielo y sobre sí mismo como Hijo consubstancial del Padre, de una manera mucho más honda y certera que los apóstoles. Esto mismo se repitió en cuanto Jesús comenzó a hablar del Espíritu Santo: las frases de Jesús recordaban a María las palabras que el ángel había empleado al anunciar la encarnación: «¡El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra!» María, que lo había guardado todo

en su corazón, tuvo que pensar entonces en aquellas palabras. Este Espíritu Santo, que Jesús prometía, había, pues, descendido sobre ella en la hora aquella en que empezó a ser Madre de Dios. De esta suerte su venida era para ella como un nuevo encuentro, como una entrevista nueva con el amigo que la había protegido y acompañado en un tiempo en que no se le conocía absolutamente nada. El ansia de María por el Espíritu Santo, como por quien difundía su luz sobre todas las cosas, por consiguiente también sobre su propia vida y sobre la de Jesús, era comparable solamente con su anhelo de otros tiempos por el Redentor, antes de que el ángel le trajera el mensaje. Los Evangelios añaden que María era la Madre de los apóstoles y de los creyentes, no sólo externa sino también espiritualmente, mientras se preparaban para la venida del Espíritu Santo. Dicen que éstos estaban congregados «con ella» para la oración. Sus súplicas las unían, por decirlo así, con las de María y sus anhelos con los de ella; en vista de la disposición y generosidad de María crecía la suya; por medio de María sentíanse unidos con Jesús, que había subido a los Cielos.

Pentecostés

«Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. Entonces sobrevino de repente del cielo un ruido como de viento impetuoso que soplara, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas a modo de lenguas de fuego, y al posarse una sobre cada uno de ellos se llenaron todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversos idiomas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca.

Había a la sazón en Jerusalén judíos, personas temerosas de Dios de todas las naciones del mundo. Cuando tuvo lugar aquel ruido, acudió la gente en tropel y quedó atónita. Porque cada uno oía hablar a los apóstoles en su propia lengua. Pasmados y maravillados, decían todos: ¿Acaso estos que hablan no son todos galileos? Pues, ¿cómo es que les oímos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa? Partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, del Asia, de Frigia y de Pamfilia, de Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene y los romanos que residen aquí; tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, ¿cómo es que les oímos anunciar en nuestros idiomas las maravillas de Dios? Todos estaban llenos de admiración, y llenos de pasmo se decían unos a otros: ¿Qué novedad es ésta? Otros se mofaban: Están llenos de vino» (Hech. 2, 1-13).

La venida del Espíritu Santo trajo a los apóstoles el perfeccionamiento en su vocación. Iluminados por Él quedaron capacitados para comprender la vida de Jesús, en sus puntos de contacto con el pasado del pueblo de Israel, en sus relaciones con la Sagrada Escritura y en su significación como fundamento del Reino de Dios. Lo que antes habían recibido fragmentariamente, lo veían ahora en su conjunto.

Pedro, nombrado por Jesús jefe supremo, fué el primero que empezó a predicar al pueblo claramente lo que el Espíritu había hecho comprender a sus almas. Sin temores habló así:

«¡Israelitas! Escuchad estas palabras. Jesús, el nazareno, fué acreditado por Dios entre vosotros, por medio de los milagros, maravillas y prodigios que Dios obró en Él por medio de vosotros, como todos sabéis. A éste lo habéis entregado vosotros, según un designio expreso y previsto de antemano por Dios, y lo habéis clavado en la Cruz por medio de los gentiles y lo habéis ejecutado. Pero Dios lo ha resucitado, librándolo de los dolores del reino de la muerte.»

«¡Hermanos! Creo que puedo hablaros sin recelo del patriarca David. Muerto está y sepultado, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy. Era profeta y sabía que Dios le había jurado con juramento que uno de sus descendientes se sentaría sobre su trono. Mirando al futuro, habló sobre la resurrección de Cristo; que no permanecería en el sepulcro y que su carne no padecería corrupción. Pues bien, a este Jesús ha resucitado Dios. Nosotros somos testigos de ello. Después de haber sido elevado a la diestra de Dios y de haber recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado, según lo estáis viendo y oyendo. Porque no es David el que subió a los Cielos; David no es sino el que dice: El Señor dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies (Salmo 109, 1). Persuádase, pues, y tenga por cierto toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Hech. 2, 22-36).

Estos fragmentos de la predicación de Pedro muestran cómo veía cumplidas en Jesús todas las profecías que se habían hecho sobre el Mesías. Ahora tenía de la redención una idea esencialmente distinta de lo que antes se había imaginado como Reino de Dios.

Pero el Espíritu Santo no descendió e iluminó solamente a Pedro, sino también a cada uno de los presentes. Por tanto también a la Madre de Jesús, ejerciendo sobre su corazón un influjo admirable.

Es cierto que había descendido ya otra vez de manera especial sobre María cuando fué escogida para Madre del Salvador. Ahora la colmó de nuevo modo y para una vocación nueva. La proveyó para la última etapa de su vida, cuando ya no iba a vivir más con Jesús, sino con su obra. Como los discípulos, recibió también ella nuevos conocimientos sobre la significación de la vida de Jesús y nuevas ilustraciones respecto de Él y de su obra. Estas se le dieron, sin embargo, no simplemente con miras al pasado, sino más bien para el futuro, para su vida como Madre de Jesús en la comunidad de los que creían en Jesús.

El cambio que obró el Espíritu Santo en los apóstoles y el que provocó en María, tuvieron otra vez como consecuencia el estrechar más las relaciones entre las dos partes. Ahora que los discípulos y la Madre habían sido colmados del Espíritu Santo, se iban uniendo día tras día con fe viva y contribución generosa a la obra de Jesús y a su propia labor dentro de aquella obra. Con esto había llegado también el tiempo en que debía descorrerse el velo de la vida de María, Madre de Jesús. María fué el testigo nato para aquella época de la vida del Señor, sobre la que nadie, fuera de ella, podía dar testimonio, porque sólo ella la conocía.

Testimonio maternal de María sobre la Divinidad de Jesús

Está muy extendida la opinión de que las mujeres no son capaces de callarse. Hay, sin embargo, casos en que saben guardar silencio mejor y por más tiempo que los hombres. Esto sucede siempre que se trata de su hijo. Si a esto se añade que la mujer es particularmente piadosa y mira la reserva como una orden de la voluntad divina, puede guardar su secreto durante toda la vida. Por este camino llegó a ser María la mujer más silenciosa, y como tal se nos presenta. Ocultó

el mayor misterio que se ha dado sobre la tierra, el misterio de la encarnación, hasta que se manifestó en Jesús.

Sólo cuando se descubrió la vida del Señor en su última razón de ser y en su magnificencia oculta, la magnificencia del Unigénito del Padre, pudo revelarse también el último fundamento de la vida de María, el misterio de su Maternidad. Todo descubrimiento que se hubiese realizado antes, hubiera significado una revelación sobre la divinidad de Jesús que no hubiera procedido de Jesús sino de su Madre, adelantándose a la revelación de Jesús. Y como la revelación esencial de Jesús como Hijo de Dios no consistía en palabras y doctrina, sino en hechos y pruebas por su muerte y resurrección, María no debió de manifestar su secreto, fielmente custodiado, hasta que terminó la revelación de Jesús con la resurrección y con la venida del Espíritu Santo.

¿Quién fué el primero al que comunicó María aquellos sucesos que no se podían participar sin revelar la encarnación de Jesús y que ella había guardado durante toda su vida como un misterio? No se equivocará probablemente quien suponga que su primer confidente fué Juan, el discípulo que Jesús mismo le había confiado, al morir, como hijo. Juan, el discípulo predilecto de Jesús, supo antes que nadie de qué modo había llegado María a ser Madre del Hijo de Dios.

Su alma se había asemejado al espíritu de Jesús y de María hasta el punto de estar madura para aquel misterio que, después de la muerte de Jesús, no conocía más que su Madre. ¡Qué momento tan solemne aquel en que la Virgen contaba por primera vez a Juan, a «su hijo», la hora en que el ángel se le había presentado y le había traído el mensaje de Dios! El conocimiento de este misterio labró en Juan una impresión tan honda, que, al delinear una generación más tarde su Evangelio, ordenó toda su ciencia sobre la vida de Jesucristo alrededor de este misterio, como centro de todos los misterios y clave de todos los pensamientos de su Evangelio. Este fenómeno se realizó ya en aquella hora en que le reveló María el misterio de su vida. Juan se sumió a una con María en la adoración de Jesucristo, que había venido al mundo como Hijo de María, siendo Hijo eterno del Padre eterno. En aquel momento Jesús estaba presente en el espíritu de la Madre y de Juan. La fe los fusionaba a ambos como una realidad, ante la que palidecía todo el mundo.

Lo que María confió a Juan el primero de todos, fué después del dominio común de los fieles. María, Madre de Jesús, que mientras había vivido aquél permaneció en segundo plano, fué ahora la testigo maternal de la filiación divina de Jesús.

En las letanías saludamos a María como a lucero de la mañana. El lucero de la mañana es el que anuncia el día venidero, y se apaga cuando rompe el alba. La gracia hecha a María había iluminado previamente, como lucero matutino, el nacimiento de Jesús. También los milagros ocurridos en el nacimiento habían arrojado de rechazo su resplandor sobre la Madre. Pero cuando después compareció Jesús en público, ya no se atendía más a ella. Las estrellas desaparecen ante la claridad del sol de mediodía. Pero cuando el sol se ha puesto, vuelve a aparecer el lucero matutino, que entonces recibe el nombre de vespertino. Así, pues, una vez que la vida terrestre de Jesús hubo terminado, empezó María a resplandecer otra vez, como «Madre de Jesús», a la luz del mismo Jesús.

Tres de los evangelistas narran hechos de la vida del Mesías que en último término salieron de referencias personales de María. Pero no nos han transmitido los tres lo mismo. Sus relatos se distribuyen en concreto como sigue:

San Mateo cuenta detalladamente la concepción milagrosa de Jesús. Cuenta además la historia de los Magos del Oriente y la matanza de los niños inocentes por orden de Herodes.

En la introducción a su Evangelio refiere San Lucas cómo ha investigado él, por su parte, los hechos de la vida de Jesús y cómo redacta por escrito lo que ha reunido. Y después de este proemio refiere los siguientes acontecimientos de la vida de Jesús: anunciación del nacimiento de Juan, mensaje del ángel a María, visita de ésta a su prima Isabel, nacimiento de Juan y nacimiento de Jesús, salutación del Redentor por los pastores, presentación de Jesús en el Templo y su permanencia allí a los doce años. Para todo esto dependía de testimonios que en último término procedían de María. Que estos hechos se relataran por vez primera en arameo, lo dan su presentación y sus caracteres. Por tanto, es fácil o probable que de la encarnación milagrosa se hubiera formado un relato por el tiempo en que nació Jesús: Igualmente podría reducirse en gran parte la historia de la infancia de Jesús, tal como la presenta Lucas, a una de esas fuentes escritas. Pero por dos veces hace notar en

su Evangelio que María «guardó en su corazón» todos los sucesos de la infancia, es decir, que los conservó frescos en su memoria. Esta observación no tiene verdadero sentido sino en la hipótesis de que quiera dar a entender que su relato se apoya en último término en el testimonio de María.

¿Qué es lo que cuenta Juan, el último evangelista, sobre la vida de María o a base de manifestaciones hechas por ella? A él le había confiado Jesús a su Madre desde la Cruz, y con ella había vivido después de la muerte del Redentor. Teniendo esto ante los ojos, a primera vista nos inclináramos a esperar que en su Evangelio fuese donde más abundaran los sucesos que tienen relación con María. Sin embargo, San Juan no llega a hablar más que dos veces sobre ella: cuando las bodas de Caná y cuando estaba al pie de la Cruz. Para este último caso no necesitó testimonio alguno de María, porque él mismo se halló presente; para los acontecimientos de Caná tuvo que acudir a una explicación suya tan sólo en el caso de no haber estado presente ningún discípulo a la conversación de Jesús con su Madre.

Hay también otro camino para investigar el contenido de los Evangelios: cabe preguntar qué personas influyeron en los evangelistas para la concepción de su obra. De Mateo, por ejemplo, se ha comprobado que guarda una relación especial con el antiguo Israel y con su fe. Por eso escoge con predilección en la vida de Jesús hechos en los que se cumplen las profecías del Viejo Testamento. Por eso ocurre también con tanta frecuencia en su Evangelio la observación: «Esto sucedió de suerte que se cumpliera lo dicho en la Escritura.» Marcos se revela influido por la predicación de Pedro y dependiente de ella. En su narración emplea la manera de hablar viva, sentida y cálida que se acomoda perfectamente al carácter del apóstol, tal como se revela en el Evangelio. Marcos era compañero e intérprete de Pedro. El Evangelio de San Lucas deja traslucir un parentesco semejante con la predicación y con el mundo de pensamientos de San Pablo. Pablo se declara predicador de judíos y gentiles, y Lucas presenta a Jesús como «Salvador del mundo», que se ha manifestado para bien de todos. Lucas fué compañero de Pablo en sus viajes.

De la misma manera que Mateo no pierde de vista la mentalidad de los israelitas, y Marcos reproduce las ideas de

Pedro, y Lucas la de Pablo, refléjase también en el Evangelio de Juan el mundo de ideas dentro del cual vivieron él y María después de la ascensión de Jesús.

En la vida de María el misterio era la encarnación del Hijo eterno de Dios, haciéndose el Dios-Hombre Cristo Jesús. Sus pensamientos no se movían en torno de su propia maternidad respecto de Jesús; esto era imposible, por la razón de que de este modo se habría constituido a sí misma en centro de sus sentimientos e ideas. Sus miradas se dirigían más bien, llenas de fe y adoración, a la filiación externa de Jesús, de la que la temporal no era más que un reflejo.

La misma fe impera en el Evangelio de Juan. Todo él ilumina, en escenas cuidadosamente escogidas, una idea central de la que el autor estaba completamente penetrado y que anuncia ya en su solemne introducción: Jesús, el Hijo unigénito del Padre, ha descendido al mundo y se le ha revelado en su gracia y verdad. Cada fragmento del Evangelio describe después alguna de las manifestaciones de Jesús, y la corona de todo es una afirmación solemne de que Juan mismo ha sido testigo de estas manifestaciones.

Bajo y tras el misterio de la encarnación hay en la vida de María todavía otro misterio, el de su propia vida en Dios, comenzada en el silencio, y en el silencio consumada. La vida en Dios que llevaba María era la fuente propiamente dicha de la que derivaba su sabiduría de las cosas divinas.

Este pensamiento es precisamente la segunda idea central que flota en el Evangelio de Juan, y se apunta ya en la introducción junto con el primero. Los hombres que viven de la gracia se sienten atraídos por Jesús, y por medio de lo divino sienten en sus almas lo que es esencialmente divino en Jesucristo. «Los hombres que han nacido de Dios, que llevan en sí la vida divina, creen en Jesús hombre y creen en la divinidad y filiación divina de Jesús.» Y como se lee más abajo, se esfuerzan por salir de las tinieblas al encuentro de Jesús como de su luz. «El que obra lo verdadero va por caminos de luz, a fin de que sus obras se revelen como hechas en Dios.»

En estos dos pensamientos se revela la disposición psíquica interna de Juan, pero al mismo tiempo se revela también su compenetración espiritual, de discípulo amado, con el alma de María.

Juan se expresa siempre con gran reserva. Ni una sola vez cita su propio nombre. Así que no es de extrañar que todo lo que tomó de María se haya embebido, por decirlo así, en el Evangelio y se haya convertido en expresión propia suya. Habla como un «hijo de María»; su Evangelio nos descubre el espíritu de «su Madre» María, que llevó en su alma como ningún otro hombre el conocimiento del origen de su Hijo y la fe en su soberanía celestial, y que lo transmitió a la Iglesia naciente como preciosa herencia.

María en el ambiente de los salmos

Después de la resurrección de Jesús

Como los otros cristianos, conservó María en la última etapa de su vida los salmos y demás oraciones del Antiguo Testamento. Pero estas preces para ella habían cambiado de sentido. Los salmos y los pasajes de los profetas que hablaban sobre el Mesías, habían sido antes como una montaña que permanecía inaccesible ante sus ojos. Pero ahora María se encontraba en la cumbre y desde ella volvía su vista a los caminos.

El salmo 21 le sonaba como un relato de la crucifixión, horripilante en su terrible realización. «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» Así empezaba. Y estas mismas palabras había pronunciado Jesús en la Cruz. A esta exclamación se había hundido hasta el fondo la espada de dolores en el corazón de María. La descripción del tormento y del abandono se desarrollaba después, patética, hasta en sus últimos detalles.

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?
¡No me queda más ayuda que los clamores de mi queja!
¡Dios mío! Te invoco durante el día y no me atiendes,
y tampoco durante la noche me puedo callar.
Y no obstante Tú eres el Santo
y reinas sobre los santos de Israel.
¡En Ti confiaron nuestros padres,
confiaron y los protegiste!
¡A Ti clamaron y los salvaste, -
en Ti confiaron y no los defraudaste!

Pero yo soy un gusano, ya no soy hombre;
ludibrio para la gente,
desecho para el pueblo.
Porque todos los que me ven, se me burlan,
tuercen sus labios, sacuden su cabeza.
«Ha confiado en Dios: ¡que Dios le salve;
que Dios le socorra si es que tanto le ama!»

¡Ah! Exactamente así le habían escarnecido los que se burlaban al pie de la Cruz.

Después venían otras palabras que a ella, a la Madre, le recordaban los tiempos en que había nacido el Redentor y el momento en que estaba ella al pie de la Cruz:

Tú eres, en verdad, quien me sacó del seno materno,
quien me mandó confiar desde que estaba a los pechos de la madre;
desde que salí a luz estuve confiado a ti,
desde el seno materno, Tú eres mi Dios.

Su mirada veía al Hijo que se estaba muriendo y exclamó:
«¡Tengo sed!», cuando encontraba en el salmo estas palabras:

Me he disuelto como agua,
mis huesos se han desencajado,
mi corazón se ha puesto como cera,
derretido en mi pecho.
Mi boca está seca como un ladrillo,
y mi lengua se ha pegado al paladar;
¡me has hundido hasta el polvo de la muerte!

La Cruz y a su Hijo en ella, y a los que le habían crucificado, evocaban estos versos:

Porque me rodea una jauría de perros,
me asedia una banda de malvados.
Han horadado mis manos y mis pies,
han contado todos mis huesos.
Me miran y se sacian en mí.
Distribuyen entre sí mis vestidos
y echan suertes sobre mi túnica.
¡Mas Tú, oh Señor, no permanezcas alejado de mí!
¡Fortaleza mía, corre a mi defensa!
Arranca mi alma al puñal,
y mi vida única de las garras del perro.
¡Sálvame de las iras del león,
líbrame de los cuernos de los bisontes!

Y luego comenzaba el cántico de júbilo y de agradecimiento:

Anunciaré tu nombre a mis hermanos,
te ensalzaré en medio de la asamblea.
¡Los que teméis a Dios, ensalzadle!
¡Orad ante Él, hijos de Israel!
No ha despreciado
ni desdeñado
la oración del humilde.
No ha apartado su rostro,
le ha escuchado cuando le invocaba.
A ti se dirige mi alabanza ante la asamblea numerosa,
presento mi sacrificio votivo
delante de los que te temen.
Los pobres comerán su parte del sacrificio,
y se saciarán;
todos los que buscan al Señor, tienen que glorificarle,
y vuestro corazón le alabará eternamente.

Ahora conocía María qué suerte de sacrificio estaba descrito en ese salmo. Jesús lo había instituido antes de su muerte y lo había consumado con ella y con la resurrección. «¡Tomad y comed! ¡Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros! Tomad y bebedla todos: ésta es la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos», había dicho entonces Jesús.

La mirada de María escrutaba el futuro, cuando el salmista concluía su júbilo y su acción de gracias indicando que uno y otra no se habían de acabar jamás, sino que habían de resonar de generación en generación:

Recapacitarán y se convertirán
todos los confines de la tierra.
Reverentes se postran ante ti
todos los pueblos de los gentiles.
Del Señor es la soberanía,
Rey es Él sobre todos los pueblos;
ante Él se postran
todos los grandes de la tierra.
Inclínase ante Él
todo lo que se hunde en el polvo.
Mi alma en cambio vivirá para Él,
y la generación futura le servirá.
Y se le habla del Señor
a la generación que sigue.

¡Vienen y pregonan su justicia
al pueblo que sigue después;
que Él lo ha consumado!

Al percibir cómo se iban desgranando delante de ella las
notas del salmo 109, María creía percibir un canto de victoria:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a los enemigos
como escabel de tus pies.

Desde Sión extiende el Señor
el cetro de tu poder;
domina como rey
en medio de tus enemigos.

En el día de tu poderío
eres rey en el esplendor de la santidad.
De mis entrañas te he engendrado
antes que el lucero de la mañana.

El Señor lo ha jurado,
y no se arrepentirá:
«Serás sacerdote eternamente
según el orden de Melquisedec.»

El Señor a tu diestra,
destroza por sí mismo a los reyes
el día de su cólera.
Llama a juicio a las naciones.

En el vasto campo de batalla
aplasta sus cabezas.
Beberá del torrente
y erguirá su cabeza.

Haciendo uso de las palabras de este salmo, había afirmado Jesús solemnemente delante del sumo sacerdote que le condenaba: «¡Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios!» Esto se había cumplido en la ascensión. Ahora sabía también María lo que significaban aquellas otras palabras: «¡Tú eres eternamente sacerdote, según el orden de Melquisedec!» Recordaba la última cena, cuando, como en otro tiempo Melquisedec, tomó Jesús pan y vino en

sus santas manos e instituyó el sacrificio nuevo, que ya no iba a tener fin.

Cuando la entrada de Jesús en Jerusalén, recuerda Juan que se cumplió la profecía de Zacarías: «¡No temas, hija de Sión! ¡Mira que tu rey viene sobre el pollino de una asna!», y añade esta observación: que los discípulos no lo entendieron entonces. Pero cuando Jesús fué glorificado recordaron que esto estaba escrito de Él y que ellos «habían contribuido». Con respecto a los apóstoles queda, pues, atestiguado expresamente que los pasajes de la Escritura empezaron a iluminárseles con su luz interna y a revelárseles en su relación con la vida de Jesús. Lo mismo sucedió en grado mucho mayor aún a María, Madre de Jesús, y conoció que también ella «había contribuido».

¡Qué luz no la iluminaría, cada vez que cayese con claridad en la cuenta de algún pasaje de la Escritura: «¡Esto fué una profecía sobre mi Hijo!» La profecía se presentaba ahora a su espíritu como un episodio en la vida de aquél. Todo lo que había sido profetizado de Jesús, se había también cumplido: lo triste se había realizado de una manera triste, y lo glorioso de una manera aún más gloriosa de lo que nadie hubiera podido sospechar.

Pero su alma no encontró todavía descanso perfecto en aquel conocimiento de la victoria de Jesús, el Hijo de Dios. Ansiaba verlo en su gloria a la diestra del Padre, adonde había ido.

El tránsito de María

El círculo sobre el que María arrojaba su luz iba en aumento continuamente. Al principio no era ella más que la Madre de Jesús, que sólo vivía para su Hijo y por lo mismo permanecía aislada de los demás hombres; luego la Madre del Mesías, que mediaba entre Él y los parientes incrédulos; más tarde la Madre del Redentor, que permaneció al pie de la Cruz y que después de su muerte salvaguardó la fe en Él dentro de la Iglesia naciente; finalmente la Madre del Señor, que reunió en torno suyo a esta Iglesia.

Pero aunque el círculo que la rodeaba se iba ensanchando, ella siguió siendo mujer y madre. Por lo mismo no debemos

imaginarnos que interviniera, por ejemplo, en Jerusalén, en las particularidades de los asuntos de la Iglesia que se iba formando. Su vida santa, consagrada a Jesús y a su fundación, su interés por los trabajos y sufrimientos que arrostraban los discípulos por amor a su Hijo, su oración en medio de ellos, su fe en el Reino de Jesús, eso era lo que de su bondadoso corazón comunicaba ella a la Iglesia. A esto se añadía el que para los apóstoles era un gran consuelo vivir junto a María. Hasta cierto punto era una substitución de la presencia de Jesús, en cuanto que María no era simplemente su madre carnal, sino también la que durante toda su vida había conocido el misterio de los misterios, la encarnación del Hijo de Dios; o sea que, mirando hacia atrás, lo había conocido casi «todo». Porque la fe en la filiación divina de Jesús estaba ahora en el centro de todo el dogma. A título de ilustración se puede comparar la situación de entonces de María respecto de los apóstoles, con la de una madre cuyo hijo mayor hubiese sacrificado su vida por la familia, muriendo por ella. Los hermanos menores y las hermanas conocen los últimos hechos de la vida de su magnánimo hermano. Siendo niños los presenciaron ellos, sin inteligencia plena. La madre, en cambio, conoce más cosas. Ella observó a su hijo desde la infancia. En todo lo que Él hacía, participó ella con una inteligencia mucho más penetrante y lo guardó en su corazón con sentimientos mucho más fieles. Y ahora reparte entre los hermanos y hermanas menores el tesoro de su corazón.

Para el tiempo posterior a Pentecostés no se encuentra en la Sagrada Escritura ni un solo dato que se refiera directamente a la vida de María. Y es que en la Iglesia naciente su vida se confundía completamente con la obra de Jesús, su Hijo, según la misión que había recibido de Él. Pero todos los sucesos que se narran en los Hechos de los Apóstoles son al mismo tiempo acontecimientos en los que María toma una parte muy íntima.

Jerusalén, la ciudad ante cuyos muros había sido crucificado Jesús, siguió siendo por el momento el punto central para todos los fieles. De la vida de éstos en aquella época refiere San Lucas: «Ellos perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan y en la oración. Toda la gente estaba sobrecogida de temor; porque eran muchos los prodigios y milagros que obraban los após-

toles en Jerusalén, y por eso todos eran víctimas del miedo. Todos los fieles vivían unidos y disfrutaban las cosas en común. Vendían todos sus haberes y posesiones y distribuían el importe entre todos, según fueran las necesidades de cada uno. Unidos en un mismo espíritu practicaban la visita diaria al Templo. El pan lo partían en casa, y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón. Ensalzaban a Dios y estaban bien con el pueblo. Y el Señor aumentaba cada día su número con los que abrazaban la salvación» (Hec. 2, 42-47).

La sala donde Jesús había celebrado la última cena se había hecho demasiado pequeña para dar cabida a todos los fieles. Pero el espíritu que animaba a toda la comunidad los unía perfectamente. Se reunían en común para la fracción del pan y para las oraciones (o tiempos de oración). En estas reuniones tomaba parte también María. Siguiendo la costumbre, ella habitaba por separado con las mujeres. No obstante, era el centro espiritual de todo.

Como en los tiempos en que hizo Jesús su aparición como taumaturgo, así también ahora, ante los milagros y prodigios de los apóstoles, estaba el pueblo bajo la impresión de que la mano de Dios se revelaba en ellos. La concordia y caridad de los fieles se ganaba los corazones de la gente sencilla, que veía tanta desunión y tanto odio en el proceder de los demás. Sin embargo, los dirigentes de la ciudad, los mismos que pocas semanas antes habían puesto a Jesús en la Cruz, trataban de extirpar la fe en su Mesianidad. Juan, el protector de María, fué detenido a una con Pedro y presentado al Consejo Supremo. Como Jesús, su Maestro, hubieron de comparecer delante de Anás y Caifás. Se les quería comprometer a que no volvieran a predicar y enseñar en nombre de Jesús. Ellos replicaron: «Juzgad vosotros mismos, si es justo que os atendamos a vosotros antes que a Él. Nosotros no podemos callar sobre lo que hemos visto y oído por nosotros mismos.» A esto el Consejo les amenazó con duros castigos si se atrevían a seguir predicando el nombre de Jesús, y los despidió.

Cuando después de esta escena volvieron Pedro y Juan a reunirse con los fieles y les contaron lo que había sucedido, prorrumpió la concurrencia en clamores estruendosos. No se referían a los apóstoles, sino que era una oración a Dios. Elevaron su voz y pidieron:

«¡Señor! Tú eres el que creó el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Tú dijiste, hablando el Espíritu Santo por boca de David, nuestro padre y siervo tuyo:

¿Por qué se han alborotado los gentiles?
¿Por qué piensan los reyes en cosas vanas?
¡Sublévanse los reyes de la tierra,
colíganse los príncipes
contra el Señor y su Ungido!

«Cierto, se mancomunaron verdaderamente en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, al que Tú has ungido, Herodes y Poncio Pilatos con los gentiles y tribus de Israel, para ejecutar lo que tu poder y voluntad establecieron que se hiciese. Pero ahora, Señor, considera sus amenazas y da a tus siervos valor para anunciar con toda franqueza tu palabra. Extiende tu mano para curar, y obra milagros y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús.»

Sobre esta conmoción de abajo descendió entonces el beneplácito del Cielo. Renovóse el milagro de Pentecostés: tembló el cielo y todos fueron otra vez llenos del Espíritu Santo.

Entre aquellos fieles que con confianza plena en la victoria se enfrentaban con las persecuciones, se encontraba también María. ¡Cómo se alegró al volver a ver a Juan y al saludar a Pedro! De uno y otro salía como una irradiación del espíritu de Jesús.

Cuando el número de fieles fué aumentando, los apóstoles confiaron la distribución de limosnas a siete varones escogidos. Entre éstos se distinguía de una manera especial Esteban. Él fué el primer mártir de Jesús. Le mataron a pedradas como a blasfemo. La persecución siguió con furia aun después de su muerte. Por esta razón los fieles abandonaron la ciudad de Jerusalén; sólo los apóstoles continuaron allí, y con ellos María probablemente. Había sobre todo una persona que se ensañaba contra los discípulos de Jesús, un fariseo del Asia Menor: se llamaba Saulo.

Sin embargo, la persecución atraía nuevos confesores a Jesús. Los fieles que habían huído de la ciudad, anunciaron la Buena Nueva en Samaria y los samaritanos se convertían por grupos. Jesús había confiado la persona de Juan a su Madre. Pero Juan no vió en este encargo de Jesús un lazo

que lo sujetase en su actividad como apóstol. Dirigióse con Pedro a Samaria para administrar a los fieles la confirmación. Quien se incline a la opinión de que María murió poco después de Pentecostés, podría invocar este viaje como un indicio de que para entonces María había muerto.

Pero ahí está precisamente la cuestión: ¿cuál fué la última escena que vivió María sobre la tierra?

A esta pregunta se podría responder si supiéramos en qué tiempo salió de este mundo. Sin eso no podemos pasar de conjeturas. Si se consideran los sufrimientos que pasó en la muerte de su Hijo, hay que suponer que, según la providencia ordinaria, no pudo sobrevivir largo tiempo sin un auxilio especial. Los dolores la minaban como a cualquier otra persona. Y como había probado los dolores de cuerpo y alma con más intensidad que todos los otros hombres, el influjo de ellos en María debió de ser también de una fuerza desacostumbrada. ¡Cuántas aflicciones secretas y cuántos dolores punzantes no hubo de soportar por amor de Jesús! ¡Y cómo volvió a sufrir de nuevo ahora, ella que estaba avezada al sufrimiento, por causa de las terribles persecuciones a que estaban expuestas las personas fieles a su Hijo!

A estos sufrimientos se agregaba otra cosa que los superaba a todos: su anhelo por Jesús.

Durante su vida había dicho el Maestro una vez a sus discípulos: «Llegarán tiempos en que desearéis ver uno sólo de los días del Hijo del hombre. Pero no lo veréis.» Con estas palabras avisaba el Señor a sus discípulos que sufrirían, suspirando con una añoranza ardiente de los días en que vivieron juntos con Jesús, y que en esta añoranza desearían con ansia, pero en vano, ver a Jesús, Hijo de Dios, siquiera por un día entre ellos. Días de éstos amanecieron también para María después de la ascensión de Jesús, y para María en mayores proporciones que para los apóstoles; porque su anhelo por Jesús era incomparablemente mayor.

Muchos se imaginan que en fuerza de sus derechos maternos tuvo María después de la ascensión las posibilidades de antes y que, cuantas veces lo pedía su corazón, suplicaba a Jesús que se le apareciera. Nada menos conforme con la verdad que esta suposición. Más justificada se halla la contraria, que después de la ascensión Jesús no se le volvió a aparecer jamás.

El amor de María a su Hijo crecía, no obstante, también en aquel tiempo, siempre cada vez más. Crecía sin interrupción, aun cuando cada día daba ella la impresión de haber alcanzado el grado supremo. El amor volvía a inflamarla en ansias de ver a su Hijo. María, que en otro tiempo había suspirado como nadie por que el Redentor bajara a la tierra, suspiraba ahora, como no puede suspirar hombre alguno, por que pudiera subir ella al Cielo y estar con Jesús. Y como su anhelo en otro tiempo había conmovido al Hijo de Dios y le había atraído a la tierra, influyó ahora su ansia para que Jesús se dispusiera a llevarse consigo al Cielo a su Madre. Y como antes se había unido con ella como Hijo del hombre y había tomado en ella morada corporalmente, no decía bien que su Madre aguardara como los demás hombres hasta el día del juicio la resurrección del cuerpo, sino que en seguida de su tránsito había de ser recibida en el Cielo en cuerpo y alma. Madre e Hijo debían unirse en la gloria lo mismo que en los sufrimientos, como verdaderos hombres. Esto solo era una satisfacción completa del anhelo que inflamaba constantemente el alma de María. Según la tradición de la Iglesia, María fué exaltada después de su muerte y recibida en el Cielo con el cuerpo glorificado.

Como el nacimiento de María, de la llena de gracia, había traído al mundo el primer resplandor de la redención, así se apagó con su muerte el último reflejo de la vida terrestre de Jesús. Para los que habían seguido a Jesús durante su vida y habían sido testigos de su resurrección y ascensión, la separación completa de Jesús no se hizo hasta el día en que su Madre abandonó este mundo.

De la misma manera que los miembros de una familia que asisten a un allegado moribundo le «dan recuerdos» para los que murieron antes, así sucedió también, en una forma que no se repetirá jamás, cuando María se preparaba para ir a su Hijo. La alegría embargaba el corazón de los apóstoles, porque después de una vida llena de generosidad para con el Hijo de Dios humanado, le era concedido a la Madre poderlo contemplar en la gloria que había recibido del Padre. El dolor se mezclaba con la alegría, porque no podían ellos abandonar la tierra en su compañía, y trasladarse allí, y ser testigos de la hora en que Jesús y María volvieran a verse en el Reino del Padre.

El encuentro de María con Jesucristo en el Cielo

¡Qué explosión de alegría, de júbilo y de bienaventuranza no fué para María el ver de nuevo a Jesús en el Cielo, el contemplarlo no sólo como alma espiritual, sino con el cuerpo glorioso, ascendiendo hacia Él, brillando como el sol con el esplendor de la gracia!

Nada había en aquel cuerpo que no hubiera puesto con generosidad perfecta al servicio de Jesús: su casto seno que había llevado al Hijo de Dios; sus manos que le habían puesto cuando niño en el pesebre, que le habían ofrecido la primera bebida, que le habían presentado el primer manjar; las que le habían sostenido en sus primeros pasos cuando niño y habían estado siempre activas para ayudarle; las que habían molido el grano para Él y habían cocido el pan; las que habían hilado y tejido y remendado, hasta que fué mayor y estuvo dispuesto para la pasión; las que en la hora de la pasión se habían entrelazado la una con la otra con sumisión y abandono en Dios en el exceso de dolor.

Sus pies, que habían dado tantos pasos por amor a Jesús: pasos hacia la fuente para traer agua con que calmar su sed, pasos hacia la colina pedregosa para recoger leña, pasos y pasos desinteresados en el propio hogar, aquellos pasos innumerables que dan las madres en sus afanes por el hijo, sin contarlos; pasos en las peregrinaciones al Santuario, pasos angustiosos cuando buscaba a Jesús en Jerusalén, y más angustiosos todavía cuando subió a la colina del Calvario.

Sus ojos saludaron a Jesús, los mismos que le habían contemplado cuando niño en el pesebre, llenos de alegría; los que le habían visto crecer; los que a cada momento le seguían inconscientemente en Nazaret y no podían encontrar descanso sino en su vista. Ahora podía descansar en Él eternamente.

Sus oídos habían percibido la voz de Jesús como la voz del Hijo de Dios, en un tiempo en que sus palabras alternaban todavía con el rechinar de la sierra en la madera fibrosa, cuando tasaba a los clientes el precio por los aperos y marcos de puertas; la voz que habían percibido cuando predicaba y enseñaba, cuando a su imperio se obraban los milagros y salían expulsados los demonios, cuando oraba en la Cruz por sus

enemigos y se quejaba de su soledad. Las palabras de Jesús se habían transformado, el tono también; pero una cosa se conservaba: María había recibido y guardado en sí las palabras salidas de la boca de su Hijo, fueran tristes o alegres, solemnes o celestialmente sencillas, como palabras del Hijo de Dios hecho carne. Ahora volvía a oír la misma voz, como voz del Hijo de Dios glorificado.

Con santo anhelo había suspirado su alma por el Mesías, apenas fué capaz de entender algo sobre su venida. Con presteza servicial se había dispuesto después su corazón a ser un corazón maternal para Jesús, cuando el ángel le trajo el mensaje: «¡Darás a luz a un Hijo y le pondrás por nombre Jesús!» Con disposición intrépida había acogido también las palabras del anciano Simeón: «¡Tu propia alma te la atravesará una espada!» Desde aquella hora ya no había latido más su corazón para sí misma, sino para Jesús y para todos los hombres, cuya redención le había traído a Él al mundo. Tampoco había cesado de latir por Él y por los suyos, cuando el Corazón de Jesús fué abierto en el sacrificio de la Cruz. Ella había permanecido firme; hasta había querido que fuera martirizado de aquella manera; lo había querido por amor a los hombres que necesitaban redención. Su corazón había latido además por Jesús cuando éste descansaba en el sepulcro, cuando subió a los Cielos y dejó a sus fieles el encargo de aguardar al Consolador. Y después de la venida del Consolador, se había henchido de júbilo y había padecido con la Iglesia naciente.

Ahora, en el Cielo, el amor de su corazón se derramó en el amor del Corazón de Jesús; un mar de amor en un sinfín de mares de amor; y en este amor se unían el que ella y su hijo profesaban a los hombres, por cuyo bien tanto había sufrido Jesús sobre la tierra y tanto había tolerado María pacientemente por asemejarse a Jesús.

De un golpe de vista abarcó ahora la Madre el puesto del Hijo como Redentor del mundo. Sumergida en la ciencia divina de su Hijo, conoció los detalles tan bien como el aspecto general, las relaciones de cada hombre para con Jesús igual que las de la humanidad respecto del mismo. Conoció también lo que los apóstoles significaban en el Reino de Jesús. Pero con la misma benevolencia maternal se volvía a un agricultor y a

que lo sujetase en su actividad como apóstol. Dirigióse con Pedro a Samaria para administrar a los fieles la confirmación. Quien se incline a la opinión de que María murió poco después de Pentecostés, podría invocar este viaje como un indicio de que para entonces María había muerto.

Pero ahí está precisamente la cuestión: ¿cuál fué la última escena que vivió María sobre la tierra?

A esta pregunta se podría responder si supiéramos en qué tiempo salió de este mundo. Sin eso no podemos pasar de conjeturas. Si se consideran los sufrimientos que pasó en la muerte de su Hijo, hay que suponer que, según la providencia ordinaria, no pudo sobrevivir largo tiempo sin un auxilio especial. Los dolores la minaban como a cualquier otra persona. Y como había probado los dolores de cuerpo y alma con más intensidad que todos los otros hombres, el influjo de ellos en María debió de ser también de una fuerza desacostumbrada. ¡Cuántas aflicciones secretas y cuántos dolores punzantes no hubo de soportar por amor de Jesús! ¡Y cómo volvió a sufrir de nuevo ahora, ella que estaba avezada al sufrimiento, por causa de las temibles persecuciones a que estaban expuestas las personas fieles a su Hijo!

A estos sufrimientos se agregaba otra cosa que los superaba a todos: su anhelo por Jesús.

Durante su vida había dicho el Maestro una vez a sus discípulos: «Llegarán tiempos en que desearéis ver uno sólo de los días del Hijo del hombre. Pero no lo veréis.» Con estas palabras avisaba el Señor a sus discípulos que sufrirían, suspirando con una añoranza ardiente de los días en que vivieron juntos con Jesús, y que en esta añoranza desearían con ansia, pero en vano, ver a Jesús, Hijo de Dios, siquiera por un día entre ellos. Días de éstos amanecieron también para María después de la ascensión de Jesús, y para María en mayores proporciones que para los apóstoles; porque su anhelo por Jesús era incomparablemente mayor.

Muchos se imaginan que en fuerza de sus derechos maternos tuvo María después de la ascensión las posibilidades de antes y que, cuantas veces lo pedía su corazón, suplicaba a Jesús que se le apareciera. Nada menos conforme con la verdad que esta suposición. Más justificada se halla la contraria, que después de la ascensión Jesús no se le volvió a aparecer jamás.

El amor de María a su Hijo crecía, no obstante, también en aquel tiempo, siempre cada vez más. Crecía sin interrupción, aun cuando cada día daba ella la impresión de haber alcanzado el grado supremo. El amor volvía a inflammarla en ansias de ver a su Hijo. María, que en otro tiempo había suspirado como nadie por que el Redentor bajara a la tierra, suspiraba ahora, como no puede suspirar hombre alguno, por que pudiera subir ella al Cielo y estar con Jesús. Y como su anhelo en otro tiempo había conmovido al Hijo de Dios y le había atraído a la tierra, influyó ahora su ansia para que Jesús se dispusiera a llevarse consigo al Cielo a su Madre. Y como antes se había unido con ella como Hijo del hombre y había tomado en ella morada corporalmente, no decía bien que su Madre aguardara como los demás hombres hasta el día del juicio la resurrección del cuerpo, sino que en seguida de su tránsito había de ser recibida en el Cielo en cuerpo y alma. Madre e Hijo debían unirse en la gloria lo mismo que en los sufrimientos, como verdaderos hombres. Esto solo era una satisfacción completa del anhelo que inflamaba constantemente el alma de María. Según la tradición de la Iglesia, María fué exaltada después de su muerte y recibida en el Cielo con el cuerpo glorificado.

Como el nacimiento de María, de la llena de gracia, había traído al mundo el primer resplandor de la redención, así se apagó con su muerte el último reflejo de la vida terrestre de Jesús. Para los que habían seguido a Jesús durante su vida y habían sido testigos de su resurrección y ascensión, la separación completa de Jesús no se hizo hasta el día en que su Madre abandonó este mundo.

De la misma manera que los miembros de una familia que asisten a un allegado moribundo le «dan recuerdos» para los que murieron antes, así sucedió también, en una forma que no se repetirá jamás, cuando María se preparaba para ir a su Hijo. La alegría embargaba el corazón de los apóstoles, porque después de una vida llena de generosidad para con el Hijo de Dios humanado, le era concedido a la Madre poderlo contemplar en la gloria que había recibido del Padre. El dolor se mezclaba con la alegría, porque no podían ellos abandonar la tierra en su compañía, y trasladarse allí, y ser testigos de la hora en que Jesús y María volvieran a verse en el Reino del Padre.

El encuentro de María con Jesucristo en el Cielo

¡Qué explosión de alegría, de júbilo y de bienaventuranza no fué para María el ver de nuevo a Jesús en el Cielo, el contemplarlo no sólo como alma espiritual, sino con el cuerpo glorioso, ascendiendo hacia Él, brillando como el sol con el esplendor de la gracia!

Nada había en aquel cuerpo que no hubiera puesto con generosidad perfecta al servicio de Jesús: su casto seno que había llevado al Hijo de Dios; sus manos que le habían puesto cuando niño en el pesebre, que le habían ofrecido la primera bebida, que le habían presentado el primer manjar; las que le habían sostenido en sus primeros pasos cuando niño y habían estado siempre activas para ayudarle; las que habían molido el grano para Él y habían cocido el pan; las que habían hilado y tejido y remendado, hasta que fué mayor y estuvo dispuesto para la pasión; las que en la hora de la pasión se habían entrelazado la una con la otra con sumisión y abandono en Dios en el exceso de dolor.

Sus pies, que habían dado tantos pasos por amor a Jesús: pasos hacia la fuente para traer agua con que calmar su sed, pasos hacia la colina pedregosa para recoger leña, pasos y pasos desinteresados en el propio hogar, aquellos pasos innumerables que dan las madres en sus afanes por el hijo, sin contarlos; pasos en las peregrinaciones al Santuario, pasos angustiosos cuando buscaba a Jesús en Jerusalén, y más angustiosos todavía cuando subió a la colina del Calvario.

Sus ojos saludaron a Jesús, los mismos que le habían contemplado cuando niño en el pesebre, llenos de alegría; los que le habían visto crecer; los que a cada momento le seguían inconscientemente en Nazaret y no podían encontrar descanso sino en su vista. Ahora podía descansar en Él eternamente.

Sus oídos habían percibido la voz de Jesús como la voz del Hijo de Dios, en un tiempo en que sus palabras alternaban todavía con el rechinar de la sierra en la madera fibrosa, cuando tasaba a los clientes el precio por los aperos y marcos de puertas; la voz que habían percibido cuando predicaba y enseñaba, cuando a su imperio se obraban los milagros y salían expulsados los demonios, cuando oraba en la Cruz por sus

enemigos y se quejaba de su soledad. Las palabras de Jesús se habían transformado, el tono también; pero una cosa se conservaba: María había recibido y guardado en sí las palabras salidas de la boca de su Hijo, fueran tristes o alegres, solemnes o celestialmente sencillas, como palabras del Hijo de Dios hecho carne. Ahora volvía a oír la misma voz, como voz del Hijo de Dios glorificado.

Con santo anhelo había suspirado su alma por el Mesías, apenas fué capaz de entender algo sobre su venida. Con presteza servicial se había dispuesto después su corazón a ser un corazón maternal para Jesús, cuando el ángel le trajo el mensaje: «¡Darás a luz a un Hijo y le pondrás por nombre Jesús!» Con disposición intrépida había acogido también las palabras del anciano Simeón: «¡Tu propia alma te la atravesará una espada!» Desde aquella hora ya no había latido más su corazón para sí misma, sino para Jesús y para todos los hombres, cuya redención le había traído a Él al mundo. Tampoco había cesado de latir por Él y por los suyos, cuando el Corazón de Jesús fué abierto en el sacrificio de la Cruz. Ella había permanecido firme; hasta había querido que fuera martirizado de aquella manera; lo había querido por amor a los hombres que necesitaban redención. Su corazón había latido además por Jesús cuando éste descansaba en el sepulcro, cuando subió a los Cielos y dejó a sus fieles el encargo de aguardar al Consolador. Y después de la venida del Consolador, se había henchido de júbilo y había padecido con la Iglesia naciente.

Ahora, en el Cielo, el amor de su corazón se derramó en el amor del Corazón de Jesús; un mar de amor en un sinfín de mares de amor; y en este amor se unían el que ella y su hijo profesaban a los hombres, por cuyo bien tanto había sufrido Jesús sobre la tierra y tanto había tolerado María pacientemente por asemejarse a Jesús.

De un golpe de vista abarcó ahora la Madre el puesto del Hijo como Redentor del mundo. Sumergida en la ciencia divina de su Hijo, conoció los detalles tan bien como el aspecto general, las relaciones de cada hombre para con Jesús igual que las de la humanidad respecto del mismo. Conoció también lo que los apóstoles significaban en el Reino de Jesús. Pero con la misma benevolencia maternal se volvía a un agricultor y a

un aguador en cuya alma se agitara un suave deseo de conocer algo sobre la doctrina de Jesús. No podía ser de otro modo: su amor a Jesús inundaba con su asistencia maternal a todo lo creado que era capaz de conocer y de amar a su Hijo.

También para Jesús significaba un coronamiento de la bienaventuranza su encuentro con María. Sus relaciones con ella eran las de un hijo con su madre. Solamente el verse en estado glorioso, no el conocerse como un espíritu a otro espíritu, sino el verse con el cuerpo glorificado, era en este caso un encuentro perfecto. En este sentido la ascensión de María al Cielo puede llamarse el coronamiento de la ascensión de Jesús.

¡Tantas cosas como Jesús no había podido revelar a María en la tierra! Él había sido ante todo el Hijo del Padre eterno, que había venido al mundo con un encargo del Padre y lo había realizado sin dar cuenta de ello a nadie. De esta suerte — cosa extraña — Jesús tuvo que callarse en cierto modo y tuvo que ocultar más cosas precisamente delante de María, porque estaba la más próxima a Él. ¡Callarse en Nazaret, callarse cuando se quedó en el Templo, callarse en los fracasos de la vida pública, callarse cuando el abandono al morir!

Ahora podía por fin revelarle todo y recompensarla por su silencio lleno de fe. Ahora podía hacerle mirar desde el Cielo al misterio del Reino, a la vida misteriosa de la Iglesia. Ahora debía estar ella la más próxima a su trono por su amor maternal a Él y a todos los hombres que Él había redimido, como había estado también sobre la tierra la más próxima a la Cruz durante la muerte en sacrificio. Como allí había participado en sus sufrimientos, en cuanto una pura criatura podía participar con el Hijo de Dios en el sacrificio del mismo, así debía tener parte también ahora en la aplicación de las gracias a los hijos de Dios sobre la tierra; tanto derecho maternal para interceder y hacer de intermediaria, cuanto se puede conceder a una simple criatura. La maternidad que Jesús le había confiado sobre la tierra, tuvo ahora con la ascensión a los Cielos su complemento y coronación.

Las últimas indicaciones bíblicas y primeras de la Iglesia sobre María como Madre del Redentor

«Y apareció un gran portentoso en el cielo: una mujer revestida del sol, la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas, y estaba encinta y gritaba en su angustia y dolores de parto.

Y se vió en el cielo otro portentoso: un dragón descomunal, bermejo, con siete cabezas y diez cuernos; y en las cabezas tenía siete coronas regias; su cola traía arrastrando la tercera parte de las estrellas del cielo, y arrojólas a la tierra.

Este dragón se puso delante de la mujer que estaba para dar a luz, a fin de tragarse a su hijo en cuanto lo alumbrara.

Y dió a luz un niño, un varón destinado a regir todas las naciones con cetro de hierro; y este hijo fué tomado para Dios y para su solio. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para hacerse cuidar allí por espacio de 1260 días.

Y se trabó una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragón, y el dragón con sus satélites resistían; pero no conseguían nada, y no permanecieron mucho tiempo más en el cielo. El dragón descomunal, la serpiente antigua que se llama 'demonio' y 'Satanás', que anda engañando al orbe universo, fué lanzado a la tierra.

Entonces oí una voz potente en el Cielo que decía: Ahora ha aparecido la salvación, el poder y la soberanía de nuestro Dios, y el poder de su Ungido. Porque ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos (los hombres buenos), que los acusaba día y noche ante nuestro Dios. Ellos le vencieron por la sangre del Cordero y en virtud de la doctrina que han confesado, sin arredrarse ni ante la misma muerte. ¡Por tanto, regocijaos, oh Cielos y los que en ellos moráis!» (Apoc. 12, 1-12).

Lo que Juan describe aquí es una visión. Por lo mismo en la interpretación de sus palabras hay que atender, más aún que en las parábolas de Jesús, ante todo a la idea capital. Ahora bien, la imagen representa lo siguiente: Una mujer llena de gloria se ve amenazada por un dragón. El dragón no la amenaza, sin embargo, por lo que ella es, sino por razón del hijo que va a salir de su seno. Pero no logra devorar al niño; éste sigue con vida y es presentado finalmente ante el trono de Dios.

¿A quién representa esta mujer?

En las páginas de la Sagrada Escritura se cuenta cómo maldijo Dios a la serpiente que había seducido a los primeros hombres, y que le habló en lenguaje profético alegórico:

«Porque tal hiciste, maldita seas entre todos los reptiles y animales de la tierra. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás el polvo todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya. Esta te aplastará la cabeza; tú te ensañarás contra su calcañar.»

Ya en este pasaje se habla de la mujer y de la serpiente, con su respectiva descendencia, de una manera profética. Y como en San Juan, también aquí se conmemora una lucha de la mujer y su descendencia con la serpiente y la suya, en un lenguaje simbólico de profecía.

Aun en el tiempo anterior al nacimiento de Jesús, cuando los libros del Antiguo Testamento se tradujeron al griego, había prevalecido la opinión de que en aquella descendencia había que ver un hombre determinado y único. Esto se sobrentiende, por ejemplo, en el diálogo que entabla Justino mártir con el judío Trifón. Justino y Trifón están de acuerdo en que el pasaje del exterminador de la serpiente hay que interpretarlo del Mesías. La cuestión versa para ellos únicamente en examinar si la profecía se cumplió en Jesús o no. Justino quería derribar las objeciones que presenta Trifón contra el hecho de que los cristianos vean en Jesucristo al descendiente de la mujer, «por el cual ha aniquilado Dios la serpiente» y ha librado de la muerte a los que «se arrepintieron de sus pecados y creyeron en Él».

Las indicaciones que inserta Juan en su descripción nos hacen ver por su parte, que también sus palabras sobre el niño contra el cual está Satanás en acecho y al que no puede aniquilar, hay que referirlas al Redentor que ha subido a los Cielos. Porque gracias a la «sangre del Cordero» los hombres triunfan del dragón descomunal, de la serpiente antigua que se llama demonio y Satanás. Ahora bien, la sangre del Cordero es la sangre de Jesucristo, que en el sacrificio de la Cruz fué derramada por los pecados del mundo.

Según eso, ¿quién es la mujer que, revestida del sol, con la luna bajo sus plantas y coronada con corona de estrellas, da al mundo, entre angustias y peligros, el hijo que ha de matar al dragón?

En esta mujer se puede simbolizar en primer lugar al pueblo de Dios, a aquella parte de la humanidad que en el transcurso de los tiempos haya vivido o viva unida con Dios; los hom-

bres fieles a Dios hasta Abrahán, los fieles de Israel y finalmente los fieles en la Iglesia de Cristo.

Pero también, y sobre todo, se puede reconocer en ella a María, Madre de Jesús, que guarda relación especial con la encarnación y nacimiento de Jesús. María fué la escogida por Dios antes que todos los escogidos, la mujer llena de gracia entre todas las mujeres, la mujer agraciada como mujer. De la misma manera que en la visión de Juan quiere la serpiente que acecha a la madre devorar al niño en cuanto nazca, así también corrió el Niño Jesús el mayor riesgo apenas nacido, por causa de Herodes. Y así como la madre del destructor de la serpiente huye al desierto, así también ocultó María a su Hijo contra el atentado del tirano, huyendo con Él por el desierto camino de Egipto.

Queda por responder la pregunta de si la mujer representa en primer lugar a María y después al pueblo de Dios en general, o si primero simboliza al pueblo de Dios en general y después a María. Con todo, cuanto más se incline uno a ver preunciado a Jesús exclusivamente en «la descendencia de la mujer» de que habla la primera profecía del Redentor, y por consiguiente a María en la mujer, tanto más verosímil se hace la opinión de que también la mujer que aparece aquí representa a María.

Juan compuso sus obras en edad avanzada. Antes de esto había hablado durante una generación sobre la vida y doctrina de Jesús. Las grandes experiencias de su juventud las había tenido siempre presentes para ello.

Valdría la pena seguir aquellas particularidades que ocupen un lugar privilegiado tanto en su vida con Jesús, como en sus escritos sobre la vida y obras de Jesús. A ellas pertenece en primer lugar la presencia simultánea del «Cordero de Dios» y de «la mujer». Ya el primer encuentro de Juan con Jesús se verifica bajo ese signo: «¡Mirad al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo!» Con estas palabras llamó el Bautista la atención de Juan, el futuro apóstol, sobre Jesús. Y unos días después sucedió en Caná que Jesús mismo se dirigió a su Madre como a «mujer», y aludió a una hora que habría de venir y ser para ambos de valor decisivo. Esta etapa de la vocación, que forma por sí un aspecto aparte, comienza, pues, señalando el Bautista a Jesús delante de Juan, el apóstol, como al «Cordero

de Dios», y termina dando Jesús mismo a María, su Madre, el título de «mujer».

La segunda vez que Juan aparece unido en su vida como en su Evangelio con «el Cordero de Dios» y con la «mujer», es al pie de la Cruz. Jesús es entonces «el Cordero que ha sido inmolado», y vuelve a dirigirse a su Madre llamándola «mujer».

La tercera vez que se le representan a Juan «el Cordero de Dios» y la «mujer», el uno frente a la otra, es en las visiones del Apocalipsis.

Juan escribió su Evangelio después del Apocalipsis. Se podría, pues, examinar la cuestión, a ver si no sería al fin la visión apocalíptica de la mujer con el niño la que influyó para la elección y disposición de las cosas en el Evangelio. De esta suerte, el recuerdo de la imagen de la mujer habría servido para que Juan destacara dos sucesos de la vida de Jesús, las bodas de Caná y las palabras de la Cruz, en que Jesús mismo se dirigió a su Madre llamándola «mujer».

La comparación de los pasajes induce a pensar que Juan ve representada en primer lugar a María en la mujer del Apocalipsis. Así que la primera imagen de la mujer con el niño que trae la Sagrada Escritura sobre la redención en su primer libro profético, es la que también aparece en el último, en una mirada retrospectiva a la obra de la redención.

Las palabras y testimonios del discípulo a quien amó Jesús particularmente durante su vida en la tierra, el cual era testigo de la vida de Jesús en un tiempo en que habían sido martirizados todos los apóstoles restantes, fueron recibidos por los creyentes como un precioso tesoro y transmitidos al punto a todas partes. Esto lo demuestran, por ejemplo, los hallazgos del año 1935. Una generación después de la composición del Evangelio, había en Egipto copias del mismo.

Tampoco las alabanzas de María, como Madre de Jesús, enmudecieron desde entonces jamás sobre el universo. Sea que las voces se elevasen en Asia, Africa o Europa, en todas partes ensalzaban a María como la mujer que voluntariamente había sido Madre de Jesús, Hijo de Dios.

Primero tomaron los discípulos lo que Juan les había enseñado y lo presentaron a otros. Ignacio de Antioquía, muerto el año 117 después de Cristo, discípulo de Juan todavía, dió ya a la Madre de Jesús aquellos títulos significativos que habían

de constituir para siempre el fundamento de la veneración de María. Cuando habla en sus cartas de Jesucristo como el Hijo de Dios hecho hombre, se refiere a María como a hija de David. Dice que fué concebido de la sangre de David y del Espíritu Santo al mismo tiempo; le llama hijo de María, nacido de ella, que era virgen.

La generación que les siguió recibió de los discípulos esta fe y con ella la veneración de María, Madre de Jesús. San Justino, que vivió desde el año 120 hasta el 185 y vino de Asia a Europa, escribía hasta el 150: «Sabemos que Jesús procedía del Padre antes de que existiera la primera criatura, y que después se hizo hombre de una virgen. La redención debía originarse de la misma manera que la desobediencia, que tuvo su comienzo por instigación de la serpiente. Eva había cedido a la palabra de la serpiente, siendo virgen inviolada, y engendró la desobediencia y la muerte. La virgen María aceptó con fe jubilosa el alegre mensaje del ángel, que el Espíritu del Señor descendería sobre ella y la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra y que así lo Santo que de ella nacería, iba a ser el Hijo de Dios. A esto respondió ella: Hágase en mí según su palabra.»

Ireneo, discípulo de San Policarpo y por él de Juan, ligado con los cristianos del Asia Menor lo mismo que con los de Europa, parangonaba igualmente a María con la primera madre del linaje humano, causa de la muerte, y la comparaba con ella del siguiente modo: «Eva pecó contra la obediencia cuando ya tenía a Adán por esposo, pero siendo aún virgen, y de ese modo fué causa de la muerte para todo el género humano. María permaneció virgen el tiempo que estuvo desposada con su marido, y de esta manera, ejercitándose en la obediencia, fué causa de salvación para sí y para todo el género humano. De este modo el nudo hecho por la desobediencia de Eva, fué soltado por la obediencia de María.»

Tertuliano elevó su voz en Africa en alabanza de la maternidad de María. Decía así: «Dios devolvió (a los hombres) su imagen y semejanza de la misma suerte como se la había arrebatado el demonio. La palabra que había desencadenado la muerte se había deslizado hasta Eva, siendo virgen todavía. Conforme a esto, la palabra de Dios que había de crear nueva vida, debía ir a una virgen. Sólo así podían

volver los hombres al camino de salvación por el sexo femenino, así como por él habían ido a la perdición. Eva creyó a la serpiente. María a Gabriel. La falta que cometió Eva con su credulidad la reparó María con su fe.»

Estos tres testigos, Justino, Ireneo y Tertuliano, vieron en María, lo mismo que Juan, la mujer cotejada con Eva. El fundamento de la grandeza de María lo encuentran en que consiente y libremente tomó sobre sí el ser Madre del Redentor.

María ha pasado también a la ideología y a la vida religiosa de los pueblos como la mujer exceísa: «Nuestra Señora», la «mujer» que es Madre y Reina al mismo tiempo, tal es el título que, junto con el de Madre de Dios, está sobre todos los demás en la boca y en el corazón del pueblo sencillo. Como a «Señora nuestra» saludaba también a la Madre de Jesús hace casi mil años Germán el Tullido, el monje paciente de la isla Reichenau. Su saludo se ha convertido después en saludo usual de todo el mundo a María y, como el santo sacrificio de la Misa, recorre todo el orbe al asomar el sol con su luz. Cerremos también nosotros nuestro libro con este saludo:

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. ¡Dios te salve! A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María!